

OBRAS COMPLETAS
DEL VIZCONDE
DE CHATEAUBRIAND.

Jenio del Cristianismo.

Tomo tercero.



VALENCIA:

**Imprenta de Don M. de Cabrerizo,
EDITOR PROPIETARIO.**

1843.

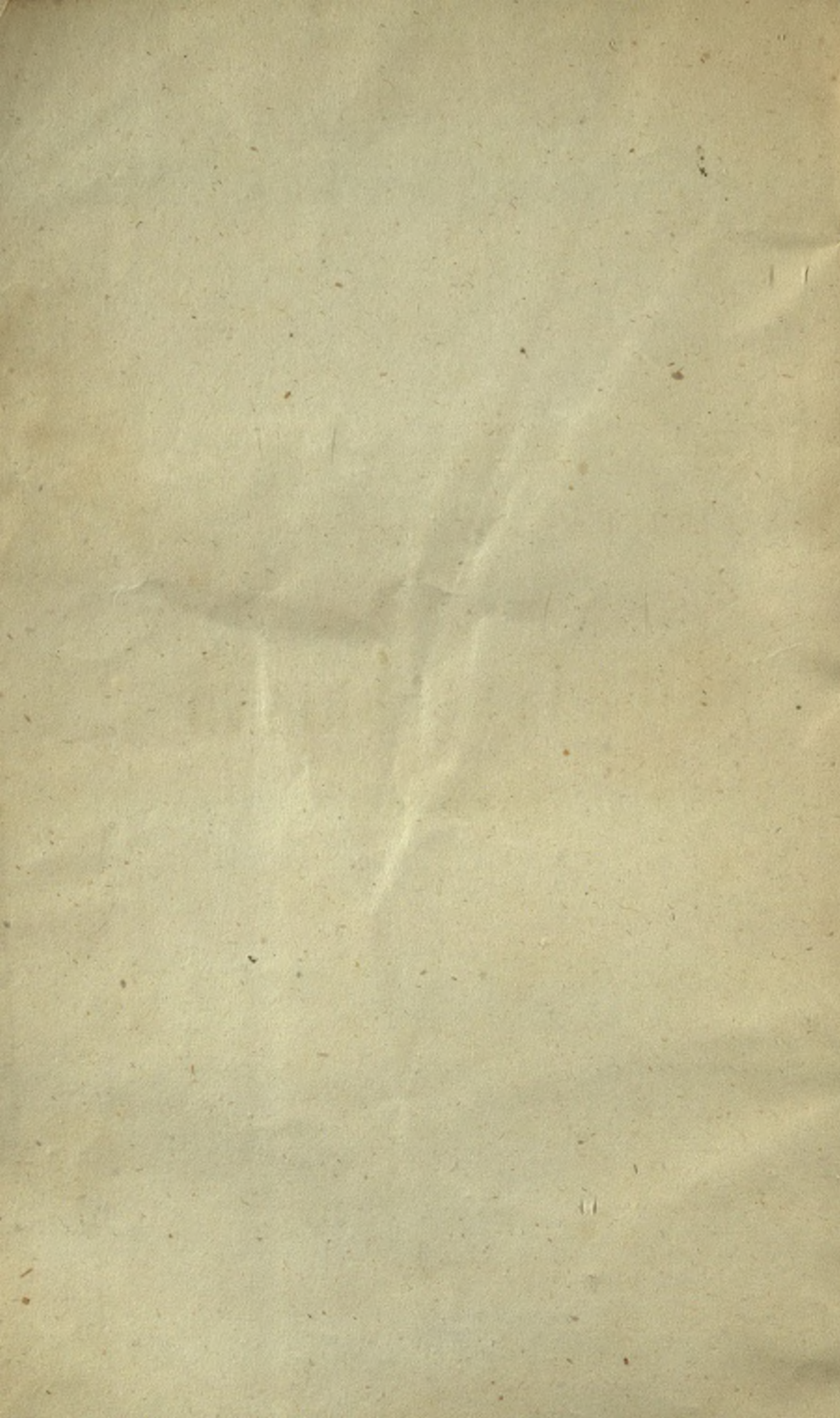


ŒUVRES COMPLÈTES

de

DE CHATEAUBRIAND.

TOME I.

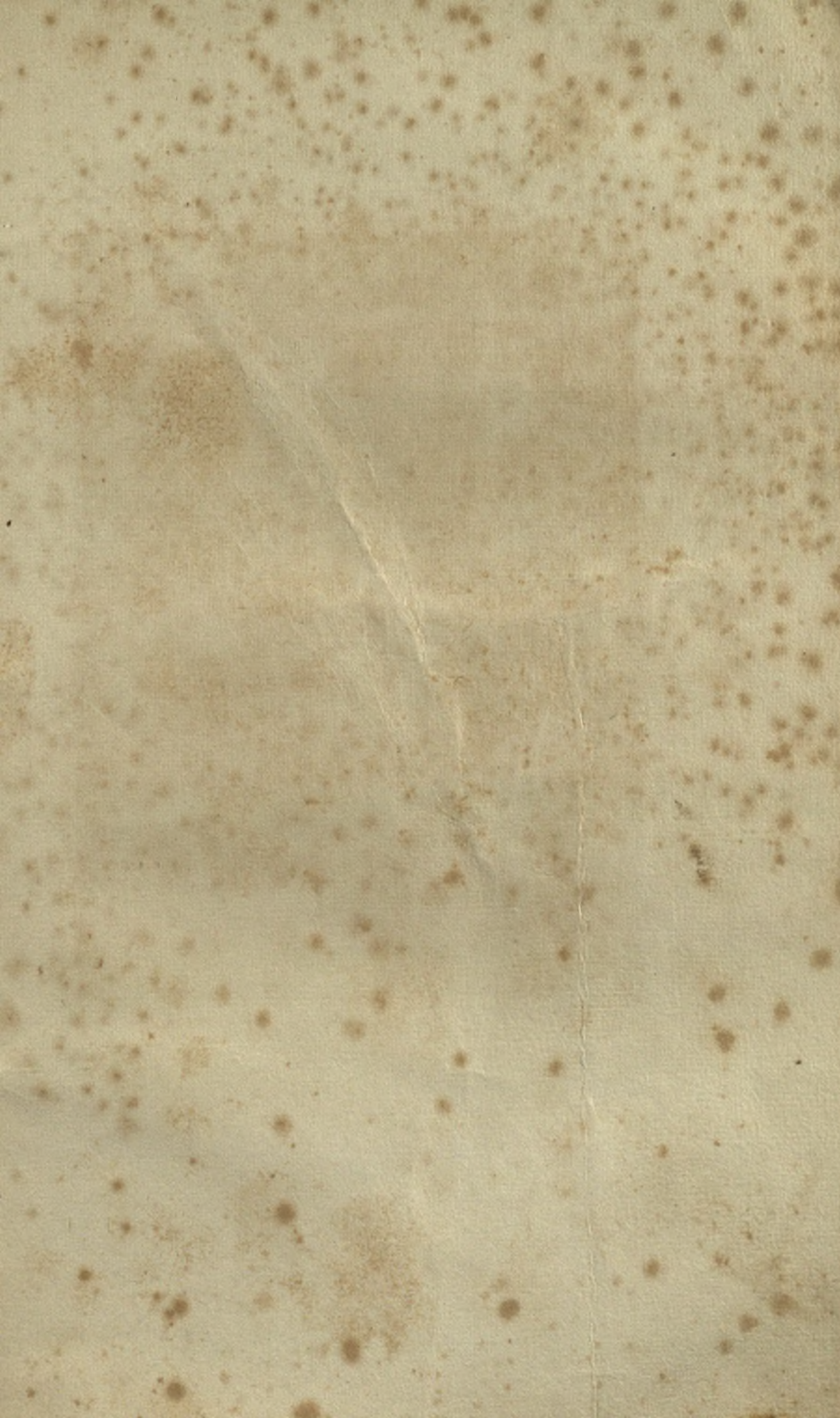


OBRAS COMPLETAS

DEL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

TOMO V.





Por Tío Blasco Soler

en Valencia

GÉNIO DEL CRISTIANISMO.

6.º 3.º

Pag. 172

BA 14472-DC NA 576623

ADI

JENIO

CDC
821
CHA
V.3

DEL

CRISTIANISMO,

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

Tomo tercero.



CEU
Biblioteca

B. Díez del Corral



VALENCIA:

IMPRESA DE CABRERIZO.

(Editor.)

1843.

32520

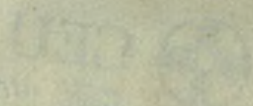
181

CRISTIANISMO,

LIBRO PRIMERO

DE CHATTAUBRIAND.

Tomo primero.



VAL ENOIA:

IMPRESA DE CARRERAS.

1811

1.2.18.

JENIO

DEL CRISTIANISMO.

—❁—
CUARTA PARTE.

CULTO.
—❁—

LIBRO SEGUNDO.

Sepulcros.
—❁—

CAPITULO PRIMERO.

SEPULCROS ANTIGUOS.

El Egipto.

Muy tristes serian los últimos deberes que con los hombres desempeñamos, si estuvieran despojados de las señales de la religion. La religion tuvo su oríjen en los sepulcros, y los sepulcros no pueden prescindir de ella: es cosa muy admirable que la voz de la esperanza se levante del fondo de la tum-

ba, y que el sacerdote del Dios vivo acompañe al monumento la ceniza del hombre: esto es en cierto modo la inmortalidad que camina al frente de la muerte.

De los funerales paso á hablar de los sepulcros que ocupan y hacen un gran papel en la historia de los hombres. Mas para apreciar mejor el culto con que los honran los cristianos, veamos de qué manera existieron en los pueblos idólatras.

Existe en la tierra un pais, cuya celebridad proviene en parte de sus sepulcros. En dos épocas distintas, atraídos por la belleza de sus ruinas y de sus memorias, los franceses han visitado esta célebre comarca. Este pueblo de San Luis está como interiormente ajitado de cierta majestad, que le obliga á mezclarse en las cosas grandes (como él mismo lo es) de todos los ángulos del mundo. Pero sin embargo, ¿ es cierto que las mómias sean un objeto digno de toda nuestra curiosidad? Diríase que los antiguos ejipticos temieron que llegase algun dia á ignorar la posteridad qué cosa era la muerte, y que quisieran que á pesar de los tiempos llegasen á ella muestras de los cadáveres.

Ni un solo paso se puede dar en aquel pais sin que se encuentre un monumento. Si se ve por ventura un obelisco, es un sepulcro: si los trozos de una columna, son un sepulcro: si una caverna subterránea, un sepulcro es tambien. Y cuando la luna, levantándose por detras de la gran pirámide, llega á aparecer sobre el vértice de aquel sepulcro inmenso, os parecerá que veis el faro mismo de la

muerte , y que vagais verdaderamente sobre la orilla del rio , por el cual en tiempos antiguos pasaba el barquero infernal todas las sombras.

CAPITULO II.

Los griegos y los romanos.

Los griegos y los romanos por lo comun enteraban á la jente vulgar á la entrada de las ciudades y á la orilla de los caminos públicos , sin duda porque estos son los verdaderos monumentos del viajero. A los hombres célebres los enterraban regularmente á las orillas del mar.

Estas especies de señales fúnebres , que desde lejos anunciaban al navegante la costa y los escollos, eran sin duda para él materia de muy sérias reflexiones. ¡Ah! ¡que tempestuoso mar debería parecerle un elemento el mas fiel y seguro, junto á aquella tierra en que otras tormentas habian hecho zozobrar tan altas fortunas y tragádose varones tan ilustres! No lejos de Alejandría de Ejipto se veia el montecillo de arena, elevado á los manes del gran Pompeyo por la compasion de un liberto y de un soldado viejo ; junto á las ruinas de Cartago , y encima de un peñasco, la estatua armada consagrada á la memoria de Caton ; el mausoleo de Scipion , en las costas de Italia , designaba el lugar en que este grande hombre murió desterrado de su patria ; y la tumba de Ciceron , el en que fue asesinado tan indignamente aquel padre de la patria.

Mas en tanto que la funesta Roma erijia á la orilla del mar estos monumentos de su injusticia, la Grecia, mucho mas humana, elevaba en los mismos sitios otros mucho mas risueños. Los discípulos de Platon y de Pitágoras, bogando hácia el Ejipto con deseos de instruirse acerca de la naturaleza de los dioses, pasaban por en frente de la isla de Io, y á la vista del sepulcro de Homero. Nada mas natural que el cantor de Aquiles reposase bajo la proteccion de su madre Tétis: podria aun suponerse que el espíritu del poeta se complacia en recitar las desgracias de Ilion á las Nereidas, y que disputaba á las sirenas el lauro del concierto en las hermosas noches de la Jonia.

CAPITULO III.

SEPULCROS MODERNOS.

La China y la Turquía.

Los chinos tienen una costumbre muy tierna, cual es la de enterrar los parientes en sus jardines. ¡Es muy dulce oir en los bosques la voz de las sombras de sus padres, y tener siempre en el desierto algunos recuerdos!

Casi lo mismo observaron los turcos al otro extremo del Asia. El estrecho de los Dardanelos ofrece un espectáculo el mas filosófico. Por un lado se levantan los promontorios de la Europa con todas sus ruinas, y por otro las costas del Asia, cubiertas

de cementerios de islamistas. ¡Que costumbres tan diversas animaron estas costas! ¡cuantos pueblos yacen allí sepultados, desde que la lira de Orfeo hubo de reunir los salvajes, hasta el día en que volvieron estas famosas comarcas á la barbarie! Vosotros, pelasgos, helenos, griegos, meonios, pueblos de Ilus, de Sarpedon, de Eneas, habitantes del Ida, del Tmolo, del Meandro y del Pactolo, súbditos de Mitridates, esclavos de los Césares romanos, vándalos, tribus de godos, de hunnos, de francos y de árabes, todos vosotros erijisteis en aquellas orillas el culto de los sepulcros, y en esto solo fueron iguales vuestras costumbres. Burlándose la muerte á su arbitrio de las cosas y de los destinos humanos, ha prestado la tumba de un emperador romano al miserable despojo de un tártaro, y colocado en el sepulcro de Platon las cenizas de un Molah.

CAPITULO IV.

La Caledonia ó la antigua Escocia.

Cuatro piedras cubiertas de musgos marcan entre los matorrales de la Caledonia el sepulcro de los guerreros de Fingal. Pasaron Oscar y Malvina; pero nada se ha mudado en su solitaria patria. El montañes de Escocia se complace todavía en repetir los cantos de sus antepasados; es valiente aun, sensible y jeneroso, y sus costumbres modernas son como el grato recuerdo de las antiguas. No es

ya la mano del mismo bardo (permítasenos esta figura) la que se oye sobre el arpa, sino aquel leve rumorcillo de las cuerdas causado por el tacto de una sombra, que anunciaba por la noche en un soto desierto la muerte de un héroe.

Carril accompanied his voice. The music was like the memory of joys thad are past, pleasant, and mournful to the soul. The ghosts of departed Bards heard it from Slimora's side, soft sounds spread along the wood, and the silent valley of night rejoice. So when he sits, in the silence of noon, in the valley of his breeze, the humming of the mountain's bee comes to Ossian's ear: the gale drowns it often in its course; but the pleasant sound returns again.

»Carril acompañaba su voz. Su melodiosa y patética música se parecía á la memoria de las alegrías pasadas. Las sombras de los Bardos muertos la oyeron en los flancos de Slimora. Estendiéronse unos débiles sonidos á lo largo de los bosques, y los valles silenciosos de la noche se regocijaron. Asi en el silencio del medio dia, cuando Osian está sentado en el valle de sus apreciables brisas, el susurro de la abeja de la montaña llega hasta sus oídos: muchas veces el céfiro á su paso llévase consigo el sonido lijero; pero al cabo de un momento vuelve de nuevo á sentirle (1).»

(1) *Drowns, uoie.*

CAPITULO V.

Otaiti.

Mientras el hombre permanece en este mundo, se parece al ciego Osian, sentado junto á los sepulcros de los reyes da Morven : á cualquiera parte que dirijia su mano entre las sombras, toca las cenizas de sus padres.

Quando los navegantes penetraron por primera vez en el Océano pacífico, vieron desarrollarse á lo lejos en el inmenso espacio plácidas olas, bañadas continuamente de brisas aromáticas. Levantáronse luego del seno de la inmensidad islas desconocidas. Cubrian las costas bosquecillos de palmeras, confundidos con otros grandes árboles, que á lo lejos se hubieran creído altísimos helechos, y que bajaban en anfiteatro hasta la orilla del mar: las azuladas cumbres de las montañas coronaban majestuosamente aquellas florestas. Parecia que se balanceaban aquellas islas, ceñidas de bancos de coral, como unos hermosos bajeles anclados en medio de las mas tranquilas aguas: la antigüedad hubiera creído que Vénus habia anudado con su cintura estas nuevas Citereas, para defenderlas de las tempestades y borrascas.

En medio de aquellas ignoradas espesuras, colocó la naturaleza un pueblo tan hermoso como el cielo que le habia visto nacer. Los isleños de Otaiti no conocian mas vestido que una tela de cortezas

de higuera : habitaban bajo unos techos de hojas de morera sostenidos con postes de maderas olorosas, y surcaban las ondas en canoas con velas tejidas de juncos, y unas banderillas de flores y de plumas. Tenian danzas y asambleas consagradas á los placeres, y no eran desconocidas en aquellas riberas las canciones y los dramas amorosos. Todo respiraba la molicie de la vida : un dia lleno de calma y una noche silenciosa. Toda la ocupacion de los tranquilos salvajes de Otaiti, se reducía á acostarse cerca de los arroyuelos, imitar á competencia la pureza de sus ondas, y andar vestidos con sombreros y mantos de hojas. Los cuidados que ocupan los fatigosos dias de los demas hombres, no eran conocidos entre estos isleños; vagando por medio de los bosques, encontraban, como las aves cerca de sus nidos, la leche y el pan pendiente de las ramas de los árboles.

De esta manera se mostró Otaiti á los Willis, los Cooks y Bougainvilles; pero cuando se acercaron á sus costas, distinguieron algunos monumentos de las artes, que se unian á los de la naturaleza: los postes de los morais. ¡Oh vanidad de los placeres humanos! El primer pabellon que se descubre sobre estas riberas encantadoras, es el de la muerte, que se encumbra por cima de todas las felicidades de la tierra.

No pensemos, pues, que en aquellos lugares donde á primera vista no se distingue mas que una vida insensata, se ignoren los graves sentimientos, necesarios á todos los hombres. Tienen los de Otai-

ti sus ritos religiosos y sus ceremonias fúnebres como los otros pueblos; sobre todo piensan que hay un grande misterio en la muerte. Cuando se conduce algun cadáver al morai, todos huyen del paraje por donde ha de pasar, y el que dirige la pompa, pronuncia entonces en voz baja algunas palabras al oido del difunto. En llegando al sitio destinado para su reposo, no se oculta el cuerpo dentro de la tierra, sino que se pone en una cuna suspendida y se cubre con una canoa puesta boca abajo, símbolo del naufragio de la vida. Algunas veces viene una mujer á llorar cerca del morai; se sienta bañando los pies en el mar, y bajando la cabeza, cubre la cara con sus desmelenados cabellos: las olas acompañan el canto de su dolor, y su voz sube hácia el Omnipotente con la de la tumba y la del Océano pacífico.

CAPITULO VI.

Sepulcros cristianos.

Cuando en nuestra religion se habla del sepulcro, se eleva el tono, fortificase la voz, y se conoce que se trata del verdadero sepulcro del hombre. El monumento del idólatra, solo nos habla de lo pasado; el del cristiano, solo nos habla del porvenir. El cristianismo lo ha hecho todo lo mejor posible; porque jamás ha concebido las cosas á medias, como se verifica tan á menudo en los otros cultos. De ahí es que en lo respectivo á los sepulcros, dejando á un

lado las ideas intermedias, concernientes á los accidentes y á los sitios, se ha distinguido de las demas religiones por una costumbre sublime, cual es la de colocar las cenizas de los fieles en las sombras de los templos del Señor, y depositar los muertos en el seno del Dios vivo.

Licurgo no dudó establecer los sepulcros en medio de Lacedemonia; porque juzgaba, como nosotros, que las cenizas de los padres, lejos de abreviar los dias de los hijos, prolongan realmente su existencia, inspirándoles la moderacion y la virtud que conducen á una dichosa vejez. Las razones humanas que se han alegado en contra de esta razon divina, distan mucho de ser convincentes. ¿Por ventura muere menos jente en Francia que en el resto de Europa, donde los cementerios están aun dentro de las ciudades?

En la época en que en nuestro pais se quitaron los sepulcros de las iglesias, el pueblo, que no es tan previsor como los filósofos, ni tiene las mismas razones que estos para temer el fin de su vida, se opuso al abandono de las antiguas sepulturas. Y con efecto; ¿que títulos podian alegar los nuevos cementerios para sobreponerse á los antiguos? ¿Donde estaban sus hiedras, sus tejos, sus céspedes, alimentados hacia tantos siglos con los bienes de las tumbas? ¿Podian ellos mostrar los huesos sagrados de los abuelos, el templo, la casa del médico espiritual, y en fin, aquel aparato de religion, que prometia, que aseguraba un renacimiento muy próximo? En lugar de esos cemen-

terios frecuentados, nos señalaron en algún arrabal un cercado solitario abandonado de los vivos y de los recuerdos, y en donde la muerte, despojada de todo signo de esperanza, parecía que debiese ser eterna.

Es indudable: cuando se llega á tocar estas bases fundamentales del edificio, se desploman los conmovidos reinos (1). ¡Si al menos se hubieran contentado con cambiar el lugar de los sepulcros! pero no contentos con este primer ataque dirigido á las costumbres, desenterraron las cenizas de nuestros padres, y sacaron sus restos, como el estercolero saca y se lleva en su carro el cieno y la basura de nuestras calles.

Estaba reservado á nuestro siglo el ver lo que se miraba como la mayor desgracia entre los antiguos, el mayor suplicio que se imponía á los malvados, cual era la dispersion de las cenizas; y el ver esta dispersion aplaudida como la obra mas grande de la filosofía. ¿Y cual era el crimen de nuestros abuelos, para tratar de esta manera sus despojos? ¡no era otro que el de haber pensado como pensamos nosotros! Mas escuchad el fin de todo esto, y ved la prodijiosa estension del saber humano: en algunas ciudades de Francia se construye-

(1) Los antiguos hubieran creído destruido un estado, en donde hubiera sido violado el asilo de los muertos. Conocidas son las bellas leyes del Egipto sobre los sepulcros. Las de Solon separaban de la comunión del templo, y le abandonaban á las furias al violador de las tumbas. Las Institutas de Justiniano determinan hasta los legados, la herencia, la venta y el rescate de un sepulcro.

ron calabozos sobre el recinto que habian ocupado los cementerios; se colocaron las prisiones de los hombres en los campos, donde Dios habia decretado el término de toda esclavitud; se edificaron mansiones de dolor, para reemplazar á las moradas donde hallan su fin todas las penas. No quedó, en fin, mas que una semejanza, horrible á la verdad, entre aquellas prisiones y aquellos cementerios, y es la de que se ejecutaron las sentencias inicuas de los hombres en los mismos sitios donde Dios habia pronunciado los decretos de su inviolable justicia (1).

(1) Pasamos en silencio las abominaciones que se cometieron en los dias de la revolucion. No hay animal doméstico ninguno, que en una nacion un poco civilizada, no fuese sepultado con mas decencia que el cadáver de un ciudadano frances. Sabido es de qué modo se hacian los entierros, y como costaba poco, se echaba en un muladar á un padre, á una madre ó á una esposa. Aun alli no estaban seguros aquellos difuntos sagrados; porque habia hombres que tenian por oficio robar las mortajas, el ataud, ó el cabello del cadáver. Pero todas estas cosas solo deben atribuirse á un justo juicio de Dios, pues eran una consecuencia de la primera violacion en tiempo de la monarquia. Es de desear que se restituyan al féretro los signos de la religion, de que se le ha despojado, y sobre todo que no se confie á los perros la guarda de los cementerios. Tal es el exceso de miseria en que el hombre cae cuando aparta la vista de Dios, que no fiándose ya del hombre, de cuya fe nada le asegura, se ve reducido á colocar sus cenizas bajo la proteccion de los animales.

CAPITULO VII.

Cementerios del campo.

Los antiguos no tenían sitios mas agradables para sus sepulturas que nuestros cementerios campestres. Los prados, los campos, las aguas, los bosques, formando todo una alegre perspectiva, unian sus imágenes sencillas con los sepulcros de los labradores. ¡Que complacencia no causára el ver el grueso tejo que solo vejetaba por su corteza, los manzanos de la abadía, el vicioso césped, los álamos, los olmos de los muertos, los bojés, y las pequeñas cruces de consolacion y de gracia!

Elevábase en medio de estos apacibles monumentos el campanario del templo campestre coronado del rústico emblema de la vijilancia; y no se oia en aquellos sitios otro canto que el de las alondras, y el balido de las ovejas que pacian la yerba sobre el sepulcro del antiguo pastor.

Las varias sendas que atraviesan por la bendecida cerca, conducian é iban á parar á la iglesia ó á la casa del cura; todas estaban abiertas y holladas por el pobre y el peregrino, que iban á orar al Dios de los milagros, ó á pedir el pan de la limosna al hombre del Evangelio; mas no pasaban sobre estos sepulcros ni el indiferente ni el rico.

Todos los epitafios se reducian alli á *Guillermo ó Pablo nació en tal año, y murió en tal*; y aun en algunos no habia escrito nombre alguno. Yace olvi-

dado en la muerte el labrador cristiano, como aquellos vejetales útiles entre quienes ha vivido; tampoco graba la naturaleza el nombre de las encinas sobre sus troncos derrumbados en las selvas.

Sin embargo, recorriendo yo un día un cementerio campestre, vi un epitafio latino sobre una piedra pequeña, que denotaba ser el sepulcro de un niño. Sorprendido de esta magnificencia, me acerqué para admirar la erudicion del cura de la aldea, y leí estas palabras del Evangelio:

»Sinite parvulos venire ad me.»

Dejad que los pequeñuelos vengan á mí.

Los cementerios de la Suiza suelen colocarse algunas veces sobre las rocas (1), dominando los lagos, los precipicios y los valles. La cabra montés y el águila fijan allí su residencia, y la muerte crece sobre estos sitios escarpados, como aquellas plantas de los Alpes, cuya raiz está sumerjida bajo hielos eternos. El aldeano de Claris ó de San Gall, despues de su fallecimiento, es trasportado por su pastor á aquellos altos lugares. La pompa fúnebre del entierro es la pompa misma de la naturaleza, y la música, sobre las cumbres de los Alpes, las tonadas pastoriles, que recuerdan al suizo desterrado su padre, su madre, sus hermanas, y los balidos de los ganados de su montaña.

(1) Véase la nota A, al fin del volúmen.

La Italia presenta sus catacumbas, ó el humilde sepulcro de un mártir en los jardines de Mecenas ó de Lúculo. La Inglaterra tiene vestidos de lana sus muertos, y sus sepulcros sembrados de resedá; en estos cementerios de Albion, nuestros ojos enternecidos han encontrado alguna vez un nombre frances entre los epitafios extranjeros. Mas volvamos á los sepulcros de la patria.

CAPITULO VIII.

Sepulcros en las iglesias.

Traed por un instante á la memoria aquellos antiguos monasterios, ó aquellas catedrales góticas, cual existian no hace mucho tiempo. Recorred aquellos costados laterales del coro, aquellas naves oscuras, aquellos claustros que ha empedrado la muerte, y aquellos santuarios llenos de sepulcros. En ese laberinto de tumbas, ¿cuales llaman mas vuestra atencion? ¿Son por ventura aquellos monumentos modernos cargados de figuras alegóricas, que abruman con sus helados mármoles unas cenizas no menos heladas que ellos? ¡Vanos simulacros, que parece que participan del doble letargo del sepulcro en que yacen aquellas, y del de los corazones mundanos que los han erijido! ¡Apenas se les mira! La vista se detiene y fija en aquel sepulcro cubierto de polvo, sobre el cual se ve tendida la figura gótica de algun obispo revestido de las ropas pontificales, juntas las manos, y cerrados los ojos;

fíjase también en aquel monumento, donde un clérigo apoyado sobre el codo, y sosteniendo la cabeza con la mano, parece meditar en la muerte. El sueño del prelado y la postura del sacerdote tienen ciertamente algo de misterioso: represéntase el primero profundamente ocupado con lo que parece ver en los sueños de la tumba, y el segundo como un hombre que va de camino, y no quiere acostarse enteramente: ¡tan próximo está el momento en que debe levantarse!

¿Y quien es aquella gran señora que yace allí junto á su esposo? Ambos están vestidos con toda la pompa de los galos; un cojin sostiene sus cabezas, tan pesadas, al parecer, con los sueños de la muerte, que han llegado á hundir la almohada de piedra en que reposan: ¡dichosos estos dos esposos si no han tenido que hacerse en el lecho de su fúnebre himeneo algunas penosas confidencias! En el fondo de aquella capilla retirada, podeis ver cuatro escuderos de mármol, con sus completas armaduras de hierro, las manos juntas, y puestos de rodillas á los cuatro ángulos del sepulcro. ¿Eres tú por ventura, Bayardo, que volvias su rescate á las vírgenes para que se casasen? eres tú acaso, Beaumanoir, que bebias tu propia sangre en el combate de los Treinta? ¿ó eres tal vez algun otro caballero el que aqui yace? Parece que estos escuderos, antiguo honor del nombre frances, oran con fervor; pues á la verdad, por muy valerosos y guerreros que hubieran sido, no temieron menos á Dios en el fondo de su corazon. Gritando *Montjoie y Saint-*

Denis (1), era como arrancaban la Francia á los ingleses, y hacian milagros de valor por la iglesia, por su dama y por su rey. ¿Acaso no hay nada de maravilloso en aquellos tiempos de los Rolandos, de los Godofredos, de los señores de Couci y de Joinville? ¿en aquellos tiempos de los moros, de los sarracenos, de los reinos de Jerusalem y de Chipre? ¿en aquellos tiempos, en que el Oriente y el Asia cambiaban de armas y de costumbres con la Europa y el Occidente? ¿en aquellos tiempos, en fin, en que Tibaldo cantaba, y se mezclaban los poetas con las armas, las danzas con la religion, y las carreras y torneos á los sitios y á las batallas? (2).

(1) Gritos de guerra que los franceses daban antiguamente en las batallas.

(2) Mucho se debe sin duda al artista, que recojió los despojos de nuestros antiguos sepulcros: pero en cuanto á los efectos de los mismos se conoce demasiadamente que no son mas que ruinas. Encerrados en un corto espacio, divididos por siglos, privados de sus armonias con la antigüedad, de los templos y del culto cristiano, sirviendo únicamente para la historia del arte, y no para la de las costumbres ni de la religion; no habiendo guardado tampoco ni conteniendo ya sus cenizas, nada dicen á la imaginacion ni al corazon. Cuando unos hombres abominables pensaron violar el asilo de los muertos, y dispersar sus cenizas para borrar la memoria de lo pasado; por horrible que fuese esta idea, podia tener á los ojos de la locura humana cierta depravada grandeza: mas esto era empeñarse en trastornar el mundo, no dejar en Francia piedra sobre piedra, y llegar por entre las ruinas a instituciones desconocidas. Sumerjirse en estos escesos para quedar en rumbos comunes, y mostrar solamente ineptitud y falta de razon, es estar poseidos de todos los furors del crimen, careciendo del poder. ¿Que ha sucedido a esos despojadores de cadáveres? Que han caido en el propio abismo que ellos habian abierto, quedándose la muerte con sus cuerpos como en prenda de lo que habian robado.

Maravillosos eran ciertamente aquellos tiempos; pero pasaron ya. La religión había advertido á los caballeros de esta vanidad de las cosas humanas, cuando despues de una larga enumeracion de títulos pomposos, como los de *alto y poderoso señor, miser Ana de Montmorency, condestable de Francia, &c.*, añadía, *rogad por este pobre pecador. He aqui toda la nada* (1).

Por lo que mira á los sepulcros subterráneos, estos se reservaban jeneralmente para los reyes y religiosos. Si alguno queria nutrir su espíritu con útiles y sérios pensamientos, era preciso que bajase á las bóvedas de los conventos, y que contemplase aquellos solitarios dormidos, no menos tranquilos en sus fúnebres moradas, que lo habian sido sobre la tierra. ¡Sea profundo vuestro sueño bajo esas bóvedas, hombres de paz, que legasteis vuestra herencia mortal á vuestros hermanos, y como aquel héroe de la Grecia, yendo á la conquista de otro universo, no os reservasteis mas que la esperanza!

CAPITULO IX.

San Dionisio.

En otro tiempo se veian cerca de París los sepulcros mas famosos entre cuantos edifican los hombres. Los extranjeros iban en gran número á visitar las maravillas de San Dionisio. De alli salian una

(1) *Jonhson* en su *Tratado de los Epitafios*, cita como sublime esta espresion sencilla de la religión.

profunda veneracion hácia la Francia , y se volvian diciendo dentro de sí mismos , como San Gregorio: *Verdaderamente que esta nacion es la mayor entre todas las naciones.* Pero levantose el furioso huracan de la cólera alrededor del edificio de la muerte; estrelláronse contra él las olas de los pueblos; y asombrados los hombres , se preguntan todavía: *¿Como ha desaparecido el templo de AMMON bajo las arenas de los desiertos?*

La gótica abadía donde se reunian estos grandes vasallos de la muerte, no carecia de gloria; las riquezas de la Francia estaban á sus puertas; el Sena pasaba á la estremidad de su llanura; los sitios mas célebres llenaban á corta distancia todas aquellas comarcas y campos de gloriosos recuerdos, y de los mas hermosos nombres; la ciudad de Henrique IV y de Luis el Grande , estaba situada en las cercanías; y el panteon real de San Dionisio se hallaba en el centro de nuestro poder y de nuestro lujo , como un vasto relicario donde se depositaban los resíduos del tiempo , y la superabundancia de las grandezas de la monarquía francesa.

Alli iban sucesivamente á sumerjirse los reyes de la Francia. El último que bajaba á aquellos abismos , quedaba en las escaleras del subterráneo , como para convidar á su posteridad á que descendiese. Sin embargo , Luis XIV esperó en vano á sus dos últimos hijos; porque el uno se precipitó al fondo de la bóveda , dejando á su grande abuelo en el umbral , y el otro desapareció en una tempestad como Edipo. ¡Cosa digna de eterna meditacion! el

primer monarca que encontraron los enviados de la justicia Divina, fue aquel Luis, tan famoso por la obediencia que le rindieron las naciones. Todavía estaba entero en su ataúd. En vano pareció que se levantaba para defender su trono con la majestad de su siglo, y una retaguardia de ocho siglos de reyes; en vano su aspecto amenazador espantó los enemigos de los muertos, cuando precipitado en una fosa comun, cayó sobre el seno de María de Médicis. Todo se destruyó. El Señor en la efusion de su ira habia jurado por sí mismo castigar á la Francia. No busquemos en la tierra las causas de semejantes acontecimientos: tienen un oríjen mucho mas elevado.

En tiempo de Bossuet apenas podia ya depositarse en el panteon de *aquellos príncipes anonadados* el cadáver de madama Enriqueta: »*¡Tanto se han estrechado y cerrado las filas de los difuntos!*» esclama el mas elocuente de los oradores. *¡Tan prontamente llena la muerte esos vacíos!* A vista de los siglos, cuyas olas ya trascurridas murmuran aun en aquellas cavidades, se abate el espíritu con el peso de los pensamientos que le oprimen. El alma se estremece toda al contemplar tanta grandeza. Cuando por una parte se busca una espresion bastante maguífica para pintar lo que hay alli de mas elevado, la otra mitad del objeto mismo, exige el término mas bajo para espresar lo que hay de mas vil. Aqui se abaten y bajan las sombras de las envejecidas bóvedas, para confundirse con las de los antiguos sepuleros; alli unas rejas de hierro circu-

yen inútilmente aquellos féretros , sin poder defender la muerte de los asaltos de los hombres. ¡Escuchad el sordo trabajo del gusano del sepulcro, que parece hilar en todas esas tumbas las indestructibles redes de la muerte! Todo anuncia que se descendió al imperio de las ruinas; y al percibir cierto olorcillo de polvo estendido por aquellos fúnebres depósitos , parece que se respiran los tiempos pasados.

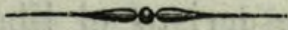

¡Lectores cristianos! perdonad las lágrimas que corren y manan de mis ojos , cuando me figuro marchar en medio de aquellos augustos descendientes de San Luis y de Clodoveo. Si apartando repentinamente la mortaja que los cubre , ¡se enderezarán aquellos monarcas en sus atahudes, y fijarán en nosotros sus centelleantes ojos , á la luz de la lámpara sepulcral....! Sí: yo veo incorporarse todos esos espectros reales; los reconozco y distingo su linaje; aun me atrevo á preguntar á esas majestades del sepulcro : ¡Y bien , pueblo real de fantasmas! dime ¿querrias ahora resucitar, á trueque de ceñirte una corona? ¿Te estimula aun la posesion del trono....? Pero ¿de donde nace ese profundo silencio? ¿por que has enmudecido bajo esas bóvedas? ¡Oh fantasmas! ¡moveis vuestras cabezas reales , de las cuales cae como una nube de polvo; vuestros ojos vuelven á cerrarse y os recostais de nuevo lentamente en vuestros sepulcros!

¡Ah! si yo hubiera preguntado á esos muertos campestres , cuyas cenizas visité hace poco , ellos hubieran abierto suavemente los céspedes de sus

sepulturas; y saliendo de la tierra como unos vapores resplandecientes, me hubieran respondido: »Si Dios lo dispone así, ¿por que no hemos de querer resucitar? ¿por que no hemos de pasar aun con resignacion algunos dias en nuestras chozas? Nuestra azada no era tan pesada como juzgais, y nuestros mismos sudores tenian tambien sus dulzuras, cuando los enjugaba una tierna esposa, ó la religion los bendecia.»

Mas ¿adonde me ha conducido la descripcion de esos sepulcros, borrados ya de la faz de la tierra? ¡Ya no existen aquellas famosas sepulturas! Los huesos de tan poderosos monarcas, han servido á los muchachos de juguete: San Dionisio está desierto. En lugar del eterno cántico de la muerte que resonaba dentro de aquellas bóvedas, solamente se oyen las gotas de la lluvia que caen por su roto y descubierto techo, el estrépito de tal cual piedra que se desgaja del arruinado edificio, ó el sonido de su reloj, que va corriendo por los sepulcros vacíos, y por los derruidos y solitarios subterráneos (1).

(1) Véase la nota B, al fin del volumen.

LIBRO TERCERO.**Idea jeneral del clero.**
CAPITULO PRIMERO.*De Jesucristo y de su vida.*


Cuando se aproximaba el tiempo en que debia aparecer sobre la tierra el Redentor, esperaban las naciones algun personaje famoso. »Habíase esparcido por el oriente, dice Suetonio, una antigua y constante tradicion de que en Judea se levantaria un hombre que tendria el imperio universal.» Tácito cuenta el mismo hecho casi con las propias palabras. Segun este historiador, »la mayor parte de los judíos estaban convencidos, segun un oráculo conservado en los antiguos libros de sus sacerdotes, de que en aquel tiempo (el de Vespasiano) el oriente prevaleceria, y que uno saldria de Judea y reinaria sobre el mundo.»

Hablando Josefo de la ruina de Jerusalem, refiere que los judíos fueron principalmente impelidos á la rebelion contra los romanos, por una obscura profecía, que les anunciaba que hácia aquella época se elevaria entre ellos un hombre y dominaria

el universo (1). Habíanse cumplido ya las setenta semanas de Daniel, ó los cuatrocientos noventa años desde la restauracion del templo. Orígenes, despues de haber referido estas tradiciones de los judíos, añade: »que un gran número de ellos reconocieron en Jesucristo el libertador prometido por los profetas.»

Entre tanto preparaba el cielo los caminos del Hijo del Hombre, y las naciones que estaban desunidas mucho tiempo habia en costumbres, gobierno y lenguaje, mantenian enemistades hereditarias, cuando he aqui que cesa de repente el estruendo de las armas, y los pueblos reconciliados vienen á confundirse con el pueblo romano.

Por una parte la relijion y las costumbres habian llegado á aquel grado de corrupcion que produce forzosamente una mudanza en las cosas humanas, y por otra los dogmas de la unidad de un Dios y de la inmortalidad del alma comenzaron á estenderse (2). Asi se abrieron los caminos á la doctrina evangélica que una lengua universal iba á propagar por todo el mundo.

El imperio romano se componia de naciones, las mas salvajes, las otras civilizadas, y la mayor parte infinitamente desgraciadas: la sencillez de Cristo para las primeras, sus virtudes morales para las segundas, y para todas su misericordia y su caridad, eran medios de salud de que el cielo usaba, y con tanta eficacia, que pasados dos siglos despues

(1) Joseph., *de Bell., Judaic.* páj. 1283.

(2) Véase la nota C, al fin del volúmen.

de la venida del Mesías, decia Tertuliano á los jueces de Roma: »Nuestra existencia empezó ayer, y ya lo llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas y vuestras fortalezas, vuestros campos y colinas, vuestras tribus y decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado y el foro: tan solo os hemos dejado los templos: *Sola relinquimus templa.*»

A la grandeza de los preparativos naturales se agregó el esplendor de los prodijios. Aparece en el Oriente una nueva estrella, Gabriel desciende á la casa de María, y un coro de espíritus bienaventurados canta en lo alto de los cielos: *¡Gloria á Dios, paz á los hombres!* Estiéndese de repente la voz de que el Salvador ha nacido en la Judea, no entre púrpura, sino en el humilde asilo de la indijencia; no ha sido anunciado á los grandes y á los soberbios, sino que los ángeles le han revelado á los pequeños y á los sencillos: no ha reunido alrededor de su cuna á los afortunados de la tierra, sino á los desgraciados, y por este primer acto de su vida se ha declarado con preferencia el Dios de los miserables.

Detengámonos aqui y hagamos una reflexion. Desde el principio de los siglos vemos á los reyes, los héroes, los hombres famosos llegar á ser los héroes de las naciones. Pero he aqui que el hijo de un carpintero, en un rincon de Judea, es un modelo de dolores y de miseria; es afrentado públicamente en un patíbulo; escoje sus discípulos de entre la ínfima plebe, no predica mas que sacrificios, renuncia las pompas del mundo, el placer y el poder;

prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al sano, y todo lo que llora, lo que padece, todo lo que se ve abandonado del mundo, constituye sus delicias, amenazando, por el contrario, al poder, la fortuna y la felicidad. Establece entre los hombres relaciones nuevas, un nuevo derecho de jentes, una nueva fe pública, y triunfando así de la religión de los Césares, se sienta en su trono y llega á sojuzgar la tierra. No; aun cuando la voz del mundo entero se levantase contra Jesucristo, aunque todas las luces de la filosofía se reuniesen contra sus dogmas, jamás se nos persuadirá de que es una religión humana la que se funda en semejante base. El que ha podido hacer adorar á una cruz, el que ha ofrecido á los hombres para objeto de culto la humanidad doliente y la virtud perseguida, este mismo, lo juro, no puede dejar de ser un Dios.

Jesucristo aparece en medio de los hombres lleno de gracia y de verdad, y la autoridad y la dulzura de su palabra arrastran los corazones. Viene para ser el mas desgraciado de los mortales y todos sus prodijios son á favor de los desventurados. En sus milagros, dice Bossuet, brilla mas la bondad que el poder. Para inculcar sus preceptos escoje el apólogo ó la parábola que se graba facilmente en el ánimo de los pueblos, y andando por los campos, da por todas partes sus lecciones. Al ver las flores de la campiña exhorta á sus discípulos á que confien en la Providencia que sostiene la débil planta y alimenta al pajarillo: descubriendo

los frutos de la tierra, enseña á juzgar al hombre por sus obras; se le presenta un niño y recomienda la inocencia; encontrándose en medio de los pastores, se da á sí mismo el título de *pastor de las almas*, y se les representa llevando en hombros una oveja descarriada. En la primavera se sienta en una montaña, y de los objetos que le rodean saca argumento con que instruir á la multitud que le cerca, y del espectáculo mismo de aquella multitud pobre y desgraciada hace nacer sus bienaventuranzas. *Bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre y sed, &c.* Los que observan estos preceptos y los que los desprecian, son comparados á dos hombres que construyen dos casas diferentes; el uno sobre un peñasco y el otro sobre arena movediza. Cuando pide agua á la mujer de Samaria, la pinta su doctrina bajo la bella imájen de un manantial de agua viva.

Los mas violentos enemigos de Jesucristo no se atrevieron jamás á atacar su divina persona. Celso, Juliano, Volusio, todos confiesan sus milagros, y Porfirio refiere que los mismos oráculos de los paganos, le apellidaban hombre ilustre por su piedad. Tiberio quiso ponerle en la clase de los dioses, y segun Lampridio, Adriano le erigió templos, y Alejandro Severo le reverenciaba con las imájenes de las almas santas entre Orfeo y Abraham; Plinio dió un ilustre testimonio de la inocencia de aquellos primeros cristianos que observaban de cerca los ejemplos del Redentor. No hay filósofo alguno de la antigüedad, á quien no se haya

echado en cara algun vicio; hasta los patriarcas tuvieron sus debilidades: Cristo es el único libre de manchas, siendo asi la copia mas brillante de aquella belleza soberana que reside en el trono de los cielos. Puro y sagrado como el tabernáculo del Señor, respirando tan solo el amor de Dios y de los hombres, siendo infinitamente superior á la gloria vana del mundo; por en medio de los dolores llevaba adelante el gran negocio de nuestra salvacion, obligando á los hombres por el ascendiente de sus virtudes á abrazar su doctrina, y á imitar una vida que se veian precisados á admirar (1).

Su carácter era dulce, franco y tierno; su caridad sin límites. De ella nos da el apóstol una idea en dos palabras: iba haciendo bien. Su resignacion á la voluntad de Dios resplandece en todos los momentos de su vida. Amaba, conocia la amistad: Lázaro, el hombre que sacó del sepulcro era su amigo: por el sentimiento mas grande de la vida fue por el que hizo su mayor milagro. También fue un modelo del amor á la patria: *»Jerusalen, Jerusalen, esclama, pensando en el juicio que amenaza á esta ciudad culpable, he querido reunir tus hijos, asi como la gallina junta bajo sus alas sus polluelos; pero tú no lo has querido.»* Echando desde lo alto de una colina sus miradas sobre aquella ciudad condenada por sus crímenes á una horrible destruccion, no pudo contener sus lágrimas:

(1) Véase la nota D, al fin del volumen.

¡Vió la ciudad, dice el apóstol, y lloró! No fue menos admirable su tolerancia, cuando rogándole sus discípulos que hiciese bajar fuego del cielo sobre un pueblo de samaritanos que le habian negado la hospitalidad, respondió con indignacion: No sabeis lo que pedis.

Repetia á cada instante: *Amaos los unos á los otros. Padre mio*, exclamaba viéndose en poder de los verdugos, *perdonadlos, porque no saben lo que se hacen.* Al separarse de sus amados discípulos prorumpió de repente en llanto, experimentó todos los horrores del sepulcro, las angustias de la cruz, corrió por sus divinas mejillas un sudor de sangre, se quejó de que su padre le habia abandonado, y cuando el ángel le presentó el cáliz: *¡Oh, Padre mio!* dijo, *aparta de mí este cáliz, si es posible; pero si debo beberle, hágase tu voluntad.* Y entonces fue cuando salieron de su boca aquellas palabras que espresan lo agudo de su dolor: *Mi ánima está triste hasta la muerte.* ¡Ah! si la moral mas pura y el corazon mas tierno, si una vida pasada en combatir el error y en aliviar los males de los hombres, son los atributos de la divinidad, ¿quien puede negar la de Jesucristo? Siendo un modelo de todas las virtudes, la amistad le ve dormido en el seno de San Juan, ó encomendando su madre á este discípulo: la caridad le admira en el juicio de la mujer adúltera; por todas partes le halla la compasion bendiciendo la afliccion del desdichado; su inocencia y su candor se manifiestan en su amor á la niñez; brilla la fortaleza de su alma en medio de

los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia.

CAPITULO II.

CLERO SECULAR.

Jerarquía.

Después que Jesucristo hubo dado sus instrucciones á sus discípulos, subió al Tabor y desapareció. Desde aquel momento subsiste la iglesia en los apóstoles, habiéndose establecido á un tiempo entre judíos y gentiles. San Pedro en un solo sermón convierte cinco mil hombres en Jerusalem, San Pablo recibe su misión para las naciones infieles, y el príncipe de los apóstoles pone inmediatamente los cimientos del poder eclesiástico en la capital del imperio romano (1). Reinaban todavía los primeros Césares, y ya andaba al pie de su trono entre la multitud el sacerdote desconocido que habia de reemplazarles en el Capitolio. Comienza la jerarquía: Lino sucede á Pedro, Clemente á Lino, y esta cadena de pontífices herederos de la autoridad apostólica que nos une á Jesucristo (2), aun no se ha interrumpido en el transcurso de mas de dieziocho siglos.

Con la dignidad episcopal se ven establecer desde el principio otras dos grandes divisiones de la jerarquía, que son el *sacerdocio* y el *diaconado*.

(1) Véase la nota E, al fin del volumen.

(2) Véase la nota F, al fin del volumen.

San Ignacio exhorta á los magnesianos á que obren en union con su obispo, que ocupa el lugar de Jesucristo, con sus sacerdotes, que representan á los apóstoles, y con sus diáconos, que tienen á su cargo el cuidado de los altares (1). Pio, Clemente de Alejandría, Orienes y Tertuliano confirman estos grados (2).

Aunque no se menciona á los metropolitanos ó arzobispos hasta el concilio de Nicea, este mismo concilio habla no obstante de aquella dignidad como de un grado de jerarquía establecido mucho tiempo antes. San Atanasio y San Agustin citan metropolitanos que existian antes de la época de aquella reunion: desde el segundo siglo está calificada Leon de ciudad metropolitana en las actas civiles, y San Ireneo, que era su obispo, gobernaba toda la iglesia galicana.

Son varias las opiniones acerca del oríjen del patriarcado, aunque Baronio, de Marca, y Richerio, dicen que empezó en tiempo de los apóstoles.

Desde el principio se dió indistintamente el nombre de cardenal á los primeros titulares de las iglesias, y como estos cabeza del clero eran comunmente hombres distinguidos por sus ciencias y sus virtudes, los papas les consultaban sobre los negocios árdus: de este modo llegaron á ser poco á poco el consejo permanente de la Santa Sede, y

(1) Ignat., *Ep. ad Magnes.*, n.º vi.

(2) Plus, ep. II; Clem. Alex., *Strom.*, lib. vi, pag. 667; Orig., hom. II, in *Num.*, hom. in *Cantic.*, Tertull., de *Monogam.*, cap. xi; de *Fuga*, cap. xii; de *Baptismo*, cap. xvii.

el derecho de elegir soberano pontífice pasó á ellos cuando la comunión de los fieles se hizo demasiado numerosa para poder congregarse.

Las mismas causas que habian dado oríjen á los cardenales cerca de los papas, lo fueron tambien de la creacion de los canónigos cerca de los obispos, reduciéndose á un corto número de sacerdotes que componian la córte episcopal. Aumentáronse luego los negocios de la diócesis, y los individuos del sínodo se vieron obligados á distribuirse el trabajo, y unos tomando el nombre de *vicarios*, otros de *vicarios jenerales*, &c., segun la estension de su encargo. El consejo entero tomó el nombre de *cabildo*, y cada consejero el de *canónigo*, que significa precisamente administrador canónico.

Los simples sacerdotes, y aun los laicos que nombraban los obispos para la direccion de una comunidad religiosa, dieron oríjen á la institucion de los abades, y luego veremos cuan útiles fueron las abadías á las letras, á la agricultura, y en jeneral á la civilizacion de la Europa.

Las parroquias se formaron en la época en que se subdividieron las órdenes principales del clero, y llegando á ser tan estensos los obispados, que los sacerdotes de la metrópoli no podian llevar los socorros espirituales y temporales á los extremos de la diócesis, se erijieron luego iglesias en los campos, y los ministros destinados á estos templos campestres, tomaron al cabo de mucho tiempo el nombre de *curas*, sin duda del latin *cura*, que significa *cuidado*, *fatiga*. El nombre á lo menos no era

orgullosos, y pudiera haberseles permitido, pues, que tan bien llenaban las condiciones de tal dictado (1).

Ademas de las iglesias parroquiales, se construyeron capillas sobre los sepulcros de los mártires y de los solitarios. A estos templos particulares se les denominaba *martirium* ó *memoria*, y por una idea, aun mas dulce y filosófica, se les llamaba tambien *cementerios*; derivacion de una palabra griega que significa *sueño* (2).

Por último, los beneficios eclesiásticos seculares debieron su origen á los *ágapes*, ó comidas de los primeros cristianos. Cada fiel presentaba algunas limosnas para el sustento del obispo, del sacerdote y del diácono, y para el socorro de los enfermos y extranjeros (3). Algunas personas ricas, príncipes, ciudades enteras, dieron despues tierras á la iglesia en lugar de aquellas limosnas inciertas: divididos estos bienes en diferentes porciones por el consejo de los superiores eclesiásticos, tomaron el nombre de prebendas, canonicatos, encomiendas, beneficios curados, beneficios servideros, simples ó claustrales, segun los grados jerárquicos del administrador á cuyo cargo se confiaron (4).

(1) Véase sobre la jerarquía de la iglesia la *Institucion del derecho eclesiástico* de Fleury. San Atanasio dice en su segunda apolojía, que en su tiempo habia ya diez iglesias parroquiales establecidas en el Mareotis, que dependia de la diócesis de Alejandría.

(2) Fleury, *Hist. Ecles.*

(3) San Just., *Apol.*

(4) Héric., *Lois eccl.*, p. 204-13.

En cuanto á los fieles en jeneral, todo el cuerpo de cristianos primitivos se distinguia en *creyentes ó fieles*, y en *catecúmenos* (1). El privilegio de los *creyentes* era el de ser recibidos á la santa mesa, de asistir á todas las oraciones de la iglesia, y pronunciar la oracion dominical (2), que San Agustin llama por esta razon *oratio fidelium*. Los *catecúmenos* no podian asistir á todas las ceremonias, ni se trataba de los misterios delante de ellos, sino con parábolas oscuras (3).

El nombre de lego se inventó para distinguir al hombre que no estaba ligado á las órdenes del cuerpo jeneral del clero. El título de *clérigo* se formó al mismo tiempo: *laici y clericus* se leen á cada pájina en los antiguos autores. Usábase de la denominacion de *eclesiástico*, asi para hablar de los cristianos por oposicion á los jentiles (4), como para designar el clero con relacion á los fieles: finalmente, el glorioso título de *católico*, ó universal, se atribuyó á la iglesia desde su nacimiento. Eusebio, Clemente Alejandrino y San Ignacio lo testifican. Preguntando Poleimon el juez á Piono el mártir, de qué iglesia era, respondió el confesor: *De la iglesia católica; porque Jesucristo no conoce otra* (5).

Al tratar de esta jerarquía, tengamos presente

(1) Eus., *Demons. Evanj.*, lib. vii, cap. 2.

(2) *Constit. Apost.*, lib. viii, cap. 8 et 12.

(3) Theod., *Epit. div. dog.*, cap. xxiv, Aug., *Serm. ad Neophytos; in append.*, t. x, p. 845.

(4) Eus., lib. v, cap. vii; lib. v, cap. xxvii; Cyril., *Catech.* xv, n.º 4.

(5) *Act. Pion.*, ap. *Bar.*, an. 254, n.º 9.

que San Jerónimo la compara á la de los ángeles, y no olvidemos tampoco los caminos por donde la cristiandad hizo admirar su sabiduría y su fortaleza; es decir, los concilios y las persecuciones. »Acordaos, dice La Bruyere, acordaos de aquel grande y primer concilio, en que los PP. que le componian eran admirados, y se distinguia cada uno de por sí por algun miembro mutilado ó por las cicatrices que les habia dejado el furor de las persecuciones; parecia que sus heridas les concedian el derecho de tomar un asiento en aquella asamblea jeneral de toda la iglesia.»

¡Deplorable espíritu de partido! Voltaire que se manifiesta horrorizado de la sangre y amante de la humanidad, trata de persuadir que hubo pocos mártires en la primitiva iglesia (1), y como si nunca hubiese leído los historiadores romanos, llega hasta negar aquella primera persecucion de que Tácito nos hace una horrorosa pintura. El autor de Zaira, que conocia el poder de la desgracia, temió que se conmoviesen los corazones con la descripción de los padecimientos de los cristianos: quiso arrancarles, en fin, aquella corona de martirio que los hacia interesantes á un corazon sensible, y arrebatárselos hasta el hechizo de sus lágrimas.

He bosquejado el cuadro de la jerarquía eclesiástica: añadid á él el clero regular de que hablaré muy luego, y tendreis la iglesia de Jesucristo toda entera. Me atrevo á decir que ninguna otra

(1) En su *Ensayo sobre las costumbres*. Véase la nota G, al fin del volumen.

religion sobre la tierra ha ofrecido un sistema semejante de beneficios, de prudencia y de prevision, de fortaleza y mansedumbre, de leyes morales y religiosas. No hay cosa mas sábiamente ordenada, que aquellos coros que empezando por el último cantor de la aldea, se elevan hasta el trono pontificio que sostienen y que los corona. De esta suerte atendia la iglesia á nuestras diversas necesidades por medio de sus diferentes órdenes. Artes, letras, ciencias, legislación, política, instituciones literarias, civiles y religiosas, fundaciones á favor de la humanidad, todos estos magníficos beneficios llegaban á nosotros por medio de las clases superiores de la jerarquía, en tanto que las obras menores, digámoslo así, de la caridad y de la moral, se repartian por las clases inferiores entre la ínfima plebe. Si hubo un tiempo en que la iglesia fue pobre, desde el primero hasta el último escalon, fue porque la cristianidad era tan indigente como la iglesia misma; pero no podia exigirse que el clero permaneciese pobre cuando crecia en derredor suyo la opulencia. Esto seria querer que perdiese toda consideracion, y que se sustrayesen á su autoridad moral ciertas clases de la sociedad, con las cuales no hubiera podido vivir. La cabeza de la iglesia era príncipe para poder hablar á los príncipes; los obispos puestos al igual con los grandes, se atrevian á instruirles en sus obligaciones; los sacerdotes seculares y regulares, haciéndose superiores á las necesidades de la vida, alternaban con los ricos, cuyas costumbres purificaban, y el simple párroco se acercaba al pobre á

quien debia aliviar con sus beneficios y consolarle con su ejemplo.

No quiero decir con esto que el mas pobre sacerdote no pudiese instruir á los grandes del mundo y reducirlos á la virtud , pero no podia familiarizarse con ellos , como el alto clero , ni usar de un lenguaje que entendiesen perfectamente. La propia consideracion de que gozaba venia en parte de las órdenes superiores de la iglesia. Conviene ademas á los grandes pueblos tener un culto honroso , y altares donde el desgraciado pueda hallar socorros.

No hay por otra parte nada tan bello en la historia de las instituciones civiles y religiosas , como lo concerniente á la autoridad , los deberes y la investidura del prelado entre los cristianos. En ellos se ve la perfecta imájen del pastor de los pueblos y del ministro de los altares. A ninguna clase de hombres ha honrado mas la humanidad que á la de los obispos , y en ninguna otra se pudieran encontrar mas virtudes , mas grandeza y mas jenio.

El jefe apostólico no debia tener ningun defecto corporal , y habia de ser tan irrepreensible como el sacerdote que Platon nos pinta en sus leyes, el cual, siendo elejido por el pueblo , era acaso el único majistrado que exista en los tiempos bárbaros ; y como esta dignidad llevaba consigo una responsabilidad inmensa , tanto en esta vida como en la otra , estaba muy distante de que nadie la solicitara ó pretendiese. Los Baslios y los Ambrosios huian al desierto temerosos de ser elevados á una dignidad cuyos deberes espantaban aun á sus mismas virtudes.

Porque no tan solo estaba obligado el obispo á desempeñar sus funciones religiosas, como son las de enseñar la moral, administrar los sacramentos, y ordenar los sacerdotes, sino que tambien cargaba con el peso de las leyes civiles y de las cuestiones políticas, teniendo que apaciguar á un príncipe, evitar una guerra, ó defender una ciudad. El obispo de París, salvando con su valor la capital de Francia en el siglo nono, impidió tal vez que la Francia entera quedase sojuzgada por los normandos.

»Tal era, dice Hericourt, el convencimiento de que era un deber del episcopado el recibir á los extranjeros, que San Gregorio, antes de consagrar á Florentino obispo de Ancona, quiso que espresase si habia sido por imposibilidad ó por avaricia el no haber ejercitado hasta entonces la hospitalidad con los extranjeros.»

Se queria que el obispo oborreciese el pecado y no al pecador; que sostuviese al débil, y que tuviese un corazon paternal con los pobres. Pero sin embargo, debia guardar cierta medida en sus donativos, á fin de no mantener ninguna profesion peligrosa ó inútil, como los farsantes y cazadores: verdadera ley política que se dirijia por una parte contra el vicio dominante de los romanos, y de la otra contra la pasion de los bárbaros.

Cuando el obispo tenia parientes pobres, le era permitido preferirlos á unos extranjeros, pero no enriquecerlos. »Porque en tal caso, dice el cánón, solo debe atender á su estado de indijencia y no á los vínculos de la sangre.»

¿Y se extrañará aun que con tantas virtudes se granjeasen los obispos la veneracion de los pueblos? Los fieles inclinaban la cabeza para recibir su benediction, se cantaba *Hosanna* delante de ellos, se les llamaba *muy santos, muy amados de Dios*, y estos títulos eran tanto mas magníficos, quanto eran justamente adquiridos.

Cuando las naciones se civilizaron, los obispos mas atentos al desempeño de sus deberes relijiosos, gozaron de los bienes que habian hecho á los hombres, y aun procuraron dispensárselos mas y mas, aplicándose particularmente á mantener la moral, las obras de misericordia y los progresos de las letras. Sus palacios llegaron á ser el centro de la cultura y de las artes, y llamados por sus soberanos al ministerio público, y revestidos de las primeras dignidades de la iglesia, desplegaron unos talentos que escitaron la admiracion de la Europa. Hasta en estos últimos tiempos han sido los obispos de Francia ejemplo de moderacion y de sana doctrina. Ciertamente pudieran citarse algunas escepciones; pero en tanto que haya hombres amantes de la virtud, se conservará la memoria de que mas de sesenta obispos católicos han andado errantes y fujitivos entre los pueblos protestantes, y de que á despecho de las preocupaciones de religion y las que lleva anejas la desgracia, por donde quiera que anduvieron se conciliaron el respeto y la veneracion de los pueblos: durará el recuerdo de que el discípulo de Lutero y de Calvino iban á oír al prelado romano desterrado, que en algun retiro oscuro

predicaba el amor á la humanidad, y el perdon de las ofensas: se recordará, en fin, que tantos nuevos Ciprianos perseguidos por causa de su relijion, que tantos valerosos Crisóstomos se despojaron del título que era motivo de sus combates y de su gloria, con solo oír una simple palabra, una insinuacion del cabeza de la iglesia, teniéndose por felices en sacrificar con su prosperidad primera el esplendor de doce años de desgracias en obsequio de la paz de su rebaño.

En cuanto al clero inferior, es harto notorio que se le debian aquellos restos de buenas costumbres que aun se conservaban en las ciudades y en los campos. El rústico, el aldeano sin relijion, es una fiera que no conoce freno de educacion ni de respeto humano, cuya vida afanosa ha exasperado su carácter, á quien la propiedad le ha quitado la inocencia de salvaje, y que es tímido, grosero, desconfiado, avaro, sobre todo ingrato. Mas por un milagro asombroso este mismo hombre naturalmente perverso, se convierte en un hombre excelente en manos de la relijion. Entonces se vuelve tan valeroso cuanto era antes cobarde: su propension á ser desleal se transforma en una fidelidad á toda prueba, su ingratitud en un agradecimiento sin límites, y su desconfianza en una confianza absoluta. Comparad á aquellos paisanos impíos, que profanaban las iglesias, devastaban las propiedades, y quemaban á fuego lento á las mujeres, los niños y los sacerdotes, con los vendeanos que defendian el culto de sus padres, y que eran los únicos libres cuando

la Francia jemia bajo el yugo del terror; comparadlos, y contemplad la diferencia que puede establecer la relijion entre los hombres.

Puede haberse culpado á los curas de las preocupaciones de estado ó de ignorancia; mas á pesar de todo la sencillez de corazon, la santidad de la vida, la pobreza evanjélica y la caridad de Jesucristo constituia de ellos uno de los órdenes el mas respetable de la nacion. Se han visto muchos de ellos que parecian mas que hombres, ánjeles benéficos destinados al alivio de los miserables. Muy á menudo se quitaban el pan de la boca para alimentar al menesteroso, y se despojaban tambien de sus vestidos para cubrir con ellos la desnudez del indijente. ¿Quien de nuestros soberbios y presuntuosos filántropos, quien querria que le despertasen á media noche en el rigor del invierno, para ir lejos á administrar en el campo los sacramentos al moribundo espirante en un lecho de paja? ¿Quien de nosotros querria ver partido su corazon á cada instante presenciando el espectáculo de una miseria que no se puede socorrer, y verse rodeado de una familia, cuyas mejillas macilentas y pálidas y los ojos hundidos, indican el rigor del hambre y de todas las necesidades? ¿convendríamos acaso en seguir á los curas de París, á estos ánjeles de humanidad, á la mansion del delito y del dolor, para consolar al vicio bajo el aspecto mas asqueroso, y para derramar la esperanza en un corazon desesperado? ¿Quien de nosotros quisiera, en fin, separarse del trato de la jente afortunada, para vivir eternamente entre los dolo-

res, y en pago de tantos beneficios recibir tan solo al morir la ingratitude del pobre y la calumnia del rico?

CAPITULO III.

Oríjen de la vida monástica.

Si es cierto, como pudiera creerse, que una cosa es poéticamente bella en razon de la antigüedad de su oríjen, fuerza será confesar que la vida monástica tiene ciertos derechos á nuestra admiracion, pues comenzó en las primeras edades del mundo. El profeta Elías, huyendo de la corrupcion de Israel, se retiró á las desiertas orillas del Jordán, donde se mantuvo con yerbas y raices en compañía de algunos discípulos. Sobrado maravilloso me parece este oríjen de las órdenes relijiosas, sin necesidad de registrar la historia de tiempos mas remotos. ¿Que no hubieran dicho los poetas de la Grecia, si hubiesen hallado por fundador de los sagrados colejios un hombre arrebatado al cielo en un carro de fuego, y que debe volver á aparecer en la tierra el dia de la consumacion de los siglos?

La vida monástica, por una sucesion admirable, descende por medio de los profetas y de San Juan Bautista hasta Jesucristo, que se ocultaba del mundo muchas veces, para ir á orar en las montañas. A poco tiempo los Terapeutas (1), abrazando las

(1) Voltaire se burla de Eusebio porque considera, dice,

austeridades y la perfeccion del retiro, ofrecieron cerca del lago de Meris, en Ejipto, los primeros modelos de los monasterios cristianos. Por último, en tiempo de Pablo, de Antonio y de Pacomio, aparecieron aquellos santos de Tebaida, que llenaron el Carmelo y el Líbano de obras ejemplarísimas de penitencia. De lo interior de las mas espantosas soledades se levantó una voz de gloria y de maravilla: confundiéronse los divinos conciertos con el ruido de las cascadas y de los torrentes; los serafines visitaban al anacoreta habitante del peñasco, ó arrebataban á las nubes su alma acrisolada; los leones eran mensajeros del solitario, y los cuervos le llevaban el maná celestial, las ciudades envidiosas y rivales, vieron caer su antigua reputacion, y entonces fue el tiempo famoso del desierto.

Caminando asi de prodijio en prodijio en el establecimiento de la vida religiosa, hallaremos una segunda especie de orígenes, que llamaremos *locales*; esto es, ciertas fundaciones particulares de órdenes y de conventos, cuyos orígenes son tan curiosos y gratos como los primeros. A las puertas mismas de Jerusalem, se ve un monasterio construido en el solar de la casa que fue de Pilatos; en el monte Sinaí el convento de la *Transfiguracion* indica el lugar terrible donde Johová dictó

á los Terapeutas como monjes cristianos. Eusebio estaba mas inmediato que Voltaire á estos monjes, y se hallaba ciertamente mas versado que él en las antigüedades cristianas. Montfaucon, Fleury, Hericourt, Helyot, y otros muchos sábios se han adherido á la opinion del obispo de Cesárea.

sus leyes á los hebreos, y mas lejos se halla erijido otro convento en la montaña donde Jesucristo desapareció de la tierra.

¡Y que cosas tan admirables nos presenta tambien el Occidente en las fundaciones de las comunidades, lugares consagrados por interesantes aventuras ó por acciones sublimes de humanidad! La historia, los sentimientos tiernos y afectuosos del corazón, la caridad, todo se disputa el origen de los monasterios. Ved en una garganta de los Pirineos el hospicio de Roncesvalles que Carlomagno construyó en el sitio mismo en que dió fin á sus proezas aquel famoso Roldan, flor de los caballeros: un asilo de paz y de socorro indica dignamente el sepulcro del campeón que defendió al huérfano y murió por su patria. En las llanuras de Bovines, delante de aquel reducido templo del Señor, aprendo á despreciar los arcos de triunfo de Mario y de los Césares, y contemplo con orgullo aquel convento que vió á un rey frances proponer la corona al mas digno. Pero ¿quereis recuerdos de otra especie? Una mujer de Albion, sorprendida por un sueño misterioso, cree ver á la luna que se dirige á ella, y no tarda en nacerle una hija casta y triste como la lumbrera de la noche, la cual, fundando un monasterio, viene á ser el astro encantador de la soledad.

Quizá se me acusaria de que procuraba sorprender el oido con sonidos y palabras dulces, si recordase aqui todos los conventos de *Aqua-Bella*, *Bel-Monte*, *Valle-umbrosa*, ó de la *Paloma*, lla-

mado así porque su fundador, que cual celestial paloma, vivía en el centro de los bosques. La Trapa y el Paraclete conservan el nombre y la memoria de Eloisa y de Cominjes. Preguntad al rústico de la antigua Neustria ¿que monasterio es aquel que se descubre en la cumbre de la colina? El os responderá: »Aquel es el priorato de *los dos amantes*. Un jóven caballero se prendó de una señorita, hija del Señor Castellano de Malmain; convino este en dársela, siempre que pudiese llevarla hasta lo alto del monte: aceptó el caballero el partido, y cargando con ella, subió hasta la cumbre de la colina; pero al llegar á ella, murió de fatiga: penetrada de dolor la señorita, falleció también al instante; y entonces los padres los enterraron juntos en aquel sitio, y fundaron en él el priorato que veis.»

Los corazones afectuosos encontrarán en el origen de nuestros conventos tantas cosas con que satisfacerse, como el anticuario y el poeta. ¡Mirad, mirad esos retiros denominados de la *Caridad*; y de los *Peregrinos*, de *Agonizantes* y de *Sepultureros*, de los *Locos* y *Dementes*, *Huérfanos*, *Espósitos*, &c., y tratad, si es posible, de encontrar en la larga enumeracion de las miserias humanas una sola dolencia del alma ó del cuerpo, para lo cual no haya fundado la relijion su casa de alivio y consuelo, ó su hospicio!

Las persecuciones de los romanos contribuyeron en un principio á poblar las soledades, y despues, á consecuencia de haber invadido los bárbaros el imperio, rotos en fin, todos los vínculos de

la sociedad, ya no quedó á los hombres esperanza alguna sino en Dios, ni otros refugios que los desiertos. Formáronse congregaciones de desdichados en las selvas y los parajes mas inaccesibles: las fértiles llanuras quedaron en poder de salvajes que no sabian cultivarlas, en tanto que en las áridas cumbres de los montes habitaba otro mundo que en aquellos peñascos escarpados habia salvado como de un segundo diluvio los restos de las artes y la civilizacion. Y asi como los puros manantiales de agua viva se deslizan de los parajes elevados para fertilizar los valles, asi tambien bajaron poco á poco de las alturas los anacoretas, para llevar á los bárbaros la palabra de Dios y las dulzuras de la vida.

Se dirá tal vez que no existiendo ya entre nosotros las causas que dieron oríjen á la vida monástica, los conventos y monasterios han llegado á ser unos retiros inútiles. Mas ¿cuando han cesado por ventura tales causas? ¿Acaso no hay huérfanos, enfermos, viajeros pobres y desdichados? ¡Ah! Cuando los males de los siglos de barbarie han desaparecido, la sociedad, tan hábil en atormentar á las almas como ingeniosa en el dolor, ha sabido facilitar muy bien otras mil razones de adversidad, que insensiblemente nos conducen al retiro. ¡Cuántas pasiones burladas, cuantos ocultos sentimientos descubiertos por aquellos mismos á quienes los habíamos confiado, y cuantos amargos disgustos nos apartan frecuentemente del bullicio del mundo! Consolador recurso es el de unas casas religio-

sas, donde se halla un retiro seguro contra los reveses de la fortuna y las tempestades del corazón propio. Una huérfana abandonada de la sociedad, en aquella edad en que la negra seducción halaga á la hermosura y la inocencia, sabe á lo menos que encuentra un asilo donde nadie se propondrá burlarla. ¡Cuan dulce debe ser para aquella pobre desconocida sin padres el oír resonar allí en sus oídos el dulce nombre de hermana! ¡Oh que numerosa, que pacífica y bondadosa familia la restituye la religión cristiana! Un padre celestial le abre su casa y la recibe en sus amorosos brazos.

Es ciertamente una filosofía muy bárbara y una política muy cruel el querer obligar al desgraciado á vivir en medio del mundo. Tan desmoralizados son algunos hombres, que no han tenido escrúpulo en hacer, ó desear al menos que sean comunes sus deleites y placeres; mas la adversidad, teniendo un egoísmo mas noble, se oculta siempre para gozar de sus placeres, que son sus lágrimas. Si hay lugares destinados para buscar la salud del cuerpo, ¿por que no se ha de permitir á la religión que los tenga tambien para la salud del alma, que está mucho mas espuesta á las enfermedades, y cuyas dolencias son mucho mas dolorosas, mas largas y mas difíciles de curar?

Ocurrióseles á muchos el proyecto de que se fundasen retiros *nacionales* para *los que lloran*. ¡Ciertamente que estos filósofos son profundos en el conocimiento de la naturaleza, y pueden jactarse de haberseles revelado los sentimientos del

corazon humano! En suma, quieren confiar la desgracia á la compasion de los hombres, y poner el conflicto bajo la proteccion de los mismos que ocasionan las desdichas y el llanto. Preciso es una caridad superior á la nuestra para aliviar la indijencia de una alma desdichada; solo Dios es bastante rico para socorrerla.

Se ha supuesto que se hacia un gran bien á los relijiosos de ambos sexos, forzándoles á dejar sus pacíficos retiros: mas ¿que ha resultado de esto? Las mujeres que han podido hallar un asilo en monasterios estrajeros, se han refugiado en ellos: otras se han reunido para formar entre sí comunidad en medio del mundo mismo de que huian; muchas, en fin, han muerto de pesar, y los trapenses, tan dignos de compasion, en vez de aprovecharse de los encantos de libertad y de la vida, han ido á continuar observando sus austeridades entre las malezas del suelo de Inglaterra y en los desiertos de la Rusia.

Debemos conocer que no hemos nacido todos igualmente para manejar la azada ó el mosquete, y que hay hombres de una delicadeza particular formados para el trabajo mental, asi como otros lo son para las fatigas corporales. No lo dudemos; en lo interno de nuestro corazon tenemos mil motivos para amar la soledad: los unos son inclinados á ella por una idea dirigida á la contemplacion; otros por cierto pudor timorato que les hace que amén habitar, digámoslo asi, en sí mismos; y hay, en fin, almas tan bondadosas que buscando, aun-

que en vano, en la naturaleza otras almas á propósito con quien puedan unirse, parecen condenadas á una especie de virginidad moral ó de viudez eterna.

Para estas almas privilegiadas y solitarias erigió particularmente sus retiros la relijion.

CAPITULO IV.

De las constituciones monásticas.

Debe tenerse presente que no es la historia particular de las órdenes religiosas la que escribo, sino únicamente su historia moral.

Y por este concepto, sin hablar de San Antonio, padre de los cenobitas, de San Pablo, primer ermitaño, ni de Santa Sinclética, fundadora de los monasterios de monjas; sin detenerme en la orden de San Agustin, que comprende todas las comunidades y cabildos conocidos bajo el nombre de *Regulares*; en la de San Basilio, que encierra todos los religiosos y religiosas del oriente; en la regla de San Benito, que reúne la mayor parte de los monasterios occidentales, ni en la de San Francisco, observada por las órdenes mendicantes, comprenderé todos los religiosos en un cuadro jeneral, donde procuraré describir sus usos, costumbres, vida activa y contemplativa, y los innumerables servicios que han prestado á la sociedad.

Haré sin embargo una observacion, y es, que hay personas que, ó ya sea por iguorancia ó por

preocupacion, desprecian aquellas constituciones bajo las cuales han vivido por muchos siglos un gran número de cenobitas; desprecio á la verdad poco filosófico, sobre todo en un tiempo en que nos preciamos de conocer y estudiar á los hombres. El religioso que sin mas auxilio que un cilicio y un saco, ha llegado á reunir bajo sus leyes muchos millares de discípulos, no es un hombre ordinario; y los medios de que se ha valido, y el espíritu que domina en sus instituciones, merecen bien la pena de ser examinados.

Es sin duda muy digno de notar, que entre todas las reglas monásticas, hayan sido siempre mas bien observadas las mas ríjidas. Los cartujos han dado al mundo el único ejemplo de una congregacion, que ha existido setecientos años sin necesidad de reforma: lo cual es una prueba de que cuanto mas combate el lejislador las inclinaciones naturales, tanto mas asegura la duracion de su obra: por el contrario, aquellos que pretenden erijir sociedades, empleando las pasiones como materiales del edificio, son semejantes á aquellos arquitectos que construyen palacios con un jénero de piedra que se pulveriza á las impresiones del aire.

Consideradas las órdenes religiosas bajo de ciertos respectos, no han sido mas que unas sectas filosóficas, muy semejantes á las de los griegos. En los primeros tiempos eran llamados *filósofos* los monjes, porque usaban del mismo traje, imitaban sus costumbres, y aun algunos habian escojido por única regla el manual de Epicteto. San Basilio fue

el primero que estableció los votos de *pobreza*, *castidad* y *obediencia*; ley verdaderamente profunda: y si aun se reflexiona sobre ella, se echará de ver que todo el ingenio de Licurgo está comprendido en estos tres preceptos.

En la regla de San Basilio se describen hasta los pormenores de la vida; la oracion, la cama, el sustento, el paseo, la conversacion, &c. A los débiles se les daban trabajos delicados, y mas penosos á los robustos: en una palabra, la mayor parte de estas leyes relijiosas descubren un conocimiento admirable del arte de gobernar á los hombres. Platon no hizo otra cosa que soñar repúblicas; pero jamás pudo fundar ninguna. Los agustinos, los Basilios y los Benitos, sí que han sido verdaderos lejisladores y patriarcas de muchos grandes pueblos.

En estos últimos tiempos se ha declamado mucho contra la perpetuidad de los votos; pero no es imposible encontrar en su favor poderosas razones, sacadas de la naturaleza de las cosas, y de las necesidades mismas de nuestra alma.

Ninguna cosa hace á los hombres tan desgraciados como su misma inconstancia, y el abuso de ese libre albedrío, que causa á un mismo tiempo su gloria y sus males, y causará tambien á muchos su condenacion. Fluctuan siempre de sensacion en sensacion, de pensamiento en pensamiento; sus amores tienen la misma movilidad que sus opiniones y sus opiniones la misma insubsistencia que sus amores. Esta inquietud sumerje al hombre en un

abismo de miseria , de que no puede salir , sino cuando una fuerza superior le liga á un objeto solo. Entonces se le ve arrastrar alegremente su cadena; pues , aunque infiel , aborrece no obstante la infidelidad: de manera que el artesano , por ejemplo , es mas dichoso que el rico desocupado , porque está sujeto á un trabajo imperioso , que le quita toda ocasion de ajenos deseos ó de inconstancia. La misma sumision al poder constituye la felicidad de los niños , y la ley que prohíbe el divorcio , tiene menos inconvenientes para la paz de las familias que la que le permite.

Los lejisladores antiguos reconocieron esta necesidad de imponer al hombre un yugo; y asi es que las repúblicas de Licurgo y de Minos no eran en realidad otra cosa que una especie de comunidades , donde se encontraba ligado el hombre desde el nacimiento por votos perpétuos. Allí se veia condenado el ciudadano á una existencia uniforme y monótona , y sujeto á reglas molestísimas , que se estendian aun hasta su alimento y descanso; no podia disponer ni de las horas , ni de las edades de su vida; se le exijia un sacrificio riguroso de sus gustos; tenia precision de amar , de pensar , y de obrar al tenor de la ley; en una palabra , se le habia privado de la voluntad , para hacerle dichoso.

El voto perpétuo , es decir , la sujecion á una regla inviolable , lejos de sumerjirnos en el infortunio , es por el contrario una disposicion favorable para nuestra felicidad , mayormente cuando este voto no tiene otro fin que el de defendernos de las

ilusiones del mundo, como sucedia en las órdenes monásticas. Las pasiones no se ajitan regularmente en nuestros corazones hasta la edad de veintiun años; y á los cuarenta, están ya apagadas ó desengañadas: de manera que el juramento indisoluble nos priva, cuando mas, de algunos cuantos años de deseos, para hacernos despues dichosos, y librar-nos, por el resto de nuestros dias, de los pesares y de los remordimientos. Ademas, que si se ponen en balanza los males que producen las pasiones, y los breves instantes de alegría que nos procuran, veremos que el voto perpétuo es todavía, aun en el tiempo mas florido de la juventud, un grande y efectivo bien.

Supongamos por otra parte que una religiosa pudiese salir de su claustro cuando quisiese: ¿seria acaso por esto mas dichosa? Con pocos años de retiro que hubiese tenido, encontraria mudada la faz de la sociedad. En esta comedia del mundo, si volvemos un instante el rostro, hallaremos que se truecan las decoraciones, se desvanecen los palacios, y cuando miramos de nuevo la escena, tan solo distinguimos desiertos y actores desconocidos.

Entonces se veria frecuentemente á la locura del mundo introducirse por capricho en los conventos, y salir tambien de ellos por capricho. Los corazones ajitados no subsistirian mucho tiempo cerca de los pacíficos, para participar en algun modo de su reposo, y los mas tranquilos perderian muy pronto su calma con el comercio de los turbulentos. En vez de sufrir en silencio sus disgustos pasa-

dos al abrigo de los claustros , irian los desgraciados contándose recíprocamente sus naufragios , y escitándose tal vez á probar de nuevo los escollos. Mujer del mundo y mujer de la soledad , la infiel esposa de Jesucristo , nada propia seria ni para la soledad ni para el mundo : este flujo y reflujo de pasiones , estos votos alternativamente hechos y quebrantados , desterrarían de los monasterios toda paz , toda subordinacion , toda decencia ; y los retiros sagrados , lejos de ofrecer un puerto seguro contra nuestras inquietudes , no serian mas que unos lugares adonde viniésemos á llorar por un momento las inconstancias pasadas de los otros , y proyectar tal vez inmediatamente otras nuevas.

Pero lo que hace este voto perpétuo de la religion , muy superior á aquel otro jénero de voto político del espartano y del cretense , es el que nace de nosotros mismos ; no nos le impone nadie , y ofrece al corazon una compensacion inmensa por los afectos terrenos que sacrifica. Todo es grande en esta alianza de un alma inmortal con el principio eterno , porque con ella se conforman y unen , digámoslo asi , dos naturalezas. Es cosa admirable ver al hombre que nació libre buscar vanamente la felicidad en su voluntad propia , y ya fatigado , despues de no hallar sobre la tierra cosa que sea digna de él , jurar para siempre amar al Señor , y crearse como Dios con su propio juramento una *Necesidad*.

CAPITULO V.

CUADRO DE LAS COSTUMBRES Y DE LA VIDA RELIJIOSA,

Monjes coftos, maronitas, &c.

Ahora examinemos el cuadro de la vida relijiosa, estableciendo desde luego un principio. En todo lo que se note mucho misterio, soledad, contemplacion y silencio; muchas ideas de Dios, muchas cosas venerables en los hábitos, usos y costumbres, en todo esto se ha de hallar precisamente en abundancia todo jénero de bellezas. Si esta observacion es justa, vamos á ver como se aplica maravillosamente al asunto de que tratamos.

Volvamos de nuevo á los solitarios de la Tebaida. Habitaban estos en unas celdillas estrechas llamadas *lauras*, é imitando á su fundador Pablo, era su vestido una túnica de estera de palma: otros iban vestidos de cilicios tejidos de cerda de gacela; algunos, como el solitario Zenon, llevaban únicamente una piel de bestia salvaje atada por encima de los hombros, y el anacoreta Serafon andaba envuelto en la mortaja con que habian de enterrarle. Los relijiosos maronitas en las soledades del Líbano, los ermitaños nestorianos dispersos por las orillas del Tigris; los de Abisinia en las cataratas del Nilo y las costas del mar Rojo; todos en fin pasan una vida tan extraordinaria como los desiertos donde la ocultan. El monje cofto al entrar en su monasterio renuncia los placeres, emplea el tiempo

trabajando, en ayunos, en orar y en ejercer la santa hospitalidad. Se acuesta en el duro suelo, duerme apenas algunos instantes, se levanta, y bajo el hermoso firmamento del Egipto hace resonar su voz entre las ruinas de Tebas y de Memphis. Unas veces el eco de las pirámides repite á la sombra de los faraones los cánticos de aquel hijo de la familia de José; otras el piadoso solitario canta por la mañana las alabanzas del verdadero sol, en el mismo lugar donde unas estatuas armoniosas suspiraban la venida de la aurora. Allí es donde busca al europeo distraído en la investigación de aquellas ruinas famosas, y donde salvándole de las manos del árabe, le sube á su torre y prodiga á un desconocido el alimento que á sí mismo se niega. Los sábios van á visitar las ruinas del Egipto; pero ¿por que no van como los monjes cristianos, objeto de su desprecio, á establecerse en aquellos inmensos arenales, arrostrando todas las privaciones por dar un vaso de agua á un viajero, y librarle de quedar sepultado en el cementerio del beduino?

¡O Dios de los cristianos! ¡cuantas y cuan admirables son tus obras! Por donde quiera que uno vuelve la vista, no se ven mas que monumentos asombrosos de tus incomparables beneficios. En las cuatro partes del mundo ha distribuido la religion sus vijilantes centinelas á favor de la humanidad. El monje maronita, con el ruido de dos tablitas suspendidas de la copa de un árbol, llama al caminante extranjero á quien la noche ha sorprendido en los precipicios del Líbano; aquel pobre é ignorante ar-

tista no tiene otro medio mas eficaz para hacer que le oigan: el monje abisinio os espera en sus bosques, en medio de los tigres, y el misionero americano vela por vuestra conservacion en sus inmensas é intrincadas selvas. Si os arroja un naufragio á costas desconocidas, de improviso descubris una cruz en un peñasco, y ¡ay de aquel á quien no hace derramar lágrimas aquel signo de salvacion! Os encontráis en un pais amigo, donde todos son cristianos: nada importa que seais franceses y ellos españoles, alemanes, ó acaso ingleses; todos perteneceis á la gran familia de Jesucristo. Estos extranjeros, reconociéndoos por hermanos, os convidan por medo de aquella cruz, y aunque nunca os han visto, lloran de alegría al veros á salvo del desierto.

Mas ved ahora al viajero de los Alpes que se encuentra aun á la mitad de su camino: acércase la noche, cae la nieve sin cesar, y el triste caminante solo, tiritando y extraviado, da algunos pasos y se pierde sin remedio. Entra efectivamente la noche, y detenido en el borde de un precipicio, no se atreve á pasar adelante ni á volver atras. Penétrale luego el frio, pásmanse sus miembros quedando entorpecidos, y un sueño funesto parece que se apodera de sus párpados: en tal conflicto sus últimos pensamientos se dirijen á sus hijos y á su esposa; cuando he aqui que le parece oir el son de una campana que penetra en su oido entre el zumbido de la tempestad, ó bien el clamoreo de la muerte que su imaginacion azorada le hace creer que oye en medio de los vientos. Mas no, aquel sonido es real y efec-

tivo , aunque inútil , porque los pies del desdichado caminante no pueden dar un paso..... Oyese otro ruido; ladra un perro entre la nieve, se acerca, llega, ahulla de contento, y aparece luego un solitario que le sigue.

No bastaba, pues, haber espuesto mil veces la vida por salvar algunos hombres, y haberse establecido para siempre en lo interior de las mas espantosas soledades; era preciso tambien que los animales mismos aprendiesen á ser el instrumento de aquellas obras sublimes de misericordia, que se abrasasen, digámoslo así, en la ardiente caridad de sus amos, y que sus ladridos en la cumbre de los Alpes, preconizasen á los ecos los milagros de nuestra religion.

Y no se diga que la humanidad por sí sola puede conducir á tales actos, porque si es así, ¿de que proviene que no se encuentra nada semejante en aquella admirable antigüedad, aunque tan sensible? Se habla de filantropía, y la religion cristiana es la única filántropa por excelencia. ¡Inmensa y sublime idea la que hace del cristiano de la China un amigo del cristiano de la Francia y del salvaje neófito un hermano del monje ejipcio! No, no somos ya extranjeros en la tierra, ni tampoco podemos estraviarnos en ella: Jesucristo nos ha restituido la herencia que el pecado de Adan nos habia arrebatado. ¡Oh cristiano! ¡ya no hay para ti océano ni desiertos desconocidos: en todas partes encontrarás la lengua de tus abuelos y la cabaña de tus padres!

CAPITULO VI.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.

Trapenses, cartujos, monjas de Santa Clara, padres de la redencion, misioneros, hermanas de la caridad, &c.

Tales son los usos y costumbres de algunas órdenes relijiosas dedicadas á la vida contemplativa; pero aquellas mismas cosas no fueran sin embargo tan bellas, sino que llevarán consigo la meditacion y las oraciones; quítese sino el nombre y la presencia de Dios en todo eso, y vereis casi destruido el embeleso que nos causan.

Trasladémonos ahora á la Trapa, y contemplemos á aquellos monjes vestidos de un saco y abriendo con la azada su misma sepultura. Vedlos, vedlos andar errantes como las sombras en ese dilatado bosque de Mortagne y á la orilla de un estanque solitario. Por todas partes van guardando un profundo silencio: si se hablan cuando se encuentran, es para decirse únicamente: *Hermanos, morir tenemos*. Estas órdenes penitentes del cristianismo eran otras tantas escuelas de moral que, instituidas en medio de los placeres del siglo, ofrecian sin cesar unos modelos de penitencia y de grandes ejemplos de la miseria humana á la vista del vicio y de la prosperidad.

¡Que espectáculo tan sublime el del trapense

moribundo! ¡que filosofía! ¡que lección para los hombres! Tendido en un poco de paja y de ceniza, en el santuario de la iglesia, estando sus hermanos en órden alrededor de él, los estimula á la virtud, en tanto que la campana fúnebre toca á cada instante haciendo la señal de su última agonía. En el mundo por lo comun los sanos exhortan á la constancia á los enfermos moribundos para que dejen animosamente la vida; mas aqui por una contrariedad prodijiosa se ve y se oye al moribundo hablar de la muerte con resignacion. Hallándose á las puertas de la eternidad, debe conocerla mejor que otro ninguno, y con una voz que resuena ya entre los cadáveres, exhorta con autoridad á sus compañeros, y aun á sus mismos superiores á la austera penitencia (1).

De modo que la relijion presenta por todas partes escenas tan instructivas como interesantes: alli unos santos enmudecidos como si fueran un pueblo encantado por un filtro, practican sin hablar los gozosos trabajos de la siega y de la vendimia; aqui las hijas de Clara pisan con sus blancos y desnudos pies las tumbas heladas de su claustro. Mas no creais sin embargo que sean desgraciadas en medio de sus austeridades; sus corazones son puros, y sus ojos están fijos en el cielo, en señal de deseo y de esperanza. Una ropa talar de lana parda es preferible á los vestidos suntuosos comprados á costa de las virtudes; el pan de la caridad es mas sano que

(1) Véase la nota H, al fin del volumen.

el de la prostitucion. ¡Ah! ¡de cuantos pesares libra á estas vírjenes aquel sencillo velo que las oculta al mundo!

El mayor elogio que yo pudiera hacer de la vida monástica, seria presentar la relacion de los trabajos á que se halla dedicada..... La relijion, cual una madre tierna, dejando á nuestro propio corazon el cuidado de nuestras alegrías, solo se ha cuidado del alivio de nuestros dolores; pero en esta obra inmensa y difícil, ha llamado en su auxilio á todos sus hijos. A los unos ha confiado el cuidado de nuestras dolencias, como se ve en aquella multitud de relijiosos de ambos sexos dedicados al servicio de los hospitales, á los otros ha recomendado los pobres, como á las hermanas de la caridad. Y ¿adonde va solo con su breviario y su baston el padre de la redencion que se embarca en Marsella? Ese conquistador marcha á libertar la humanidad, y los ejércitos que le acompañan son invisibles. Con la bolsa de la caridad en la mano corre á arrostrar la peste, el martirio y la esclavitud; se presenta al dey de Arjel, y le habla en nombre de aquel rey celestial de quien es embajador. El bárbaro queda atónito á la vista de aquel europeo, que solo, atravesando los mares y despreciando las tempestades, se atreve á ir á reclamar unos cautivos: dominado de una fuerza desconocida acepta el oro que le presentan; y el heroico libertador, satisfecho de haber restituido á su patria unos desgraciados, oscuro é ignorado, vuelve á emprender humildemente y á pie el camino de su convento.

El propio espectáculo se ofrece por todas partes: el misionero que se embarca para la China encuentra en el puerto al misionero que vuelve con gloria y mutilado del Canadá; la religiosa llamada *hermana parda* (*Soeur grise*), va á socorrer al indigente en su mísera barraca; el capuchino acude presuroso á apagar el incendio; el hospitalero lava los pies al caminante; el agonizante consuela al moribundo, y la *hermana* de la caridad sube á un séptimo piso á prodigar al desvalido el oro, el vestido y la esperanza: estas virtuosas mujeres llamadas, con justa razon, *hijas de Dios*, llevan y traen de una parte á otra los caldos, las hilas y los remedios; la hija del *Buen Pastor* abre los brazos para recibir misericordiosa á la jóven prostituta, exclamando al mismo tiempo: *¡No he venido aqui á llamar á los justos, sino á los pecadores!* El huérfano encuentra un padre, el demente un médico, el ignorante un preceptor. Todos estos operarios de obras celestiales se apresuran á hacerlas, animándose los unos á los otros, y en tanto la religion que los está mirando atenta, teniendo una corona en la mano, les grita diciendo: »¡Animo, hijos míos! ¡apresuraos, anticipaos á los males en la carrera de la vida! mereced esta corona que os preparo, y ella misma os pondrá á salvo de todos los males y necesidades.»

Hay personas para quienes el solo nombre de capuchino es un objeto de mofa; pero lo cierto es que un religioso de San Francisco era comunmente un personaje noble y sencillo. ¿Quien de nos-

otros no habrá visto á dos de aquellos hombres venerables viajando por los campos, por lo regular cerca de la fiesta del dia de las ánimas, al acercarse el invierno, por el tiempo de las vendimias? Veíaseles ir pidiendo hospitalidad en los antiguos castillos de su tránsito; á la entrada de la noche llamaban ambos peregrinos, dejaban sus largos báculos y sus alforjas á la puerta del primer castillo que hallaban junto al camino; llamaban humildemente, y si el dueño les negaba el hospedaje, le hacian una profunda cortesía, y volviendo á tomar su pobre equipaje, y sacudiendo el polvo de sus sandalias, sin despegar sus labios, se iban á buscar la humilde barraca del pobre labrador. Mas si al contrario eran recibidos, despues de haberles sacado agua para lavarse al estilo de los tiempos de Jacob y de Homero, entonces iban á sentarse al hogar hospitalario, y siguiendo la costumbre de los siglos antiguos, á fin de granjearse el afecto de los amos, porque amaban tambien á los niños como Jesucristo, empezaban por acariciar á los de la casa, y les daban imágenes y reliquias. Los niños que al principio se habian asustado y escondido, atraídos muy luego por aquellas maravillas, se familiarizaban con los relijiosos, hasta jugar en sus rodillas. Los padres de aquellos inocentes, sonriendo de ternura, miraban aquellas sencillas escenas, y el interesante contraste de la graciosa juventud de sus hijos y de la venerable vejez de sus huéspedes.

Al mismo tiempo la lluvia y la ráfaga del viento de los muertos, batian por afuera los bosques

despojados de sus hojas, las chimeneas, las almenas del gótico castillo, y la lechuza graznaba en el tejado. Junto á un grande brasero se sentaba la familia á la mesa, donde todos comian del modo mas cordial y afectuoso. La señorita de la casa hacia preguntas tímidamente á sus huéspedes, que alababan con gravedad su belleza y su modestia. Los buenos relijiosos divertian á la familia con sus agradables espresiones, refiriendo alguna historia muy interesante, porque siempre habian sabido cosas memorables en sus misiones lejanas, entre los salvajes de la América ó los pueblos de la Tartaria. Al ver la luenga barba de aquellos padres, sus hábitos al estilo del antiguo Oriente, y el modo con que habian llegado á pedir hospitalidad, se recordaban aquellos tiempos en que los Táles y los Anacársis viajaban asi por Asia y Grecia.

Acabada la cena, llamaba la señora del castillo á sus criados, se invitaba á los austeros capuchinos á que dirijiesen en comunidad las oraciones acostumbradas, y despues ambos relijiosos se retiraban á su alcoba, deseando á sus patronos todo jénero de prosperidades. Al dia siguiente iban á buscar á los humildes viajeros, pero ya habian desaparecido, semejantes á aquellas santas apariciones que suelen visitar al hombre de bien en su morada.

Si ocurría algun accidente que pudiese consternar, alguna comision de que los hombres enemigos de las lágrimas no se atreviesen á encargarse, por temor de comprometer sus placeres, entonces

se confiaba inmediatamente á los hijos del claustro, y particularmente á los padres de la órden de San Francisco: porque se suponía que unos hombres que habian hecho voto de vivir en la miseria, debian ser naturalmente los nuncios de la desgracia. El uno estaba obligado á llevar á una familia la noticia de la pérdida de sus bienes; el otro de dar la del fallecimiento de un hijo único. El gran Bourdaloue desempeñó por sí mismo tan triste deber: presentábase sin hablar palabra á la puerta del padre, cruzaba los brazos sobre su pecho, se inclinaba profundamente, y haciendo una cortesía profunda, se retiraba silencioso como la muerte de quien era intérprete.

¿Y habrá quien crea que pudieran tener placeres (es decir, placeres al estilo del mundo), ó que fuese muy dulce para un capuchino, un carmelita, ó un franciscano, el ir á lo interior de los calabozos á anunciar la sentencia al reo, escucharle, darle consuelos, y tener dias enteros el alma traspasada en vista de unas escenas las mas dolorosas? En aquellos piadosos actos se ha visto caer un sudor copioso de la frente de los compasivos religiosos, y mojar su capilla, haciéndola para siempre sagrada, á pesar de los sarcasmos de la filosofía. ¿Y que honor, que provecho resultaba de tanto sacrificio á aquellos frailes, sino la mofa de los profanos, y aun las injurias de los mismos presos á quienes consolaban? Pero á lo menos los hombres, tan ingratos como son, habian ya confesado su nulidad en aquellos graves acontecimientos de la vida, pues

lo habian dejado enteramente á cargo de la religion, único y verdadero consuelo del hombre en el último grado de su desdicha. ¡Oh, apóstol de Jesucristo! ¡de cuantas catástrofes has sido testigo, tú, que cerca del verdugo no temias verte salpicado con la sangre de los miserables, siendo su último amigo! Ved aqui uno de los mas imponentes espectáculos de la tierra: en los dos ángulos del cadalso están presentes las dos justicias, la humana y la divina. La una implacable y apoyada en la cuchilla está acompañada de la desesperacion; la otra teniendo un velo empapado en llanto, se muestra entre la piedad y la esperanza: aquella tiene por ministro un hombre sanguinario, esta un hombre de paz; la una condena, la otra absuelve. Sea inocente ó culpable la víctima: «Muere,» le dice la primera, y la segunda esclama: «Hijo de la inocencia ó del arrepentimiento, *sube al cielo.*»

LIBRO CUARTO.**Misiones.****CAPITULO PRIMERO.***Idea jeneral de las misiones.*

He aqui otro de aquellos grandes y nuevos pensamientos, que pertenecen esclusivamente á la religion cristiana. Los cultos idólatras ignoraron siempre el entusiasmo divino que inflama al apóstol del Evangelio. Ni aun los antiguos filósofos dejaron jamás los jardines de Academo ni las delicias de Atenas, de modo, que llevados de un impulso sublime, fueran á humanizar al salvaje, instruir al ignorante, curar al enfermo, vestir al pobre, y sembrar la paz y la concordia entre naciones enemigas; y esto es lo que han hecho y hacen todavía con frecuencia los religiosos cristianos. Los mares, las tempestades, los hielos del polo, los ardores del trópico, nada los detiene: viven con los esquimales en su odre de cuero de vaca marina; se alimentan con aceite de ballena en compañía del habitante de la Groelandia, con el tártaro ó el iroqués;

recorren la soledad; montan en el dromedario del árabe, ó siguen al cafre errante en sus desiertos abrasados; el chino, el japon y el indio, llegan á ser sus neófitos; no hay isla, no hay escollo en el Océano, donde no se haya manifestado su celo; asi como en otro tiempo faltaban reinos á la ambicion de Alejandro, del mismo modo faltaba tierra á la ardiente caridad de tales apóstoles.

Cuando rejenerada ya la Europa no ofreció á los predicadores mas que una familia de hermanos, aquellos apóstoles volvieron la vista hácia las rejiones en que un sinnúmero de almas permanecian todavía en las tinieblas de la idolatría, y movidos de compasion, viendo aquella degradacion del hombre, se sintieron impulsados del deseo de derramar su sangre por salvar á aquellos míseros extranjeros. Preciso era atravesar selvas inmensas y fragosass, pasar lagos pantanosos, peligrosos rios, y trepar inaccesibles peñascos; era preciso hacer frente á naciones crueles y supersticiosas, vencer en los unos la ignorancia propia de la barbarie, y en los otros las preocupaciones de la falta de civilizacion; pero tantos y tan grandes obstáculos no bastaron á detenerlos. Los que no crean en la relijion de sus padres, convendrán á lo menos en que si el misionero está persuadido de que solo hay salvacion en la relijion cristiana, el acto por el cual él mismo se condena á sufrir males inauditos á fin de salvar á un idólatra, es superior á cuantos sacrificios puede hacer el hombre.

Si un hombre á vista de todo un pueblo, á

presencia de sus padres, parientes y amigos, se espone á la muerte por su patria, á lo menos trueca algunos dias de vida por siglos enteros de gloria, y haciendo ilustre á su familia, la ensalza dándole honores y riquezas. Pero el misionero que consume su vida en lo intrincado de un bosque, que sufre una muerte horrorosa, sin espectadores, sin ventaja alguna en beneficio de los suyos, oscuro, despreciado, tratado como loco, preocupado y fanático, y todo esto por dar la felicidad eterna á un salvaje desconocido....., ¿con que nombre podrá calificarse esta muerte, este gran sacrificio?

Consagrábanse á las misiones varias congregaciones relijiosas: los dominicos, la órden de San Francisco, los agustinos, los jesuitas y los sacerdotes de las misiones extranjeras.

Habia cuatro clases de misiones.

Las de Levante, que comprendian el Archipiélago, Constantinopla, la Siria y Armenia, la Crimea, la Etiopia, la Pérsia y el Ejipto.

Las de América, empezando en la bahía de Hudson, y subiendo por el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas y la Guyana, hasta las famosas *reducciones* ó poblaciones del Paraguay.

Las de la India, que abrazaban el Indostan, la península de una y otra parte del Ganjes, y que se estendian hasta Manila y las Nuevas-Filipinas.

En fin, *las misiones de la China*, á las cuales estaban anejas las de Tong-king, de la Cochinchina y del Japon.

Contábanse ademas algunas iglesias en Islan-

dia, y entre los negros de Africa, pero regularmente no eran seguidas.

Cuando los jesuitas publicaron la correspondencia conocida con el nombre de *Cartas edificantes*, fue citada y deseada su adquisicion por todos los autores. Apoyábanse en su autoridad, y los hechos que referian se tenian por indudables; pero no tardó la moda en declamar contra aquello mismo que se habia admirado. ¿Y como habian de valer cosa alguna aquellas cartas, estando escritas por unos sacerdotes cristianos? No se tuvo vergüenza de preferir, ó mas bien de finjir que eran preferibles á los viajes de los Dutertres y de los Charlevoix, los de un baron de Hontan, ignorante y embustero. Algunos sábios que habian estado al frente de los primeros tribunales de la China, y habian pasado treinta y cuarenta años en la córte misma de los emperadores; que hablaban y escribian la lengua del pais; que tenian frecuente comunicacion con los pequeños, y vivian familiarmente con los grandes; que habian recorrido y estudiado detenidamente las provincias, las costumbres, la relijion y las leyes de aquel vasto imperio; algunos sábios, digo, cuyas numerosas tareas ó trabajos han enriquecido las memorias de la Academia de las ciencias, se vieron tratados de impostores por un hombre que no habia salido del cuartel de los europeos en Canton, que no entendia una palabra del chino, y cuyo mérito todo consistia en contradecir groseramente las relaciones de los misioneros. Harto sabido es esto hoy dia, y aunque tarde, se hace

justicia á los jesuitas. ¿Acaso las embajadas hechas á fuerza de grandes gastos por naciones poderosas, nos han enseñado alguna cosa que no supiésemos ya por los Duhaldes y los Le-Comptes, ó nos han revelado algunas mentiras de aquellos padres?

Con efecto; un misionero debe ser un excelente viajero, porque viéndose en la precision de hablar la lengua de los pueblos á quienes predica el Evangelio, de conformarse con sus usos, de vivir por mucho tiempo con todas las clases de la sociedad, buscar las cabañas y los palacios, é introducirse en ellos; aunque no le hubiese dotado la naturaleza de ingenio alguno, llegaria tambien á recoger una multitud de hechos preciosos. Mas el hombre que pasa rápidamente con un intérprete, y que no tiene ni tiempo ni voluntad de esponerse á mil peligros para aprender el secreto de las costumbres, aunque tuviese todo lo necesario para ver y observar bien, sólo puede adquirir unos conocimientos muy vagos acerca de unos pueblos que no hacen mas que pasar y desaparecer de su vista.

Los jesuitas tenian ademas sobre el viajero particular la ventaja de una sábia educacion, pues los superiores exigian muchas cualidades de los discípulos que destinaban á las misiones. Para las de Levante era preciso saber el griego, el costó, el árabe y el turco, y tener algunas nociones de medicina; para la India y la China se requeria ser astrónomos, matemáticos, jeógrafos y mecánicos, y la América estaba reservada á los naturalistas. ¡Y á cuantos santos disfraces, á cuantos piadosos ardi-

des, mudanzas de vida y de costumbres no se veian en la precision de recurrir para anunciar la verdad á los hombres! En Maduré tomaba el misionero el hábito de penitente indiano, se acomodaba á sus usos, se sometia á sus austeridades, por repugnantes ó pueriles que fuesen; en la China se hacia mandarin y letrado, y entre los iroqueses cazador y salvaje.

Casi todas las misiones francesas fueron establecidas por Colbert y Luvois, los cuales conocieron que aquellas serian un gran recurso para las artes, las ciencias y el comercio. Los padres Fontenay, Tachard, Gerbillon, Le-Compte, Bouvet y Visdelou, fueron enviados á las Indias por Luis XIV: todos eran matemáticos, y el rey hizo que los admitiesen en la academia de las ciencias antes de su partida.

El P. Bredevent, conocido por su física matemática, murió desgraciadamente recorriendo la Etiopia; mas no obstante se han publicado una parte de sus trabajos. El P. Sicard visitó el Egipto, llevando consigo unos dibujantes á espensas de Mr. de Maurepas, y acabó una grande obra con el título de *Descripcion del Egipto antiguo y moderno*. Este manuscrito precioso que se hallaba archivado en la casa profesa de los jesuitas de París, fue estraido de allí sin que se haya podido adquirir indicio alguno de su paradero. Sin duda alguna nadie mejor que el monje Bazin podia darnos á conocer la Persia y el famoso Thamas Koulican; pues fue primer médico de este conquistador, y le acompañó en

todas sus expediciones. El P. Coeur-Donx nos dió nociones muy curiosas acerca de las telas y los tintes indianos: conocimos la China como la Francia; tuvimos los manuscritos orijinales y las traducciones de su historia; herbolarios chinescos, jeografías, matemáticas de aquel pais; y para que nada faltase á la singularidad de aquella mision, el P. Ricci escribió unos libros de moral en la lengua de Confucio, y se le tiene por un autor elegante en Pekin.

Si la China está en el dia cerrada para nosotros, sino disputamos á los ingleses el imperio de las Indias, no es por culpa de los jesuitas, que han estado muy cerca de abrirnos la entrada en aquellas hermosas rejiones. »Ellos lo habian conseguido en América, dice Voltaire, enseñando á unos salvajes las artes necesarias: y lo consiguieron en la China enseñando tambien las artes mas nobles á una nacion ingeniosa (1).»

No es menos conocido lo útiles que eran á la patria en las escalas de Levante. Y por si se quiere una prueba auténtica de ello, aqui presento copia de un documento, cuyas firmas son harto respetables.

Real decreto.

»Hoy dia siete de Junio de mil seiscientos setenta y nueve, estando el rey en San German-en-Laya, queriendo recompensar y manifestar su be-

(1) Ensayo sobre las misiones cristianas, cap. cxcv.

nevolencia á los padres jesuitas franceses, misioneros en Levante, en consideracion á su celo por la religion y las ventajas que experimentan sus súbditos residentes y traficantes en todas aquellas escalas, S. M. los ha retenido y retiene por capellanes suyos en la iglesia y capilla consulares de la ciudad de Alepo en Siria, &c.

Firmado, LUIS.

Y mas abajo, COLBERT (1).

A estos mismos misioneros somos deudores del amor que tienen todavía los salvajes al nombre frances en los bosques de la América; de modo que basta un pañuelo para pasar con seguridad por en medio de las hordas enemigas y encontrar en todas partes hospitalidad. Los jesuitas del Canadá y de la Luisiana fueron los que habian dirigido la industria de los colonos con respecto al cultivo, y los que han descubierto nuevas drogas para los tintes y los medicamentos. Naturalizando en nuestro suelo varios insectos, aves y árboles estraños, han aumentado riquezas á nuestras manufacturas, la delicadeza á nuestra mesa, y deliciosa sombra á nuestros bosques.

Ellos escribieron los elegantes ó sencillos anales de nuestras colonias. Véase sino la excelente historia de las Antillas, por el P. Dutertre, ó la de la Nueva-Francia, por Charlevoix. Las obras de aque-

(1) Véase la nota I. al fin del volumen.

Los hombres piadosos abundan en todo jénero de ciencias , disertaciones sábias , pinturas de costumbres , planes de mejoras para nuestros establecimientos , objetos útiles , reflexiones morales , aventuras interesantes ; todo se encuentra en ellas. Allí se encuentra la historia de una acacia ó de un sauce de la China , la de un gran emperador reducido á darse de puñaladas , la relacion de la conversion de un paria , y un tratado sobre las matemáticas de los bramias. El estilo de dichas relaciones , á veces sublime , admira casi siempre por su sencillez. En fin , las misiones comunicaban anualmente nuevas luces á la filosofía. Encuentra un jesuita en la Tartaria una mujer hurona , y de esta estraña aventura deduce que el continente de América se acerca al Noroeste del continente de Asia , y asi adivina la existencia del estrecho que fue por mucho tiempo la gloria de los Beringhs y de los Cooks. Una gran parte del Canadá y toda la Luisiana habian sido descubiertas por nuestros misioneros , quienes llamando al cristianismo á los salvajes de la Acadia , nos dieron aquellas costas , donde se enriquecia nuestro comercio y se formaban nuestros marinos : esta es una leve parte de los importantes servicios que sabian hacer á su patria aquellos hombres tan despreciados.

CAPITULO II.

Misiones de Levante.

Cada mision tenia un carácter peculiar y un jénero particular de padecimientos. Las de Levante presentaban un espectáculo muy filosófico. ¡Cuan poderosa era aquella voz cristiana que salia de los sepulcros de Argos, de las ruinas de Esparta y de Aténas! En las islas de Samos y de Salamina, de donde partian aquellas magníficas teorías que embelesaban y embriagaban á la Grecia, un pobre sacerdote católico disfrazado de turco, se metia en un esquife, acercábase á algun mal reducto, que estando abierto debajo de los trozos de columnas, daba un abrigo y un lecho de paja al descendiente de los vencedores de Jerjes, distribuia limosnas en nombre de Jesucristo, y haciendo el bien como se hace el mal, ocultándose en la sombra, se volvia otra vez secretamente á su desierto.

El sábio que va á medir los restos de la antiqüedad en las soledades de Europa y de Asia, tiene sin duda derecho á nuestra admiracion; pero yo veo una cosa mas admirable y mas bella, cual es la de algun Bossuet desconocido esplicando la palabra de los profetas sobre las reliquias de Tiro y de Babilonia.

Dios permitia que fuesen abundantes las cosechas en un suelo tan fértil: no podia ser á la verdad estéril semejante polvo. »Salí de Serfo, dice el P. Javier, mas consolado de lo que yo puedo espli-

caros aqui; el pueblo, colmándonos de bendiciones, daba gracias á Dios mil veces por habernos inspirado la idea de venir á buscarle en medio de sus peñascos." Los montes del Líbano y los arenales de la Tebaida eran testigos del sacrificio que hacian de sí mismos aquellos misioneros. Dotados de una gracia infinita para realzar las mas pequeñas circunstancias, si describen los cedros del Líbano, si hablan de los cuatro altares de piedra que se ven al pie de aquellos árboles, donde los monjes maronitas celebran una misa solemne en el dia de la Transfiguracion, cree uno oir los acentos relijiosos que se confunden con el murmullo de aquellos bosques cantados por Salamon, y el estruendo de los torrentes que se despeñan de los montes.

Si hablan del valle por donde corre el rio *santo*: »Estas rocas, dicen, contienen profundas grutas, que eran en otro tiempo otras tantas celdas de un gran número de solitarios que habian elejido estos retiros para ser en la tierra los únicos testigos de su rigurosa penitencia. Las lágrimas de aquellos santos penitentes son las que han dado el nombre de rio santo al que acabamos de nombrar, que nace en los montes del Líbano. La vista de estas grutas y de este rio en aquel espantoso desierto, inspira compuncion, amor á la penitencia, y compasion hácia aquellas almas sensuales y mundanas que prefieren algunos dias de júbilo y de placer á una eterna bienaventuranza."

Todo esto me parece perfecto, tanto en el estilo como en la parte sentimental.

Aquellos misioneros tenían un instinto maravilloso para seguir las huellas del infortunio, y forzarle, digámoslo así, hasta en su último asilo. Ni los baños, ni las pestíferas galeras del mahometano se vieron exentas de su caridad. Oigamos en prueba de ello como se explica el P. Tarillon en su carta dirigida á Mr. de Pontchartrain.

»Los beneficios que hemos hecho á estos infelices (los esclavos cristianos en el baño de Constantinopla), consisten en mantenerlos en el santo temor de Dios y en la fe, en procurarles los alivios y consuelos de la caridad cristiana, asistirles en sus enfermedades, y ayudarles en fin á bien morir: si todo esto requiere mucha sujecion y fatiga, tambien puedo aseguraros que Dios señala en recompensa grandes consuelos.

»En tiempos de peste, como es preciso estar en disposicion de socorrer oportunamente á los que se ven acometidos de tan terrible azote, y aqui no somos mas que cuatro ó cinco misioneros, tenemos la costumbre de enviar uno solo al baño, donde permanece todo el tiempo que dura la enfermedad: el que obtiene para esto permiso del superior, antes de marchar se dispone haciendo ejercicios en el retiro por algunos dias, y luego se despide de sus hermanos como si fuese á morir. A veces consuma su sacrificio, y algunas se escapa felizmente del peligro.»

El P. Jacobo Cachold escribia al P. Tarillon: «Ya me he hecho superior á todos los temores que

causan las enfermedades contagiosas, y Dios mediante no moriré de esta dolencia, cuando acabo de correr tantos riesgos. Salgo del baño donde he administrado los últimos sacramentos á ochenta y dos personas..... Durante el dia me parece que nada me da cuidado, y únicamente de noche en los ratos que me dejaban tomar descanso, sentia mi espíritu dominado enteramente de ideas espantosas. El mayor riesgo que he corrido y que correré tal vez en mi vida, ha sido estando en la bodega de una sultana de ochenta y dos cañones. Los esclavos, de acuerdo con los guardianes, me hicieron entrar alli al oscurecer para confesarlos toda la noche y decirles misa por la mañana. Estuvimos encerrados con candados dobles como se acostumbra. De cincuenta y dos esclavos que yo confesé, doce estaban enfermos, y tres de ellos murieron antes de que yo hubiese salido: considerad que aire podria yo respirar en aquel lugar encerrado, sin ventilacion alguna. Pero Dios, que por su infinita bondad me ha salvado de aquel peligro, me salvará tambien de otros muchos.

Un hombre que se encierra voluntariamente en un baño en tiempo de peste, que confiesa injenuamente sus terrores, y que sin embargo los arrostra y los supera por caridad, que despues á fuerza de dinero, como lo hacen otros para gozar de los placeres ilícitos, se introduce en la bodega de un buque de guerra, á fin de asistir á los esclavos apesta-dos; confesémoslo de buena fé, un hombre semejante no sigue un impulso natural: aqui se advierte

algo mas que la *humanidad*; los mismos misioneros convienen en ello , y de aqui es que no teniendo por un mérito estas obras sublimes , repiten frecuentemente: »Dios nos da esta fortaleza , sin que nosotros tengamos en ello parte alguna.»

Un misionero jóven que aun no está aguerrido en los peligros como aquellos ancianos jefes cargados de fatigas y de palmas evanjélicas , se admiró de haberse salvado del primer peligro , temió que esto fuese por culpa suya , y se manifestó humillado por ello. Despues de haber hecho á su superior la relacion de una peste , durante la cual se habia visto muchas veces obligado á *aplicar la oreja á la boca de los enfermos para oir sus palabras moribundas* , añade : »No he merecido , reverendo padre mio , que Dios se haya dignado recibir el sacrificio de mi vida , como se le habia ofrecido. Pedid por mí en vuestras oraciones , para alcanzar de Dios que olvide mis pecados , y que me conceda la gracia de morir por él.»

Oigase lo que escribia desde las Indias el P. Bouchet. »Nuestra mision está mas floreciente que nunca : hemos *sufrido cuatro grandes persecuciones en este año.*»

Este mismo relijioso es el que envió á Europa las tablas de los brammas , de que Mr. Bailly ha hecho uso en su historia de la astronomía. La sociedad inglesa de Calcuta no ha publicado hasta ahora ningun monumento de las ciencias indianas , el cual no hubiese sido descubierto ó indicado antes por nuestros misioneros ; y eso que los sábios ingleses

soberanos de muchos grandes reinos , favorecidos por el socorro del arte y del poder , debian tener muchos mas medios que un pobre jesuita , solo , errante y perseguido. »Por poco que nos presentásemos libremente en público , escribe el P. Boyer, seria fácil de reconocernos por el aire y el color del rostro. Asi , pues , para no suscitar mayor persecucion á la religion , es preciso resolverse á vivir de oculto lo mas que se pueda. Yo paso dias enteros, ó encerrado en un batel , de donde no salgo sino de noche para visitar los lugares que están junto á los rios , ó retirado en alguna casa lejana.»

El batel de este relijioso era todo su observatorio : pero el hombre es muy rico y muy hábil cuando está inflamado de la caridad.

CAPITULO III.

Misiones de la China.

Dos relijiosos de la órden de San Francisco , el uno polaco y el otro frances , fueron los primeros europeos que penetraron en la China á mediados del siglo doce , y Marco Paole , veneciano , y Nicolas y Mateo Paole , de la misma familia , hicieron muy luego dos viajes. Los portugueses asi que descubrieron el derrotero de las Indias , se establecieron en Macao , y el P. Ricci , de la compañía de Jesus , resolvió penetrar en aquel imperio de Cathai , del que se referian ya tantas maravillas. Aplicose

ante todo al estudio de la lengua de la China, una de las más difíciles del mundo; su ardor venció todos los obstáculos, y después de muchos peligros y repulsas, en 1682 alcanzó de los magistrados chinos el permiso que solicitaba para establecerse en Chouachen.

Ricci, discípulo de Cluvio, y muy hábil también en las matemáticas, mediante esta ciencia se adquirió protectores entre los mandarines, y dejando el vestido de los bonzos, tomó el de los letrados. Daba lecciones de geometría, en que mezclaba con arte las lecciones más preciosas de la moral cristiana, y así pasó sucesivamente á Chouachen, Nemcham, Pekin y Nankin, unas veces maltratado, otras recibido con alegría, oponiendo á los reveses una paciencia invencible, y sin perder jamás la esperanza de hacer fructificar la palabra de Jesucristo. Ultimamente, el emperador mismo, admirado de las virtudes y de los conocimientos del misionero, le permitió que residiese en la capital, y concedió además muchos privilegios, tanto á él como á los otros compañeros de sus trabajos apostólicos. Los jesuitas observaron una conducta muy prudente y circunspecta: mostraron un conocimiento profundo del corazón humano, respetaron los usos de los chinos, y se acomodaron á ellos en todo aquello que no era opuesto á las leyes evangélicas. Mas no obstante, se les opusieron obstáculos por todas partes. La envidia, dice Voltaire, corrompió en breve los frutos de la sabiduría, y ese espíritu de inquietud y de contradicción que va en Europa en

pos de los conocimientos y de los talentos, trastornó fácilmente los mas grandes proyectos.

Ricci atendia á todo, y para todo era bastante. Respondió á las acusaciones de sus enemigos en Europa, velaba por las iglesias nacientes de la China, daba lecciones de matemáticas, escribia en chino libros de controversia contra los letrados que le combatian, cultivaba la amistad del emperador, y se hacia lugar en la córte, granjeándose el afecto de los grandes con su política. Tantas fatigas abreviaron sus dias, y terminó en Pekin una vida de cincuenta y siete años, de los cuales habia invertido la mitad en los trabajos del apostolado.

Muerto el P. Ricci, fué interrumpida su mision por las revoluciones que acaecen frecuentemente en la China; pero cuando el emperador Tártaro Cunchi subió al trono, nombró al P. Adam Schall presidente del tribunal de matemáticas. Murió Cunchi, y durante la menor edad de su hijo Cang-hi, la religion cristiana se vió espuesta á nuevas persecuciones.

Cuando llegó el emperador á la mayor edad, se hallaba el calendario de la China en una grande confusion, y en este caso fue preciso recurrir á los misioneros, y llamarlos. El jóven príncipe se mostró favorecedor del P. Verbiest, sucesor del Schall: hizo examinar el cristianismo por el tribunal de los estados del imperio: minutó de su propia mano la memoria de los jesuitas; y los jueces, despues de un maduro exámen, declararon que la religion cristiana era buena, y que nada contenia que fuese

contrario á las costumbres y á la prosperidad de los imperios.

Digno era de los discípulos de Confucio el pronunciar una sentencia semejante en favor de la ley de Jesucristo. Poco tiempo despues de aquel decreto , llamó de París el P. Verbiest á aquellos sábios jesuitas que llevaron y honraron el nombre frances hasta el centro del Asia.

El jesuita que partia para la China, iba siempre armado del telescopio y el compás, y se presentaba en la córte de Pekin con la urbanidad de la córte de Luis XIV, y rodeado del honroso cortejo de las ciencias y de las artes. Desarrollando mapas, rodando globos, trazando esferas, enseñaba á los absortos mandarines el verdadero curso de los astros, y el verdadero nombre del que los dirige en sus órbitas. No destruia los errores de la física sino para destruir los de la moral: restablecia en el corazon, como en su verdadero sitio, la sencillez que desterraba del espíritu, inspirando al mismo tiempo con sus costumbres y su saber una profunda veneracion hácia su Dios, y una alta estimacion de su patria.

Era muy lisonjero y muy grato para la Francia el ver á sus simples religiosos arreglar en la China los fastos de un grande imperio. Proponíanse cuestiones desde Pekin á París, y la cronología, la astronomía y la historia natural suministraban asunto de discusiones curiosas y sábias; los libros chinos eran traducidos en frances, y los franceses en chino. El P. Perennin, en su carta dirigida á Fon-

tenelle , escribia á la academia de las ciencias:

»Acaso os sorprenderá, señores, que yo os envíe de tan lejos un tratado de anatomía, un curso de medicina y unas cuestiones de física, escritas en una lengua que ciertamente os es desconocida; mas sin duda cesará vuestra sorpresa cuando veais que os envío vuestras propias obras vestidas á la tártara.»

Es preciso leer desde la cruz á la fecha esta carta, en que respira aquel tono de política y aquel estilo propio de los hombres de bien, casi olvidado en nuestros dias. »El jesuita Perennin, dice Voltaire, hombre célebre por sus conocimientos, por su sabiduría y su carácter, que hablaba muy bien el chino y el tártaro, es conocido principalmente entre nosotros por sus respuestas sábias é instructivas sobre las ciencias de la China, á las sábias dificultades de uno de nuestros mejores filósofos.»

En 1711 el emperador de la China dió á los jesuitas tres inscripciones que él mismo habia compuesto para una iglesia que hacian erijir en Pekin. La del frontispicio decia:

»Al principio de todas las cosas.»

En una de las dos columnas del peristilo se leia:

»Es infinitamente bueno, é infinitamente justo: ilumina, sostiene, todo lo arregla con suprema autoridad, y con una soberana justicia.»

La última columna tenia esculpidas estas palabras:

»No ha tenido principio ni tendrá fin: ha crea-

do todas las cosas desde el principio, y él es quien las gobierna, y es el verdadero señor de ellas.”

El que se interese en la gloria de su país no puede dejar de conmoverse extraordinariamente al ver que unos pobres misioneros franceses dan semejantes ideas de Dios al jefe de muchos millones de hombres. ¡O cuan noble uso de la religión!

El pueblo, los mandarines, los letrados, todos afanados abrazaban la nueva doctrina, y las ceremonias del culto sobre todo tenían un éxito prodijoso. Antes de la comunión, dice el P. Fouquet, pronunciaba yo en voz alta los actos que se deben hacer al ir á recibir aquel divino sacramento: y aunque la lengua china no es fecunda en afectos del corazón, produjo esto muy buen éxito..... Observé en el rostro de aquellos buenos cristianos una devoción, que hasta entonces no había visto todavía.”

»Loukang, añade el mismo misionero, me había inspirado gusto á las misiones del campo. Salí del lugar, encontré todas aquellas pobres jentes que trabajaban por una y otra parte, y me llegué á uno de ellos que me pareció tener la fisonomía agradable, y le hablé de Dios. Se me figuró complacido de lo que yo decía, y me convidó como por honor á ir á la sala de sus antepasados. Es esta la casa mas bella del lugar, habitacion comun á todos los habitantes, porque teniendo de inmemorial la costumbre de no emparentar fuera de su país, todos son parientes hoy dia, y tienen los mismos abuelos. Allí fue, pues, donde muchos acudieron

para oír la santa doctrina, dejando al intento sus faenas (1).”

¿No es esto por ventura una escena de la Odissea, ó mas bien de la Biblia?

Un imperio que observaba ya dos mil años hacia unas costumbres no alteradas por el tiempo, las revoluciones ni las conquistas; este imperio, digo, hace una mudanza á la voz de un religioso cristiano que partió solo de lo interior de Europa. Las preocupaciones mas arraigadas, los usos mas antiguos, una creencia religiosa consagrada por los siglos, todo esto cae y se desvanece con solo oír el nombre del Dios del Evangelio. En el momento mismo en que yo escribo, en el momento en que el cristianismo se ve perseguido en Europa, ahora es cuando se propaga en la China. Este fuego que se creía apagado enteramente, vuelve á encenderse como acontece siempre despues de las persecuciones. Cuando degollaban al clero en Francia y se le despojaba de sus bienes y sus honores, eran innumerables las órdenes sagradas que se daban en secreto; los obispos proscriptos se vieron muchas veces obligados á negar el sacerdocio á jóvenes que querian volar al martirio. Eso prueba por la milésima vez lo mucho que han desconocido el espíritu del cristianismo aquellos que han creído aniquilarle encendiéndole hogueras. Al contrario de las cosas humanas que por naturaleza perecen en los tormentos, la verdadera religion se aumenta en la adversi-

(1) Cartas edificantes, tom. xvii. Véase la nota J, al fin del volumen.

dad, porque Dios la ha marcado con el mismo sello que á la virtud.

CAPITULO IV.

MISIONES DEL PARAGUAY.

Conversiones de los salvajes (1).

Mientras que el cristianismo brillaba en medio de los adoradores de Jo-hi, en tanto que otros misioneros le anunciaban á los nobles japoneses, ó le llevaban á la córte de las sultanas, se le vió introducirse, digámoslo así, hasta en los nidos de los bosques del Paraguay, con el objeto de domesticar aquellas naciones indianas que vivian como las aves en las ramas de los árboles. En verdad que es un culto portentoso el que reúne cuando le place las fuerzas políticas á las morales, y que crea por superabundancia de medios, gobiernos tan sábios como los de Minos y de Licurgo. Aun no poseia la Europa mas que unas constituciones bárbaras, formadas por el tiempo y la casualidad, y la religion cristiana hacia revivir en el Nuevo-Mundo los milagros de las legislaciones antiguas. Las cuadrillas errantes de los salvajes del Paraguay se fijaban, y á

(1) Véanse, con respecto á los dos capítulos siguientes, los tomos VIII y IX de las *Cartas edificantes*; la *Historia del Paraguay*, por Charlevoix, en 4.º, edic. 1744; Lozano, *Historia de la Compañía de Jesus, en la provincia del Paraguay*, 2 tomos en fol., Madrid 1733; Muratori, *Il Cristianesimo felice*; y Montesquieu, *Esp. des Lois*.

la palabra de Dios, salia de lo interior de los desiertos una república evanjélica.

Mas ¿cuales eran los grandes jenios que reproducian estas maravillas? Unos simples jesuitas, contrariados con mucha frecuencia en sus designios por la avaricia de sus compatriotas.

Era costumbre jeneralmente adoptada en la América española, el reducir los indios á *encomienda*, y sacrificarlos á los trabajos de las minas. En vano habia reclamado contra este abuso tan impolítico como bárbaro el clero secular y regular, resonando particularmente en los tribunales de Méjico y del Perú, y en la córte de Madrid, las quejas de los misioneros. »No pretendemos, decian á los colonos, oponernos al provecho que podeis sacar de los indios por medios lejitimos; pero bien sabeis que la intencion del rey jamás ha sido que los mireis como unos esclavos, y que la ley de Dios os lo prohíbe. . . . No creemos que sea permitido atentar á su libertad, á la cual tienen un derecho natural que nadie puede disputar.»

Al pie de las cordilleras, hácia la costa que mira al Atlántico, entre el *Orinoco* y el *Rio de la Plata*, quedaba todavía un pais poblado de salvajes, en donde todavía no habian penetrado los españoles. En aquellos espesos bosques fue donde los misioneros emprendieron formar una república cristiana, y dar á lo menos á un corto número de indios la felicidad que no habian podido procurar á todos.

Dieron principio, pues, alcanzando de la córte de España la libertad de los salvajes que consiguie-

ran reunir. Al saber esta novedad, se sublevaron los colonos, y solo á fuerza de espíritu y de maña pudieron evitar los jesuitas que se derramase su sangre en los desiertos del Nuevo-Mundo. Por último, habiendo triunfado de la codicia y la malicia humana, meditando uno de los mas nobles disignios que jamás concibió el corazón del hombre, se embarcaron para el *Río de la Plata*. En este rio, donde va á perderse otro que ha dado su nombre al pais y á las misiones cuya historia bosquejo.

Paraguay, en la lengua de los salvajes significa *Río coronado*, porque nace del lago Jarayes, que le sirve como de corona, y antes de ir á engrosar el *Río de la Plata*, recibe las aguas del *Parama* y del *Uruguay*. Unas selvas que encierran otras, casi taladas por los años, lagos y llanuras enteramente inundadas en las estaciones lluviosas, y montañas que levantan desiertos sobre desiertos, forman una parte de las vastas provincias que riega y fertiliza el *Paraguay*. En ellas abunda la caza de toda especie, asi como los tigres y los osos: los bosques están llenos de enjambres de abejas, que labran una cera blanquísima y una miel muy olorosa, y se ven unas aves de plumaje vistosísimo, y que entre el verdor de los árboles parecen unas grandes flores azules y encarnadas. Un misionero frances, que se habia extraviado en aquellas soledades, hace de ellas la pintura siguiente:

»Continué mi viaje, sin saber adonde iria á parar, y sin encontrar persona alguna que pudiera enseñarme el camino. Algunas veces encontré en me-

dio de aquellos bosques unos sitios encantadores. Todo cuanto han podido imaginar el estudio y la industria del hombre para hacer un lugar ameno y agradable, no se acerca á las bellezas que allí habia reunido la simple naturaleza. Aquellos lugares embelesadores me trajeron á la memoria las ideas que habia tenido en otro tiempo leyendo las vidas de los antiguos solitarios de la Tebaida, y me vino el pensamiento de pasar el resto de mis dias en estas selvas adonde la Providencia me habia conducido, para atender allí únicamente al asunto de mi salvacion, lejos de todo trato con los hombres; pero no siendo yo el árbitro de mi destino, y como las órdenes supremas del Señor me estaban ciertamente señaladas por las de mis superiores, deseché tal pensamiento como una ilusion."

Los indios que habitaban aquellos retiros solo se parecian á ellos en lo que tenían de espantoso. Eran una raza indolente, estúpida y feroz, que mostraba en toda su fealdad el hombre primitivo degradado por su caída. Nada prueba mas la degradacion que la pequeñez del salvaje en medio de la grandeza del desierto. Luego que los misioneros llegaron á *Buenos-Aires*, volvieron á subir por el *rio de la Plata*, y entrando en las aguas del *Paraguay* se dispersaron por los bosques. Las relaciones antiguas nos los representan con un breviario debajo del brazo izquierdo, una cruz alta por báculo en la mano derecha, y sin otra provision que su confianza en Dios. Nos los pintan abriéndose paso por en medio de la maleza de las selvas, andando

por terrenos pantanosos con agua á la cintura , trepando por las rocas escarpadas , y entrando casi á rastras en las cavernas y los precipicios , esponiéndose á encontrar serpientes y fieras en lugar de los hombres que buscaban.

Muchos de ellos murieron allí de hambre y de fatigas; otros fueron degollados y devorados por los salvajes. Al P. Lizardi le encontraron sobre un peñasco traspasado de flechas , su cuerpo medio desgarrado por las aves de rapiña , y el breviario cerca de él , abierto en el oficio de difuntos. Cuando un misionero encontraba así los restos de uno de sus compañeros , se apresuraba á hacerle los honores fúnebres , y poseído de una grande alegría cantaba un *Te Deum* solitario sobre la sepultura del mártir.

Estas escenas renovadas á cada instante , causaban admiracion á las cuadrillas de bárbaros. Algunas veces se detenian estos alrededor del sacerdote desconocido que les hablaba de Dios , y miraban al cielo que el apóstol les indicaba ; otras huian de él como de un májico ; sentíanse sobrecojidos de un asombro extraordinario , y el relijioso los seguia alargando los brazos hácia ellos en nombre de Jesucristo. Si no podia detenerlos , plantaba su cruz en un paraje descubierto , é iba luego á esconderse en los bosques. Los salvajes se acercaban poco á poco para ver detenidamente el estandarte de paz enarbolado en la soledad , y parecia que un imán secreto les atraia hácia aquella insignia de su salvacion. Entonces el misionero , saliendo de improvisó

de su emboscada, y aprovechándose de la sorpresa de los bárbaros, les invitaba á dejar una vida miserable para gozar de las dulzuras de la sociedad.

Reunidos ya por los jesuitas algunos indios, recurrieron á otro medio para ganar las almas. Habian observado que los salvajes de aquellas orillas eran muy sensibles á la música, y aun se añade que las aguas del Paraguay hacen la voz mas sonora y agradable. Los misioneros se embarcaron, pues, en unas piraguas con los nuevos catecúmenos, y navegaron rio arriba entonando cánticos que los neófitos repetian, semejantes á los señuelos del pajarero cuando cantan para atraer á las redes los incautos pajarillos. Los indios, cayendo en el dulce lazo que se les tendia, bajaban de los montes, acudian á las orillas del rio para escuchar mejor aquellos acentos, y muchos de ellos se arrojaban al agua y seguian á nado la encantada navecilla. El arco y la flecha se caian insensiblemente de la mano del salvaje; entraba en su alma confusa el gusto anticipado de las virtudes sociales y las primeras dulzuras de la humanidad; veia á su mujer y su hijo llorar de una alegría desconocida, y subyugando en breve por un atractivo irresistible, se postraba al pie de la cruz, y mezclaba sus abundantes lágrimas á las aguas rejuvenecedoras que chorreaban de su cabeza.

De esta manera la religion cristiana realizaba en las inmensas selvas de la América lo que la fábula nos cuenta de los Amfiones y de los Orleos; reflexion tan natural, que se ofreció tambien á los mismos misioneros, y que prueba la verdad

de cuanto aqui refiero, aunque parezca una ficcion (1).

CAPITULO V.

CONTINUACION DE LAS MISIONES DEL PARAGUAY.

República cristiana: felicidad de los indios.

Los primeros salvajes que se reunieron á la voz de los jesuitas fueron los *Guarinis*, pueblos esparcidos por las orillas del *Paranape*, del *Pirape* y del *Uruguay*. Establecieron un lugar bajo la direccion de los PP. *Maceta* y *Cataldino*, cuyos nombres es justo conservar entre los de muchos bienhechores de los hombres; aquel lugar se denominó *Loreto*, y en lo sucesivo, segun se iban erijiendo iglesias indianas, se comprendieron todas con el nombre jeneral de *Reducciones*. Estas llegaron hasta treinta en pocos años, y formaron entre sí aquella *república cristiana*, que parecia una reliquia de la antigüedad descubierta en el Nuevo-Mundo; confirmando á nuestros ojos aquella verdad tan conocida de Roma y de la Grecia, que con la relijion y no con principios abstractos de filosofía, es como se civilizan los hombres y se fundan los imperios.

Cada villa ó lugar era gobernado por dos misioneros que dirijian los negocios espirituales y temporales de las pequeñas repúblicas. Ningun estran-

(1) *Charlevoix.*

jero podia permanecer en ellas mas de tres dias , y para evitar toda intimidacion que hubiese podido corromper las costumbres de los nuevos cristianos, estaba prohibido aprender la lengua española , aunque los neófitos sabian leerla y escribirla correctamente.

En cada Reduccion habia dos escuelas; una para los primeros elementos de las letras , y otra para la danza y la música. Este último arte, que servia tambien de fundamento á las leyes de las antiguas repúblicas , se cultivaba con particularidad por los guarinis , los cuales ellos mismos sabian hacer órganos , flautas , guitarras , é instrumentos de guerra.

Cuando un niño habia llegado á la edad de siete años , los dos relijiosos estudiaban su jenio , y si parecia á propósito para los oficios mecánicos , se le ponía en uno de los talleres de la *Reduccion* , y en aquel mismo á que era inclinado. De este modo llegaba á ser platero , dorador , carpintero , tejedor , &c. En aquellos talleres habian sido jesuitas los primeros maestros , habiendo aprendido estos padres espresamente las artes útiles para enseñarlas á los indios , sin necesidad de tener que valerse de personas estrañas.

Los jóvenes que preferian la agricultura eran alistados en el gremio de los labradores , y los que conservaban aun algo del jenio vagabundo de su primera vida , eran destinados á guardar ganados.

Las mujeres trabajaban separadas de los hombres dentro de sus moradas. Al principio de cada semana se les distribuía cierta cantidad de lana y

algodon, que debian entregar hilado el sábado por la noche, y en los ratos libres se ocupaban tambien en las labores del campo, segun lo que sus fuerzas permitian.

No habiendo mercados públicos en los nuevos lugares, en ciertos dias determinados se daba á cada familia lo mas necesario para subsistir, y uno de los misioneros cuidaba de que las porciones fuesen proporcionadas al número de individuos que habitaban en cada barraca.

Emprendian y dejaban el trabajo á son de campana, cuyo primer toque se daba al rayar el alba. Inmediatamente se reunian los niños en la iglesia, comenzaban su concierto matutino, que duraba como el de los pajarillos hasta salir el sol. Hombres y mujeres asistian todos á oír misa, y acabada esta, iban á ocuparse en sus tareas. Al ponerse el sol llamaba otra vez la campana á los nuevos ciudadanos al altar, y rezaban con voz alta la oracion, cantando á duo con gran música.

El terreno estaba dividido en muchas suertes, y cada familia cultivaba una de ellas para su manutencion. Habia ademas un campo público llamado la *posesion de Dios* (1), y los frutos de estas tierras comunes estaban destinados á remediar la escasez por las malas cosechas, á socorrer las viudas, los huérfanos y los impedidos, y aun tambien para los gastos de guerra. Si quedaba alguna cosa del tesoro

(1) Se engañó Montesquieu en creer que habia comunidad de bienes en el Paraguay, y aquí se ve lo que le indujo á tal error.

público, al cabo del año se aplicaba este escedente á los gastos del culto, y en rebajar el tributo del escudo de oro que cada familia pagaba al rey de España.

Un *cacique* ó jefe de guerra, un *correjidor* para la administracion de justicia, unos *rejidores* y *alcaldes* para la policia y direccion de los trabajos públicos, formaban el cuerpo militar, civil y político de las *Reducciones*. Todos estos majistrados eran nombrados por la junta jeneral de los ciudadanos; mas parece que habian de elijirse precisamente del número de los sugetos propuestos por los misioneros, cuya ley fue tomada del senado y del pueblo romano. Habia ademas un jefe llamado *fiscal*, especie de censor público elejido por los ancianos, el cual llevaba un registro de los hombres aptos para tomar las armas. Un *teniente* cuidaba de los niños, los llevaba á la iglesia, los acompañaba á las escuelas, llevando en la mano una varita larga, y daba cuenta á los misioneros de cuanto habia observado acerca de las costumbres, el carácter, las cualidades y los defectos de sus discípulos.

Finalmente, el lugar estaba dividido en muchos cuarteles, y cada cuartel tenia un celador. Como los indios son naturalmente indolentes y desidiosos, habia un jefe de agricultura encargado de reconocer los arados y de obligar á los cabezas de familia á sembrar sus tierras.

Cuando alguno infrinjia las leyes, la primera falta era castigada con una reprension secreta de los misioneros, la segunda con una penitencia pú-

blica á la puerta de la iglesia, como lo hacian los primeros fieles, y la tercera con la pena de azotes. Pero es admirable que en el espacio de siglo y medio que ha durado esta república, apenas se encuentre un ejemplar de que un indio haya sufrido este último castigo. Todas sus faltas, son faltas de niño, dice el P. Charlevoix; y lo son toda su vida en muchas cosas, y tienen por otra parte todas sus buenas cualidades.

Los perezosos eran condenados á cultivar una porcion mayor del campo comun, y de esta suerte, mediante una sábia economía, se habia conseguido convertir en beneficio de la prosperidad pública hasta los defectos de aquellos hombres inocentes.

Para evitar el libertinaje se tenia particular cuidado de casar muy temprano á los jóvenes: las mujeres que no tenian hijos vivian retiradas, durante la ausencia de sus maridos, en una casa particular llamada *Casa de Refugio*; ambos sexos estaban separados casi del mismo modo que en las repúblicas griegas, y tenian bancos distintos en la iglesia, y puertas diferentes por donde salian sin confundirse.

Todo estaba arreglado, hasta el vestido que convenia á la modestia, sin oponerse á las gracias. Las mujeres llevaban una túnica ceñida por la cintura, los brazos y las piernas desnudas, y el cabello suelto, sirviéndoles de velo.

Los hombres vestian como los antiguos castellanos, y cuando se ponian á trabajar, cubrian aquel noble traje con un saco de color de púrpura.

Los españoles, y principalmente los portugueses del Brasil, hacían correrías por las tierras de la *república cristiana*, y arrebatában frecuentemente algunos desgraciados para reducirlos á la esclavitud, hasta que los jesuitas, resueltos á poner fin á este salteamiento, á fuerza de representaciones consiguieron permiso de la corte de Madrid para armar á sus neófitos. Se procuraron los primeros materiales para construir armas, establecieron fundiciones de cañones y molinos de pólvora, y adiestraron en los ejercicios militares á los que se veían amenazados. Todos los lunes se juntaba una milicia organizada para maniobrar y pasar revista delante de un *cacique*, en la cual había premios señalados para los ballesteros, lanceros, honderos, artilleros y arcabuceros. Volvieron los portugueses, y entonces en lugar de labradores tímidos y dispersos, encontraron batallones que los derrotaron arrojándolos hasta el pie de sus baluartes. Observase que aquella tropa nunca volvía atrás, y que se reunía con orden bajo el fuego enemigo. Tenía también tal ardor, que se exaltaba en los ejercicios militares, y muchas veces era preciso hacer descanso por temor de alguna desgracia.

Observábase, pues, en el *Paraguay* un estado que ni tenía los riesgos de una constitucion enteramente militar, como la de Lacedemonia, ni los inconvenientes de una sociedad enteramente pacífica, como la fraternidad de los cuakeros. Estaba resuelto el problema político, pues se encontraban allí reunidas la agricultura que funda, y las armas que

conservan, siendo los *Guarinis* cultivadores sin tener esclavos, y guerreros sin ser feroces: inmensas y sublimes ventajas que debian á la relijion cristiana, y de que no habian podido gozar bajo el politeismo ni los griegos ni los romanos.

Este sábio medio se observaba en todas partes: la *república cristiana*, no era absolutamente agrícola, ni del todo dedicada á la guerra, ni enteramente privada de las letras y del comercio; tenia un poco de todo, y particularmente abundancia de fiestas. No siendo tétrica como Esparta, ni frívola como Aténas, el ciudadano no se veia agobiado del trabajo, ni encantado ó dominado del placer. En suma, los misioneros, reduciendo la multitud á las primeras necesidades de la vida, supieron distinguir entre la grey los niños que la naturaleza habia indicado para mas altos empleos. Asi como Platon lo aconseja, pusieron con separacion á los que descubrian ingenio para dedicarlos al estudio de las ciencias y de las letras. Estos niños escojidos, que se llamaban la *Congregacion*, eran educados en una especie de seminario, y sujetos á la ríjidez del silencio, del retiro y de los estudios de los discípulos de Pitágoras. Reinaba entre ellos una emulacion tan grande, que solo la amenaza de ser despedidos y enviados á las escuelas públicas, bastaba para reducir un alumno á la desesperacion. De esta reunion escelente habian de salir un dia los sacerdotes, los majistrados y los héroes de la patria.

Los pueblos ó lugares de las *Reducciones* ocupaban un territorio muy estenso, jeneralmente á

las orillas de un rio , y en un sitio ameno y fértil.

Las casas eran uniformes, de un solo piso, construidas de piedras , y las calles anchas y tiradas á cordel. En el centro de la poblacion estaban la plaza pública formada por la iglesia , la casa de los misioneros , el arsenal , el granero comun ó pósito , la casa de refugio y el hospicio para los extranjeros. Las iglesias eran muy bellas , y sus paredes muy adornadas con cuadros, cuyos intervalos se veian cubiertos de graciosos festones de follaje. En los dias festivos se rociaba la nave con aguas olorosas , y el pavimento del santuario estaba cubierto de flores de lianas deshojadas.

A espaldas del templo se hallaba el cementerio, el cual formaba un cuadrilongo cercado de paredes de altura hasta el pecho, con una calle de palmeras y cipreses alrededor , y dividido en su lonjitud por otras calles de cidros y naranjos , de las cuales la de en medio iba á parar á una capilla, donde se celebraba todos los lunes una misa de difuntos.

Las calles del lugar daban á unas alamedas hermosísimas de frondosos , altos y corpulentos árboles , las cuales llegaban hasta otras capillas erijidas en el campo y que se veian de frente: en estos monumentos religiosos , terminaban las procesiones en los dias mas solemnes.

El domingo , despues de misa , se formalizaban los esponsales , se celebraban los matrimonios , y por la tarde se bautizaba á los catecúmenos y los niños , cuyos bautizos se hacian como en la primi-

tiva iglesia, con las tres inmersiones, los cánticos y la vesta de lino.

Anunciábanse las principales fiestas de la religion con una pompa extraordinaria. En la vispera se hacian iluminaciones en demostracion de regocijo, se encendian hogueras, y los muchachos bailaban en la plaza principal. El dia siguiente al amanecer se presentaba la milicia armada, y el cacique que la capitaneaba iba montado en un soberbio caballo, caminando bajo un dosel que llevaban dos oficiales uno á cada lado. A medio dia, concluidos los divinos oficios, se daba un banquete á los extranjeros, si se encontraban algunos en la república, y se permitia beber un poco de vino. Por la tarde habia carreras de sortija, presididas por dos misioneros que distribuian los premios á los vencedores, y al anochechar, haciéndose la señal de retirada, las familias felices y pacíficas iban á gozar de las dulzuras del sueño.

En el centro de aquellos bosques salvajes, en medio de aquel reducido pueblo antiguo, la fiesta del Santísimo Sacramento en particular, presentaba un espectáculo majestuoso y extraordinario. Los jesuitas habian introducido alli las danzas al estilo de los griegos, porque nada tenian que temer con respecto á las costumbres, entre unos cristianos de tan grande inocencia. Copiaré literalmente la descripcion que hizo de esta solemnidad el P. Charlevoix.

«Ya he dicho que nada precioso se ve en aquella fiesta: todas las bellezas de la simple natu-

raleza se ostentan con una variedad que la representan en toda su perfeccion, ó mas bien diré que allí toda está viva; porque en las flores y las ramas de árboles que forman los arcos triunfales por donde pasa el Santísimo Sacramento, se ven revolotear pajarillos de todos colores, atados de las patitas con unos hebras tan largas, y que parece están sueltos, que han venido espontáneamente á confundir sus gorjeos con el canto de los músicos y de todo el pueblo; y bendecir á su modo á aquel cuya providencia jamás les falta.

De trecho en trecho se ven tigres y leones bien encadenados, á fin de que no turben la fiesta, y lindísimos peces que bullen continuamente en grandes vasos llenos de agua; en una palabra, toda especie de viviente concurre á la funcion como en diputaciones, para rendir allí homenaje al Hombre Dios en su augusto Sacramento.

»En tan majestuosa decoracion se hallan tambien todas aquellas cosas con que uno se regala en los grandes regocijos públicos, las primicias de todas las cosechas para ofrecerlas al Señor, y el grano que se ha de sembrar, á fin de que le eche su bendicion. El canto de las aves, el rujido de los leones y de los tigres, todo se oye allí sin confusion, y forma un concierto único

»Luego que el Santísimo Sacramento vuelve á entrar en la iglesia, se hace á los misioneros el pre-

sente de todos los comestibles que se han puesto de manifiesto en su tránsito, y estos religiosos hacen llevar todo lo mejor á los enfermos, y reparten lo demas entre los habitantes del pueblo. Por la noche se quema un castillo de pólvora, como se hace en todas las grandes festividades, y al dia inmediato regocijos públicos.”

Con un gobierno tan paternal y tan análogo al jenio sencillo y pomposo del salvaje, era muy natural que los nuevos cristianos fuesen los hombres mas puros y felices de aquella edad. La variacion de sus costumbres era, pues, un milagro obrado á vista del Nuevo-Mundo, donde se veian transformados en un espíritu de dulzura, de paciencia y de castidad, aquel espíritu de crueldad y de venganza, y aquel abandono con que se entregaban á los vicios mas groseros que caracterizan á las hordas ó cuadrillas indianas. Júzguese de sus virtudes por la espresion sencilla del obispo de *Buenos-Aires*. »Señor, escribia á Felipe V, en estos pueblos numerosos, compuestos de indios naturalmente propensos á todo jénero de vicios, reina una inocencia tan grande, que no creo se cometa entre ellos ni un solo pecado mortal.”

Entre los salvajes cristianos no se veian procesos ni disensiones: no se conocia aquello de *tuyo* y *mio*; porque, como lo observa Charlevoix, el estar siempre dispuesto á repartir con el menesteroso lo que uno tiene, es verdaderamente no tener nada propio. Provistos abundantemente de todo lo indispensable ó necesario para vivir, gobernados

por los mismos hombres que los habian sacado de la barbarie , y á quienes miraban con razon como unas especies de divinidades, gozando en el seno de sus familias y en su patria de los mas dulces sentimientos de la naturaleza , conociendo las ventajas de la vida civil , sin haber dejado el desierto , y los atractivos de la sociedad, al mismo tiempo que conservaban los de la soledad ; aquellos indios podian gloriarse de que gozaban de una felicidad sin ejemplo hasta entonces en la tierra. La hospitalidad , la amistad , la justicia , y las tiernas virtudes , salian naturalmente de sus corazones al oir la palabra de la religion , semejautes á los olivos que dejan caer su maduro fruto al apacible soplo del fresco ambiente. Muratori ha pintado con un solo rasgo de su pluma aquella república cristiada , dando á la descripcion que ha hecho el título de *Il Cristianesimo felice*.

Me parece que al leer esta historia , no tiene uno mas deseo que el de pasar los mares , é ir lejos de los sobresaltos y las revoluciones , á buscar una vida oscura en las barracas de aquellos salvajes , y un pacífico sepulcro bajo las palmeras de aquellos cementerios. Mas ¡ay! ni los desiertos son tan profundos ni los mares tan vastos , que puedan librar al hombre de los dolores que le siguen siempre. Tantas cuantas veces se hace un bosquejo de la felicidad de un pueblo , otras tantas es forzoso acabar la descripcion con su catástrofe ; de suerte , que en medio de las pinturas mas risueñas , se siente oprimido el corazon del escritor por esta reflexion que

se presenta á cada instante. ¡Nada de todo eso existe ya! Desaparecieron enteramente las misiones del Paraguay, y los salvajes reunidos con tantas fatigas andan otra vez errantes por los bosques, ó sepultados vivos en las entrañas de la tierra; siendo tambien lo mas doloroso, que se haya aplaudido la destruccion de una de las obras mas bellas y laudables hechas por la mano del hombre. Pero no es extraño: era una creacion del cristianismo, una mies fecundada con la sangre de sus apóstoles, y por consecuencia se habia de mirar por ciertos hombres con odio y con desprecio! Asi es que en tanto que nosotros triunfábamos viendo recaer en la esclavitud los indios en el Nuevo-Mundo, en la Europa toda resonaba el ruido de nuestra filantropía y nuestro amor á la libertad. Tan vergonzosa inconsecuencia de la naturaleza humana, segun las pasiones encontradas que la ajitan, afrentan el espíritu, y le pervirtieran si fijásemos en ella la vista por mucho tiempo. Confesemos, pues, que somos débiles; que los altos juicios de Dios son inescrutables, y que le place probar á sus siervos. Mientras nosotros jémimos aqui, los sencillos cristianos del Paraguay, sepultados actualmente en las minas del Potosí, besan sin duda la mano que los oprime, y sobrellevando pacientemente sus trabajos, se hacen dignos de ocupar un lugar en aquella república de los santos que está á salvo de las persecuciones de los hombres.

CAPITULO VI.

Misiones de la Guayana.

Si estas misiones del Paraguay asombran por su grandeza, hay otras que, por ser mas ignoradas, no son menos admirables. En la humilde choza y en el sepulcro del pobre se ve frecuente que el Rey de los reyes se complace en ostentar las riquezas de su divina gracia y de sus maravillas. Subiendo desde el Paraguay hácia el Norte, hasta lo interior del Canadá, se encontraba una multitud de misiones menores, no ya donde el neófito se habia civilizado siguiendo al apóstol, sino donde este se habia hecho salvaje para seguir al neófito. Veíanse allí los relijiosos franciscanos al frente de aquellas iglesias errantes, cuyos peligros é inestabilidad parecian haberse creado para nuestro valor y nuestra jenio.

El P. Creuilli, jesuita, fundó las misiones de la Cayena, é hizo tales cosas en alivio de los negros y de los salvajes, que parecen superiores á la humanidad; y los padres Lombart y Ramette, siguiendo las huellas de aquel santo varon, se metieron en los lagos y pantanos de la Guayana. Hicieronse amar de los indios *Galibis* á fuerza de socorrerlos, mostrándose como pasivos en sus dolencias, y por último, consiguieron que algunos de ellos les confiasen sus hijos para educarlos en la relijion cristiana. Vueltos á las selvas aquellos niños, siendo ya jóvenes, predicaron el Evangelio á sus

viejos padres salvajes , que se dejaron mover facilmente de la elocuencia de aquellos nuevos misioneros. Reuniéronse los catecúmenos en un lugar llamado *Kouron* , donde habia construido el P. Lombart una casa , ayudado de dos negros , y viendo que de dia en dia se aumentaba la poblacion , determinaron tener una iglesia. Mas ¿ como habia de pagarse al arquitecto y carpintero , cuando pedian una suma equivalente á seis mil reales vellon por gastos de la empresa ? El misionero y sus neófitos eran ricos en virtudes , pero muy pobres de dinero ; mas la fe y la caridad son ingeniosas. Los *Galibis* se obligaron á construir siete piraguas que el carpintero se obligó á tomar en cuenta bajo el precio de unos ochocientos reales cada una ; para completar la suma hilaron las mujeres todo el algodón necesario para hacer ocho hamacas , y otros veinte salvajes se hicieron esclavos voluntarios de un colono por todo el tiempo que sus dos negros estuviesen ocupados en serrar las tablas para el techo del edificio. Asi se arregló todo , y Dios tuvo un templo en el desierto.

Aquel que preparó desde la eternidad todas las cosas del modo mas conveniente á sus altos fines , acaba de descubrirnos en aquellas costas salvajes uno de aquellos designios que se ocultan en su principio á la sagacidad de los hombres , y cuya profundidad no se alcanza hasta el instante mismo en que se cumplen. Cuando el P. Lombart ponía los cimientos de su mision cristiana hace mas de un siglo , estaba muy lejos de creer que no hacia mas

que disponer á unos salvajes para que acogiesen un dia á los mártires de la fe , y que preparaba los desiertos de una nueva Tebaida para la relijion perseguida..... ¡O que campo de reflexiones se presenta! ¡Billaud Varenne y Pichegrú , el tirano y la víctima en una misma casa en Sinamary , ambos en estremada miseria , sin que esto bastase para reconciliar sus corazones : odios eternos viviendo entre los compañeros de unas mismas cadenas , y los escritos de algunos desdichados dispuestos á despedazarse , confundiendo con los ruidos del tigre en las selvas del Nuevo-Mundo!

Mas en medio de este tumulto de las pasiones, ved como reinan la calma y la serenidad evanjélicas entre los confesores de Jesucristo , que arrojados entre los neófitos de la Guayana , encontraron entre los bárbaros cristianos la piedad que los franceses les negaban : unas pobres relijiosas hospitaleras, que parecian haber sido desterradas á un clima destructor , únicamente para esperar en él á un Collet de Herbois , para asistirle en su lecho de muerte , y prodigarle los cuidados de la caridad cristiana; y estas santas mujeres , confundiendo al inocente con el criminal en su amor hácia la humanidad doliente, derramaban llanto por todos , rogando á Dios que socorriese á los perseguidores de su nombre , y á los mártires de su culto. ¡Leccion sublime! ¡interesante cuadro! ¡cuan miserables son los hombres , y cuan bella y admirable la relijion!

CAPÍTULO VII.

Mision de las Antillas.

El establecimiento de nuestras colonias en las Antillas ó Ante-islas, así llamadas porque son las primeras que se encuentran á la entrada del golfo Mejicano, tuvo principio en el año 1627, época en que Mr. de Enambuc construyó un fuerte, y dejó algunas familias en la isla de San Cristóbal.

En aquella época se acostumbraba enviar misioneros para curas de los establecimientos lejanos, á fin de que la religion participase en cierto modo de aquel espíritu de intrepidez y de aventura características de los que iban á buscar fortuna al Nuevo-Mundo. Los padres predicadores de la congregacion de San Luis, los carmelitas, capuchinos y jesuitas, se dedicaron á la instruccion de los caribes y de los negros, y á todos los trabajos que requieran nuestras colonias nacies de San Cristóbal, de Guadalupe, de la Martinica y de Santo Domingo.

En el dia no tenemos nada mas satisfactorio y completo relativo á las Antillas que la historia del P. Dutertre, misionero de la congregacion de San Luis.

«Los caribes, dice, son muy pensativos: presenta su rostro una fisonomía triste y melancólica: pasan la mayor parte del dia sentados en un picacho á orillas del mar, fijando la vista en tierra ó en

las aguas, sin hablar ni siquiera una palabra
 Son de un natural benigno, dulce, apacible y compasivo, llegando muchas veces hasta derramar lágrimas por los males de los franceses, y siendo crueles únicamente con sus enemigos declarados.”

»Las madres aman con tal ternura á sus hijos, que siempre están en sobresalto, para evitar cuanto pueda dañarlos; casi siempre los llevan aplicados al pecho, aun por la noche; siendo de admirar que acostándose en camas suspendidas, que son muy incómodas, jamás ahogan ó sofocan á ninguno de ellos.

»Cuando van de viaje, por mar ó por tierra, siempre los llevan consigo debajo del brazo, en una camilla de algodón, sujeta con una faja terciada, y atada por encima del hombro, á fin de tener siempre delante de los ojos el objeto de sus desvelos.”

Le parece á uno leer en esto un fragmento de Plutarco traducido por Amyot.

El P. Dutertre, que era naturalmente inclinado á ver los objetos bajo un aspecto sencillo y tierno, no puede dejar de ser muy interesante cuando habla de los negros. Sin embargo, no los representa á la manera de los filántropos como los hombres mas virtuosos; pero se encuentra una sensibilidad, una hombría de bien, y un juicio admirable, en la pintura que hace de sus sentimientos.

»Se ha visto en la Guadalupe, dice, una jóven negra tan persuadida de la miseria de su condicion, que jamás pudo hacerla consentir su amo en que se casara con un negro que él la proponia.

Aguardó á que el sacerdote la preguntase (*en el altar*) si queria á N. por marido, y entonces respondió con una entereza que dejó á todos admirados: »No, padre mio: no quiero ni á este ni á otro alguno: me contento con ser yo sola desgraciada, sin dar hijos al mundo, que serian quizás mas desdichados que yo, y cuyas penas me serian mucho mas sensibles que las mias propias.» Firme siempre en su propósito permaneció soltera, y la llamaban comunmente la *doncella de las Islas*.

El buen padre continúa pintando las costumbres de los negros, el sencillo ajuar de su casa, y hace admirar y amar su ternura con los hijos: espresa oportunamente en su relacion alguna sentencia de Séneca, que habla de la sencillez de las cabañas en que habitaban los pueblos de la edad de oro, y cita á Platon ó á Homero cuando dice que los dioses quitan al esclavo la mitad de su virtud: *Dimidium mentis Júpiter illis aufert*; compara al caribe salvaje en la libertad, con el negro salvaje en la esclavitud, y demuestra lo mucho que el cristianismo ayuda al último á sobrellevar sus males.

Ha sido moda del siglo acusar los sacerdotes de que fomentaban la esclavitud y favorecian la opresion entre los hombres, pero es indudable que nadie ha clamado tan fuerte como los eclesiásticos en favor de los esclavos, de los pequeños y de los pobres, sosteniendo constantemente que la libertad es un derecho imprescriptible del cristiano. Convencidos de esta verdad los colonos protestantes, para conciliar su codicia con la conciencia, no bau-

tizaban á los negros hasta que se hallaban en el artículo de la muerte; y aun muchas veces los dejaban morir en la idolatría (1), temiendo que si salían de su enfermedad, reclamarían luego su libertad como *cristianos*: aqui se muestra la religion tan bella, como horrible parece la idolatría.

El tono tierno y religioso con que los misioneros hablaban de los negros de nuestras colonias, era el único que estaba acorde con la razon y la humanidad; hacia á los amos mas piadosos, y á los esclavos mas virtuosos; favorecia á la causa del jénero humano, sin perjudicar á la patria, y sin trastornar el órden ni el derecho de propiedad. Hoy dia todo se ha perdido con pomposas palabras, y se ha estinguido hasta la compasion; porque ¿quien seria el que se atreviese á defender la causa de los negros, en vista de los crímenes que han cometido? ¡Tanto ha sido el mal que hemos hecho, habiendo perdido las mas bellas causas y las cosas mas bellas!

En cuanto á la historia natural, el P. Duterre describe á veces un animal con solo un rasgo: llama al pájaro-mosca flor celeste, que es el verso del P. Commire sobre la mariposa.

Florem putares mare per liquidum æthera.

»Las plumas del flamíjero ó flamenco, dice en otra parte, son encarnadas; y cuando vuela con-

(1) Hist. de las Ant., tom. II, pág. 268.

tra el sol, parece que eche llamas como una antorcha.”

Buffon no pinta el vuelo de un pájaro mejor que el historiador de las Antillas: »A esta ave (*la fragata*) la cuesta mucho trabajo el remontarse por encima de las ramas; pero luego que toma viento, se la ve hendir el aire con un vuelo apacible, tendiendo las alas sin moverlas casi ni fatigarse. Si alguna vez la molesta el viento ó la lluvia, entonces se remonta hasta la rejion media, y se oculta á la vista de los hombres.

En otra parte nos presenta á la hembra del colibrí construyendo su nido.

»Carda, por decirlo así, todo el algodón que ha traído el macho, lo desenreda pelo por pelo con las patitas y el pico; luego forma su nido, que no es mayor que la media cáscara de un huevo de paloma; y al paso que va levantando el pequeño edificio, da mil vueltas, alisando con el cuello los bordes del nido y con la cola el interior.

»Nunca he podido descubrir cual es el alimento que lleva á sus hijuelos, y solo he visto que les da á chupar su lengua, que pienso que lleva cubierta del jugo de las flores.”

Si la perfeccion en el arte de pintar consiste en dar una idea precisa de los objetos, presentándolos al mismo tiempo bajo un aspecto agradable, el misionero de las Antillas ha alcanzado sin duda esta perfeccion.

CAPITULO VIII.

Misiones de la Nueva-Francia.

No me detendré en las misiones de la California, porque no ofrecen ningun carácter particular, ni en las de la Luisiana, que se confunden con aquellas terribles misiones del Canadá, donde se ha manifestado con toda su gloria la intrepidez de los apóstoles de Jesucristo.

Cuando los franceses subieron por el rio de San Lorenzo, capitaneados por Champelain, encontraron las selvas del Canadá habitadas por salvajes muy diferentes de los que hasta entonces se habian descubierto en el Nuevo-Mundo. Eran unos hombres fornidos, valientes, orgullosos de su independencia, capaces de raciocinio y de cálculo, y á quienes no causaban asombro ni las costumbres de los europeos, ni sus armas, y que lejos de serles objeto de admiracion, como lo eran para los inocentes caribes, miraban con disgusto y desprecio nuestros usos.

El imperio del desierto estaba dividido entre tres naciones: la algonquina, que era la mas antigua y la primera de todas, pero que habiendo escitado contra sí el encono á causa de su poderío, estaba próxima á ceder á la fuerza de las armas de las otras dos; la hurona, que fue nuestra aliada, y la iroquesa, enemiga nuestra.

Estos pueblos, en vez de ser vagabundos, tenían establecimientos fijos y gobiernos regularmente

te organizados. Yo mismo he tenido ocasion de observar entre los indios del Nuevo-Mundo todas las formas de constituciones de los pueblos civilizados, porque los natchez ofrecian la idea del despotismo en el estado de la naturaleza; los créecks de la Florida, la monarquía, y el iroqués en el Canadá, el gobierno republicano.

Estos últimos y los hurones representaban todavía á los espartanos y los atenienses en la condicion salvaje: los hurones eran ingeniosos, alegres, listos, inconstantes y disimulados al mismo tiempo; galanes, elocuentes, y gobernados por mujeres; abusaban de la fortuna, sobrellevaban mal sus reveses, y tenian mas honor que amor á la patria. Los iroqueses, divididos en cantones, dirigidos por ancianos, ambiciosos políticos, taciturnos y severos, devorados del deseo de dominar, capaces de los mayores vicios y de las mas grandes virtudes, y sacrificándolo todo por la patria, eran los hombres mas intrépidos y feroces.

Luego que los franceses y los ingleses aparecieron en aquellas costas, los hurones por un instinto natural se unieron á los primeros, y los iroqueses se declararon por los segundos, aunque sin quererlos; de suerte, que haciéndolo únicamente con el fin de proporcionarse armas, abandonaban á sus nuevos aliados cuando estos se hacian muy poderosos, y se unian á ellos de nuevo cuando los franceses conseguian la victoria. Asi se vió á una corta porcion de salvajes saberse manejar entre dos grandes naciones civilizadas, tratar de que mutuamente

se destruyesen , tocar muchas veces el momento de ver cumplido este designio , y ser á la vez los dueños y los libertadores de aquella parte del Nuevo-Mundo.

Tales eran los pueblos que nuestros misioneros se propusieron convertir á la religion. Si la Francia vió estenderse su imperio en América al otro lado de las márgenes del Meschacebé, si conservó por mucho tiempo el Canadá contra los iroqueses y los ingleses unidos, casi todos estos felices resultados los debió á los jesuitas, porque ellos fueron los que salvaron la colonia en sus principios, colocando por baluarte delante de ella un pueblo de hurones y de iroqueses cristianos, evitando coaliciones jenerales de indios, negociando tratados de paz; y yendo solos á esponerse al furor de los iroqueses para trastornar los proyectos de los ingleses. Los gobernadores de la Nueva-Inglaterra, en su correspondencia de oficio, no cesan de pintar á nuestros misioneros como sus mas peligrosos enemigos. »Desconciertan, dicen, los proyectos de la potencia británica, descubren sus secretos, y la arrebatan el corazon y las armas de los salvajes.»

La errada administracion pública del Canadá, los malos procedimientos de los comandantes, una política dura y opresiva, ponian muchas veces mas obstáculos á las buenas intenciones de los jesuitas, que la oposicion del enemigo. Si presentaban unos planes los mas bien combinados para la prosperidad de la colonia, se elojiaba su celo, y por otra parte se seguian otros dictámenes y consejos. Pero en el

mismo instante en que los negocios tomaban un aspecto sério, se recurria á los mismos hombres á quienes se habia desairado tan desdeñosamente, y no se tenia reparo en emplearlos en las negociaciones peligrosas, sin que mediase la consideracion del peligro á que los esponian; la historia de la Nueva-Francia presenta acerca de esto un ejemplo digno de referirse.

Habíase encendido una guerra entre franceses é iroqueses, y estos, que por su fuerza numérica habian conseguido algunas ventajas, avanzaron hasta llegar á los muros de Quebec, degollando y devorando á los habitantes del campo. A la sazón se hallaba de misionero entre los iroqueses el P. Lamberville, y aunque espuesto siempre á ser quemado vivo por los vencedores, no habia querido retirarse, esperanzado de reducirlos á un arreglo pacífico, y salvar asi las reliquias de la colonia: amábanle los viejos, y estos le habian protegido salvándole del furor de los guerreros.

En este estado recibe aquel relijioso una carta del gobernador del Canadá, suplicándole que reduzca á los salvajes á enviar embajadores al fuerte Cataracouy para tratar de la paz. El misionero marcha corriendo á verse con los ancianos, y tanto les ruega é importuna, que al cabo los reduce á aceptar la tregua, y enviar de diputados sus principales caudillos. Llegan éstos al lugar de la cita, y los prenden, los encadenan, y son enviados á Francia á las galeras.

Ignoraba el P. Lamberville el designio secreto

del comandante, y habia obrado por lo mismo de tan buena fe, que se quedó en medio de los salvajes. Cuando supo lo ocurrido con los diputados, se creyó perdido: los ancianos le enviaron á llamar; los encontró reunidos en consejo, con rostro severo y aspecto amenazador, y uno de ellos le refirió con indignacion la alevosía del gobernador frances, añadiendo:

«Nadie podrá negar que por mil razones estamos autorizados para tratarte como enemigo; pero no acertamos á determinarnos á tal cosa. Te conocemos tanto, que estamos persuadidos de que tu corazon no es cómplice en la alevosía que se ha cometido con nosotros, y no somos tan injustos que te castigemos por un crimen, de que te juzgamos inocente, y que tú detestas sin duda tanto como nosotros.... Sin embargo, no es prudente que permanezcas aqui, porque no todos te harán igual justicia; y cuando nuestra juventud hubiese cantado la guerra, ya no veria en ti mas que un pérfido que ha entregado á nuestros jefes á la mas dura y cruel esclavitud: únicamente escucharía su furor, del cual no nos fuera ya posible salvarte.»

Pronunciado este discurso, obligaron al misionero á que partiese, y le dieron guías para conducirle por sendas apartadas hasta haber pasado las fronteras. Luis XIV mandó soltar á los indios inmediatamente que supo el modo con que habian sido presos; el jefe que habia arengado al P. Lamberville se convirtió poco despues, y se retiró á Quebec, siendo su conducta en aquella ocasion el

primer fruto de las virtudes del cristianismo, que comenzaba á jermínar en su corazon.

¿Y que hombres tambien los Brebeufs, los Lallémants, los Jogues, que abrigaron con su sangre los helados surcos de la nueva Francia? Yo mismo he encontrado uno de estos apóstoles en medio de las soledades americanas. Una mañana, que camiba despacio por los bosques, advertí que venia hácia mí un anciano venerable, con la barba cana, y vestido de una larga túnica, leyendo atentamente en un libro, y andando apoyado en un báculo: iluminábale el reflejo de la aurora que daba en él por entre el ramaje de los árboles. Cualquiera creeria ver en aquel anciano á Termosiris saliendo del bosque sagrado de las Musas en los desiertos del alto Egipto. Era un misionero de la Luisiana, que volvia de Nueva-Orleans, y regresaba al pais de los illineses, donde estaba encargado de dirijir un corto número de franceses y de salvajes cristianos. Acompañome durante muchos dias, y por diligente que yo fuese en madrugar, encontraba siempre al anciano viajero levantado antes que yo, leyendo en su breviario, y paseándose en el bosque. Este santo varon habia padecido mucho, referia con mucha discrecion sus penalidades, sin acrimonia, y sobre todo sin placer, pero con serenidad: aseguro que no he visto una sonrisa mas apacible que la suya. Citaba agradablemente y con frecuencia algunos versos de Virjilio y aun de Homero, aplicándolos á las bellas escenas que pasaban á su vista, ó á las ideas ó pensamientos que nos ocupaban. Pareciome

que poseia conocimientos en todas materias , sin que apenas se trasluciesen bajo su sencillez evangélica ; pues siendo semejante á sus predecesores los apóstoles , sabiéndolo todo , aparentaba que todo lo ignoraba. Cierta dia tuvimos una larga conversacion relativa á la revolucion francesa , y experimentamos algun placer hablando de las turbaciones de los hombres en unos parajes los mas tranquilos. Estábamos sentados en un valle , á la orilla de un rio , cuyo nombre ignorábamos , y que hacia muchos siglos que regaba con sus aguas aquella ribera desconocida. Hice esta reflexion al anciano , que se enterneció al oirla , y acudieron las lágrimas á sus ojos con aquella imájen de una vida sacrificada en los desiertos , haciendo muchos y muy ocultos beneficios.

El P. Charlevoix nos pinta del modo siguiente á uno de los misioneros del Canadá.

»Estaba el P. Daniel sobrado cerca de Quebec para no dar una vuelta por alli antes de emprender otra vez el camino de su mision Arribó al puerto en una canoa , remando con tres ó cuatro salvajes que le acompañaban ; iba descalzo , exhausto de fuerzas , con una camisa ya podrida y una sotana hecha jirones , viéndosele su cuerpo estenuado ; pero con rostro alegre y contento de pasar aquella vida , é inspirando con sus ademanes y sus discursos el deseo de ir á participar con él de las penalidades en que ponía el Señor tanto atractivo.»

Ved aqui aquellas lágrimas y aquellos rogecijos,

tales como Jesucristo los ha prometido realmente á sus escogidos.

Oigamos tambien la historia de la Nueva-Francia.

»No habia cosa mas apostólica que la vida que pasaban los misioneros entre los hurones. A cada momento se veia en ellos una accion heroica, bien mediante las conversiones, ó bien por unos padecimientos que miraban como verdaderas recompensas, cuando sus trabajos no habian producido todo el fruto que ellos se prometian. Desde las cuatro de la mañana, á cuya hora se levantaban cuando estaban de asiento, permanecian casi siempre encerrados hasta las ocho, siendo aquel el tiempo de sus oraciones, y el único que tenían libre para sus ejercicios devotos. A las ocho acudia cada uno á su obligacion, ocupándose los unos en visitar los enfermos, acompañando los otros á los trabajadores del campo, y otros iban á las poblaciones vecinas que no tenían sacerdotes. Estas correrías tenían muy buenos resultados; porque en primer lugar ningun niño ó muy pocos morian sin bautismo, y aun los adultos que habian rehusado intruírse mientras que estaban en salud, consentian en ello cuando caian enfermos, no pudiendo resistir á la industriosa y constante caridad de sus médicos.»

Si en el *Telémaco* se hallasen semejantes descripciones, ¡cuanto se ensalzarian el gusto sencillo y encantador de tales cosas! Entonces se elojiaría con enajenamiento la ficcion del poeta, y ahora nos mostramos como insensibles á la verdad presentada con los mismos rasgos atractivos.

Pero no eran estos los mayores trabajos de aquellos hombres evangélicos ; unas veces seguian tras de los salvajes en cacerías que duraban muchos años , y durante las cuales se veian muchas veces precisados á comerse hasta su hábito ; otras se veian espuestos á los caprichos de los indios , que semejantes á los niños , jamás sabian resistir á los impulsos de su imaginacion ó de sus deseos. Pero los misioneros se tenian por bien recompensados de sus penas , si durante sus largos padecimientos habian adquirido un alma para Dios , abierto el cielo á un niño , aliviado á un enfermo ó enjugado el llanto de un desgraciado. Ya hemos visto que la patria no tenia ciudadanos mas fieles : por el honor de ser franceses sufrieron muchas veces la persecucion ó la muerte , y los salvajes conocian que eran de *la carne blanca de Quebec* , en la intrepidez con que sufrían los mas horrorosos suplicios.

Movido el cielo de sus virtudes , concedió á muchos de ellos aquella palma que tanto habian deseado , y por la cual ascendieron á la jerarquía de los apóstoles. En la mañana del 4 de Julio de 1648 , fue sorprendida por los iroqueses la poblacion hurona , donde el P. Daniel era misionero , en ocasion que los guerreros estaban ausentes. Hallábase el jesuita en aquel momento diciendo misa á sus neófitos , y solo tuvo tiempo para acabar la consagracion : acude presuroso al sitio de donde se oian los gritos , y preséntase á sus ojos una escena lamentable ; mujeres , niños , ancianos , todos yacian por el suelo muertos y moribundos , y los pocos que aun

vivian, arrojándose á los pies del piadoso sacerdote, le pedian el bautismo. Moja el padre un velo en el agua, y rociando con él la multitud arrodillada, procura la vida de los cielos á los que no podia librar de la muerte temporal. Acuérdate entonces de que habia dejado en las cabañas algunos enfermos que aun no habian recibido el sello del cristianismo, vuela allá y los comprende en el número de los rescatados; vuelve á la capilla, esconde vasos sagrados, echa la absolucion jeneral á los hurones que se habian refugiado en el altar, los insta para que huyan, y á fin de darles tiempo marcha al encuentro de sus enemigos. A la vista de aquel sacerdote que avanzaba solo contra un ejército, los bárbaros admirados se paran, dan algunos pasos atras, y sin atreverse á acercarse al virtuoso misionero, le traspasan desde lejos con sus flechas. »Estaba ya erizado enteramente de saetas, dice Charlevoix, y aun hablaba con ademanes que dejaban á todos absortos; ora con Dios á quien ofrecia su sangre por la grey, ora á los que le daban muerte, amenazándoles con la cólera del cielo, y asegurándoles tambien de que encontrarian al Señor siempre dispuesto á recibirlos en su gracia, si recurriesen á su clemencia.» Muere y salva una parte de sus neófitos, deteniendo así á los iroqueses alrededor suyo.

El propio heroismo mostró el P. Garnier en otra poblacion: era todavía muy jóven, y se habia separado de su familia, cuyo tierno llanto no pudo contenerle, llevado del deseo de salvar las almas en los bosques del Canadá. Herido de dos balazos en

el campo, en medio de la carnicería, cae en tierra sin sentido, y un iroqués, teniéndole por muerto, le despoja. A poco tiempo vuelve en sí el religioso, levanta la cabeza, y á corta distancia ve un huron que exhalaba el último aliento. El apóstol hace un esfuerzo para ir á absolver al catecúmeno, anda casi arrastrando, vuelve á caer: le columbra un bárbaro, acude y le hiende las entrañas de dos hachazos. »Espira, dice el mismo Charlevoix, en el ejercicio, ó digamos así en el seno mismo de la caridad.»

En fin, el P. Breboeuf, tio del poeta del mismo nombre, fue quemado vivo con aquellos tormentos horribles que los iroqueses hacian sufrir á sus prisioneros.

»Reíase igualmente de las amenazas y de los tormentos este padre, á quien veinte años de trabajos, los mas capaces de sofocar todos los sentimientos naturales, le habian dado una firmeza de espíritu á toda prueba, una virtud fortificada con la idea de una muerte siempre cercana y cruel, y que habia llegado á ser el objeto de sus mas ardientes deseos; al mismo tiempo que parecia estaba prevenido por un aviso del cielo, de que sus votos serian oidos; pero la vista de sus amados neófitos cruelmente tratados á su vista, acibaraba en extremo la alegría que experimentaba de ver cumplidas sus esperanzas.

»Los iroqueses conocieron muy pronto que tenían que habérselas con un hombre que no les daria el placer de incurrir en la menor debilidad, y co-

mo si temiesen que comunicára á los demas su intrepidez, le separaron luego de los demas prisioneros, le hicieron subir solo al cadalso, y se encarnizaron de tal suerte contra él, que parecian enajenados de r bia y de desesperacion.”

»Pero nada bastaba para que el siervo de Dios dejase de hablar con voz imponente, unas veces   los hurones, que ya no le veian, pero que aun podian oirle, y otras   sus verdugos,   quienes exhortaba   temer la cólera del cielo si continuaban persiguiendo   los adoradores del verdadero Dios. Esta libertad y entereza dej  atónitos   los bárbaros que quisieron imponerle silencio, y no pudiendo conseguirlo, le cortaron el labio inferior y la punta de la nariz, aplicándole además   todo el cuerpo hachones encendidos, quem ndole las encías, &c., &c.”

Atormentaban tambien cerca del P. Breboeuf   otro misionero llamado el P. Lallemant, el cual acababa de entrar en la carrera evanjélica. La fuerza del dolor le hacia dar algunos alaridos involuntarios, y pedia resistencia al viejo apóstol, que no pudiendo ya hablar, inclinaba afablemente la cabeza y sonreia con sus labios mutilados para animar al jóven mártir: las humaredas de ambas hogueras subian hácia el emp reo, y aflijian y regocijaban   los  ngeles. Quem ronle el cuello con hachones al P. Breboeuf, le arrancaron jirones de carne y los devoraron   su vista, diciéndole que era excelente la carne de los franceses, y a nadiendo los bárbaros con mofa: »Nos asegurabas, hace poco, que cuanto mas se padece en la tierra, mas feliz es uno en el

cielo, y por lo mismo, mostrándote afecto, nada omitimos por aumentar tus dolores.”

Por último, despues de haber sufrido otros muchos tormentos que no nos atrevemos á referir, rindió su espíritu el P. Breboeuf, y su alma voló á la mansion del que cura todas las llagas de sus siervos.

Estos hechos pasaban en el Canadá en el año 1649; es decir, en el momento de la mayor prosperidad de la Francia, y durante las fiestas de Luis XIV: todos triunfaban entonces en Francia; el misionero y el soldado.

Sin duda se regocijarán de estos tormentos de los confesores de la fe, aquellos para quienes es objeto de odio y mofa un sacerdote. Los llamados sábios, aparentando un espíritu de prudencia y de moderacion, dirán tal vez, que á pesar de todo lo dicho, los misioneros eran víctimas de su fanatismo, y aun preguntarán con una compasion orgullosa, *¿que es lo que iban á hacer esos frailes en los desiertos de la América?* Convengamos sin pasion, en que no iban con arreglo á un plan de sábios á tentar grandes descubrimientos filosóficos; pues no hacian mas que obedecer á aquel maestro que les habia dicho: *Docete omnes gentes*: »Id y enseñad;» y sobre la fe de este mandato, con una sencillez estremada, dejaban las delicias de la patria para ir á costa de su sangre á revelar á un bárbaro á quien no habian visto nunca..... — ¿Que? Nada segun el mundo, casi nada: *La existencia de Dios y la inmortalidad del alma*: ¡DOCETE OMNES GENTES!

CAPITULO IX.

Fin de las misiones.

Quedan indicadas las sendas que seguian las diferentes misiones, sendas de sencillez, de ciencia y de legislación. Justo objeto de orgullo era á nuestro entender para la Europa (y particularmente para la Francia que suministraba el mayor número de misioneros), el ver salir todos los años de su seno unos hombres que iban á hacer ostentar los milagros de las artes, de las leyes, de la humanidad y del valor en las cuatro partes del mundo. De aqui provenia la alta idea que los extranjeros se formaban de esta nacion, y del Dios que en ella se adoraba. Los pueblos mas lejanos querian entrar en relaciones con nosotros, y el embajador del salvaje del Occidente encontraba en nuestra córte al embajador de las naciones de la Aurora. No hago alarde del don de profecía, pero se puede asegurar, y la esperiencia lo acreditará, que los sábios enviados á los paises lejanos con los instrumentos y los planes de la academia, jamás harán lo que hacia solo con su rosario y su breviario un pobre relijioso que salia á pie de su convento.

LIBRO QUINTO.**Órdenes militares ó caballería.****CAPITULO PRIMERO.***Caballeros de Malta.*

No hay en los tiempos modernos un recuerdo grato ni una institucion laudable, que no pueda reclamarla el cristianismo: hasta los tiempos caballescicos, única época poética de nuestra historia; le pertenecen; porque la religion fue la que creó entre nosotros la edad de los encantos.

Mr. de Saint-Palaye parece pretende separar de la caballería religiosa la caballería militar, y lejos de lograrlo, no hace mas que confundirlas, como era natural que sucediese. Cree que la antigüedad de la institucion de la primera no pasa del siglo undécimo; cuando es precisamente la época de las cruzadas, la cual dió orijen á los Hospitalarios, á los Templarios, y al orden Teutónico; y la ley formal, mediante la cual se obliga la caballería ordinaria á defender la fe, la semejanza de sus ceremonias con la de los sacramentos de la iglesia, sus ayunos, sus oblaciones, sus confesiones, sus ora-

ciones y sus obligaciones monásticas, demuestran suficientemente que todas las órdenes de caballería tenían un mismo oríjen relijioso. Ni se opone á este el voto del celibato, que al parecer establecia una notable diferencia entre los héroes castos, y los guerreros que solo hablan de amor; porque este voto no era jeneral en las órdenes militares cristianas. Los caballeros de Santiago en España, los de Calatrava y sus filiaciones, podian casarse; siendo de notar, que en la órden de Malta no se contraia obligacion de renunciar al vínculo conyugal, sino en caso de obtener las dignidades, ó cuando se gozaba de los beneficios de la órden.

Segun el abate Giustiniani, ó mas bien segun el testimonio del hermano Helyot, que es mucho mas cierto, aunque no tan ameno, se cuentan hasta treinta órdenes relijiosas militares: nueve que siguen la regla de San Basilio, catorce que profesan la de San Agustin, y siete que observan la de San Benito. Hablaré únicamente de las principales, á saber: de los Hospitalarios ó caballeros de Malta, en el Oriente, los Teutónicos en Occidente, y al Mediodía de Europa los caballeros de Calatrava, comprendiendo en estos los de Alcántara y Santiago.

Si los historiadores son exactos, pueden contarse tambien mas de otras veintiocho órdenes militares, que por no estar sujetas á reglas particulares, solo se consideran como unas ilustres cofradías relijiosas; cuales son todos aquellos caballeros del Leon, de la Media-Luna, de la Herradura ó de la

Espuela de oro, del Dragon, del Aguila blanca, de la Lis, y aquellos otros del Hacha, cuyos nombres recuerdan los Rolandos, Rojerios, Reinaldos, Clorindos, Bradamantes, y los prodijios de la Tabla redonda.

Algunos comerciantes de Amalfi, en el reino de Nápoles, obtuvieron de Romensor, califa de Egipto, el permiso de construir una iglesia latina en Jerusalem, y agregaron á ella un hospicio para los extranjeros y peregrinos, gobernados por Jerardo de Provenza. Comienzan las cruzadas. Llega Godofredo de Bullon, y concede algunas tierras á los nuevos *Hospitalarios*. Boyant-Rojerio sucede á Jerardo, Raimundo Dupui á Rojerio, y Dupui, tomando el título de grau-maestre, divide los Hospitalarios en *caballeros*, *capellanes* y *hermanos sirvientes*; dá á los primeros el encargo de la seguridad de los caminos en favor de los peregrinos y de oponerse á los infieles, destina á los segundos al servicio del altar, y los terceros quedan obligados á tomar tambien las armas.

Italia, España, Francia, Inglaterra, Alemania y Grecia, que unas veces juntas y otras separadas, suelen arribar á las costas de la Siria, son sostenidas por los valientes Hospitalarios. Pero múdase la fortuna sin mudarse el valor: Saladino reconquista á Jerusalem; y Acre ó Tolemaida es desde entonces el único puerto que les queda á los cruzados en Palestina. Allí se ven reunidos el rey de Jerusalem y de Chipre, el de Nápoles y de Sicilia, el de Armenia, el príncipe de Antioquía, y el conde de Jafa;

el patriarca de Jerusalem , los caballeros del Santo-Sepulcro , y el legado del papa ; el conde de Tripoli , y el príncipe de Galilea ; los Templarios , los Hospitalarios , los caballeros Teutónicos , y los de San Lázaro ; los Venecianos , los Jenoveses , los Pisanos y los Florentinos ; el príncipe de Tarento y el duque de Aténas. Todos estos príncipes , todos estos pueblos , todas estas órdenes tienen su cuartel separado , en donde viven independientes unos de otros ; de manera , dice el abate Fleuri , que allí habia cincuenta y ocho tribunales que juzgaban en causas de muerte.

No tardó en introducirse el desórden entre tantos hombres de costumbres é intereses diversos , en términos que alterándose el órden en la ciudad , llegaron á las manos , y Carlos de Anjou y Hugo III , rey de Chipre , pretendiendo ambos el reino de Jerusalem aumentaron la confusion. Aprovechase el sultan Melec-Mesor de estas divisiones intestinas ; avanza con un poderoso ejército , resuelto á arrancar de las manos de los cruzados su último asilo , pero al salir de Egipto muere envenenado por uno de sus emires , y antes de espirar hace jurar á su hijo que no dará sepultura á las cenizas de su padre , hasta que se haya apoderado de Tolemaida.

Malec-Seraf cumple religiosamente la última voluntad de su padre : pone sitio á la ciudad de Acre , y la toma por asalto en 18 de Mayo de 1291. En aquella ocasion se vieron unas religiosas dando asombroso ejemplo de castidad cristiana , desfigurándose el rostro , y poniéndose en tal estado de deformidad ,

que los infieles horrorizados al verlas , las degollaron.

Tomada Tolemaida, se retiraron los Hospitalarios á Chipre , donde permanecieron dieziocho años. Sublévase Rodas contra Andrónico, emperador del Oriente; llama á los sarracenos á sus muros , y Villaret , gran-maestre de los Hospitalarios , obtiene de Andrónico la investidura de la isla , en caso de que pueda sustraerla del yugo mahometano; recurren sus caballeros al ardid de cubrirse con pieles de ovejas , y de mezclarse entre un rebaño , marchan á gatas , se introducen en la ciudad durante una espesa niebla; y apodéranse en fin de una de sus puertas , degüellan la guardia , y hacen entrar el resto del ejército cristiano.

Cuatro veces intentaron los turcos arrojar de la isla de Rodas á los caballeros , y otras tantas fueron rechazados. En la tercer tentativa duró el sitio de la ciudad cinco años , y en la cuarta batió Mahomet los muros con dieziseis cañones de un calibre tan extraordinario , que hasta entonces no se habia visto en Europa otro igual.

Luego que aquellos caballeros se vieron libres del poder otomano , se convirtieron en protectores suyos. Zizimo , hijo de Mahomet II , que poco tiempo antes batia las murallas de Rodas , implora el socorro de los caballeros contra Bayaceto su hermano , que le habia usurpado su patrimonio; y Bayaceto , temiendo una guerra civil , se apresura á hacer la paz con la Orden , y se conviene en pagarle todos los años una cierta suma , en calidad de pen-

sion, á favor de Zizimo; entonces, por uno de aquellos juegos tan comunes de la fortuna, se vió un emperador de los turcos tributario de unos cuantos Hospitalarios cristianos.

En fin, siendo gran-maestre Villiers de l'Isle-Adan, se apoderó Soliman de Rodas, despues de haber perdido cien mil hombres delante de sus muros. Retíranse los caballeros á Malta, que les cedió Cárlos V, y alli son atacados de nuevo por los turcos; mas véncenlos con su valor, y quedan en pacífica posesion de la isla, bajo cuyo nombre son aun conocidos hoy dia.

CAPITULO II.

Orden Teutónico.

Al otro extremo de Europa echaba la caballería religiosa los cimientos de aquellos estados, que han llegado á ser poderosos reinos.

El órden Teutónico se fundó cuando el primer asedio de Acre por los cristianos por los años 1190, y despues los llamó el duque de Masovia y de Polonia á la defensa de sus estados, contra las invasiones de los prusianos, que eran unos pueblos bárbaros, que salian de cuando en cuando de sus selvas y asolaban las comarcas vecinas. Habian reducido la provincia de Culm á una espantosa soledad, sin dejar en pie en el Vístula mas que el castillo de Plotzko. Internárouse los caballeros poco á poco en los bosques de la Prusia, y construyeron fortalezas.

Los warmienses, los bartos y los natangues, sufrieron consecutivamente el yugo, y aseguraron la navegacion de los mares del Norte.

Los caballeros de Porta-espada, que por su parte habian trabajado en la conquista de los paises septentrionales, se reunieron á los Teutónicos, y les dieron un poder verdaderamente real: retardáronse sin embargo los progresos del órden, á causa de la division que reinó por mucho tiempo entre los caballeros y los obispos de Livonia; mas al fin, sometido ya todo el Norte de la Europa, Alberto, marques de Brandeburgo, abrazó el dogma de Lutero, arrojó á los caballeros de sus gobiernos, y se hizo dueño absoluto de la Prusia, que entonces tomó el nombre de Prusia ducal. Este nuevo ducado fue erijido en reino en 1701, en tiempo del abuelo del gran Federico.

Aun subsisten en Alemania las reliquias del órden Teutónico, siendo hoy dia su gran-maestre el príncipe Cárlos (1).

CAPITULO III.

Caballeros de Calatrava y de Santiago en España.

La caballería hacia ya en el centro de la Europa los mismos progresos que en las dos estremidades de esta parte del mundo.

Por los años de 1147, Alfonso el Bravo, rey

(1) Shoonbeck, *Ord. milit. Giustiniani, Ist. cronol degli ord. mil.* Helyot, *Hist. des ord. relig*; Fleury, *Hist. eccle.*

de Castilla, ganó á los moros la plaza de Calatrava en Andalucía. Ocho años despues, reinando Don Sancho, sucesor de Alfonso, trataron los moros de recobrarla, y empezaron á hacer sus preparativos. Intimidado Sancho con este proyecto, mandó publicar que daria la plaza á quien quisiera defenderla, y nadie se atrevió á presentarse sino un benedictino del órden del Cister, llamado Diego Velazquez, y Raimundo su abad. Entran estos en Calatrava con los paisanos y familias que dependian de su monasterio de Fitero, y haciendo tomar las armas á los hermanos conversos, fortificaron la ciudad amenazada. Sabedores los moros de estos preparativos, desisten de su empresa, queda la plaza por el abad Raimundo, y los hermanos conversos se convierten en caballeros, dando á su órden el nombre de Calatrava.

Estos nuevos caballeros quitaron en lo sucesivo muchas tierras y plazas á los moros de Valencia y de Jaen: Favera, Maella, Macalon, Valdetormo, la Fresneda, Valde-robles, Calanda, Aguaviva y Ozpipa cayeron consecutivamente en su poder; pero la Orden sufrió un descalabro en la batalla de Alarcos, en que salieron victoriosos los moros de Africa en 1195, y alli perecieron casi todos los caballeros de Calatrava con los de Alcántara y Santiago.

No hablaré circunstanciadamente de estos últimos, cuya profesion era tambien el pelear contra los moros, y defender á los caminantes en las incursiones de los infieles.

Basta dar una ojeada á la historia, en la época de la institucion de la caballería relijiosa, para conocer los importantes servicios que hizo á la sociedad. La órden de Malta, protejiendo en el Oriente el comercio y la navegacion que renacia, fue tambien por mas de un siglo el unico baluarte que contuvo á los turcos, é impidió que se apoderasen de la Italia. El órden Teutónico, sujetando en el Norte los pueblos errantes sobre las costas del Báltico, apagó el volcan de aquellas terribles erupciones, que tantas veces aflijieron á la Europa, y dió tiempo para que hiciese progresos la civilizacion, y se perfeccionasen esas nuevas armas que nos habian de poner á salvo de los futuros Alaricos y Atilas.

No se presentará esto á la verdad como una vana conjetura, si se observa que hasta el siglo décimo no cesaron las correrías de los normandos, y que los caballeros Teutónicos al llegar al Norte, encontraron una poblacion reparada, é innumerables bárbaros que ocupaban ya todas las cercanías. Los turcos bajando del Oriente, y los livonios, prusianos y pomeranios, viniendo del Occidente y del Septentrion, hubieran renovado en Europa las escenas de los hunos y de los godos, cuando apenas reposaba.

Los caballeros Teutónicos hicieron ademas un duplicado servicio á la humanidad; pues domando á los salvajes, los precisaron á dedicarse al cultivo de los campos y á abrazar la vida social. Chrisbourg, Bartenstein, Wisembour, Wesel, Brumberg, Thorn, la mayor parte de las ciudades de la Prusia,

de la Curlandia, y de la Semigalia, fueron fundadas por esta órden militar y religiosa; gloriándose de haber asegurado la existencia de los pueblos de la Francia y de la Inglaterra; tambien puede gloriarse de haber civilizado todo el Norte de la Jermania.

Quedaba empero otro enemigo mas peligroso que los turcos y los prusianos, porque se hallaba en el centro mismo de la Europa. Los moros han estado muchas veces casi á punto de esclavizar toda la cristiandad; y aunque aparentaban mas cultura en sus costumbres que los otros bárbaros, tenia no obstante su relijion la detestable circunstancia de admitir la poligamia y la esclavitud, y su temperamento despótico y envidioso eran un obstáculo insuperable para la ilustracion y para la felicidad de los hombres.

Combatiendo á estos infieles las órdenes militares de España, evitaron grandísimas desgracias, asi como lo hicieron el órden Teutónico y el de San Juan de Jerusalén. Los caballeros cristianos reemplazaron en Europa á las tropas que estaban á sueldo; y fueron una especie de milicia reglada que marchaba adonde mas lo exijia la necesidad, y lo inminente del peligro. Los reyes y barones, obligados á licenciar á sus vasallos al cabo de algunos meses de servicios, habian sido sorprendidos muchas veces por los bárbaros; lo que no alcanzaron ni la esperiencia ni el talento de aquellos tiempos, lo ejecutó la relijion, reuniendo unos hombres que en nombre de Dios juraron derramar su sangre en defensa de la patria. Los caminos quedaron libres y

espeditos, las provincias fueron purgadas de los malhechores del interior que las infestaban, y los enemigos exteriores encontraron una valla que los contuviese y evitase sus estragos.

Se ha acusado á los caballeros de haber ido á buscar á los infieles hasta en sus mismos hogares; sin considerar que esto cuando mas, era una justa represalia contra unos pueblos que habian sido los primeros agresores contra los cristianos. Los moros que esterminó Cárlos Martel bastan para justificar las cruzadas. ¿Acaso se estuvieron quietos los discípulos del coran en los desiertos de la Arabia, ó no llevaron su ley y sus estragos hasta las murallas de Delhi, y hasta los baluartes de Viena? ¿Fuera prudente esperar á que todas las guaridas de aquellas bestias feroces se hubiesen llenado de nuevo? Acaso marchando contra ellos bajo la bandera de la relijion, ¿habia de ser injusta é innecesaria la empresa? ¡Ah! ¡Todo hubiera sido bueno: Teutatés, Odin, Allach, con tal que no fuese Jusucristo! (1).

CAPITULO IV.

Vida y costumbres de los caballeros.

Ningunos objetos son tan difíciles de pintar como aquellos que por su naturaleza exaltan mas vivamente la fantasía; ya sea porque su conjunto representa una imájen vaga, que causa cierta impre-

(1) Véase la nota K, al fin del volúmen.

sion, mas maravillosa que cuantas descripciones pudiesen hacerse, ó ya porque la imaginacion del lector pasa siempre hasta mas allá de las pinturas mismas. La palabra *caballería* por sí sola, ó el nombre de un ilustre *caballero*, es propiamente un prodigio, que escede á toda descripcion; porque comprende desde los caballeros de la Tabla redonda hasta las hazañas de los verdaderos paladines; desde los palacios de Alcino y de Armida, hasta las almenas de Coeuvre y de Anet.

Ni aun históricamente es posible hablar de la caballería, sin recurrir á los trovadores que la cantaron en sus versos, asi como es necesario apelar á la autoridad de Homero en todo lo concerniente á los antiguos héroes, segun lo han reconocido los mas severos críticos. Pero en tal caso, parece que uno ocupa el tiempo en ficciones y novelas, mas bien que en alguna relacion verdadera. Estamos acostumbrados á oír la verdad tan estérilmente, que si nos la dicen con algun adorno, nos parece una mentira: semejantes á aquellos pueblos nacidos entre los hielos del polo, preferimos nuestros tristes y áridos desiertos, á aquellos campos amenos en que

La terra molle, e lieta, e diletta

Simili a se gli abitator produce.

(Tas c. 1) (1)

La educacion del caballero comenzaba á la edad de siete años. Du Guesclin, siendo niño, se diver-

(1) La tierra alegre, blanda y deliciosa
Habitadores similes produce.

tia con otros muchachos rústicos de su edad , remediando asaltos y combates en las avenidas del castillo titular de su padre. Corria por los bosques , no temia á los vientos , saltaba anchas zanjas y trepaba á los olmos y las encinas , anunciando asi en los arenales de la Bretaña , que habia de ser el héroe que salvase un dia á la Francia.

En el castillo de un baron se pasaba muy pronto al oficio de paje ó de *doncel* , y alli se formaban las primeras lecciones sobre la fe que debia guardarse á Dios y á las damas. Muchas veces la hija del señor del castillo inspiraba ya entonces al jóven una de aquellas pasiones tiernas y duraderas , que algun prodijio de valor debia inmortalizar un dia. Aquellos salones góticos , aquellos antiguos bosques , aquellos vastos y solitarios estanques , fomentaban en su aspecto novelesco unas pasiones , que nada podia destruir , y que eran una especie de vértigo y de encanto. Montando en un fogoso caballo perseguia unas veces las bestias salvajes en lo mas espeso de las selvas , ó llamando otras al halcon remontado á lo mas alto de las nubes , forzaba al tirano de los aires á venir tímido y sumiso á sujetarse á las pihuelas. Quizás tambien , imitando á Aquiles cuando niño , hacia volar por la llanura indómitos caballos , arrojándose y montando de un salto por encima de sus ancas , ó sentándose en su lomo ; ó ya , en fin , completamente armado , subia por una escala mal puesta , y creyéndose ya en la brecha , gritaba : *¡Montjoye y San Dionisio!* En la córte de su baron recibia todas las instrucciones y ejemplos propios

para formar su vida. Allí concurrían continuamente muchos caballeros conocidos ó incógnitos, que, habiéndose dedicado á peligrosas aventuras, venían solos desde los reinos del Catay, ó de los confines del Asia, y de todos aquellos increíbles lugares en donde vengaban los agravios, y peleaban contra los infieles.

»Veíanse, dice Froisard, hablando de la casa del duque de Foy, veíanse en la sala, en el cuarto, en los patios, caballeros y escuderos de honor pasear de arriba abajo, y se les oía hablar de armas y de torneos; hallábase dentro todo honor, y allí se sabían todas las noticias de cualquiera país ó reino que fuesen, porque de todas partes iban jentes atraídas del valor de aquel señor.»

Al salir de la clase de paje se entraba en la de escudero, y siempre precedía y autorizaba la relijion estos ascensos. Al pie del altar unos padrinos poderosos, en nombre del futuro héroe, prometían relijion y fidelidad. El servicio de escudero se reducía en tiempo de paz á trinchar y servir las viandas en la mesa, y á dar agua á los convidados para lavarse, como entre los guerreros de Homero. Los mas grandes señores no se desdeñaban de ejercer estas funciones. »Delante del rey, dice el señor de Joinville, comía en una mesa el rey de Navarra, que estaba muy compuesto y adornado con telas de oro fino en cota y manto, con cinturón y toca de la misma materia, y yo trinchara en su presencia.»

El escudero seguía al caballero en la guerra, le llevaba la lanza y el yelmo sobre el arzón de la si-

lla , y conducia sus caballos del diestro. »Cuando entró en la selva , encontró cuatro escuderos , cada uno de los cuales llevaba del diestro un caballo blanco.» Su obligacion en los duelos y batallas era suministrar armas á su caballero , levantarle cuando cayese , darle caballo de fresco , y parar los golpes que pudieran dirigirse contra él ; mas sin lidiar por su señor.

En fin , cuando no faltaba ningun requisito al *aspirante* (*poursuivant d'armes*), era admitido á los honores de la caballería. La liza de un torneo , un campo de batalla , el foso de un castillo , la brecha de una torre , eran muchas veces el teatro honroso donde se conferia la orden á los valientes campeones. Entre el desorden de una batalla se arrodillaban los bravos escuderos á los pies del rey ó del jeneral , el cual los armaba caballeros , dándoles en la espalda tres golpes con la espada de plano. Cuando Bayardo confirió asi la caballería á Francisco I: »Tú eres muy dichosa , dijo hablando con su espada , en haber dado hoy la orden de la caballería á un rey tan gallardo y tan poderoso ; en verdad , espada mia , yo te guardaré como una reliquia , con preferencia á cualquiera otra:» y despues añade el historiador : »Dió dos saltos y envainó su espada.»

Apenas el novel caballero se hallaba autorizado para poder usar toda clase de armas , ardia en deseos de distinguirse por algunas brillantes proezas. Recorria los montes y los valles buscando peligros y aventuras , cruzaba antiguos bosques , vastas selvas , profundas soledades. Cuanto llegaba la noche,

se dirigia á algun castillo , cuyas solitarias torres descubria , y en el cual esperaba dar cima á alguna hazaña memorable. Calada la visera , se encomendaba ya á la señora de sus pensamientos , cuando se oia el sonido de una corneta. En lo mas alto del castillo se veia levantado un almete, brillante muestra de la morada de un caballero hospitalario. Bajaban el puente levadizo , y el atrevido viajero entraba en aquella apartada habitacion. Si queria permanecer desconocido , cubria su escudo con una mantilla , un velo verde , ó un fino cendal. Las damas y sus doncellas se apresuraban á desarmarle, presentábanle ricos vestidos, y servíanle vinos jenerosos en vasos de cristal. Muchas veces encontraba al huésped solazándose. Cuando el señor Amanieu de Escas se levantaba de la mesa en invierno , cerca de una buena lumbre , en una sala muy bien esterada , rodeado de sus escuderos , platicaba con ellos de armas y de amores, porque en su casa hasta los últimos pajes hablaban de amores (1).

En estas fiestas habia siempre algo de enigmático : este era el banquete del *unicornio* , aquel el *voto del pavo real* , ó del *faisan*. Y no eran menos misteriosos los convidados : alli estaba el caballero del Cisne , el del Escudo blanco , el de la Lanza de oro , el del Silencio ; guerreros conocidos únicamente por la divisa de sus escudos y por las penitencias á que se habian sujetado (2).

Al fin del banquete se presentaban algunos tro-

(1) *Sainte-Palaye*.

(2) *Hist. del mariscal de Boucicault*.

vadores engalanados con plumas de pavo, y cantaban algunos *ayes* de amor.

Armas , amores , júbilo y recreo,
 Cacerías , deseos , esperanzas;
 Juventud respetosa y entendida,
 Mirada humilde , pláticas de amores,
 Talle apuesto y jentil , trajes galanos,
 Anunciad ya la alegre primavera
 Y la fiesta que en Mayo nuestros reyes
 Hacen á San Dionís. Vuestro denuedo
 Guardad para las justas , donde honrados
 Sereis con alta prez y al par queridos.

El principio de la profesion de la caballería era

Grande estrépito en el campo
 Y júbilo en la posada.

Pero no siempre los caballeros encontraban fiestas en los castillos adonde llegaban : muchas veces era la habitacion de una aflijida dama que jemía en las prisiones á que la tenia condenada un celoso. El buen caballero , noble , cortés y valiente , á quien se habia negado la entrada en el castillo , pasaba la noche al pie de una torre , desde donde oía los suspiros de alguna Gabriela , que llamaba en vano al valeroso Couci. El caballero , tan tierno como bravo , juraba por su *durandina* y su *aguileño* , su fiel espada y su lijero corcel , que retaría á singular combate al traidor que atormentaba á la belleza contra las leyes del honor y de la caballería.

Si era recibido en aquellas sombrías fortalezas, entonces era cuando mas necesitaba de todo el esfuerzo de su corazon. Pajes silenciosos y de mirar adusto le introducian al través de largos y casi oscuros corredores en el solitario aposento que le destinaban. Este solia ser un torreón que recordaba alguna historia famosa; y le llamaban la cámara del *rey Ricardo*, ó de la *dama de las Siete Torres*. En los artesones del techo estaban esculpidos antiguos escudos de armas, y cubrian los muros tapices, en que se veian representados graves y ajigantados personajes, cuyos ojos parece seguian los movimientos del caballero, y detras de los cuales se ocultaban otras tantas puertas escusadas: cerca de media noche se oia un lijero ruido; movíanse los tapices; se apagaba la lámpara del paladin, y levantábase junto á su lecho un ataúd.

Como la lanza y la maza de armas eran inútiles contra los muertos, el caballero recurria á los votos de peregrinacion, y luego que se veia libre por el favor divino, no dejaba de ir á consultar al ermitaño de la roca, el cual le decia: «Aunque tuvieses tantas posesiones como Alejandro, y tanta sabiduría como Salomon, y hubieras hecho tantas proezas como el invicto Hector el troyano, si reinára el orgullo en tu corazon, él solo lo destruiria todo (1).»

El buen caballero comprendia por estas palabras, que las visiones que habia tenido no eran otra

(1) Sainte-Palaye.

cosa que el castigo de sus faltas, y se esmeraba mas y mas para poder llamarse *sin miedo y sin mancilla*.

Cabalgaba, pues, y lanza en ristre acometia y acababa todas esas aventuras cantadas por nuestros poetas, y recordadas en nuestras crónicas. Libertaba princesas que jemían aprisionadas en grutas; castigaba á los malandrines, socorria á los huérfanos y á las viudas, y defendíase á la par de la perfidia de los enanos y de la fuerza de los gigantes. Conservador de las costumbres, y protector de los débiles, cuando pasaba por el castillo de una dama de mala fama, ponía en la puerta una nota de infamia (1); mas si por el contrario, la señora que se hallaba dentro era agraciada y virtuosa, le decia: »Amiga mia, ruego á Dios que en este bien y en este honor os conserve en el número de las buenas; porque bien merecereis ser honrada y celebrada.»

El honor de estos caballeros llegaba algunas veces hasta aquel exceso de virtud que se admira y detesta en los primeros romanos. Cuando la reina Margarita, mujer de San Luis, hallándose en Damietta en dias de parir, supo la derrota del ejército cristiano y la prision del rey su esposo, hizo despejar su gabinete, quedando sola con un anciano caballero de ochenta años de edad, que estaba cerca de ella, y arrodillándose á sus pies, le dijo: »Yo os pido, por la fidelidad que me habeis manifestado, que si los sarracenos se apoderan de esta ciudad,

(1) Du Cange, *Glos.*

me corteis la cabeza antes que caiga yo en sus manos.” El caballero le respondió: » *Estad segura que lo haré de buena gana, pues mi única intencion era la de mataros antes que ellos os aprisionasen.*”

Las empresas solitarias servian al caballero como de escalon para llegar al mas alto grado de gloria. Cuando por medio de los trovadores tenian noticia de los torneos que se preparaban en el bello pais de la Francia, iba inmediatamente al lugar de la cita de los campeones. Ya estaban alli preparadas las lides, y colocadas las damas en unos tabladitos levantados en forma de anfiteatro piramidal. De repente se levanta un grito que dice: *¡Honor á los hijos de los valientes!* Suenan los clarines, ábrense las barreras, cien caballeros se presentan á la lid desde las estremidades del campo, y se encuentran en el medio. Vuelan las lanzas hechas astillas, chocan los caballos frente con frente, y vienen al suelo. ¡Feliz el héroe que sabiendo parar los golpes y dirijir los suyos desde la cintura á la espalda, á ley de caballero, ha derribado sin herirle á su adversario! Entre tanto los heraldos ó reyes de armas gritan al caballero: *¡Acuérdate de quien eres hijo, y no dejeneres!* Justas, luchas, escaramuzas y batallas entre muchos, hacen brillar alternativamente el valor, la fuerza, y la destreza de los combatientes. Mil confusos gritos, mezclados con el estruendo de las armas, suben hasta los cielos.

En estas fiestas era donde se veia brillar con todo su esplendor el valor y cortesía de los La-Tremouilles, de los Boucicaults y los Bayardos, cu-

yas proezas hicieron verosímiles las hazañas de los Perceforestes, Lancelotes y Grandíferos. Bien cara pagaban su osadía los caballeros extranjeros que se atrevían á justar con los de Francia. Durante las desgraciadas guerras del reinado de Cárlos VI, Sampi y Boucicault sostuvieron solos los desafíos á que les provocaban de todas partes los vencedores, y añadiendo la jenerosidad al valor, volvían los caballos y las armas á los temerarios que les habían llamado al palenque.

Quería el rey impedir á sus caballeros que tirasen el guante aceptando dichos duelos, y que se resintiesen de estos insultos particulares; mas ellos le dijeron: »Señor, los franceses aman tan naturalmente y en tanto grado el honor de su patria, que si el demonio mismo saliese de los infiernos á desafío de valor, encontraria franceses con quien pelear.

»En aquel tiempo habia tambien, dice un historiador, caballeros en España y en Portugal: tres de los segundos, muy famosos en la caballería, no sé por qué loco empeño, trabaron pelea contra tres caballeros de Francia; pero en verdad de Dios, no fue mas pronto ir á caballo desde la puerta de San Martin á la de San Antonio, que quedar vencidos los portugueses.»

Los únicos paladines que podían hacer frente á los de Francia, eran los caballeros ingleses, que tenían ademas la ventaja de la fortuna, porque en aquella época nos despedazábamos á nosotros mismos con nuestras propias disensiones. La batalla de Poitiers, tan funesta á la Francia, fue sin embar-

go muy honrosa á la caballería. El príncipe Negro, que por respeto jamás quiso sentarse á la mesa del rey Juan su prisionero: »A mi me parece, le dijo, que debéis daros por contento de que la suerte os haya sido adversa en este dia; pues habeis conquistado con vuestras proezas la fama de valientes, siendo los mas esforzados por vuestra parte: y en verdad, amado señor, que no lo digo por alabaros; pues todos los nuestros que han visto á unos y otros, piensan juntamente del mismo modo, y os dan la ventaja y la palma.»

El caballero de Ribaumont, en una accion que hubo á las puertas de Calais, hizo arrodillar por dos veces á Eduardo III, rey de Inglaterra; pero el monarca, volviendo siempre á levantarse, forzó en fin á Ribaumont á que le entregase la espada. Los ingleses vencedores entraron en la ciudad con sus prisioneros; y Eduardo, acompañado del príncipe de Gales, dió un espléndido banquete á los caballeros franceses, y acercándose á Ribaumont, le dijo: »Vos sois el caballero que he visto en el mundo acometer mas valerosamente á sus contrarios.» El rey, quitándose entonces su sombrerete (que era precioso y rico), se le puso á Mr. Eustaquio, diciéndole: »Mi señor Eustaquio, yo os doy este sombrerete, porque habeis sido hoy el mejor combatiente. Sé que sois jovial, festivo y galan, y que de buena gana estariais entre damas y señoritas: sí, por todas partes decid que yo os lo he dado. Os levanto vuestra prision, quedais libre, y si quereis podeis ya iros mañana.»

Jaana de Arc reanimó el espíritu de la caballería en Francia; asegúrase que su espada era la famosa de Carlomagno, llamada la *Gozosa*, que habia encontrado en la iglesia de Santa Catalina de *Ferbois* en Turena.

Si algunas veces nos fue adversa la suerte, no por esto nos faltó jamás el valor. Enrique IV, en la batalla de Ivry, gritaba á sus soldados que se retiraban: »Volved la cara, sino para pelear, á lo menos para que me veais morir.» Nuestros guerreros han podido decir siempre en sus derrotas aquella espresion que fue inspirada por el jenio nacional al último caballero de Francia en Pavía: »Perdióse todo, menos el honor.»

En verdad que tanto valor y virtud bien merecian ser honrados. Si el héroe moria en los campos de la patria, toda la caballería vestia luto y le hacian unos ilustres funerales; mas si por el contrario perecia en empresas de remotas tierras, y no le quedaba ningun *hermano de armas*, ni escudero alguno, el cielo le enviaba para darle sepultura alguno de aquellos solitarios que habitaban entonces en todos los desiertos, los cuales

.....Su'l Libano spesso, e su'l Carmelo,
In aera magion fan dimoranza.

Que es lo que dió campo al Tasso para componer su episodio de Suenon. Un solitario de la Tebaida, ó un ermitaño del Líbano, recojia todos los dias las cenizas de un caballero muerto por los tur-

cos ó los árabes: el cantor de Soliman ha prestado á la verdad el lenguaje de las musas.

»Entonces veo de la antorcha hermosa,
 »Sol de la noche, un rayo que desciende,
 »Que recto allí dó mi señor reposa,
 »Cual áureo rasgo de pincel se estiende:
 »Y cada herida con la luz copiosa,
 »Mil reflejos vivísimos espende;
 »Y de pronto á mi vista se presenta
 »Aquella masa mórbida y sangrienta.
 »No con aire abatido el suelo mira;
 »Los ojos cual la mente eleva al cielo,
 »A la manera del que justo aspira
 »A abandonar este fangoso suelo:
 »Con la diestra en la espada horror inspira,
 »Cual si aun ardiera en belicoso anhelo,
 »Y la otra mano sobre el pecho pone,
 »Como pidiendo á Dios que le perdone.

 »Mientras su voz atentamente escucho,
 »Otro milagro me sorprende mucho.
 »Alli donde el cadáver descansaba
 »Vi un gran sepulcro levantarse al punto,
 »Que alzándose por grados lo encerraba;
 »De qué modo se hacia no barrunto:
 »En él brillaba un lema que esplicaba
 »Las hazañas y el nombre del difunto;
 »Yo á dejar no acertaba aquel objeto,
 »Como asido de un vínculo secreto.
 — »Aqui descansan, el anciano dijo,
 »De tu señor los restos, mientras tanto
 »Que escucha el alma en un gozar prolijo
 »De los celestes ánjeles el canto.

Mas el caballero que habia contraido en su juventud aquellos vínculos heroicos, que solo se rompian con el hilo de la vida, no tenia que temer el morir solo en los desiertos; porque á falta de los milagros del cielo, podia contar con los consuelos de la amistad. Acompañado constantemente de su *hermano de armas*, encontraba en él unas manos piadosas que abriesen su sepultura, y un brazo guerrero que le vengára. Estas uniones se confirmaban con los mas terribles juramentos. Algunas veces los dos amigos se sangraban, y mezclaban la sangre de sus venas en el vaso mismo en que bebian; llevaban por prenda ó testimonio de su fe mútua, un corazon de oro, una cadena, ó un anillo.

Lo único que podia disolver tales nudos era la enemistad de las respectivas patrias de cada uno, cesando la union de *dos hermanos de armas* de diferentes naciones desde el momento en que estas se desunian. Hue de Carvalay, caballero ingles, habia sido amigo de Beltran Du Guesclin, y cuando el príncipe Negro declaró la guerra al rey Enrique de Castilla, se vió Hue obligado á separarse de Beltran; fue á despedirse de él, y le dijo:

»Noble señor, conviene separarnos. Hemos vivido juntos en buena compañía, habiendo sido comun entre nosotros el dinero y lo demas. Conozco sin embargo que he recibido mas que vos, y por lo mismo os ruego que saquemos la cuenta por partes iguales. — Eso es escusado, dijo Beltran, nunca he pensado en tal cuenta....; solo nos resta obrar bien: razon es que sigais á vuestro señor, como

debe hacerlo todo hombre prudente: pura fue nuestra amistad, y con ella nos separaremos, sintiendo en el alma la necesidad de hacerlo." Besole entonces Beltran y todos sus compañeros, siendo muy tierna y lastimosa la despedida.

Este desinterés de los caballeros, esta grandeza de alma con que algunos adquirieron el glorioso nombre de sin mancilla, coronará el cuadro de sus virtudes cristianas. Aquel mismo Du Guesclin, flor y honra de la caballería, hallándose prisionero del príncipe Negro, igualó en magnanimidad á Poro, prisionero de Alejandro. Habiéndole hecho el príncipe árbitro de su rescate, le valuó Beltran en una suma tan exorbitante, que el héroe inglés le dijo absorto: «¿Y de donde habeis de sacar tanto oro? — De mis amigos, respondió el altivo condestable; pues no hay hilandera en Francia que no hile su copo para sacarme de vuestras manos.»

La reina de Inglaterra, movida de las virtudes de Du Guesclin, fue la paimera en dar una crecida suma para alcanzar la pronta libertad del enemigo mas formidable de su patria. «¡Ah, señora! exclamó el caballero breton, hincándose de rodillas ante ella, hasta ahora habia yo creído ser el hombre mas feo de Francia; pero ya empiezo á formar mejor concepto de mí, en vista de los presentes que me hacen las damas.»

LIBRO SEXTO.**Servicios hechos á la sociedad por el clero
y la relijion cristiana en jeneral (1).****CAPITULO PRIMERO.***Inmensidad de los beneficios del cristianismo.*

Poco habríamos adelantado si solo conociésemos confusamente los beneficios del cristianismo. Nos interesa y debemos tener noticia circunstanciada de todos ellos, é indagar y conocer á fondo el arte ingenioso con que la relijion ha variado sus dones y socorros, distribuido sus tesoros y remedios, y difundido sus luces. Ella ha tenido el singular acierto de contemporizar con los sentimientos mas delicados, con el amor propio de los hombres, y con sus debilidades mismas, proporcionando el alivio á todo. Hace algunos años que me ocupo en estas indagaciones, y puedo afirmar que se han presentado á mi vista tantos rasgos de beneficencia, tantas funda-

(1) Véase sobre toda esta parte á Helyot, *Hist. de las ord. relig. y milit.*; Hermant, *Estab. de las ord. relig.*; Bonnani, *Catal. omn. ord. relig.*; Giustiniani, Mennehius y Shoonbeck, en sus *Hist. de las ord. milit.*; Saint-Foix, *Essais sur Paris; vie de Saint Vicent de Paul; vie des Pères du Désert.* San Basilio, *Oper.*; Lobineau, *Hist. de Bretagne.*

ciones admirables, tantos inconcebibles sacrificios, que me persuaden de que en esto solo tiene el cristianismo con que borrar todos los crímenes de todos los hombres : culto celestial , que nos precisa á que amemos á esta misma triste humanidad que le calumnia.

Insignificante es cuanto vamos á citar , si se atiende á que tendremos que omitir cosas , con las cuales se podrian llenar muchos volúmenes , y aun no me lisonjeo de haber elejido lo mas admirable ; siendo imposible describirlo todo , y juzgar cual es la mejor entre una multitud de obras de caridad , me ceñiré á las que presento aqui casi á la aventura.

Para formarnos , pues , una idea de la inmensidad de estos beneficios , debemos figurarnos á la cristiandad como una vasta república , donde todo lo que contamos de una parte de ella , está pasando al propio tiempo en otra. Asi es , que cuando hablemos de los hospitales , de las misiones , de los colejos de la Francia , es menester representarse tambien los de Italia , España , Alemania , Rusia , Inglaterra , América , Africa y Asia ; es necesario ver á doscientos millones de hombres á lo menos , entre quienes se practican las mismas virtudes y se hacen iguales sacrificios ; es necesario recordar en fin , que hace mil y ochocientos años que existen estas virtudes , y que se repiten los mismos actos de caridad. ¡ Calculad ahora , si no se confunde vuestra imaginacion , á cuanto ascenderá el número de individuos socorridos é ilustrados por el cristianis-

mo entre tantas naciones , y durante una série tan larga de siglos !

CAPITULO II.

Hospitales.

La caridad , virtud enteramente cristiana , y desconocida de los antiguos , proviene de Jesucristo , y es la que le distinguió principalmente de los demas mortales , y fue en su Divina persona como el sello de la renovacion de la naturaleza humana. Por medio de ella ganaron los apóstoles , á imitacion de su Divino Maestro , tan rápidamente los corazones todos , seduciendo , digámoslo asi , santamente á los hombres.

Poseidos de esta gran virtud los primeros fieles , ponian en depósito comun algunos dineros para socorrer á los menesterosos , á los caminantes y enfermos , y aqui tuvieron oríjen los hospitales. Cuando la iglesia se vió mas opulenta , fundó para los desgraciados establecimientos dignos de ella misma , y desde entonces se rompió el dique de indijencia que habia tenido reprimidas las obras de misericordia ; y la caridad , cual un rio que sale de madre , inundó á los miserables que estaban abandonados sin socorro por los venturosos del mundo.

Quizá se preguntará , ¿ como atendian á estas necesidades los antiguos que no tenian hospitales ? Para desprenderse de los pobres y de los desgraciados , tenian medios de que carecen los cristianos , á saber ; la esclavitud y el infanticidio.

Las enfermerías de San Lázaro para los leprosos parece fueron las primeras casas de refugio en el Oriente. En ellas se recibia á aquellos leprosos que abandonados de sus parientes, desfallecian en las calles y encrucijadas de las ciudades, causando horror á todos. Estos hospitales estaban servidos por religiosos del órden de San Basilio.

Ya he hablado de los *trinitarios*, ó *padres de la redencion de cautivos*. San Pedro Nolasco imitó á San Juan de Mata, haciendo en España lo que este hizo en Francia. No puede uno leer sin enterneerse las austeras constituciones de estas órdenes. Por la primera se veian obligados los trinitarios á no comer otra cosa que legumbres y lacticinios. ¿Y por que profesaban una vida tan rigurosa? Porque cuanto mas se privaban estos padres de la precisa subsistencia, tanto mas se aumentaban los tesoros que tenian que prodigar á los bárbaros; porque si era necesaria alguna víctima para aplacar la cólera del cielo, se esperaba que el Omnipotente aceptase las espiaciones de estos religiosos, en alivio de los males que debian sufrir los cautivos á quienes quitaban las cadenas.

La órden de la *Merced* dió muchos santos al mundo. San Pedro Pascual, obispo de Jaen, despues de haber gastado todas sus rentas en rescatar cautivos y en el socorro de los pobres, se embarcó para Turquía, en donde fue encarcelado. El clero y pueblo de su iglesia le enviaron una suma considerable para su rescate. »El santo, dice Helyot, la recibió con mucho agradecimiento; pero en vez de

emplearla en conseguir su libertad, rescató un gran número de mujeres y niños, de quienes temia que por debilidad abandonasen la relijion cristiana, permaneciendo siempre en poder de los bárbaros, que al fin le facilitaron la corona del martirio en el año 1300.

Tambien se formó en esta órden una congregacion de mujeres, que se dedicaban al socorro de las pobres extranjeras. Una de las fundadoras de esta tercera órden, fue una señora de la primera nobleza de Barcelona, que repartió sus bienes á los desdichados: se ignora hoy dia su apellido, siendo conocida solamente con el nombre de *María del Socorro*, que los pobres le dieron.

La órden de *relijiosas penitentes* en España, Alemania y Francia, salvaba de las funestas consecuencias del vicio á las desventuradas prostitutas espuestas á perecer de miseria, despues de haber vivido en el desórden; y era en verdad una cosa del todo divina la perspectiva de la relijion sobrellevando aquellos disgustos por un exceso de caridad, y aun hasta exigir pruebas del vicio, por temor de que fuese burlado el objeto de sus instituciones, si la inocencia, bajo capa de arrepentimiento, usurpase un retiro que no se habia establecido para ella. »Vos sabeis, dice Juan Simon, obispo de París, en las constituciones de esta órden, que se nos han presentado algunas que eran vírjenes, solicitando su admision, haciéndolo por sujestion de sus madres y parientes, que solo quieren deshacerse de ellas; por tanto ordenamos, que si alguna quiere entrar

en vuestra congregacion , sea preguntada...., &c.”

Encubriánse los yerros de estas pecadoras bajo los nombres mas dulces y misericordiosos. Se les llamaba *hijas del buen Pastor*, ó *hijas de la Magdalena*, indicando asi su arrepentimiento y la misericordia que las esperaba. Solo hacian votos simples, y aun se procuraba casarlas cuando lo deseaban y se les procuraba algun dotecillo. Y á fin de que en todo no tuviesen mas pensamientos que de pureza y honestidad, iban vestidas de blanco, por lo cual se las llamaba tambien *hermanas blancas*. En algunas ciudades se les ponía una corona en la cabeza, y se cantaba: »*Veni sponsa Christi.*» »Ven, ó esposa de Jesucristo.» Estos contrastes eran muy tiernos, y aquella delicadeza digna de una religion que sabe socorrer sin ofender, y disimular las debilidades del corazon humano, libertándole al mismo tiempo de los vicios. En el hospital del Espíritu Santo de Roma está prohibido seguir á las personas que ponen á los huérfanos en la puerta del Padre universal.

Existe en la sociedad cierta clase de desgraciados, que no se echa de ver, porque descendiendo de padres honrados, pero indijentes, se ven precisados á guardar el exterior de la decencia en medio de las privaciones que lleva consigo la pobreza. No hay situacion mas cruel que esta, pues el corazon se ve por todas partes combatido de grandes pesares, y por poco noble que sea un alma, la vida no es en tal caso mas que un continuo y eterno padecer. ¿Que harán, pues, esas desgraciadas jovencitas hijas de tales familias? ¿Irán á la casa de sus ricos y

soberbios parientes, esponiéndose á todo jénero de desprecios, ó abrazarán un arte ú oficio incompatible con las preocupaciones sociales ú opuesto á su natural delicadeza? La relijion ha encontrado el remedio. *Nuestra Señora de la Misericordia* abre á estas piadosas y sensibles mujeres las puertas de sus respetables y solitarios claustros. Algunos años hace que no hubiéramos osado hablar de San-Cir, porque entonces se habia convenido en que las pobres doncellas nobles no merecian asilo ni piedad.

Tiene Dios diferentes medios para llamar á sí á sus siervos. El capitan Carrafa pretendia en la corte de Nápoles el premio de los servicios militares que habia hecho á la corona de España. Un dia que iba á palacio, entró por casualidad en un convento; oyó cantar á una jóvén relijiosa, y le hizo tal sensacion la dulzura de aquella voz y la pureza de sus acentos, que derramó copioso llanto, y juzgó que el servicio de Dios debia estar lleno de delicias, pues daba tales consuelos y suavidades á los que le han consagrado sus dias. Vuélvese inmediatamente á su casa, arroja al fuego las certificaciones que acreditaban sus servicios, córtase el cabello, abraza la vida monástica, y funda la órden de *obreros piadosos*, que se ocupa jeneralmente en el socorro y alivio de todas las dolencias que aflijen á la humanidad. Esta órden hizo al principio pocos progresos, porque en una peste que hubo en Nápoles, murieron todos los relijiosos asistiendo á los apesetados, escepto dos sacerdotes y tres ordenados *in sacris*.

Pedro de Betancourt, hermano de la órden de San Francisco, estando en Guatemala, ciudad y provincia de la América española, se compadeció vivamente de la suerte de los esclavos que no tenían ningun asilo en donde refugiarse cuando caian enfermos, y habiendo conseguido de limosna una pobre casilla, donde antes tenia una escuela para los pobres, fundó alli mismo una especie de enfermería, que cubrió con paja, á fin de recojer en ella á los esclavos que carecian de todo abrigo. A poco tiempo encontró á una negra estropeada y abandonada de su amo. Carga inmediatamente el santo relijioso la esclava en sus hombros, y envanecido con su carga la lleva á aquella desdichada casa, que él llamaba hospital, y recorre la ciudad pidiendo limosna para socorro de su pobre negra: no sobrevivió ésta mucho tiempo á tanta caridad; pero derramando sus últimas lágrimas, prometió á su enfermero recompensas celestiales, que sin duda obtuvo en la otra vida.

Muchas personas ricas, movidas de las virtudes de Betancourt, dieron á éste caudales, llegando así á convertirse la choza de la mujer negra en un hospital magnífico. Este relijioso murió jóven, consumido su corazon del amor á la humanidad. Inmediatamente que se divulgó la noticia de su muerte, los pobres y los esclavos corrieron precipitadamente al hospital para ver por última vez á su bienhechor. Besaban sus pies, cortaban pedazos de sus vestidos, y le hubieran estropeado el cuerpo para llevarse algunas reliquias, sino se hubiesen puesto guar-

dias al ataud. Quien ignorase la verdadera causa de todo aquello, hubiera creído tal vez que era el cuerpo de algun tirano que se defendia del furor y odio del pueblo; pero no era sino un pobre religioso que se sustraia del amor de sus corazones agradecidos.

Estendiéndose despues la órden del hermano Betancourt, se llenó toda la América de sus hospitales, servidos de religiosos, que tomaron el nombre de *Betleemitas*. Hé aqui la fórmula de sus votos: »Yo el hermano N.... hago voto de pobreza, de castidad y de hospitalidad, y me obligo á servir á los pobres enfermos, aun cuando sean infeles, y acometidos de enfermedades contagiosas.»

Esta misma religion, que nos ha esperado en la cumbre de las montañas, ha descendido tambien á las entrañas de la tierra, donde no penetra la luz del dia, para buscar en ellas á los desgraciados. Los hermanos *Betleemitas* tienen una especie de hospitales, hasta en el fondo de las minas de Méjico y del Perú. Asi ha procurado el cristianismo reparar en el Nuevo-Mundo los males que en él han causado los hombres, y de que injustamente se acusa á esta religion de caridad. El doctor Robertson, este ingles protestante y aun ministro presbiteriano, ha justificado plenamente sobre este punto á la iglesia romana. » Con mucha mas injusticia todavia, dice, muchos escritores han atribuido la destruccion de los americanos al espíritu de intolerancia de la religion romana, y han acusado á los eclesiásticos españoles de haber escitado á sus compatriotas á quitar la vida á unos pueblos inocentes, como á idólatras

y enemigos de Dios. Los primeros misioneros, aunque sencillos y sin instruccion, eran hombres piadosos: se constituyeron desde luego abogados de la causa de los indios, y defendieron á aquel pueblo de las calumnias con que procuraban infamarle los conquistadores, pintándonosle como incapaz de civilizarle jamás y de comprender los principios de la religion; suponiendo en fin que era como una especie imperfecta de hombres que la naturaleza habia marcado con el sello de la esclavitud. Lo que he dicho del celo constante de los misioneros españoles, en defensa y proteccion del rebaño confiado á su celo, los representa bajo un aspecto digno de sus funciones; pues fueron ministros de paz para los indios, y siempre hicieron uso de sus esfuerzos para arrancar la vara de hierro de las manos de sus opresores. A su poderosa mediacion debieron los americanos todos los reglamentos dirigidos á suavizar el rigor de su suerte. Asi es que los indios miran todavía á los eclesiásticos seculares y regulares en los establecimientos católicos, como á sus defensores naturales, y á ellos es á quienes recurren para rechazar las violencias á que aun se ven espuestos.”

El pasaje es formal, y tanto mas decisivo, cuanto que antes de sentar esta conclusion el ministro protestante, presenta las pruebas en que funda su opinion. Cita lo alegado por los dominicos á favor de los caribes; porque no era solo Las Casas quien tomaba su defensa, sino toda la órden y los demás eclesiásticos españoles. A todo esto añade el doctor ingles las bulas de los papas, los decretos y leyes

de los reyes , espedidos á solicitud del clero para suavizar la suerte de los americanos , y poner un freno á la crueldad de los colonos.

Es por otra parte una cosa muy reparable el profundo silencio que la filosofía ha guardado sobre este pasaje decisivo de Robertson; mucho mas, cuando se ha citado todo lo demas de este autor, escepto el hecho que presenta bajo un aspecto nuevo la conquista de la América , y que destruye una de las mas atroces calumnias de que se hizo culpable la historia. Los sofistas han querido atribuir á la religion un crimen , que no solamente no ha cometido , sino que siempre le ha mirado con horror: asi es que los tiranos han acusado muchas veces á sus mismas víctimas (1).

CAPITULO III.

Hospital jeneral de París : hermanas pardas (Soeurs grises).

Hemos llegado á aquel momento en que la religion quiso mostrar como de un golpe, y de un solo punto de vista , que no hay padecimiento humano á que no ose entender , ni miseria alguna superior á su amor á la humanidad.

El hospital jeneral de París se fundó en tiempo de San Landry, octavo obispo de París. Sucesivamente se fueron aumentando las habitaciones por

(1) Véase la nota L, al fin del volumen.

el cabildo de nuestra Señora, propietario del hospital, por San Luis, por el canciller Duprat y por Enrique IV; de modo que se puede decir, que este asilo para todos los males, se iba ensanchando á medida que los males se multiplicaban, y que la caridad crecia á proporcion que los dolores.

Al principio estaba el hospital servido por religiosos y religiosas que seguian la regla de San Agustin; mas al cabo de mucho tiempo quedaron solas las religiosas. »El cardenal de Vitry, dice Helyot, quiso sin duda hablar de las religiosas del hospital jeneral cuando dijo que habia algunas que se violentaban, sufriendo con alegría y sin repugnancia el aspecto horrible de todas las miserias humanas, y que le parecia que ningun jénero de penitencia era comparable á esta especie de martirio.

»No hay persona alguna, continúa el autor citado, que viendo á las religiosas del hospital no solamente curar las llegas, limpiar los enfermos, hacerles las camas, si no tambien en lo mas riguroso del invierno romper el hielo del rio que pasa por medio de este hospital, y meterse hasta la cintura para lavar sus sábanas y demas ropa interior llena de suciedad y podredumbre; no las mire como unas santas víctimas que por un exceso de amor y de caridad, por socorrer á sus prójimos, corren voluntarias á arrostrar la muerte, en medio de tanta hediondez é infeccion causada por el gran número de enfermos!»

No niego las virtudes que inspira la filosofía; pero estas virtudes mismas harian mas sensacion en

el público , si llegasen á mostrarnos semejantes sacrificios. Y sin embargo , la sencillez de la pintura de Helyot , está muy lejos de dar una idea completa de los sacrificios de aquellas mujeres cristianas; porque dicho historiador no habla ni del abandono de los placeres de la vida, ni de la pérdida de la juventud y belleza , ni de la renuncia de su familia, de la esperanza de un esposo y de una posteridad; no habla de todos aquellos sacrificios que hace el corazón , ni de los tiernos é interiores sentimientos sofocados en el alma : se contenta con hablar de la compasión , que en medio de tantos dolores viene á ser un tormento mas.

¿ Que mas ? Yo mismo he visto á los enfermos y á los moribundos á punto de espirar , hacer los últimos esfuerzos , incorporarse en su lecho , y colmar de injurias á los ángeles que les servían. ¿ Y por que ? porque eran cristianas. ¡ Ah , desdichados ! ¿ quien os asistiría si ellas no lo fuesen ? Otras mujeres semejantes á estas , y que merecian se las erigiesen altares , han sido públicamente *azotadas* (hablaré sin rebozo). Y despues de semejante pago por tantos beneficios , ¿ quien hubiese ya querido volver á servir á los míseros enfermos ? ¿ quien ? ¡ Estas mujeres ! ¡ ellas mismas ! A la primera señal se las ve volar , ó por mejor decir , jamás dejaron su puesto. Ved aqui reunidas la naturaleza humana religiosa , y la naturaleza humana impía : juzgad , pues , entre ambas.

Pero las *hermanas pardas* no encerraban sus virtudes , como las religiosas del hospital jeneral , en

lo interior de un lugar apestado; pues se difundia por fuera, como un perfume en los campos, é iba á buscar al labrador enfermo en su cabaña. ¡Oh! ¡que tierno espectáculo el de una mujer jóven, hermosa y compasiva, ejerciendo en nombre de Dios la profesion de médico al lado del hombre rústico! Hace poco tiempo que cerca de un molino, bajo unos sauces en una pradera, me enseñaron la casilla que habian ocupado tres de aquellas hermanas pardas. De aquel asilo campestre salian á todas horas del dia y de la noche á socorrer á los pobres labradores. Advertíase en ellas, como en todas sus compañeras, cierto aspecto de aseo y de agrado que indicaban claramente la pureza de su cuerpo y la de su alma; estaban llenas de dulzura, mas sin que les faltase fortaleza para sobrellevar la vista de los males, y hacerse obedecer de los enfermos. Tenian particular habilidad para componer los huesos dislocados ó rotos por golpes ó caidas, y otros accidentes tan comunes en los rústicos; pero lo mejor de todo, y que no tenia precio, era ver á la caritativa hermana hablar frecuentemente de Dios al oido del sustentador de la patria: jamás tomó la moral formas mas divinas para introducirse en el corazon humano.

Al propio tiempo que estas hermanas hospitalarias hacian admirar su caridad á aquellos mismos que estaban acostumbrados á semejantes acciones sublimes, se obraban en París otras maravillas. De la ciudad y de la córte salian señoras de alta jerarquía para ir al Canadá. ¿Irian por ventura á adqui-

rir colonias , reparar una fortuna perdida , y echar los cimientos de alguna vasta propiedad ? No , no era este su fin ; iban á fundar en medio de los horrores de las selvas , y entre guerras sangrientas , hospitales para salvajes enemigos.

En Europa disparamos cañonazos en señal de alegría para anunciar la destruccion de muchos millares de hombres ; pero en los establecimientos nuevos y remotos , donde se está mas cerca de la desgracia y de la naturaleza , solo causa regocijo lo que realmente merece bendiciones y acciones de gracias , es decir , los actos de beneficencia y humanidad. Tres pobres hospitalarias, conducidas por madama de la Peltrie , arriban á las costas del Canadá , y he aqui toda la colonia enajenada de alegría. »El dia que llegaron unas personas tan ardientemente deseadas , dice Charlevoix , fue para toda la ciudad un dia de fiesta ; todos los trabajos cesaron ; se cerraron las tiendas ; el gobernador recibió á las heroínas en la playa , á la cabeza de sus trapas formadas , y con salvas de artillería ; despues de los primeros cumplimientos , las condujo en medio de las aclamaciones del pueblo á la iglesia , donde se cantó el *Te-Deum*.

»Estas santas mujeres y su jenerosa conductora , en el primer arrebató de su alegría , quisieron besar aquella tierra , por la que tanto tiempo habian suspirado , y que se prometian regar con sus sudores , sin desesperar tampoco de teñirla con su sangre. Los franceses revueltos con los salvajes , y los infieles confundidos con los cristianos , no se

cansaban de contemplarlas , y continuaron por muchos dias haciendo resonar por todas partes los gritos de su alegría , y dando mil bendiciones á aquel que solamente puede inspirar tantas fuerzas y valor á las fuerzas mas débiles. Al ver las cabañas salvajes adonde las llevaron á la mañana siguiente de su llegada , quedaron poseidas de un nuevo gozo , sin desalentarles la pobreza y el desaseo que reinaban en ellas , ni menos entibiar su celo unos objetos tan propios para ello ; pues avivándole mas y mas, mostraron una impaciencia grande por entrar en el ejercicio de sus funciones.

Madama de la Peltrie, que nunca habia deseado ser rica , y que antes bien se habia hecho voluntariamente pobre por Jesucristo , nada escaseaba por la salud de las almas. Llegó á tanto su celo , que cultivó la tierra con sus propias manos , para tener con que socorrer á los pobres neófitos : despojóse en pocos dias de lo que habia reservado para su uso, y aun enajenó mucho de lo mas necesario, para vestir á los niños que se la presentaban casi desnudos : y toda su vida , que fue bastante larga , se redujo á un conjunto de las mas heroicas acciones de caridad.

¿ Se hallará por ventura en toda la historia antigua cosa alguna que sea tan interesante y tierna como esta , ni que haga derramar lágrimas tan dulces y tan puras ?

CAPITULO VI.

Niños espósitos, señoras de la caridad, rasgos de beneficencia.

Oigamos ahora por un momento al filósofo San Justino, que en su primera apolojía, dirigida al emperador, se esplica en estos términos:

»En vuestro imperio abandonan á los niños, y hay personas que los crian para prostituirlos. No se encuentra en todas las naciones mas que niños destinados á los usos mas execrables, á quienes se cria como unas manadas de bestias; vos imponeis un tributo sobre los niños..., y sin embargo, aquellos que abusan de estos parbulillos, ademas del crimen que cometen contra Dios, pueden abusar tal vez de sus propios hijos..... Con respecto á nosotros los cristianos, detestando estos horrores, nos casamos con el fin de educar nuestras familias, ó si renunciamos al matrimonio, es para vivir en castidad.»

Esos eran los hospitales que el politeismo erijia á los huérfanos. ¿Adonde, adonde estabas tú, ó venerable Vicente de Paul? ¿Adonde estabas tú, para decir á las señoras de Roma, lo que decias á aquellas piadosas francesas que te ayudaban en tus santas obras? »Ea, pues, señoras; ved si os atreveis tambien vosotras á desamparar á estos niños inocentes, de quienes sois madres segun la gracia, despues que han sido abandonados por su madre se-

gun la naturaleza." Mas ¡ay! cuan en vano pedimos el *hombre de misericordia* á los cultos idólatras.

El siglo ha perdonado la cualidad de cristiano á San Vicente de Paul. Se ha visto llorar á la filosofía al oír su historia. Se sabe que primero fue pastor, despues esclavo en Túnez, y por último llegó á ser un sacerdote ilustre por sus obras; se sabe que fue el que fundó el hospital de niños espósitos, el de los pobres ancianos, el de los galeotes de Marsella, el colejio de los sacerdotes de la Mision, las cofradías de socorro en las parroquias, las hermandades de señoras para el servicio del hospital jeneral, las hermanas de la Caridad, criadas de los enfermos, y en fin, los retiros para aquellos que desean elejir un estado, y que aun no están decididos para ello. ¿De donde adquiere la caridad todas sus instituciones y toda esta prevision?

La señorita Legras ayudó mucho á San Vicente de Paul, y de acuerdo con él estableció las hermanas de la Caridad. Tambien tuvo ella la direccion del hospital llamado de Jesus, que al principio se fundó para cuarenta pobres, y despues fue el complemento del hospital jeneral de París. La misma señorita pidió que por emblema y por recompensa de su vida consumida en los mas penosos trabajos, se pudiese sobre su sepulcro una crucecita con estas palabras: *Spes mea*; y en efecto se cumplió su voluntad.

De esta manera se disputaban las familias piadosas el placer de hacer bien á los hombres, en nombre de Jesucristo. La mujer del canciller de

Francia y madama Fouquet eran de la congregacion de las señoras de la caridad. Tenia cada una su dia señalado para ir á instruir y exhortar á los enfermos, y hablarles de las cosas necesarias á la salvacion, de un modo el mas tierno y familiar. Otras señoras recojian las limosnas, otras cuidaban de la ropa, de los muebles de los pobres, &c. Un autor dice, que mas de setecientos calvinistas volvieron al seno de la iglesia romana, porque conocieron la verdad de su doctrina en los frutos de una caridad tan ardiente y tan estensa. Santas señoras de Miramion, de Chantal, de la Peltrie, de Lamoignon, ¡cuan pacíficas han sido vuestras obras! Los pobres acompañaron vuestros féretros; los arrebataron á los que los conducian para llevarlos ellos mismos; en vuestros funerales resonaban sus jemidos, y al tiempo de vuestro fallecimiento parecia habian desaparecido ya de la tierra todos los corazones benéficos.

Cerremos con una observacion esencial este artículo de las instituciones del cristianismo en favor de la humanidad doliente (1). Se dice que en el monte de San Bernardo se respira un aire tan sutil, que gasta los órganos de la respiracion, y que raro es el que puede vivir alli mas de diez años; de aqui es que el monje que entra en aquel hospicio, puede calcular, sobre poco mas ó menos, el número de sus dias; y lo único que gana en el servicio ingrato de los hombres, es conocer el momento de

(1) Véase la nota M, al fin del volúmen.

la muerte, oculto á los demás mortales. Se asegura tambien, que casi todas las hermanas del hospital de enfermos padecen habitualmente una calentura lenta que las consume, y que proviene de la atmósfera impura que respiran. Los relijiosos que habitan en las minas del Nuevo-Mundo, en cuyo fondo han establecido hospicios en medio de una noche eterna para los desgraciados indios, abrevian tambien su existencia con los vapores metálicos que respiran; y finalmente, los padres que se encierran en los baños apestados de Constantinopla, se entregan á un martirio todavía mas pronto.

Suplico al lector que me disimule el omitir toda reflexion sobre esto. Confieso que no soy capaz de encontrar alabanzas dignas de semejantes obras. ¡Llanto y admiracion es lo único que me queda! ¡Cuan dignos son de compasion aquellos que quieren destruir la relijion; y que no gustan de la dulzura de los frutos evanjélicos! »El estoicismo, dice Voltaire, tan solo nos ha dado un epicteto; mas la filosofia cristiana forma millares de epictetos, sin que ellos sepan que lo son, y cuya virtud llega hasta el extremo de ignorar ellos mismos que tienen tal virtud (1).»

(1) Correspond. gen., tom. III, paj. 222.

CAPITULO V.

EDUCACION.

*Escuelas , colejos , universidades , benedictinos
y jesuitas.*

Dedicar la vida al alivio de nuestros males , es el primer beneficio que pueden hacernos nuestros semejantes : el segundo es el ilustrarnos. Aquellos mismos que la malignidad ha querido denominar *sacerdotes supersticiosos* , son los que se dedicaron á sacarnos de un estado de ignorancia , y quienes por espacio de diez siglos se sepultaron en el polvo de las escuelas para sacarnos de la barbarie. No temian ciertamente la luz , puesto que nos manifestaban y abrian sus fuentes ; tan solo pensaban en hacernos participar de aquellas aclaraciones , de aquellas luces que con peligro de su vida habian recojido de entre las ruinas de Roma y de la Grecia.

El sábio benedictino , el jesuita que conocia las ciencias y el mundo , el padre del oratorio , el doctor de la universidad , acaso no merecen tanto nuestro reconocimiento , como aquellos humildes hermanos que se habian dedicado á la enseñanza gratuita de los pobres. » *Los clérigos regulares de las escuelas pías* se obligaban á enseñar por caridad , á leer y escribir á los niños , empezando por el a , b , c , á contar y á calcular , y aun á llevar los libros de cuenta y razon de los comerciantes y de las oficinas.

Ni enseñaban solamente la retórica y las lenguas griega y latina, sino que en las ciudades tenían también escuelas de filosofía, y de teología eclesiástica y moral, de matemáticas, de fortificación y de geometría..... Cuando los niños salían de la clase, iban de tres en tres ó de cuatro en cuatro á casa de sus padres, acompañados de un religioso, para que no se entretuviesen á jugar en las calles y perdiesen el tiempo.

La candidez del estilo causa siempre agrado; pero cuando se une, digámoslo así, á la sencillez de los beneficios, es tan admirable como tierna.

Fuera de estas primeras escuelas fundadas por la caridad cristiana, hallamos las congregaciones sábias dedicadas á las letras y á la educación de la juventud, por artículos espesos de su instituto. Tales son los religiosos de San Basilio en España, que en cada provincia tienen cuatro colejos á lo menos. Dos de ellos en Francia, uno en Soisons y otro en París, que era el colegio de Beauvais, fundado por el cardenal Juan de Dorman. Desde el siglo noveno, Tours, Corbeil, Fontenelle, Fuldes, San-Gall, San Dionisio, San Jerman de Auxerre, Ferriere y Aniana en Francia, y en Italia Monte-Casino, fueron siempre escuelas famosas. *Los clérigos de la vida comun*, en los Países-Bajos, se ocupaban en las bibliotecas en confrontar y corregir el testo de los manuscritos con sus orijinales.

Todas las universidades de Europa fueron establecidas, ó por príncipes religiosos, ó por obispos y sacerdotes, y todas bajo la dirección de diferentes

órdenes cristianas. Esa famosa universidad de París, de donde se difundió la luz por la Europa moderna, se componia de cuatro clases mayores. Traia su oríjen desde Carlomagno, es decir, desde aquellos tiempos groseros en que el monje Alcuino, luchando él solo con la barbarie, quiso hacer de la Francia una *Aténas cristiana*. Aqui es donde enseñaron los Budeos, los Casaubones, los Grenanos, los Rollines, los Cofines, los Lebeaux; aqui donde se formaron los Abelardos, los Amiots, los de Toux, los Boileaux. En Inglaterra vió Cambridje salir un Newton de su seno, y Oxford presenta con los nombres de Bacon y de Tomas Moro, su biblioteca persiana, sus manuscritos de Homero, sus mármoles de Arundel y sus famosas ediciones de los clásicos. Clascow y Edimburgo en Escocia; Leipsick, Jena, Tubingia en Alemania; Leyden, Utrech y Lovaina en los Países-Bajos; y Gandía (1), Alcalá y Salamanca en España: todos estos focos de las luces atestiguan los inmensos trabajos del cristianismo. Pero dos órdenes son las que se han singularizado cultivando con mas esmero las letras; á saber, los benedictinos y los jesuitas. El año 540 de nuestra era, echó San Benito en el Monte-Casino, en Italia, los cimientos de la orden célebre, que alcanzando triplicada gloria habia de convertir la Europa, desmontar sus desiertos, y volver á encender en su seno la antorcha de las ciencias.

Los benedictinos, y señaladamente los de la

(1) No nos creemos autorizados para alterar el texto; pero nos parece evidente que el autor debió decir Valencia. (*Ed. E.*)

congregacion de San Mauro , establecidos en Francia , nos dieron todos aquellos hombres , cuya ciencia ha venido á quedar en proverbio, aquellos hombres , que á costa de inmensos trabajos y fatigas descubrieron los manuscritos antiguos que estaban sepultados en el polvo de los monasterios. Su empresa literaria mas admirable, es la edicion completa de las obras de los padres de la iglesia , y debe llamarse admirable , porque si es difícil imprimir correctamente un solo tomo en su lenguaje orijinal , júzguese cuanto mas lo seria la revision entera de los padres griegos y latinos que componen mas de ciento y cincuenta volúmenes en folio. Apenas puede concebir la imajinacion unos trabajos tan enormes. Con solo nombrar á los Ruinarts , los Lobinaus , los Calmets , los Tasins , los Lamis , los de'Accheri , los Martenes , los Mabillones , los Montfaucones , se nombran los mayores prodijios de las ciencias.

Lamentable es á la verdad la desaparicion de aquellas grandes corporaciones científicas y cristianas, dedicadas enteramente á hacer investigaciones literarias y á la educacion de la juventud. Despues de una revolucion que ha roto los vínculos de la moral , é interrumpido el curso de los estudios, unas sociedades igualmente sábias que relijiosas, eran las únicas que pudieran aplicar un remedio eficaz y seguro al oríjen de nuestros males. En las demas formas de institutos , no puede haber aquel trabajo regular , aquella laboriosa y constante aplicacion á un mismo objeto que reina en los so-

litarios, y que continuando por muchos siglos sin interrupcion, por último hace milagros.

Los benedictinos eran sábios, y los jesuitas literatos: unos y otros fueron para la sociedad religiosa lo que eran para el mundo dos ilustres academias.

La compañía de Jesus estaba dividida en tres grados, *estudiantes aprobados*, *coadjutores formados* y *profesos*. El aspirante sufría ante todo la prueba de diez años de noviciado, durante los cuales ejercitaba la memoria, sin permitirle dedicarse á ningun estudio particular, y de este modo se descubria la inclinacion de su jenio y su talento. Al cabo de este tiempo, para acostumbrarle al espectáculo de los dolores humanos, y disponerle á las fatigas de las misiones, servia á los enfermos por un mes en un hospital, y hacia una peregrinacion á pie pidiendo limosna.

Entonces concluía sus estudios, ó profundos ó brillantes. Y si en él se descubrian únicamente aquellos talentos propios de la alta sociedad, se le enviaba á la capital, ó á la córte entre los grandes. Mas si se advertia que era inclinado á la soledad y al recojimiento, se le retenia en lo interior de la compañía, destinándole á las bibliotecas. Si sobresalia en la oratoria, se abria la cátedra á su elocuencia; si era un entendimiento despejado, justo y sufrido, se le hacia profesar en los colejos; si fogoso, intrépido, lleno de celo y de fe, iba á morir bajo el acero del mahometano ó del salvaje; y en fin, si mostraba talentos propios para gobernar

á los hombres, el Paraguay le llamaba á sus selvas, ó bien la órden para la direccion de sus casas.

El jeneral de la compañía residia en Roma, y los provinciales que se hallaban en Europa, estaban obligados á escribirle una vez al mes. Los jefes de las misiones extranjeras le escribian tambien siempre que los bajeles ó las carabanas cruzaban por las soledades del mundo; y para los casos urgentes, habia misioneros que iban de Pekin á Roma, de Roma á Persia, á Turquía, á Etiopia, al Paraguay, y cualquier otra parte de la tierra.

La Europa sábia ha sufrido una pérdida irreparable con la estincion de los jesuitas; en tal manera, que la educacion no se ha repuesto desde que ellos cayeron.

Era muy singular su afabilidad para con la juventud; y sus modales corteses quitaban á sus lecciones aquel tono pedante que repugna y como que disgusta á la infancia. Como la mayor parte de los profesores eran unos literatos escojidos entre los mas sobresalientes del mundo, los jóvenes se creian estar con ellos en una ilustre academia. Habian sabido establecer entre los escolares de diferentes categorías una especie de patrocinio, que redundaba en provecho de las ciencias. Tales lazos, formados en una edad en que el corazon se abre á los sentimientos jenerosos, imprimiéndoseles fuertemente, no se rompien ya en lo sucesivo, antes bien solian establecer entre el príncipe y el literato aquellas antiguas y nobles amistades que se admiraran entre los Escipiones y los Lelios.

Utilizaban tambien aquellas venerables relaciones de discípulos y maestros , tan apreciadas en las escuelas de Platon y de Pitágoras. Se engreian de tener un hombre grande , cuyo jenio habian dirijido ellos mismos y reclamaban una parte de su gloria. Un Voltaire , dedicando su *Merope* al padre Poreo , y llamándole *su viejo y querido maestro* , es una de aquellas cosas tan bellas , que se echan de menos en la edecucion moderna. Los padres de la compañía de Jesus eran naturalistas , químicos y botánicos ; matemáticos , maquinistas y astrónomos ; poetas , historiadores , traductores , anticuarios , diaristas ; en suma , no hay ramo en las ciencias que no hayan cultivado los jesuitas con esplendor. Bourdaloue restablecia la elocuencia romana ; Bru-moy introducía á la Francia en el teatro de los griegos ; los Lecomtes , Paremins , Charlevoix , Ducerceaus , Sanadous , Duhaldes , Noëls , Bouhoures , Danieles , Tournemines , Meimbourges , Larues , Jouvencys , Rapines , Vanieres , Commires , Sirmondes , Bougeantes y Petavios , han hecho inmortales sus nombres. ¿Y que es , bien examinado , lo que se echa en cara á los jesuitas ? Cierta ambicion , que no pasaba en ellos de un celo. » Siempre será admirable , dice Montesquieu hablando de estos padres , el gobernar á los hombres haciéndolos dichosos. Considérense los bienes que los jesuitas han hecho ; fijemos la atencion en los escritores célebres que su compañía ha dado á la Francia , ó que se han formado en sus escuelas ; tráiganse á la memoria los reinos enteros que conquistaron á nuestro

comercio por su destreza , sus sudores y su sangre; recordemos los milagros de sus misiones en el Canadá , en el Paraguay y en la China , y se verá bien que los insignificantes males de que los acusan los filósofos , son nada comparados con los servicios que han hecho á la sociedad.

CAPITULO VI.

Papas y córte de Roma , descubrimientos modernos , &c.

Antes de tratar de los servicios que la iglesia ha hecho á la agricultura , recordemos lo que han hecho los papas por las ciencias y bellas artes. Mientras que las órdenes relijiosas se dedicaban en toda Europa á la educacion de la juventud , al descubrimiento de los manuscritos , y á la esplicacion de las antigüedades , los pontífices romanos, prodigando las recompensas , los premios y los honores del sacerdocio á los hombres sábios, eran como el principio de ese movimiento jeneral hácia las luces. Es ciertamente una grande gloria para la iglesia , que un papa haya dado su nombre al siglo en que comenzó la era de la Europa civilizada , y que levantándose de entre las ruinas de la Grecia , adquiriera sus luces del gran siglo de Alejandro , para reflejarlas en el de Luis.

Los que suponen que el cristianismo retardó los progresos de la civilizacion , contradicen abiertamente todos los testimonios de la historia ; por

todas partes caminó la ilustracion siguiendo los pasos del Evangelio , y al contrario , las relijiones de Mahoma , de Brama y de Confucio , han paralizado los progresos de la sociedad , y precisado al hombre á envejecer sin salir de la infancia.

Roma cristiana era como un vasto puerto , que recojia todas las reliquias de los naufragios de las artes. Cae Constantinopla bajo el yugo de los turcos , é inmediatamente abre la iglesia mil retiros honrosos á los ilustres fujitivos de Bizancio y de Aténas. La imprenta proscrita en Francia , halla un asilo en Italia , y algunos cardenales invierten sus tesoros en investigar y hacer escavar las ruinas de la Grecia , adquiriendo asi preciosos manuscritos. Tan bello se le representó al sábio abate Bartolomé el siglo de Leon X , que le habia preferido al de Pericles para asunto de su grande obra , y á la Italia cristiana es adonde se proponia conducir á un moderno Anacarsis.

»En Roma, dice , ve mi viajero á Miguel Anjel levantando la cúpula de San Pedro ; á Rafael , pintando las galerías del Vaticano ; á Sadoletto y Bembo , despues cardenales , ocupando entonces cerca de Leon X el empleo de secretarios ; al Trisino , representando la Sofonisba , primera tragedia del teatro moderno ; á Beroaldo , bibliotecario del Vaticano , ocupado en publicar los anales de Tácito , que acababan de descubrirse en Westfalia , y que habia comprado Leon X por la suma de quinientos ducados de oro ; á este mismo papa proponiendo empleos á las sábios de todas las naciones que fuesen á

residir en sus estados , y singulares recompensas á los que le llevasen manuscritos desconocidos..... Por todas partes se erijian universidades , colejos, imprentas para todos los idiomas y ciencias , bibliotecas que se iban enriqueciendo á porfía con las obras que se publicaban , y con los manuscritos que se adquirian y trajeron de nuevo de los paises en donde la ignorancia habia conservado su imperio. Las academias se multiplicaban de manera , que en Ferrara se contaban de diez á doce, en Bolonia cerca de catorce , en Sena dieziseis. Su objeto era enseñar las ciencias , las bellas letras , las lenguas , la historia y las artes. En dos de estas , dedicada la una á Platon , y la otra á su discípulo Aristóteles, se disputaban las opiniones de la filosofía antigua, y se presentian las de la moderna. En Bolonia y en Venecia cuidaba una de estas sociedades del arte de la imprenta , la hermosura del papel , la fundicion de los caractéres , correccion de las pruebas, y cuanto debiera contribuir á la perfeccion de las nuevas ediciones..... Las capitales , y aun las ciudades de menos consideracion, de todos los estados, ansiaban con una solicitud estrema la instruccion y la gloria ; casi todas ofrecian observatorios á los astrónomos , anfiteatros á los anatómicos , jardines de plantas á los naturalistas , y colecciones de libros, medallas y monumentos antiguos á los literatos, haciendo grandes demostraciones de estimacion, de consideracion y de respeto á todo jénero de conocimientos

Los progresos de las artes fomentaban el gusto de los espectáculos y de la magnificencia. El estudio de la historia y de los monumentos griegos y romanos, inspiraban ideas de decoro, de buen gusto y de una perfeccion, que no se habian tenido hasta entonces. Cuando Julian de Médicis, hermano de Leon X, fue proclamado ciudadano romano, esta proclamacion se celebró con juegos públicos y sobre un vasto teatro construido espresamente en la plaza del Capitolio, se representó dos dias una comedia de Plauto, cuya música y extraordinario aparato escitaron la admiracion jeneral.”

No dejaron los sucesores de Leon X y de los Médicis, que se extinguiera aquel noble ardor y emulacion en los trabajos de ingenio. Los soberanos pacíficos de Roma acumulaban y reunian en sus *villas* (1) las preciosas reliquias de las pasadas edades. En los palacios de Borghese y Farnesio, admiraba el viajero las insignes obras de Praxiteles y de Fídias; los papas compraban á peso de oro las estatuas de Hércules y de Apolo, y para conservar las ruinas harto escarnecidas de la antigüedad, las cubrian con el manto de la relijion. ¿Quien no admirará la piadosa industria de aquel pontífice, que colocó unas estatuas cristianas sobre las bellas ruinas de los palacios de Adriano? No existiria ya el panteon, sino se hubiese consagrado al culto de los doce apóstoles, ni la columna Trajana estaria eu

(1) Nombre que daban los italianos á unas magníficas quintas con hermosísimos jardines.

pie , si la estatua de San Pedro no la hubiese coronado.

Este mismo espíritu conservador se notaba en todos los órdenes de la iglesia. Mientras que los despojos que adornaban el Vaticano escedian en riqueza á los templos antiguos, unos pobres religiosos protejian en el recinto de sus monasterios las ruinas de las casas de Trívoli y del Túscolo , y acompañaban al extranjero por los jardines de Ciceron y de Horacio.

Asi es como al cabo de mil y quinientos años protejia la iglesia todavía las ciencias y las artes, sin que se hubiese entibiado su celo en ninguna época ; pues si en el octavo siglo el monje Alcuino enseñaba la gramática á Carlomagno ; en el décimo octavo otro monje *industrioso y paciente* encuentra el medio de desarrollar los manuscritos de Herculano ; si en el año de 740 describe Gregorio de Tours las antigüedades de las Galias ; en 1754 el canónigo Mazzochi esplica las tablas lejislativas de Heraclea. La mayor parte de los descubrimientos que han mudado el sistema del mundo civilizado, se han hecho por eclesiásticos. La invencion de la pólvora, y acaso la del telescopio , se deben al monje Rojerio Bacon ; algunos atribuyen la invencion de la pólvora al monje aleman Bertoldo Schwartz ; Galen , obispo de Munster , inventó las bombas ; el diácono Flavio de Giola , florentino , la brújula ; el monje Despina los anteojos ; y Pacífico , arcediano de Verona , ó el papa Silvestre II , la máquina del reloj. ¡Cuantos sábios , de los cuales hemos citado

ya un gran número en el discurso de esta obra, han ilustrado los claustros, y aun aumentado mas y mas el respeto debido á las sillas eminentes de la iglesia! ¡cuantos escritores célebres! ¡cuantos literatos distinguidos! ¡cuantos ilustres viajeros! ¡cuantos matemáticos, naturalistas, químicos, astrónomos, anticuarios! ¡cuantos oradores insignes! ¡cuantos estadistas famosos! Si nombramos un Suger, un Jimenez, Alberoni, Richelieu, Mazarini, Fleuri, recordaremos á un mismo tiempo los mas grandes ministros de la Europa moderna, y los mas grandes sucesos de ella.

En el momento mismo en que estamos haciendo este rápido bosquejo de los beneficios de la iglesia, la Italia enlutada dá un tierno testimonio admirable de amor y de reconocimiento á los restos mortales de Pio VI. La capital del mundo cristiano espera el ataud del desgraciado pontífice, que á costa de trabajos dignos de un Augusto y de un Marco Aurelio, desaguó lagunas infectas, y descubrió el camino de los cónsules romanos. Por último rasgo de este amor á las artes, tan natural á los primeros jefes de la iglesia, el sucesor de Pio VI, al mismo tiempo que restituye la paz á los fieles, halla todavía en su noble indijencia medios de reemplazar con nuevas estátuas las admirables obras que Roma, tutora de las bellas artes, ha cedido á la heredera de Aténas.

Los progresos de las letras sobre todo, eran inseparables de los de la relijion, puesto que en la lengua de Homero y de Virjilio esplicaban los pa-

dres los principios de la fe: la sangre de los mártires, que fue la semilla de los cristianos, produjo tambien y fecundó el laurel del orador y del poeta.

Roma cristiana ha sido para el mundo moderno lo que Roma pagana para el mundo antiguo: el vínculo universal de las naciones. Esta capital de todas ellas, llena y cumple todas las condiciones de su destino, y parece verdaderamente la ciudad eterna. Quizá llegará un tiempo en que se conozca que es un gran pensamiento y una institucion magnífica la del trono pontificio. Porque se verá el padre espiritual colocado en medio de los pueblos, une entre sí todas las diversas partes de la cristiandad, haciendo de ellas un conjunto. ¡Que papel tan interesante y tan bello presenta un papa, verdaderamente animado del espíritu apostólico! Siendo pastor jeneral del rebaño, puede, ó contener á los fieles en sus deberes, ó defenderlos de la opresion. Sus estados harto grandes para hacerle independiente, y demasiado reducidos para que se puedan temer sus esfuerzos en lo temporal, limitan su poder al de la opinion: ¡potestad admirable, cuando no se estiende con su imperio sino á las obras de paz, de beneficencia y de caridad!

Los pasajeros daños que hicieron algunos malos papas, desaparecieron con ellos; pero aun experimentamos diariamente la influencia de los bienes inestimables que el mundo entero debe á la córte de Roma. Esta se mostró casi siempre superior á su siglo, porque tenia ideas de lejislacion y de derecho público, y conocia las bellas artes, las cien-

cias y la política , cuando todo estaba sumerjido en las tinieblas de las instituciones góticas , y no se reservaba para sí exclusivamente la luz , sino que la difundia á todos ; derribaba las barreras que las preocupaciones levantan entre las naciones ; y procuraba suavizar nuestras costumbres , sacarnos del estado de ignorancia , y destruir cuanto aquellas tenían de feroz ó de grosero. Los papas , con respecto á nuestros antepasados , fueron unos misioneros de las artes y de las ciencias enviados á los bárbaros , y como unos lejisladores entre salvajes. »El reinado de Carlomagno , dice Voltaire , tuvo por sí solo como una vislumbre de civilizacion , que fue probablemente fruto de su viaje á Roma.»

Está jeneralmente reconocido que la Europa debe á la Santa Sede su civilizacion , una parte de sus mejores leyes , y casi todas sus ciencias y artes. Los soberanos pontífices buscan ahora otros medios de hacerse útiles á los hombres ; les aguarda una nueva carrera , que debemos prometernos la concluyan con gloria. Roma ha retrocedido á aquella pobreza evanjélica , que constituia todo su tesoro en los tiempos antiguos. Por una especie de identidad bastante reparable , hay todavía jentiles que convertir , pueblos que llamar á la unidad , odios que extinguir , lágrimas que enjugar , llagas que cerrar , y que reclaman todos los bálsamos de la relijion. Si Roma conoce bien su situacion , verá que nunca ha tenido mayores esperanzas , ni mas brillantes destinos. Digo esperanzas , porque considero á las tribulaciones como otro de los de-

seos de la iglesia de Jesucristo. El mundo ha degenerado y pide una nueva predicacion del Evangelio; el cristianismo se renueva, y sale victorioso del asalto mas terrible que el infierno pudiera darle. ¡Quien sabe si lo que nosotros hemos tenido por la caida de la iglesia, será lo mismo que la reedifique! Roma perecia en las riquezas y en el descanso, porque se habia olvidado de la cruz; mas la cruz aparece de nuevo y la salvará.

CAPITULO VII.

Agricultura.

Asi como debemos al clero secular y regular los colejos y hospitales, de la misma manera le debemos tambien la agricultura: los desmontes de tierras, aperturas de caminos, aumento de poblaciones, establecimiento de correos y posadas, artes y oficios, manufacturas, comercio interior y exterior, leyes civiles y políticas, todo nos viene en fin de la iglesia; porque nuestros padres eran unos bárbaros, á quienes el cristianismo tuvo que enseñar hasta el arte de alimentarse.

La mayor parte de las concesiones hechas á los monasterios en los primeros siglos de la iglesia, eran de tierras eriales que los monjes cultivaban con sus propios brazos. Unas selvas desiertas, lagunas intransitables, y vastos páramos fueron el principio de las riquezas de que tanto hemos acusado al clero.

Mientras los canónigos Premonstratenses labraban las soledades de la Polonia, y una porción de la selva de Coucy en Francia, los benedictinos fertilizaban nuestros matorrales. Molesme, Colan y Cistea, que hoy se ven cubiertos de viñedos y de mieses, eran unos parajes llenos de zarzales y maleza, donde habitaban los primeros relijiosos bajo chozas de ramas, como los americanos en medio de sus desmontes.

San Bernardo y sus discípulos hicieron fecundos los valles estériles que les cedió Tibaldo, conde de Champaña. Fontevrault fue una verdadera colonia establecida por Roberto de Arbrisel en un pais desierto, en los confines del Anjou y de la Bretaña. Familias enteras buscaron asilo bajo la direccion de aquellos benedictinos, formándose allí monasterios de viudas, doncellas, legos y soldados ancianos. Todos se hicieron labradores á ejemplo de los padres, que cortaban por sí mismos los árboles, manejaban la esteva, sembraban los granos, y coronaban aquella parte de la Francia con las bellas mieses que nunca habia llevado.

No tardó en aumentarse la colonia, en términos, que no cabiendo en la poblacion todos sus habitantes, tuvo que ceder á otras sociedades las manos laboriosas que tenia sobrantes. Raoul de la Futaye, compañero de Roberto, se estableció en la selva del Nido-de-Mirlo, y Vital, tambien benedictino, en los bosques de Savigni. La selva de Orges, en la diócesis de Angers, Chanfournois, hoy Chantenois en Turena, Belay en la misma provin-

cia, la Puie en Poitou, el Enclotre, en la selva de Gironda, Gaisne, distante pocas leguas de Loudum, Luzou en los montes del mismo nombre, la Lande, en los arenales de Garnache, la Magdalena sobre el Loira, Bouhon en el Lemosin, Cadouin en Perigord; en fin, la Haute-Bruyere, cerca de París, fueron otras tantas colonias de Fontevrault, que siendo antes incultas la mayor parte de ellas, se convirtieron en fértiles campiñas.

Molestaría al lector si me detuviese á referir todos los surcos que abrió el arado de los benedictinos en las Galias salvajes, y me haría ciertamente pesado. Maurecurt, Longbré, Fontaine, le Charme, Colinace, Foici, Beliommer, Consanie, Sauvement, les Epines, Enbe, Vanassel, Pons, Charles, Vairville, y otros muchos lugares en la Bretaña, el Anjou, el Berry, la Auvernia, la Gascuña, el Languedoc y la Guyena, atestiguan sus inmensos trabajos. San Colombano hizo florecer el desierto de Vauge; las monjas benedictinas, á ejemplo de los padres de su orden, se dedicaron tambien á la agricultura; las de Montreuil-les-Dames, se ocupaban, dice Herman, en coser, hilar, y desmontar los espinos de la selva, á imitacion de Laon y de todos los relijiosos de Claraval."

Igual actividad mostraron los benedictinos en España. Compraron tierras incultas en las orillas del Tajo, cerca de Toledo, y allí fundaron el monasterio de Vengalia, despues de haber cubierto de viñas y naranjos todas aquellas cercanías.

El Monte-Casino en Italia, no era antes mas que

una espantosa soledad: cuando San Benito se retiró allí, el pais mudó al instante de aspecto, y la nueva abadía llegó á ser tan opulenta con sus trabajos, que se halló en estado de defenderse el año de 1037 contra los normandos que la hicieron guerra.

San Bonifacio, con los religiosos de su órden, principió todas sus labores agrícolas en los cuatro obispados de la Franconia, de la Suabia y de la Baviera. Los benedictinos de Fulda desmontaron entre el Hesse, la Franconia y la Turinjia, un terreno de ocho mil pasos jeométricos de diámetro, que son veinticuatro mil pasos, ó dieziseis leguas de circunferencia; no se habia pasado mucho tiempo, cuando ya contaban hasta dieziocho mil casas de campo, asi en Baviera como en Suabia; los monjes de San Benito-Polirones, cerca de Mántua, empleaban en la labranza mas de tres mil pares de bueyes.

Nótese tambien que la regla casi jeneral que prohibia el uso de las carnes á las órdenes monásticas, fue en un principio muy favorable á la economía rural; porque habiéndose multiplicado mucho en aquel tiempo las sociedades religiosas, tantos hombres que solo comian de vijilia, absteniéndose de las carnes, debian fomentar muchísimo la propagacion de las reses. Asi es que nuestras campiñas, hoy tan florecientes, son deudoras en parte de sus mieses y ganados al trabajo y frugalidad de los monjes.

Por otra parte, el ejemplo, que en la moral suele ser de corto momento, porque las pasiones

destruyen sus buenos efectos, obra poderosamente en la parte material de la vida; y el espectáculo de tantos millares de relijiosos que cultivaban la tierra, destruyó poco á poco las preocupaciones bárbaras, que llevaban consigo el desprecio del arte que alimenta á los hombres. El hombre rudo y plebeyo aprendió en los monasterios á labrar, remover la tierra y fertilizar el surco, y el noble comenzó á buscar en sus campos tesoros mas seguros que los que se proporcionaba con las armas. Los monjes, pues, fueron verdaderamente los padres de la agricultura, ya como labradores que eran ellos mismos, ya como primeros maestros de nuestros labradores.

No habian perdido los relijiosos de nuestros tiempos aquel jenio útil y laborioso; pues las mas bellas labranzas, los cultivadores mas ricos, los mas bien mantenidos y menos vejados, los aperos de labranza mas perfectos, los ganados mas lucidos, los cortijos mas bien cuidados, se encontraban en las abadías, y me parece que esto no puede ser un objeto de reconvencion contra el clero.

CAPITULO VIII.

Ciudades, villas, puentes, caminos reales, &c.

Al mismo tiempo que el clero desmontaba la Europa salvaje, multiplicaba tambien nuestras aldeas, y aumentaba y hermooseaba nuestras ciudades. Varios cuarteles de París, tales como los de Santa Jenoveya y San Jerman l'Auxerrois, se levantaron

en parte á espensas de las abadías del mismo nombre. Jeneralmente, en cualquiera parte que habia un monasterio, se formaba un lugar: la *Chaise-Dieu*, ó silla de Dios, *Abbeville* (ciudad de abad), y otros muchos lugares denotan en su mismo nombre su oríjen. La ciudad de San Salvador, al pie del Monte-Casino en Italia, y los pueblos del contorno, son obras de los religiosos benedictinos. En Fulda, en Maguncia, en todos los círculos eclesiásticos de Alemania, en Prusia, en Polonia, en Suiza, en España y en Inglaterra, se ven una multitud de ciudades, cuyos fundadores lo fueron las órdenes monásticas ó militares; y las ciudades que salieron mas pronto de la barbarie, fueron las que se sometieron á príncipes eclesiásticos. La Europa debe la mitad de sus monumentos y de sus fundaciones útiles á la munificencia de los cardenales, de los abades y de los obispos.

Mas se dirá tal vez que estos trabajos no hacen mas que atestiguar la inmensa riqueza de la iglesia.

Ya sé que siempre se procura rebajar el mérito de los servicios; el hombre aborrece la gratitud. El clero encontró tierras incultas, y las hizo producir mieses. Habiendo llegado á hacerse opulento con su propio trabajo, aplicó sus rentas á monumentos públicos. Luego, cuando le reprendeis por unos bienes tan nobles, asi en su inversion como en su oríjen, le imputais como crímenes dos grandísimos beneficios.

La Europa entera carecia de caminos y posadas;

sus montes estaban llenos de salteadores y asesinos; sus leyes sin vigor, ó mejor diré, no las habia; la religion, como una gran columna en medio de las ruinas góticas, era la única que ofrecia asilos y un punto de comunicacion entre los hombres.

Cuando la Francia cayó en la mas profunda anarquía, bajo la dominacion de la segunda línea de los reyes, los caminantes eran detenidos, despojados y asesinados en los pasos de los rios. Entonces unos monjes hábiles y esforzados, concibiendo la empresa de remediar estos males, formaron entre sí una compañía con el nombre de *Hospitalarios pontoneros*, ó *constructores de puentes*. Obligábanse por su regla á ausiliar á los caminantes, reparar los caminos públicos, construir puentes, y á hospedar á los extranjeros en los hospicios que edificaron á la orilla de los rios. Fijáronse primeramente sobre el Durance, en un sitio peligroso, llamado *Maupas*, ó mal paso, cuyo nombre, gracias á la jenerosidad de estos monjes, se convirtió muy luego en el de *Buen Paso*, que aun conserva en el dia. La misma orden edificó tambien el puente del Ródano en Aviñon. Harto sabido es que los correos y postas perfeccionadas en tiempo de Luis XI, fueron establecidos en el principio por la universidad de París.

Sobre una áspera y elevada montaña de la Rouerge, cubierta de nieve y espesas nieblas durante ocho meses del año, se descubre un monasterio edificado hácia el año 1120 por Alard, vizconde de Flandes. Volviendo este señor de una peregrina-

cion , fue acometido por unos ladrones en aquel sitio , é hizo voto , si escapaba de sus manos , de fundar en aquel desierto un hospicio para los caminantes , y arrojar de la montaña á los salteadores. Viéndose con efecto libre del peligro , cumplió fielmente su promesa , y el hospicio de Albrac , ó de Aubrac se erigió *in loco horroris et vastæ solitudinis*, como espresa el acta de su fundacion. Alard puso alli sacerdotes para servicio de la iglesia , caballeros hospitalarios que escoltasen á los caminantes , y señoras de distincion para lavar los pies á los peregrinos , hacerles las camas , y cuidar de sus vestidos.

En los siglos de barbarie eran muy útiles las peregrinaciones , y este principio relijioso que escitaba á los hombres á salir de sus hogares , fomentaba el progreso de la civilizacion y de las luces. El año del gran jubileo , que fue en 1600 , se recibieron lo menos cuatrocientos cuarenta y cuatro mil quinientos extranjeros en el hospicio de San Felipe Neri en Roma , y todos ellos fueron hospedados , mantenidos y asistidos gratuitamente durante tres dias.

Ningun peregrino dejaba de volver á su patria con alguna preocupacion menos , y algun conocimiento mas. Todo se equilibra en los siglos ; ciertas personas ricas de la sociedad viajan acaso en el dia mas que en otro tiempo ; mas por otra parte el aldeano vive hoy mas sedentario. En otro tiempo le llamaba la guerra al servicio de su señor , y la relijion á los paises remotos. Si pudiéramos ver ahora uno de aquellos antiguos vasallos , que nos representa-

mos como unos esclavos estúpidos, tal vez quedaríamos sorprendidos al encontrarle con mas juicio é instruccion que el aldeano libre de nuestros tiempos.

Antes de partir para reinos extranjeros, se presentaba el viajero á su obispo, quien le daba una carta apostólica, con la cual pasaba con seguridad por toda la cristiandad, variando su forma segun la clase y profesion del portador, razon por la cual se llamaban *formatæ*. Asi es como la religion se ocupaba en renovar los vínculos sociales que la barbarie rompía á cada instante.

Los monasterios eran en jeneral unos hospicios, donde hallaban los pasajeros cubierto y comida; y esta hospitalidad, que se admira entre los antiguos, y de que aun se ven vestijios en Oriente, se miraba como un grande honor por nuestros religiosos. Muchos, con el nombre de *hospitalarios*, se consagraron especialmente á esta tierna virtud, que se mostraba con toda su antigua belleza, como en los dias de Abrahan, en el lavatorio de los pies, la llama del hogar, y las dulzuras de la mesa y del lecho. Si el caminante era pobre, se le daban vestidos, víveres, y algun dinero para pasar á otro monasterio, donde se le prodigaban los mismos socorros. Las señoras cabalgadas en su palafren, los campeones buscando aventuras, los reyes extraviados en la caza, llamaban á media noche á la puerta de las antiguas abadías, é iban á participar de la hospitalidad que se daba al mas oscuro peregrino. Algunas veces se encontraban alli dos caballeros enemigos,

y pasaban con afabilidad y alegría hasta salir el sol, hora en que, con el acero en la mano, disputaban la superioridad de sus damas ó patrias. Boucicault, volviendo de la cruzada de Prusia, y hallándose hospedado en un monasterio con muchos caballeros ingleses, sostuvo contra todos que un caballero escocés acometido por ellos en los montes, habia sido muerto alevosamente.

En aquellas hospederías de la relijion se creia hacer mucho honor á un príncipe cuando se le proponia hacer algun servicio á los pobres que casualmente se encontraban alli con él. Volviendo el cardenal de Borbon de conducir á España á la desgraciada Isabel, se detuvo en el hospicio de Roncesvalles, en los Pirineos, sirvió á la mesa á trecientos peregrinos, y dió á cada uno tres reales para ayuda de costa de su viaje. El Pousin es uno de los últimos viajeros que se aprovecharon de esta costumbre cristiana; iba á Roma de monasterio en monasterio, pintando cuadros de retablo en pago de la hospitalidad que recibia, y renovando asi entre los pintores la aventura de Homero.

CAPITULO IX.

Artes y oficios, comercio.

Nada mas opuesto á la verdad histórica, que figurarse á los primeros monjes como unos haraganes que vivian en la abundancia á espensas de las supersticiones humanas. En primer lugar esta abun-

dancia nada tenia de realidad; pues si la órden podia haberse hecho rica á fuerza de sus tareas, tambien es cierto que el religioso vivia en grande austeridad. Todas aquellas comodidades del claustro tan exajeradas, se reducian á una estrecha celda, á mortificaciones, y á una mesa muy frugal, por no decir mas. Luego es falsísimo que los monjes no fuesen mas que unos piadosos holgazanes; pues cuando sus numerosos hospicios, sus colejos, sus bibliotecas, sus labranzas, y todos los demas servicios de que hemos hablado, no hubieran bastado para ocupar sus horas libres, habian encontrado tambien otros muchos modos de hacerse útiles, consagrándose á las artes mecánicas, y estendiendo el comercio por dentro y fuera de la Europa. La congregacion de la tercera órden de San Francisco, llamada en Francia de los *Bons-Fieux*, tejia paños y galones, al mismo tiempo que enseñaba á leer á los niños pobres y cuidaba de los enfermos. La compañía de los *pobres hermanos zapateros y sastres*, se habian instituido con el mismo espíritu. Un convento de Jerónimos en España tenia dentro muchas fábricas. La mayor parte de los religiosos eran albañiles, igualmente que labradores. Los benedictinos construian sus casas con sus propias manos, como refiere la historia de los conventos de Monte-Casino, de Fontevrault y otros muchos.

Por lo que respecta al comercio interior, muchas ferias y mercados pertenecian á las abadías, habiendo sido establecidas por ellas. La célebre feria de Landyt, en San Dionisio, debia su creacion á la

universidad de París. Las religiosas hilaban una gran parte de las telas de Europa, y las cervezas de Flandes y la mayor parte de todos los vinos jenerosos del Archipiélago, de Hungría, de Italia y de España, se hacian por las congregaciones religiosas. La esportacion é importacion de granos, tanto para el extranjero como para los ejércitos, tambien dependian en parte de los grandes propietarios eclesiásticos. Las iglesias daban salida al pergamino, la cera, el lino y la seda, los mármoles y las alhajas de platería, las manufacturas de lana, las tapicerías, y las primeras materias de oro y de plata. Ellas por sí solas proporcionaban en los tiempos bárbaros algun trabajo á los artistas, que hacian venir espresamente de Italia, y hasta de lo interior de la Grecia. Los religiosos cultivaban por sí mismos las bellas artes, y eran los pintores, escultores y arquitectos de la edad gótica. Si sus obras nos parecen en el dia groseras, no olvidemos que formaban el eslabon que enlaza los siglos antiguos con los modernos, y que sin ellas se hubiera interrumpido del todo la cadena de las letras y de las artes: evitemos que la delicadeza de nuestro gusto nos haga incurrir en la ingratitud.

Fuera de aquella pequeña parte del Norte comprendida en la liga de las ciudades Anseáticas, todo el comercio exterior se hacia en otros tiempos por el Mediterráneo. Los griegos y los árabes nos traian las mercancías del Oriente, que cargaban en Alejandría; pero las Cruzadas hicieron pasar á manos de los francos este manantial de riquezas. »Las

conquistas de los cruzados, dice el abad Fleury, les aseguraron la libertad del comercio para las mercaderías de la Grecia, de Siria y Egipto, y de consiguiente para las de las Indias, que aun no venian á Europa por otros rumbos.”

El doctor Robertson, en su excelente obra sobre el comercio de los antiguos y modernos á las Indias orientales, confirma con los mas curiosos pormenores la proposicion de Fleury. Jénova, Venecia, Pisa, Florencia y Marsella, debieron sus riquezas y su poder á aquellas empresas. No puede negarse que la marina y el comercio moderno han nacido de aquellas famosas espediciones. Lo que tuvieron de bueno pertenece á la religion, lo demas á las pasiones humanas. Por otra parte, si los cruzados cometieron un desacierto en querer arrancar el Egipto y la Siria á los sarracenos, no nos quejemos cuando vemos aquellas hermosas regiones hechas presa de los turcos, y que parece que han domiciliado la peste y la barbarie en la patria de los Fidias y de los Eurípides. ¿Y que perjuicio pudiera resultar de que el Egipto fuese despues de San Luis una colonia de la Francia, ni de que los descendientes de los caballeros franceses reinasen en Constantinopla, Aténas, Damasco, Trípoli, Cartago, Tiro y Jerusalem?

En fin, cuando el cristianismo ha ido *solo* á las espediciones remotas, se ha podido juzgar que los desórdenes de las cruzadas no eran consecuencias de él, sino de las pasiones violentas de los hombres. Nuestros misioneros nos han abierto fuentes de co-

mercio, sin derramar para ello mas sangre que la suya, de que á la verdad fueron muy pródigos. Vea el lector lo que sobre esto hemos dicho en el libro de las misiones.

CAPITULO X.

De las leyes civiles y criminales.

Si quisiéramos investigar la influencia del cristianismo en las leyes y en los gobiernos, segun lo hemos hecho con respecto á la moral y la poesía, tendríamos materia para una grande obra. Indicaré solamente el camino, y presentaré algunos resultados para adicionar la suma de los beneficios de la relijion.

Basta abrir sin eleccion por cualquiera parte los concilios, el derecho canónico, las bulas y rescriptos de la córte romana, para convencernos de que nuestras antiguas leyes recopiladas en los capitulares de Carlomagno, en las fórmulas de Marculfo y en las ordenanzas de los reyes de Francia, tomaron muchos reglamentos de la iglesia, ó por mejor decir, fueron redactadas en parte por sacerdotes sábios, ó por assembleas eclesiásticas.

Los obispos y metropolitanos tuvieron de tiempo inmemorial derechos de bastante consideracion en materias civiles. Estaban encargados de la promulgación de las ordenanzas imperiales relativas á la tranquilidad pública: se les nombraba por árbitros en los pleitos, y eran una especie de jueces de

paz natos, que la religion habia dado á los hombres. Los emperadores cristianos que encontraron establecida esta costumbre, la juzgaron tan saludable, que la confirmaron por algunos artículos de sus códigos. Cada ordenado, desde el subdiácono hasta el soberano pontífice, ejercia alguna jurisdiccion; de suerte que el espíritu religioso obraba por mil partes y de mil maneras sobre las leyes. Pero esta influencia, ¿era favorable ó peligrosa á los ciudadanos? Yo creo que favorable.

Desde luego, aun los escritores mas opuestos al cristianismo, reconocieron la sabiduría del clero en todo lo concerniente á *gobierno y administracion*. Cuando un estado está tranquilo, los hombres no hacen el mal puramente por el placer de hacerlo. ¿Que interes podia tener un concilio en dar una ley inicua relativa al órden de las sucesiones, ó sobre las condiciones del matrimonio? Ni ¿por que habian de prevaricar un curial ó un simple sacerdote, nombrado para declarar un punto de derecho? Si es verdad que la educacion y los principios que se nos inculcaron en la juventud influyen en nuestro carácter, los ministros del Evangelio debian ser en jeneral guiados en su conducta por los consejos de la mansedumbre y de la imparcialidad. Además, los concilios se componian de prelados de todos paises, y por lo mismo tenian la inmensa ventaja de ser como extranjeros para los pueblos á los cuales dictaban leyes. Aquellos odios, aquellos afectos, aquellas preocupaciones hereditarias que acompañan regularmente al lejislador, eran ajenas de los

padres de los concilios. Un obispo frances tenia bastante conocimiento de su patria para impugnar un cánon que se opusiera á sus costumbres, pero no tenia bastante poder sobre los prelados italianos, españoles é ingleses, para hacerles adoptar un reglamento injusto: libre para el bien, su misma posicion le privaba de hacer el mal. Creo que es Maquiavelo el que propone que se haga recopilar la constitucion de un estado por un extranjero; pero este podria ser ó seducido por el interes, ó ignorante del carácter de la nacion, cuyo gobierno iba á fijar; dos grandes inconvenientes que el concilio no tenia, pues era á un mismo tiempo inaccesible al soborno, á causa de sus riquezas, é instruido de las inclinaciones peculiares de los reinos, por los diversos miembros que la componian.

Como la iglesia tomaba siempre por base la moral con preferencia á la política, como se ve en las cuestiones de raptó, de divorcio y de adulterio, sus estatutos debian tener un fondo natural de rectitud y de universalidad. En efecto, la mayor parte de los cánones no son relativos á esta ó la otra rejion, pues comprenden toda la cristiandad. Al sacerdocio le están especialmente encomendados la caridad y el perdon de las injurias, circunstancias que constituyen todo el cristianismo, y por consecuencia la accion de aquel carácter sagrado sobre las costumbres debe participar de sus virtudes. La historia nos representa incesantemente al sacerdote rogando á Dios por el infeliz, pidiendo gracia para el culpado, ó intercediendo por el inocente. El derecho de

asilo en las iglesias, por mas abuso que de él se hiciera, es no obstante una grande prueba de la benignidad que el espíritu religioso habia introducido en los juicios criminales. Esta piedad evangélica animó á los padres dominicos, cuando denunciaron con tanta enerjía las crueldades de algunos españoles en el Nuevo-Mundo. En fin, habiéndose formado nuestro código en los tiempos de barbarie, y siendo entonces el sacerdote el único hombre versado en las letras, no podia dejar de prestar á las leyes una influencia feliz, y unas luces de que carecian los demas ciudadanos.

Se halla un bello ejemplo del espíritu de justicia que el cristianismo procuraba introducir en nuestros tribunales. Observa San Ambrosio, que si los obispos están obligados por su carácter á implorar la clemencia del majistrado en materia criminal, nunca deben intervenir en las causas civiles, cuyo conocimiento no pertenece á su jurisdiccion: »Porque no podeis, dice, solicitar por una de las partes sin perjudicar á la otra, y haceros talvez culpables de una grande injusticia.» ¡Admirable espíritu de relijion!

No lo es menor la moderacion de San Crisóstomo: »Dios, dice este gran santo, permite que el hombre deje á su mujer por causa de adulterio, mas no por causa de *idolatria*." Segun el derecho romano, los infames no podian ser jueces. San Ambrosio y San Gregorio estienden á mas todavía esta admirable ley, *porque no quieren que los que han cometido grandes culpas permanezcan siendo jueces,*

no sea que se condenen ellos mismos, condenando á los otros.

En materia criminal se recusaba al prelado, porque la religion mira con horror la sangre. San Agustin obtuvo con sus ruegos que se perdonase la vida á los circunceliones, convencidos de haber asesinado á unos sacerdotes católicos. El concilio sardicense manda por una ley á los obispos que interpongan su mediacion en las sentencias de destierro y de estrañamiento. De esta suerte el desgraciado no solamente debia la vida á esta caridad cristiana, sino, lo que es mucho mas precioso todavía, hasta la dulzura de respirar su aire nativo.

Estas otras disposiciones de nuestra jurisprudencia criminal están tomadas del derecho canónico: 1.º No se debe condenar á un ausente, que puede tener medios lejitimos de defensa. 2.º Ni el acusador ni el juez pueden servir de testigos. 3.º Los grandes delincuentes no pueden ser acusadores. 4.º La deposicion de una persona sola, cualquiera que sea su dignidad, no puede ser suficiente para condenar á un acusado.”

Puede verse en Hericourt la série de estas leyes que confirman lo que he dicho, á saber: que debemos las mejores disposiciones de nuestro código civil y criminal al derecho canónico. Este derecho es en jeneral mucho mas suave que nuestras leyes, y hemos desechado en bastantes puntos su induljencia cristiana. Por ejemplo, el séptimo concilio de Cartago decide que cuando hay muchos artículos de acusacion, si el acusador no puede probar el pri-

mero, no se le debe admitir la prueba de los demás; nuestros fueros ó costumbres lo han dispuesto de otro modo.

Esta grande obligacion que debe nuestro sistema civil á los reglamentos del cristianismo, es una cosa muy grave y poquísimamente observada, aunque muy digna de serlo (1).

Por último, las jurisdicciones de señorío en los tiempos del feudalismo, fueron necesariamente menos gravosas bajo la dependencia de las abadías ó prelacías, que cuando dependian de un conde ó de un baron: porque un señor eclesiástico estaba obligado á ciertas virtudes que un guerrero no se creia obligado á practicar. Los abades dejaron pronto de ir á la guerra, y sus vasallos llegaron á hacerse unos labradores pacíficos. San Benito de Aniana, reformador de los benedictinos en Francia, recibia cuantas tierras le daban; pero nunca quiso aceptar los *siervos*, antes bien les restituia inmediatamente la libertad: ejemplo de magnanimidad dado por un *monje* á mediados del siglo décimo, y que es bien digno de admiracion.

CAPITULO XI.

Política y gobierno.

La costumbre que concedia al clero el primer lugar en las asambleas de las naciones modernas,

(1) Montesquieu y el Dr. Robertson han tocado, aunque muy de paso, este punto.

era muy conforme con aquel gran principio religioso que la antigüedad entera miraba como el fundamento de la existencia política. »Yo no sé, dice Ciceron, si destruir la piedad hácia los dioses, seria trastornar tambien la buena fe, la sociedad del jénero humano, y la mas escelente de las virtudes, la justicia." *Pietate adversus Deos sublata, fides etiam, et societas humani generis..... tollatur.*

Habiéndose, pues; creido hasta nuestros dias, que la religion es la base de la sociedad civil, no tengamos por un crimen en nuestros padres el que hayan pensado como Platon, Aristóteles, Ciceron y Plutarco, y haber elevado el altar y sus ministros al grado mas eminente del órden social.

Pero aunque nadie nos dispute en esta parte la influencia de la iglesia en el cuerpo político, acaso querrá sostenerse que esta influencia ha sido funesta á la felicidad pública y á la libertad.

La naturaleza en lo moral y lo físico solo emplea al parecer un medio de creacion, y es el de mezclar la fuerza con la dulzura para que tengan buen efecto. Su enerjía parece que reside en la ley jeneral de los contrastes. Si juntase la violencia á la violencia, y la debilidad á la debilidad, lejos de formar cosa alguna, se destruiria por exceso ó por defecto. Todas las legislaciones de la antigüedad ofrecen este sistema de oposicion, que es como la base del cuerpo político.

Reconocida esta verdad, preciso es buscar los puntos de oposicion: á mi parecer, los dos principales residen uno en las costumbres del pueblo, y

otro en las instituciones que quieran dársele. Si es de un carácter flojo y tímido, su constitucion debe ser fuerte y robusta; si es altivo, impetuoso é inconstante, su gobierno debe ser suave, moderado é invariable. De aqui es que la teocrácia no fue buena para los eipcios, pues los redujo á la servidumbre sin darles las virtudes que les faltaban; era una nacion pacífica y necesitaba instituciones militares.

El influjo sacerdotal, por el contrario, produjo en Roma efectos admirables: aquella reina del mundo debió su grandeza á Numa, quien supo poner la relijion en el primer lugar entre un pueblo de guerreros; porque quien no teme á los hombres, debe temer á Dios.

Lo mismo que acabamos de decir del romano, se aplica al frances; pues no tiene necesidad de que le esciten, y sí de que le enfrenen. Se pinta como peligrosa la teocrácia; mas ¿en que nacion belicosa se ha visto que un sacerdote haya conducido al hombre á la servidumbre?

Sobre este principio jeneral, es como debemos considerar la influencia del clero en nuestra antigua constitucion, y no por algunas relaciones particulares, locales y accidentales. Todos esos clamores contra las riquezas de la iglesia y contra su ambicion, son nimios y aun despreciables argumentos sobre un asunto inmenso: es considerar apenas la superficie de los objetos, y no penetrarlos profundamente. El cristianismo era en nuestro cuerpo político, como aquellos instrumentos relijiosos de que hacian uso los lacedemonios en las batallas, no

tanto para animar al soldado, como para moderar su ardor.

Si se consulta la historia de nuestros estados jenerales, se verá que el clero desempeñó siempre el bello papel de moderador. Suavizaba y calmaba los espíritus, y prevenia é impedía las resoluciones estremadas. La iglesia sola tenia instruccion y experiencia, cuando los altaneros nobles y los ignorantes plebeyos no conocian respectivamente mas que las facciones y la ciega obediencia; ella sola tenia dignidad, cuando todo faltaba á su rededor. Alternativamente se la vió oponerse á los escesos del pueblo; hacer con libertad respetuosas representaciones á los reyes y despreciar la cólera de los nobles. La superioridad de sus luces, su jenio conciliador, su mision de paz y la naturaleza de sus mismos intereses, debian inspirarle en política jenerosas ideas, que no conocian los otros dos órdenes. Colocada en medio de estos, debian inspirarle mucho temor los grandes, y ninguno los plebeyos, de quienes por sola esta razon venia á ser como la defensora natural; y de ahí es que en dias de turbulencias, se la veia volar con preferencia en union con los últimos. Lo mas venerable que ofrecian nuestros antiguos estados jenerales, era aquel banco de ancianos obispos, que con la mitra puesta, y el báculo en la mano, defendian alternativamente la causa del pueblo contra los grandes, y la del soberano contra los señores facciosos.

Estos mismos prelados fueron muchas veces víctimas de su celo y lealtad. A principios del siglo

trece fue tan grande el odio de los grandes contra el clero, que Santo Domingo se vió precisado á predicar una especie de cruzada, para arrancar los bienes de la iglesia á los nobles que los habian usurpado. Muchos obispos fueron muertos por ellos, ó presos por la córte, sufriendo alternativamente las venganzas monárquicas, aristocráticas y populares.

Si consideramos mas en grande la influencia del cristianismo en la existencia política de los pueblos de la Europa, veremos que precavia las hambres y salvaba á nuestros antepasados de sus propios furoros, proclamando aquellas treguas llamadas *paz de Dios*, durante las cuales se recojian las mieses y se hacia la vendimia. En las conmociones populares se mostraron los papas muchas veces como muy grandes príncipes. Ellos fueron los que despertando á los reyes, y tocando al arma y formando ligas, impidieron que el occidente llegase á caer en poder de los turcos. Solo este servicio hecho por la iglesia al mundo, mereceria altares.

Algunos hombres indignos de llamarse cristianos degollaban á los pueblos del Nuevo-Mundo, y la córte de Roma fulminaba sus bulas para contener estas atrocidades. Teníanse por lícita y lejitima la esclavitud, y la iglesia no reconocia esclavos entre sus hijos. Los escesos mismos de la córte de Roma dieron ocasion á que se jeneralizasen los principios jenerales del derecho de los pueblos; porque cuando los papas ponian entredicho á los reinos, cuando forzaban á los emperadores á que fuesen á dar cuenta de su conducta á le Santa Sede,

se arrogaban sin duda un poder que no les competia: pero ofendiendo la majestad del trono, hacian tal vez mucho bien á la humanidad: los reyes se hacian mas circunspectos conociendo que tenian un freno y el pueblo un escudo. Los rescriptos de los pontífices no dejaban nunca de mezclar la voz de las naciones y el interes jeneral de los hombres, con las quejas particulares. *Se nos ha informado de que Felipe, Fernando, Enrique, oprimian á sus pueblos, &c.* Tal era, poco mas ó menos, el principio de todos esos famosos decretos de la córte de Roma.

Si en medio de la Europa existiese un tribunal que juzgase en nombre de Dios á las naciones y á los monarcas, y que precaviese las guerras y las revoluciones, aquel tribunal seria la obra clásica de la política, y el último grado de la perfeccion social. Los papas, pues, mediante la influencia que ejercian en el mundo cristiano, han estado á punto de realizar tan grande obra.

Montesquieu probó perfectamente que el cristianismo por espíritu y por consejo es opuesto al poder arbitrario, *y que sus principios son mas útiles que el honor en las monarquías, la virtud en las repúblicas, y el temor en los estados despóticos.* Y á la verdad, ¿no existen repúblicas cristianas, al parecer mas adictas á su relijion que las monarquías? ¿No se formó tambien bajo la ley evanjélica aquel gobierno, cuya escelencia parecia tal al mas grave de los historiadores, que le creia impracticable para los hombres (1)? ¡Tan escelente le parecia! »En

(1) Téngase presente que esto se escribia en tiempo de Bo-

todas las naciones, dice Tácito, el pueblo ó los nobles, ó uno solo, es el que gobierna: porque una forma de gobierno que se compusiese de todas tres, no es mas que una brillante quimera, &c. (1).”

No podia Tácito adivinar, que esta especie de milagro se realizase algun dia entre los salvajes, cuya historia nos dejó escrita; porque las pasiones, bajo el politeismo, hubieran derribado muy pronto un gobierno que no se conserva sino por la igualdad de los contrapesos. El fenómeno de su existencia estaba reservado á una religion que manteniendo el equilibrio moral mas perfecto, permite establecer la mas perfecta balanza política.

Montesquieu encuentra el principio del gobierno ingles en las selvas de la Germania: mas sencillo tal vez hubiera sido encontrarle en la division de los tres órdenes, division conocida en todas las grandes monarquías de la Europa moderna. La Inglaterra, como la Francia y la España, empezó por sus estados jenerales: la España pasó á una monarquía absoluta, la Francia á una monarquía templada, y la Inglaterra á una monarquía mista. Pero lo que en esto hay de mas notable es que las *córtes* de la primera gozaban de muchos privilejios que no tenian los *estados jenerales* de la segunda ni los parlamentos de la tercera, y que el pueblo mas libre ha venido á caer en el gobierno mas absoluto. Por

naparte. El autor parece que anunciaba aqui la carta de Luis XVIII. Sus opiniones constitucionales, como se ve, son ya de larga fecha.

(1) Tác., *An.* lib. IV, XXXIII.

otra parte, los ingleses que casi estaban reducidos á la servidumbre, se aproximaron á la independencia, y los franceses, que ni eran muy libres ni estaban muy oprimidos, se mantuvieron en corta diferencia en el mismo punto.

En fin, la division de los tres órdenes fue una idea política grande y fecunda. Iguorada de todo punto por los antiguos, ha producido entre los modernos el sistema representativo, que puede colocarse en el número de esos tres ó cuatro descubrimientos que han mudado la faz del universo. Y debe observarse para gloria de nuestra relijion, que dicho sistema se deriva en parte de las instituciones eclesiásticas; en primer lugar, porque la iglesia ofreció su primera imájen en sus concilios, compuestos del soberano pontífice, de los prelados y de los diputados del clero; y ademas, porque los sacerdotes cristianos, no hallándose separados del estado, han dado oríjen á un nuevo orden de ciudadanos, que por su reunion á los otros dos ha producido la representacion del cuerpo político.

Una observacion viene á confirmar los hechos precedentes, y prueba que el espíritu evanjélico es muy conforme á todo buen principio de orden social. La relijion cristiana establece como dogma la igualdad moral, que es la única que puede predicarse sin trastornar el mundo. ¿Trataba acaso el politeismo de persuadir al patricio romano, que no era de un barro mas noble que el plebeyo? ¿que pontífice se hubiera atrevido á pronunciar tales palabras á un Neron ó un Tiberio? Bien pronto se

hubiese visto en el cadalso aquel temerario levita. Los potentados cristianos reciben no obstante todos los dias semejantes lecciones en aquella cátedra, llamada tan justamente *cátedra de la verdad*.

Los consejos del Evangelio forman la verdadera filosofía, y sus preceptos el verdadero ciudadano. No hay pueblo cristiano, por reducido que sea, donde no sea mas dulce el vivir que en el mas famoso de la antigüedad, esceptuando Aténas, que fue admirable, pero horriblemente injusta. Hay en las naciones modernas una paz interior, un ejercicio continuo de las mas tranquilas virtudes, que no se vieran en las orillas del Iliso y del Tiber. Si la república de Bruto, ó la monarquía de Augusto resucitaran repentinamente del polvo, nos horrorizaríamos de la vida romana. No es necesario mas que figurarnos los juegos de la diosa Flora, y aquella continua carnicería de los gladiadores, para conocer la enorme diferencia que ha puesto el Evangelio entre nosotros y los paganos: el mas ínfimo cristiano, hombre de bien, es mas *moral* que el primer filósofo de la antigüedad.

»Por último, dice Montesquieu, debemos al cristianismo, en el gobierno cierto derecho político, y en la guerra cierto derecho de jentes, que el jénero humano no agradecerá jamás bastantemente.

»Este derecho hace que la victoria deje entre nosotros á los pueblos vencidos estas grandes cosas, la vida, la libertad, las leyes, los bienes y la religion, singularmente cuando uno no se ciega á sí mismo."

Para coronar tantos beneficios, añadamos otro que debiera estar escrito con letras de oro en los anales de la filosofía:

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

CAPITULO XII.

Recapitulacion jeneral.

Llegamos, en fin, al término de nuestra obra, mas no sin bastante temor y desconfianza. Las graves ideas que nos han movido á emprenderla, la peligrosa ambicion que hemos tenido en determinar en cuanto nos ha sido posible la cuestion sobre el cristianismo: todas estas consideraciones, digo, nos llenan de espanto. Dificil es descubrir hasta qué punto aprueba Dios que tomen los hombres en sus débiles manos la causa de su eternidad; que se hagan abogados del Criador en el tribunal de la criatura, y procuren justificar con razones humanas aquellos altísimos consejos que dieron el ser al universo. Con una extrema desconfianza, pues, por la insuficiencia de nuestros talentos, ofrecemos aqui la recapitulacion jeneral de esta obra.

Toda relijion tiene misterios; toda la naturaleza es un secreto.

Los misterios cristianos son los mas bellos de todos, y el archétypo del sistema del hombre y del mundo.

Los sacramentos son una lejislacion moral, y unas pinturas llenas de poesía.

La fe es una fuerza, la caridad un amor, la esperanza el fundamento de una felicidad completa, ó, como habla la relijion, una perfecta virtud.

Las leyes de Dios son el código mas perfecto de la justicia natural.

La caida de nuestro primer padre es una universal tradicion.

En la constitucion del hombre moral se puede hallar una nueva prueba, que contradice la constitucion jeneral de los seres.

La prohibicion de tocar al fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, es un mandamiento sublime.

Todas las pretendidas pruebas sobre la antigüedad del mundo pueden ser impugnadas.

Dogma de la existencia de Dios demostrado por las maravillas del universo; designio visible de la Providencia en los instintos de los animales; portentos de la naturaleza.

La moral prueba la inmortalidad del alma. El hombre desea la felicidad, y por sí mismo solo y sin la gracia no puede obtenerla: hay, pues, una felicidad mas allá de la vida, que es la que deseamos: y es claro que lo que no existe no se desea.

El sistema del ateismo solo está fundado en excepciones. El hombre no sigue las reglas jenerales de la materia; disminuye con lo que el animal aumenta.

Para nadie es bueno el ateismo; ni para el desgraciado á quien consuela la esperanza; ni para el dichoso, cuya felicidad destruye; ni para el solda-

do á quien hace tímido; ni para la mujer, cuya ternura y belleza marchita; ni para la madre que puede perder su hijo; ni para los jefes de los hombres, en fin, porque no tienen garante mas seguro de la fidelidad de los pueblos que la religion.

Los castigos y las recompensas que anuncia ó promete el cristianismo en la otra vida, concuerdan con la razon y la esencia del alma.

En *poesía* son mas bellos los caractéres y mas enérgicas las pasiones bajo la religion cristiana que lo eran bajo el politeismo. Este no presentaba parte alguna dramática, ni combates de las inclinaciones naturales y de las virtudes.

La mitología disminuía la naturaleza, por cuya razon no tenian los antiguos *poesía* descriptiva. El cristianismo da al desierto sus mismas pinturas y sus soledades.

El cristianismo *maravilloso* puede igualarse con el *maravilloso* de la fábula. Los antiguos fundaban su *poesía* sobre Homero; los cristianos sobre la Biblia: las bellezas de la Biblia sobrepujan á las de Homero.

Las bellas artes deben su renacimiento y perfeccion al cristianismo.

En *filosofía* no se opone á ninguna verdad natural. Si algunas veces ha impugnado las ciencias, ha seguido el espíritu de su siglo, y la opinion de los mayores lejisladores de la antigüedad.

En *historia* nos hubiéramos quedado inferiores á los antiguos, sin el carácter nuevo de imágenes, de reflexiones, y de pensamientos que ha producido

la relijion cristiana: lo mismo decimos de la *elocuencia* moderna.

Las reliquias de las bellas artes, la soledad de los monasterios, los portentos de las ruinas, las graciosas devociones del pueblo, la armonía del corazón, de la relijion y de los desiertos, es lo que conduce al exámen del culto.

En el cristianismo están unidas en todas las cosas la pompa y la majestad á las intenciones morales, y á las oraciones patéticas y sublimes. El sepulcro vive y se anima en nuestra relijion. Desde el pobre labrador que reposa en el cementerio campestre, hasta el rey que yace en el soberbio panteon (en San Dionisio), todo duerme en una ceniza poética: Job y David, apoyados en el sepulcro del cristiano, cantan alternativamente la muerte á las puertas de la eternidad.

Acabamos de ver lo que deben los hombres al clero secular y regular, á las instituciones y al jénio del cristianismo.

Si Shoonbeck, Bonnani, Giustiniani y Helyo hubieran guardado mas órden en sus laboriosas investigaciones, podríamos dar aqui el catálogo completo de los servicios hechos por la relijion á la humanidad. Empezaríamos haciendo la lista de todas las calamidades que oprimen al alma ó al cuerpo del hombre, y pondríamos bajo cada dolor el órden cristiano destinado á su alivio. No es exajeracion lo que vamos á decir: imájínese un hombre el jénero de miseria que se le antoje; piénselo como quiera, y nosotros afirmamos con la mayor seguri-

dad, que la religion ha adivinado su pensamiento, y preparado el remedio. Lo que hallamos despues de un cálculo ejecutado con toda la exactitud posible es lo siguiente:

Se cuentan sobre la superficie de la Europa cristiana 4300 ciudades y villas, poco mas ó menos.

De estas 4300 poblaciones, 3294 son de la primera, segunda, tercera y cuarta magnitud.

Dando un hospital á cada uno de estos 3294 pueblos (cálculo á la verdad muy inferior) tendremos 3294 hospitales, casi todos instituidos por el jenio del cristianismo, dotados con los bienes de la iglesia, y servidos por las órdenes religiosas.

Tomando un medio proporcional, y dando solamente 100 camas á cada uno de estos hospitales, ó bien si se quiere 50 camas por cada dos enfermos, veremos que la religion independientemente de la multitud inmensa de pobres que mantiene, socorre y alimenta cada dia, desde mas de mil años á esta parte, cerca de 324400 hombres.

En un plan de los colejos y universidades se hallan los mismos cálculos, con corta diferencia, y se puede afirmar, sin temor alguno de equivocarse, que enseña á lo menos á 300⑦ jóvenes en los diferentes estados de la cristiandad (1).

No incluimos en esta cuenta los hospitales, ni los colejos cristianos en las otras tres partes del mundo, ni la educacion de las niñas por las religiosas.

(1) Véase la nota N, al fin del volumen.

Añadamos ahora á estos resultados el catálogo de los hombres célebres que han salido del seno de la iglesia, y que casi forman las dos terceras partes de los hombres grandes de los siglos modernos: digamos, segun lo hemos demostrado, que la renovación de las ciencias, de las artes y de las letras, se debe á la iglesia; que de la mayor parte de los grandes descubrimientos modernos, como la pólvora, los relojes, los anteojos, la brújula, y el sistema representativo, la somos tambien deudores; que la agricultura, el comercio, las leyes y el gobierno la deben obligaciones inmensas; que sus misiones han llevado las ciencias y las artes á los pueblos incultos, y las leyes en medio de los salvajes; que su caballería ha contribuido poderosamente á salvar la Europa de una invasion de nuevos bárbaros; que el jénero humano le debe:

El culto de un solo Dios:

El dogma mas seguro de la existencia de este Ser supremo:

La doctrina menos vaga y mas cierta de la inmortalidad del alma, igualmente que la de las penas y recompensas en la otra vida:

La mayor humanidad entre los hombres:

Una virtud perfecta, que equivale á todas las demas; esto es, la caridad:

Un derecho político y un derecho de jentes ignorados de los pueblos antiguos, y sobre todo la abolicion de la esclavitud.

Cualquiera que no estuviese convencido de la hermosura y grandeza del cristianismo, ¿no queda-

rá confundido y abrumado con el asombroso peso de tal cúmulo de beneficios?

CAPITULO XIII Y ULTIMO.

¿Cual seria hoy el estado de la sociedad, si el cristianismo no hubiera aparecido sobre la tierra?

CONJETURAS. — CONCLUSION.

Daré fin á esta obra con el exámen de la importante cuestion que presenta el título de este último capítulo; porque investigando lo que seríamos probablemente hoy dia, si el cristianismo no hubiera aparecido sobre la tierra, aprenderemos á apreciar mejor lo mucho que debemos á esta relijion divina.

Augusto llegó al imperio cometiendo crímenes, y reinó bajo la apariencia de las virtudes. Sucedió á un conquistador, y para diferenciarse de él fue pacífico. No pudiendo ser un grande hombre, quiso ser un príncipe dichoso. Dió á sus súbditos mucha paz; aletargó aquel inmenso foco de corrupcion, y á esta calma se llamó prosperidad. Augusto tuvo el talento propio de las circunstancias, aquel que recoge los frutos que el verdadero ingenio ha preparado: síguele, sí, mas no siempre le acompaña.

Tiberio despreció sobrado á los hombres, y les hizo experimentar todo el rigor de este desprecio. El único sentimiento en que se manifestó franco, era precisamente el que hubiera debido disimular; mas

no podia contener el exceso de alegría al ver al pueblo y al senado romano inferior en bajeza á la de su propio corazon.

Cuando se vió al pueblo rey postrarse ante Claudio , y adorar al hijo de Enobardo , pudo juzgarse que se le habia honrado , guardando todavía con él algun miramiento. Roma amó á Neron , y mucho tiempo despues de la muerte de este tirano , sus fantasmas hacian estremecer el imperio de puro gozo y de esperanza. Conviene detenerse aqui á contemplar las costumbres romanas. Ni Tito , ni los Antoninos , ni Marco Aurelio , pudieron mudar su fondo : solo un Dios pudiera hacerlo.

El pueblo romano fue siempre un pueblo horrible , porque no se incurre en los vicios , de que hizo ostentacion bajo sus déspotas , sin cierta perversidad natural , y alguna bajeza de corazon que nació con ella. Aténas corrompida nunca fue execrable : aun entre cadenas , solo pensaba en vivir gozando ; consideraba que sus vencedores no se lo habian quitado todo , pues la habian dejado el templo de las Musas.

Cuando Roma tuvo virtudes , fueron virtudes contra la naturaleza ; el primer Bruto degüella á sus hijos , y el segundo asesina á su padre. Hay ademas virtudes propias de la situacion , que se toman con facilidad por virtudes jenerales , y no son mas que unos resultados locales. Roma libre fue al principio frugal , porque era pobre ; valiente , porque sus instituciones la ponian el acero en las manos , y salia de una cueva de ladrones. Mas por otra parte

era feroz, injusta, avara, lujuriosa: lo único que tuvo bello fue su jenio; pero su carácter fue odioso.

Los decemvros la hollaron: Mario derramó á su antojo la sangre de los nobles, y Sila la del pueblo: por último insulto, abjuró éste públicamente la dictadura. Los conjurados de Catilina se obligaron á matar á sus propios padres, y sin escrúpulo alguno se propusieron derribar aquella majestad romana, que ansiaba comprar Yugurta. Vinieron los triunvros y sus proscripciones. Manda Augusto al padre y al hijo que se maten, y el padre y el hijo se matan uno á otro. El senado se muestra demasiado vil aun con Tiberio. El dios Neron tiene templos. Sin hablar de aquellos delatores individuos de las primeras familias patricias; sin mostrar á los jefes de una misma conjuracion delatándose y degollándose los unos á los otros; sin representar á unos filósofos discurriendo sobre las virtudes en medio de las disoluciones de Neron, á Séneca escusando un parricidio, y á Burrho (1) alabándole y llorándole al mismo tiempo; sin tener que ir á resucitar en los tiempos de Galba, Vitelio, Domiciano y Cómodo, aquellas acciones tan villanas y cobardes, que aunque se han leído mil veces, siempre causan asombro, bastará una sola para pintarnos la infamia de Roma. Plauciano, ministro de Severo, al casar á su hija con el primojénito del

(1) Tácit. *Annal.*, lib. xiv, xv. Papiniano, jurisconsulto y prefecto del pretorio, que no se preciaba de filósofo, respondió á Caracalla, que le mandaba justificar la muerte de su hermano Jeta; »Mas facil es cometer un parricidio que justificarle.« *Hist. Aug.*

emperador, hizo mutilar á cien romanos libres, de los cuales eran algunos casados y padres de familia: »A fin, dice el historiador, de que tuviese su hija en su comitiva eunucos dignos de uná reina del Oriente.»

A esta bajeza de carácter se agregaba una horrible corrupcion de costumbres. El grave Caton asiste á las prostituciones de los juegos de Flora. Estando en cinta su mujer Marcia, la cede á Hortensio; muere éste á poco tiempo, y habiendo dejado á Marcia heredera de todos sus bienes, Caton vuelve á recibirla, en perjuicio del hijo de Hortensio. Ciceron se separa de Terencia, para casarse con su pupila *Publia*. Séneca nos dice que habia mujeres que no contaban sus años por los cónsules, sino por el número de sus maridos.

El propio Neron, tantas veces citado, fue el que instituyó las fiestas juvenales, en las cuales los caballeros, los senadores, y las matronas de la primera nobleza estaban obligados á presentarse en el teatro á ejemplo del emperador, y cantar canciones disolutas, remedando los ademanes de los histriones.

La muerte era una parte esencial de aquellas diversiones antiguas, y en ellas servia de contraste y como de realce á los placeres de la vida. A fin de que reinase el regocijo en los banquetes, se hacian venir gladiadores, con cortesanas y flautistas, y al salir de los brazos de un infame, se iba á ver como bebia una fiera la sangre humana; de la vista de una prostitucion se pasaba al espectáculo de las con-

vulsiones de un hombre moribundo. ¡Que pueblo tan horrible aquel que habia puesto el oprobio en el nacimiento y en la muerte!

Los esclavos que cultivaban la tierra llevaban siempre el grillete puesto: su alimento se reducía á un poco de pan, agua y sal; de noche los encerraban en unos subterráneos, sin mas ventilacion que la de una claraboya abierta en la bóveda de aquellos calabozos. Habia una ley que prohibia matar los leones de Africa, reservándolos para los espectáculos de Roma, y el hombre que hubiese defendido su vida contra alguna de aquellas fieras, hubiera sido severamente castigado. Cuando un desgraciado perecia en la palestra despedazado por una pantera, ó traspasado por las astas de un ciervo, ciertos enfermos iban á bañarse en su sangre, y á beberla con ansiedad. Calígula deseaba que el pueblo romano no tuviese mas que una sola cabeza, para derribarla de un solo golpe. Este mismo emperador, mientras llegaba la celebracion de los juegos del circo, mantenía á los leones con carne humana, y Neron estuvo ya resuelto á hacer que comiese hombres vivos un ejipto conocido por su voracidad. Para celebrar Tito la fiesta de su padre Vespasiano, arrojó tres mil judíos á las fieras para que los devorasen. Aconsejaban á Tiberio que mandara dar muerte á uno de sus antiguos amigos que desfallecia lentamente en la cárcel: »No me he reconciliado con él:» respondió el tirano, con una espresion que demuestra todo el jenio de Roma. Era cosa muy frecuente degollar cinco mil, seis mil, diez mil y vein-

te mil personas de toda clase, sexo y edad, por una leve sospecha del emperador, y los parientes de las víctimas adornaban sus casas con ramajes, besaban las manos del *dios*, y asistían á sus fiestas. En tiempo de Claudio (y lo refiere Tácito como un bello espectáculo), se vieron degollarse y matarse unos á otros diezinueve mil hombres sobre el lago Fucino, para divertir el populacho romano; antes de llegar á las manos, saludaron los combatientes al emperador: *Ave Imperator morituri te salutant.*” ¡Salve, César, los que van á morir te saludan!” Espressione tan tierna como vil.

La estincion absoluta del sentido moral es la que daba á los romanos aquella facilidad para morir, que tanto se ha admirado. En los pueblos corrompidos son siempre comunes los suicidios; porque el hombre reducido al instinto del bruto, muere con la misma indiferencia que éste. Nada diré de los demas vicios de los romanos, como el infanticidio, autorizado por una ley de Rómulo, y confirmado por una ley de las doce tablas, y la sórdida avaricia de aquel pueblo famoso. Scapcio habia prestado algunas sumas al senado de Salamina; mas no habiendo podido este reintegrarle en el término aplazado, Scapcio le tuvo sitiado tanto tiempo por una partida de caballería, que muchos senadores murieron de hambre. El estoico Bruto, que tenia algunos negocios con aquel concusionario, se interesó por él con Ciceron, quien no pudo menos de manifestársele indignado.

Si los romanos, pues, cayeron en servidumbre,

únicamente lo debieron atribuir á sus costumbres. La bajeza produce lo primero la tiranía , y por una justa reaccion, la tiranía prolonga despues la bajeza. No nos quejemos, pues, del estado actual de la sociedad ; el pueblo moderno mas corrompido , es un pueblo de sábios y jentes honradas , comparado con las naciones paganas.

Aunque quisiéramos suponer por un momento que el órden político de los antiguos fue mas bello que el nuestro, su órden moral jamás se aproximó al que el cristianismo ha producido entre nosotros. Y siendo la moral en fin el principio fundamental de toda institucion social, jamás llegaremos á la depravacion de la antigüedad , mientras seamos cristianos.

Cuando Roma y Grecia rompieron los vínculos políticos , ¿ que freno les quedó á los hombres ? El culto de tantas divinidades infames , ¿ podia conservar por ventura unas costumbres que las leyes no sostenian ya ? Lejos de atajar aquella corrupcion, llegó á ser uno de sus agentes mas poderosos. Por un esceso de miseria que hace estremecer , la idea de la existencia de los dioses que alimenta la virtud entre los hombres , fomentaba los vicios entre los paganos , y parecia eternizar el crimen , dándole un principio de duraciou sin fin.

Nos han quedado tradiciones de la perversidad de los hombres , y de las catástrofes terribles que siempre han sido consecuentes á la depravacion de las costumbres.

Esta misma corrupcion del imperio romano , es la que sacó del centro de sus desiertos á los bárba-

ros, los cuales, sin conocer la mision secreta que tenían para destruir, se llamaron como por instinto *el azote de Dios* (1) ¿Que seria el mundo, si la grande arca del cristianismo no hubiera salvado de este nuevo diluvio las reliquias del jénero humano? ¿que suerte esperára á la posteridad? ¿donde se hubieran conservado las luces?

Los sacerdotes del politeismo no formaban un cuerpo de literatos, sino en Persia y en Ejipto; pero los magos y sacerdotes ejipticos, que por otra parte no comunicaban sus ciencias al vulgo, no existian ya formando cuerpo al tiempo de la invasion de los bárbaros. En cuanto á las sectas filosóficas de Atenas y de Alejandría, sabemos que se encerraban casi enteramente en estas dos ciudades, ó cuando mas, consistian en algunos centenares de retóricos, que hubieran sido degollados con el resto de los ciudadanos.

Los antiguos no conocian el espíritu del proselitismo, el celo y el fervor de enseñar, y mucho menos aun el que impulsa al cristiano á retirarse á un desierto para vivir con Dios, y salvar alli las ciencias. ¿Que pontífice de Júpiter hubiera salido al frente de Atila para detenerle? ¿que levita hubiera persuadido á un Alarico que retirase sus tropas de Roma? Los bárbaros que invadian el imperio eran ya medio cristianos: supongamos que iban marchando bajo la bandera sangrienta del dios de la Escandinavia ó de los tártaros, no encontrando en

(1) Véase la nota O, al fin del volúmen.

su camino ni una fuerza de opinion relijiosa que les obligase á respetar cosa alguna, ni un fondo de costumbres que comenzara á renovarse entre los romanos por el cristianismo....; no lo dudemos, todo lo hubieran destruido. Este era el proyecto de Alarico: »Yo siento en mí, decia este rey bárbaro, cierta cosa que me impele á incendiar á Roma.» Aqui se ve un hombre subido sobre unas ruinas, y que parece ajigantado.

De los varios pueblos que invadieron el imperio, parece que los godos tuvieron el jenio menos destructor. Teodorico, vencedor de Odoacro, fue un gran príncipe; pero era cristiano: mas Boecio su primer ministro era un literato cristiano, y esto desvanece todas las conjeturas. ¿Que hubieran hecho los godos *idólatras*? Todo lo hubieran destruido sin duda como los otros bárbaros. Por otra parte, se corrompieron muy pronto, y si se hubiesen inclinado á adorar á Vénus y Baco en lugar de Jesucristo, ¿que horrible mezcla no hubiera resultado de la relijion sangrienta de Odin, y las fábulas disolutas de la Grecia?

El politeismo era tan poco á propósito para conservar cosa alguna, que él mismo se arruinaba por todas partes, y Maximino quiso darle las formas cristianas para sostenerle. Este César estableció en cada provincia un levita que correspondia al obispo, y un gran sacerdote que representaba al metropolitano. Juliano fundó conventos de paganos, é hizo predicar á los ministros de Baal en sus templos. Este simulacro aparente del cristianismo

se hundió inmediatamente, porque ni estaba sostenido por un espíritu de virtud, ni apoyado en las costumbres.

La sola clase de los vencidos que los bárbaros respetaron, fue la de los sacerdotes y religiosos. Los monasterios vinieron á ser otros tantos hogares donde se conservó el fuego sagrado de las artes, con las lenguas griega y latina. Los primeros ciudadanos de Roma y de Aténas, refugiándose al sacerdocio cristiano, evitaron de este modo la muerte ó la esclavitud á que hubieran sido condenados como el resto del pueblo.

Júzguese cual sería el abismo en que hoy nos hallaríamos sumerjidos, si los bárbaros hubieran sorprendido al mundo en tiempo del politeismo, por el estado en que se encuentran las naciones donde se ha estinguido el cristianismo. Todos seríamos esclavos turcos, ó alguna otra cosa peor; porque el mahometismo tiene á lo menos un fondo de moral, copiado de la relijion cristiana, de la cual en último resultado no es mas que una secta, aunque muy lejana. Pero asi como el primer Ismael era enemigo de la antigua Israel, el segundo es el perseguidor del cristianismo.

Es probable que el naufragio de la sociedad y de las ciencias hubiera sido total, á no ser por el cristianismo, y no pueden calcularse los siglos que hubiera tardado el jénero humano en salir de la ignorancia y de la barbarie corrompida en que se le vió sepultado. Era necesario cuando menos un cuerpo inmenso de solitarios esparcidos por las tres

partes del globo, y trabajando de concierto á un mismo fin, para conservar aquellas centellas que han vuelto á encender entre los modernos la antorcha de las ciencias. Repito que ningun órden político, filosófico ó relijioso, hubiera podido hacer este servicio inapreciable, á falta de la relijion cristiana. Hallábanse dispersos por los monasterios los escritos de los antiguos, y de este modo se salvaron en gran parte de las devastaciones de los godos. Por último, no era el politeísmo como el cristianismo, una especie de relijion letrada, si nos es permitido hablar así, porque no reunia como este la metafísica y la moral á los dogmas relijiosos. La necesidad en que se vieron los sacerdotes cristianos de publicar tambien obras, ya para propagar la fe, ya para combatir las herejías, contribuyó poderosamente á la conservacion y restauracion de las luces.

En toda hipótesi imaginable, se advierte siempre que el cristianismo ha evitado la destruccion de la sociedad; porque aun suponiendo que no hubiera aparecido sobre la tierra, y que por otra parte hubiesen permanecido los bárbaros en sus selvas, es de presumir que el mundo romano, disolviéndose á proporcion que se corrompian las costumbres, estaba amenazado de una disolucion espantosa.

¿Se hubieran sublevado los esclavos? Pero eran tan perversos como sus amos, pues participaban de los mismos placeres y vergüenza, tenian la misma relijion, y esta relijion de las pasiones destruia toda esperanza de cambio en los principios morales. La ilustracion, lejos de hacer progresos, retrocedia;

las artes decaian; la filosofía solo servia para difundir una especie de impiedad que, sin conducir á la destruccion de los ídolos, producía los crímenes y las desgracias del ateísmo en los grandes, y dejaba á los pequeños los delitos de la superstición. ¿Había hecho progresos el jénero humano, porque Nerón no creía en los dioses del Capitolio, y profanaba por desprecio sus estátuas?

Tácito pretende que aun había costumbres en el centro de las provincias, mas estas empezaban ya á hacerse cristianas, y yo hablo bajo el supuesto de que el cristianismo no hubiese sido conocido, ni hubieran salido los bárbaros de sus desiertos. En cuanto á los ejércitos romanos, que verosímilmente hubieran desmembrado el imperio, es de notar que los soldados estaban tan corrompidos como los demás ciudadanos, y lo hubieran estado mucho mas, si no se hubiesen alistado entre los godos y los jermanos. Lo mas que puede conjeturarse es, que despues de dilatadas guerras civiles, y de una sublevación jeneral que hubiese durado muchos siglos, la especie humana se viera reducida á unos cuantos hombres errantes sobre las ruinas. Mas ¿cuantos años hubieran sido menester para que este nuevo árbol de los pueblos estendiese sus ramas sobre tantos escombros? ¿Cuanto tiempo no hubieran tardado en renacer las ciencias olvidadas ó perdidas, y en qué estado de infancia se hallaría la sociedad aun en el día?

Del mismo modo que el cristianismo ha libertado la sociedad de una completa destruccion, con-

virtiendo á los bárbaros , y recojiendo las reliquias de la civilizacion y de las artes , asi tambien hubiera salvado al mundo romano de su propia corrupcion , si este mismo mundo no hubiese sido sojuzgado por las armas extranjeras. Una sola religion puede renovar á un pueblo en su oríjen ; y ya empezaba la de Cristo á restablecer las bases morales. Los antiguos admitian el infanticidio y la disolucion del lazo conyugal , que no es efectivamente mas que el primer vínculo social: su probidad y su justicia eran relativas á la patria , sin pasar de los límites de su pais ; los pueblos formando un cuerpo tenian otros principios que el ciudadano en particular ; el pudor y la humanidad no se contaban entre las virtudes ; la clase mas numerosa de los hombres era esclava ; las sociedades fluctuaban continuamente entre la anarquía popular y el despotismo : y el cristianismo aplicaba un remedio eficaz á todos estos vicios , como lo ha probado claramente librando de aquellos males mismos á las sociedades modernas. Aun la grande rijidez de sus primeras austeridades fue necesaria ; era preciso que hubiese mártires de la castidad , cuando habia prostituciones públicas ; penitentes cubiertos con el cilicio y ceniza , cuando la ley autorizaba los mayores crímenes contra la moral ; héroes de caridad , cuando habia monstruos de barbarie ; en fin , para arrancar á todo un pueblo corrompido de los viles combates del circo y de la arena , era preciso que tuviese la religion , digámoslo asi , sus atletas y sus espectáculos en los desiertos de la Tebaida.

Con toda verdad, pues, puede llamarse á Jesucristo en sentido material el *Salvador del mundo*, así como lo es en el sentido espiritual. Su venida al mundo, aun hablando humanamente, es el acontecimiento mas grande que jamás se ha visto entre los hombres, puesto que el mundo entero mudó de faz al publicarse el Evangelio. Es admirable el momento en que vino el Hijo del Hombre: poco antes su moral no era aun del todo necesaria, á causa de que los pueblos se sostenian todavía por sus antiguas leyes; y con poco que hubiera retardado su venida este divino Moisés, hubiera ya naufragado la sociedad entera. Nosotros nos preciamos de filósofos en este siglo; pero ciertamente que la lijereza con que tratamos las instituciones cristianas nada tiene de filosófico. El Evangelio bajo todos aspectos he hecho una mudanza en los hombres; les ha hecho dar un paso inmenso hácia la perfeccion. Debemos considerarle, pues, como un gran pensamiento relijioso, que ha renovado la especie humana, y entonces desaparecerán todas aquellas nimias objeciones, aquellas sofisterías propias de la impiedad. Es indudable que las naciones paganas estaban ciertamente en un estado de infancia moral, comparado con el estado en que hoy nos hallamos; pues algunos bellos rasgos de justicia que se notan en algunos pueblos antiguos no destruyen esta verdad, ni alteran el fondo de las cosas. El cristianismo nos ha traído indudablemente nuevas luces: él es el culto que conviene á un pueblo ya maduro por el tiempo; es, si nos es permitido hablar así,

la religion natural en la edad presente del mundo, asi como el reinado de las figuras convenia á la cuna de Israel. En el cielo no ha colocado mas que un Dios, en la tierra ha abolido la esclavitud. Consideremos por otra parte sus misterios, segun lo hemos hecho, como el arquetipo de las leyes de la naturaleza, y se verá que nada tiene de violento esta idea para un gran talento. Las verdades morales del cristianismo, lejos de exigir una sumision ciega, reclaman, al contrario, el ejercicio de la razon mas ilustrada.

He aqui una observacion muy justa: la religion cristiana que se ha querido hacer pasar por la religion de los bárbaros, es de tal manera un culto propio del filósofo, que casi puede decirse que Platon le habia adivinado; y no solamente la moral, sino tambien la doctrina del discípulo de Sócrates, tiene admirables relaciones con la del Evangelio. Dacier la resume de este modo:

»Platon prueba que el Verbo ha ordenado y hecho visible este universo; que el conocimiento de este Verbo hace que se tenga aqui abajo una vida dichosa, y proporciona la felicidad despues de la muerte.

»Que el alma es inmortal; que los muertos resucitan; que habrá un juicio final de buenos y malos, donde se presentarán con sus vicios ó sus virtudes, que serán la causa de su felicidad ó de su desgracia eterna.

»En fin, añade el sábio traductor, Platon tenia una idea tan grande y tan verdadera de la soberana

justicia, y conocia tan perfectamente la corrupcion de los hombres, que hizo ver, que si un hombre soberanamente justo viniese á la tierra, hallaria tanta oposicion en el mundo, que seria preso, escarnecido y azotado, y por último CRUCIFICADO por aquellos mismos que, aun estando llenos de injusticia, pasasen y se tuviesen por justos.”

Los detractores del cristianismo están en una posicion cuya falsedad no pueden menos de conocer ellos mismos; porque si pretenden que la religion de Cristo es un culto formado por los godos y los vándalos, se les prueba fácilmente que las escuelas de la Grecia tuvieron nociones bastante distintas de los dogmas cristianos. Si defienden, por el contrario, que la doctrina evangélica no es mas que la doctrina *filosófica* de los antiguos, ¿por que la desechan estos *filósofos*? Aquellos mismos que no ven en el cristianismo mas que antiguas alegorías del cielo, de los planetas, de los signos, &c., no destruyen la grandeza de esta religion; porque siempre resultará ser profunda y magnífica en sus misterios, y antigua y sagrada en sus tradiciones, por cuyo medio, siguiendo esta nueva via, aun podríamos subir hasta la cuna del mundo. ¡A la verdad es admirable que todas las interpretaciones de la incredulidad no puedan llegar á minorar ó poner en un estado de medianía la grandeza del cristianismo!

Por lo que mira á la moral evangélica, todos confiesan su belleza; cuanto mas conocida y practicada sea, tanto mas ilustrados serán los hombres sobre su felicidad y sus verdaderos intereses. La

ciencia política es en extremo limitada: el último grado de perfeccion á que hubiera podido llegar, hubiera sido el sistema representativo, dimanado del cristianismo, como lo he demostrado; pero una *religion*, que es á un mismo tiempo un *código moral*, es una institucion que puede suplir á todo, y llegar á ser en las manos de los santos y de los sábios un instrumento universal de felicidad. Acaso vendrá dia en que las diversas formas de gobierno, escepto solo el despotismo, parezcan indiferentes, y se atengan simplemente á las leyes morales y relijiosas, que son el fondo permanente, y el verdadero gobierno de los hombres.

Los que discurren sobre la antigüedad, y quisieran reducirnos á sus instituciones, olvidan siempre que el órden social no es ya, ni puede ser el mismo. A falta de una grande potencia moral, se necesitaba á lo menos una fuerza coercitiva entre los hombres. En las repúblicas de la antigüedad, la multitud, como todo el mundo sabe, era esclava: el hombre que cultivaba la tierra pertenecía á otro hombre; habia *pueblos*, mas no habia *naciones*.

El politeismo, pues, religion imperfecta bajo todos aspectos, podria acaso convenir en aquel estado imperfecto de la sociedad, en que cada señor, cada amo, era una especie de majistrado absoluto, cuyo terrible despotismo contenia al esclavo en su deber, y suplía con prisiones lo que le faltaba de fuerza moral relijiosa; porque el paganismo, no teniendo la escelencia necesaria para hacer al pobre

virtuoso, se veía en la precisión de dejarle tratar como á un malhechor.

Mas en el órden presente de las cosas, ¿podria alguno reprimir á una multitud enorme de paisanos libres, y distantes de la vista del majistrado? ¿habria quien precaviese en los oscuros arrabales de la capital los desórdenes de un populacho independiente, á no ser por una relijion que predica las obligaciones y las virtudes á todas las clases de la sociedad? Destruid el culto evanjélico, y en cada poblacion necesitareis una comision de policia con cárceles y verdugos. Si sucediese que por un suceso inaudito volviesen á levantarse en algun tiempo los altares del paganismo entre los pueblos modernos; si en un órden social, en que la servidumbre está abolida, se fuese á adorar al *ladron Mercurio*, y á la *prostituta Vénus*, seria perdido sin remedio el jénero humano.

Y de aqui ha nacido el grande error de los que alaban el politeismo, por haber separado las fuerzas morales de las fuerzas relijiosas, y vituperan al mismo tiempo al cristianismo por haber seguido un sistema opuesto: no echaban de ver que el paganismo se dirijia á un inmenso rebaño de esclavos, y que temiendo por consecuencia ilustrar á la especie humana, debia mantenerla en un culto que hablaba únicamente á los sentidos, descuidando la elevacion del espíritu. Mas el cristianismo, por el contrario, que queria destruir la servidumbre, debió revelar al hombre la dignidad de su naturaleza, y enseñarle los dogmas de la razon y de la virtud:

puede decirse que el culto evangélico es el culto de un pueblo libre, por sola la razon de unir la moral á la relijion.

Tiempo es ya, en fin, de que nos horroricemos del estado en que hemos vivido durante algunos años. Fijemos la atencion en esa nueva jeneracion que se levanta ahora en nuestras ciudades y en nuestros campos, en todos esos jóvenes que habiendo nacido durante la revolucion, jamás han oido hablar de Dios, ni de la inmortalidad del alma, ni de las penas ó recompensas que les esperan en la otra vida; pensemos en lo que puede venir á parar algun dia semejante juventud, si no nos damos prisa á aplicar el remedio á la llaga. Ya se manifiestan los síntomas mas terribles, por haberse contaminado con muchos crímenes hasta la edad de la inocencia (1). Conténtese la filosofía con habitar en los salones del rico, ya que no puede introducirse en casa del pobre, y deje siquiera las chozas á la relijion; ó mas bien, mejor dirigida ella misma, y mas digna de su nombre, derribe las barreras que habia querido levantar entre el hombre y su Criador.

Apoyemos nuestras últimas conclusiones con autoridades que no sean sospechosas á los filósofos.

»La poca filosofía, dice Bacon, aleja de la relijion, y la mucha filosofía conduce á ella; nadie nie-

(1) Los papeles públicos refieren crímenes cometidos por niños desventurados de once á doce años. Es necesario que el peligro sea muy grave, cuando los mismos rústicos se quejan de los vicios de sus hijos.

ga que hay un Dios , sino es aquel á quien interesa que no le haya.”

Segun Montesquieu , »decir que la relijion no es un motivo que reprime , porque no reprime siempre , es decir que las leyes no son tampoco un motivo que reprime..... No se trata de saber si valdria mas que cierto hombre ó pueblo no tuviese relijion , que el que abuse de la que tiene , sino de averiguar cual es el menor mal , si hacer algunas veces abuso de la relijion , ó que no haya relijion alguna entre los hombres.”

»La historia de Sabbacon , dice el hombre célebre que acabamos de citar , es admirable. El dios de Tébas se le apareció en sueños , y le mandó que hiciese dar muerte á todos los sacerdotes del Ejipto ; juzgó que no era del agrado de los dioses que él reinase , puesto que le ordenaban cosas tan opuestas á su voluntad ordinaria , y se retiró á Etiopia.”

En fin , esclama J. J. Rousseau : »Huid de aquellos que bajo el pretesto de esplicar la naturaleza , siembran en los corazones de los hombres doctrinas desoladoras , y cuyo escepticismo aparente es cien veces mas afirmativo y dogmático que el tono dicisivo de sus contrarios. Bajo el soberbio pretesto de que ellos solos son los ilustrados , verídicos y de buena fe , nos someten imperiosamente á sus terminantes decisiones , y pretenden darnos por verdaderos principios de las cosas , los ininteligibles sistemas que ellos se han forjado en su imaginacion. Además , que derribando , destruyendo y

atropellando y escarneciendo todo lo que respetan los hombres, privan á los aflijidos del último consuelo de su miseria; quitan á los poderosos y á los ricos el único freno de sus pasiones; arrancan del fondo del corazon los remordimientos del crimen, la esperanza de la virtud, y se alaban todavía de ser los bienhechores del jénero humano. Jamás, dicen ellos, jamás es dañosa la verdad á los hombres: asi lo creo yo tambien, y esto es á mi parecer una prueba grande de que no es la verdad lo que enseñan.

»Uno de los sofismas mas familiares al partido filosofista, es el de oponer un pueblo que se supone de buenos filósofos, á un pueblo de malos cristianos; como si un pueblo de verdaderos filósofos, fuese mas fácil de formar, que un pueblo de verdaderos cristianos. Yo no sé si entre los individuos es el uno mas fácil de encontrarse que el otro; pero lo que sé perfectamente es, que si se trata de un pueblo, es preciso suponer que abusaria de la filosofía sin relijion, asi como los nuestros abusan de la relijion sin filosofía; lo cual me parece que muda mucho el estado de la cuestion.

»Por otra parte, fácil es ostentar bellas máximas en los libros; pero lo que importaba saber es si ellas corresponden bien á la doctrina, y si se derivan de ella necesariamente, y esto es lo que hasta ahora no se ha aclarado. Resta todavía saber, si la filosofía á sus anchuras y sobre el trono, sujetaria bien el orgullo, el interes, la ambicion, las pequeñas pasiones del hombre, y si *practicaria aquella*

humanidad tan dulce que nos alaba con la pluma en la mano.

»POR LOS PRINCIPIOS, LA FILOSOFIA NO PUEDE HACER NINGUN BIEN QUE LA RELIJION NO LE HAGA TODAVIA MEJOR; Y LA RELIJION HACE MUCHOS, QUE NO PODRIA HACER LA FILOSOFIA.

»Nuestros gobiernos modernos deben sin disputa al cristianismo su mas sólida autoridad, y que no hayan sido mas frecuentes sus revoluciones; los ha hecho á ellos mismos menos sanguinarios, como se prueba por los hechos, comparándolos con los gobiernos antiguos. La relijion, cuanto mejor se conoce, alejando el fanatismo, dá mas dulzura á las costumbres cristianas. Esta mudanza no es obra de las letras; porque por donde quiera que han florecido, no por eso ha sido mas respetada la humanidad: las crueldades de los atenienses, de los ejipcios, de los emperadores de Roma y de los chinos, lo atestiguan suficientemente. ¡Cuantas obras de misericordia ha hecho el Evangelio!»

Por lo que á mí toca, estoy convencido de que el cristianismo saldrá triunfante de la terrible prueba que acaba de acrisolarle; y tengo esta persuasion, porque sostiene perfectamente el exámen de la razon, y que cuanto mas se le sondea, mas grandeza se descubre en él. Sus misterios esplican el hombre y la naturaleza; sus obras apoyan sus preceptos; su caridad, bajo mil formas, ha reemplazado la crueldad de los antiguos; nada ha perdido de las pompas antiguas, y su culto satisface mas al corazon y al

pensamiento. Todo se lo debemos, letras, ciencias, agricultura, bellas artes: une la moral á la religion, y el hombre á Dios: Jesucristo, salvador del hombre moral, lo es tambien del hombre físico. Vino al mundo como un grande y feliz acontecimiento para contrarestar la inundacion de los bárbaros, y la corrupcion total de las costumbres. Aun cuando se disputasen al cristianismo todas sus pruebas sobrenaturales, la sublimidad de su moral, la inmortalidad de sus beneficios, la belleza de sus pompas, serian suficientes para probar que es el culto mas divino y mas puro que jamás ha habido entre los hombres.

»A los que miran con repugnancia la religion, dice Pascal, es preciso mostrarles ante todas cosas, que no es contraria á la razon; despues que es venerable, y luego que aprendan á respetarla; seguidamente hacerla amable, y hacer desear que fuese verdadera; y últimamente demostrar con pruebas indisputables que es la verdadera, y hacer ver su antigüedad y su santidad por su elevacion y grandeza.»

Tal es el rumbo que habia señalado aquel grande hombre, y que yo me he propuesto seguir. No he hecho uso de los argumentos ordinarios de los demas apolojistas del cristianismo; mas por un diverso encadenamiento de pruebas, he llegado á la misma conclusion, que será el resultado de esta obra:

El cristianismo es perfecto, los hombres imperfectos.

Una consecuencia perfecta no puede deducirse de un principio imperfecto :

Luego el cristianismo no ha procedido de los hombres :

Si no ha procedido de los hombres , solo puede haber venido de Dios :

Si ha venido de Dios , los hombres no han podido conocerle sino por la revelacion.

El cristianismo , pues , es una religion revelada.

Fin del Jenio del Cristianismo.

DEFENSA

DEL

JENIO DEL CRISTIANISMO,

POR EL AUTOR.

ADVERTENCIA.

Debo ante todo advertir que los *criticos* de que se hace mérito en esta *Defensa*, no son los que se han espresado con decoro y buena fe; porque á estos solo debo mucho reconocimiento.

FOR THE AUTHOR.

DEFENSA

DEL

JENIO DEL CRISTIANISMO.

No hay respuesta mas noble que el silencio para un autor injustamente impugnado, y este es tambien el modo mas seguro de granjearse la consideracion y la opinion del público.

Si un libro es bueno, la crítica se destruye por sí misma; y si es malo, ciertamente no le justificará la apolojía.

Penetrado de estas verdades, el autor del *Jenio del Cristianismo* se habia propuesto no contestar ni responder jamás á las críticas, y lo ha cumplido hasta ahora. Ni se ha envanecido con los elogios, ni se ha abatido ó desalentado por los insultos; porque ordinariamente se prodigan los primeros á la mediocridad, y los segundos al verdadero mérito.

Ha visto con indiferencia á otros varios críticos pasar de las injurias á la calumnia, ya porque hayan interpretado como un desprecio el silencio del autor, ya porque no hayan podido perdonarle el haberle ofendido sin fruto alguno.

Los hombres de bien preguntarán quizás, ¿por que el autor rompe al fin el silencio, y se separa de la regla que se habia como impuesto á sí mismo?

Porque ya no puede dudarse que bajo achaque y pretesto de atacar al autor, solo se quiere destruir y neutralizar el ligero bien que haya podido hacer la obra.

Y ademas, porque aquel no trata ya de defender su persona, ni sus talentos verdaderos ó supuestos, y sí la obra misma; y aun ésta, no ya como obra *literaria*, sino como obra *religiosa*.

El público ha recibido con induljencia el *Jenio del Cristianismo*. Este síntoma de una gran mudanza en la opinion, ha alarmado el espíritu del sofisma, el cual, creyendo y recelando que se acercaba ya el término de su imperio, harto duradero, ha recurrido á todas sus armas y baterías, y adoptado toda especie de formas y disfraces, hasta cubrirse con el manto de la religion misma, para censurar una obra consagrada á defenderla.

Ya no le es permitido al autor el callar por mas tiempo; y el mismo espíritu que le inspiró este libro, le fuerza ahora á defenderle. Ya es harto evidente que los críticos á quienes se refiere esta defensa, lejos de haber procedido en sus censuras de buena fe, finjen que no han discernido ó conocido bien el objeto principal de la obra, que han calificado de una verdadera profanacion; y no han querido maliciosamente hacerse cargo, que si el autor ha hablado de la grandeza, de la belleza, y aun de la poesía del cristianismo, es porque hace cincuenta años que solo se habla de la pequeñez, de la ridiculez y de la barbarie de esta misma religion.

Cuando el autor haya desarrollado y puesto en

claro las razones que tuvo para emprender esta obra , y á qué especie de lectores la dedicó en particular, tal vez no se desconocerán sus intenciones, ni el objeto de su trabajo y sus desvelos. La prueba mayor que hoy pudiera dar de su celo por la causa que ya ha defendido, es la contestacion actual á estas críticas , no obstante su repugnancia á entablar semejante jénero de controversias.

Entra , pues , á considerar el *asunto ó la materia* , el *plan* y los *pormenores* del Jenio del Cristianismo.

ASUNTO O MATERIA DE LA OBRA.

Se ha preguntado en primer lugar , si el autor tenia derecho de componer esta obra; mas ¿ se pregunta esto seriamente , ó solo por burla ? Porque si es con seriedad , se deja ver bien que el crítico que la hace está muy poco instruido en la materia.

¿ Ignora acaso nadie que en tiempos calamitosos y difíciles , todo cristiano es un ministro y un confesor de Jesucristo (1)? La mayor parte de las apolojías de la relijion cristiana han sido compuestas por seglares. Ni Arístides , ni San Justino , ni Minucio Felix , ni Arnobio , ni Lactancio , eran seguramente clérigos. Aun es muy probable que San Próspero tampoco lo fue , y defendió la iglesia contra los errores de los semi-pelajianos, y esta cita todos los dias sus obras en apoyo y confirmacion de su

(1) San Jerón., *Dial. cont. Lucif.*

doctrina. Cuando Nestorio comenzó á esparcir sus herejías, el primero que se le opuso fue el abogado Eusebio, que despues llegó á ser obispo de Dorilea. Aun no habia recibido tampoco los sagrados órdenes Orígenes, cuando esplicó la sagrada Escritura en la Palestina, á ruegos de los prelados mismos de aquella provincia. Es cierto que Demétrio, obispo de Alejandría, teniendo celos de Orígenes, se quejó de los discursos de éste como de una novedad; pero Alejandro, obispo de Jerusalem, y Teocrito de Cesaréa, contestaron era ya costumbre antigua y jeneralmente recibida en toda la iglesia, el que los obispos echasen mano para el efecto de todos aquellos que se distinguiesen por su piedad y el don de la palabra, aunque no fuesen clérigos. ¡Iguales ejemplos nos ofrecen todos los demas siglos! Y cuando Pascal emprendió su sublime apolojía del cristianismo, cuando La Bruyere tronó contra los incrédulos, cuando Leibnitz defendió los principales dogmas de la fe, cuando Newton publicó su esplicacion del Apocalipsis, y Montesquieu compuso sus capítulos tan escelentes en favor del culto evanjélico, ¿le ocurrió á nadie preguntar si eran sacerdotes ó clérigos todos ellos? Hasta los poetas mismos han unido su voz á la de estos poderosos apolojistas, y el hijo de Racine ha defendido en versos muy armoniosos la relijion que habia inspirado á su padre la Atalía.

Mas si ha habido una ocasion en que fuese permitido á unos simples seculares el tomar por su cuenta esta causa sagrada, fue ciertamente en una

apolojía de la naturaleza del *Jenio del Cristianismo*; género de defensa obligado, digámoslo así, imperiosamente por el del ataque, y el único tal vez, atendido el espíritu de la época actual, que prometiese un éxito regular. Solo un seglar pudiera haber emprendido una defensa de esta especie; porque un eclesiástico no hubiera podido considerar á la relijion bajo sus relaciones puramente humanas, sin faltar á todas las reglas del decoro, ni menos leer, aunque para refutarlas, tantas sátiras calumniosas, y otras producciones no menos impías que obscenas.

Valga la verdad: nadie conocia mejor lo frívolo de esta objecion, que los críticos mismos que la han hecho; pero tomando este camino oblicuo, creian poder oponerse mejor á los buenos efectos que este libro pudiera producir. Proponíanse dividir la opinion pública, haciendo nacer, y dando lugar á que se formasen diferentes dudas sobre la competencia del autor, y asustar á las jentes sencillas, que la aparente buena fe de semejantes críticas hubiese podido aun sorprender. Pero que no se alarmen las conciencias timoratas, ó mas bien que examinen antes de todo, si esos críticos llenos de escrúpulos, que acusan al autor *de haber tomado en sus manos el incensario*, y que muestran un interes tan tierno y tan officiosa sollicitud por la causa de la relijion, no son, por el contrario, unos hombres conocidos ya por el desprecio ó por la indiferencia con que siempre la miraron. ¡Que burla! *¡Tales sunt hominum mentes!*

La segunda objecion que se ha hecho al *Jenio del Cristianismo* tiene el mismo fin que la primera; pero es mucho mas peligrosa en razon de que propende directamente á confundir todas las ideas, á ofuscar y enredar una cosa sobradamente clara de por sí, y sobre todo á alucinar al lector sobre el verdadero objeto de la obra.

Los propios críticos, siempre celosos por la prosperidad de la relijion, dicen: jamás debiera hablarse de la relijion bajo sus relaciones puramente humanas, ni menos considerar sus bellezas literarias y poéticas. Esto perjudica á la relijion misma, por cuanto se deprime su dignidad; esto es tocar el velo del santuario y profanar el arca del Señor, &c., &c. ¿Por que no se contenta el autor con emplear únicamente los argumentos que le suministra la teología? ¿Por que no se ha servido de esa lójica severa, que solo inspira ideas sanas á los niños, confirma al cristiano en la fe, edifica al sacerdote y satisface al sábio y al doctor?

Esta es, digámoslo asi, la única objecion que hacen los críticos; pues versan sobre ella cuantas censuras se han impreso relativas á la *materia*, al *plan* y á los *pormenores* de la ejecucion de la obra. Jamás han querido hacerse cargo de las intenciones y fin del autor: de modo que éste pudiera contestarles á su vez: parece que el crítico haya jurado no entrar jamás en la cuestion, ni entender bien uno solo de los pasajes que ataca y censura (1).

(1) Montesquieu, *Defensa del Espiritu de las Leyes*.

Toda la fuerza del argumento , en su *última parte* , se reduce á decir:

»El autor ha querido considerar al cristianismo en sus relaciones con la poesía , las bellas artes , la elocuencia y la literatura ; además ha querido mostrar , cuanto deba la humanidad á esta religion misma bajo las consideraciones morales , civiles y políticas. Con semejante proyecto es certísimo , pues , que él no ha querido componer un libro de teología ; que no ha defendido lo que no queria defender , ni se ha dirigido á lectores , á quienes no pensára dirigirse ; por consiguiente , es culpado de *haber hecho* precisamente lo que se proponia hacer.»

Pero en suposicion que el autor haya llenado su *objeto* , ¿deberia él haberse propuesto este *objeto* mismo ?

Esto nos conduce naturalmente á la *primera parte* de la objecion , tantas veces repetida ; á saber : *Que no debiera haberse considerado la religion bajo el punto de vista de sus bellezas humanas , morales y poéticas , y que esto es deprimir su dignidad , &c.*

El autor se propone poner bien en claro este punto principal de la cuestion en los párrafos siguientes :

I. En primer lugar , el autor *no ataca* , y sí solo *defiende* ; no ha *buscado* , por decirlo así , el *fin* de su obra , sino que este se le ha *presentado* y como *ofrecido* : esta reflexion por sí sola cambia en un momento el estado de la cuestion , y echa por tierra la crítica. El autor no viene de intento á en-

comiar una religion querida , admirada y respetada de todos , sino una religion aborrecida , hollada y vilipendiada por los sofistas. Sin duda que el *Jenio del Cristianismo* hubiera sido una obra no necesaria é importuna en el siglo de Luis XIV; y el crítico que ha observado que Masillon no hubiera compuesto una apolojia semejante , ha dicho una gran verdad. Ciertamente que el autor no hubiera pensado jamás en escribir su obra , sino hubiesen existido tantos poemas , novelas y libros de todas especies , en los cuales se espone el cristianismo á la burla y á la mofa de cuantos los lean. Mas existiendo estos poemas , novelas y libros , era ya de absoluta necesidad el arrancar y sustraer la religion á los sarcasmos y sátiras de la impiedad; y atendiendo á que se ha escrito y repetido por todas partes , que el cristianismo es *bárbaro , ridículo y enemigo de las artes y del talento* , era muy esencial probar que no era bárbaro , ni ridículo , ni enemigo de las artes y del talento , y que lo que parece pequeño , bajo , de mal gusto , sin encantos , sin gracia ni ternura en la pluma del escándalo , es tal vez grande , patético , natural y eminentemente dramático y divino en la del hombre relijioso.

II. Si no es lícito defender la religion bajo sus relaciones de belleza humana , digámoslo así , si no se debe trabajar para impedir que el ridículo ataque sus instituciones sublimes , quedará siempre una de sus partes y uno de sus flancos espuesto á los tiros de sus contrarios. Allí , pues , se dirijirian todos ellos; y como nos encontraríamos sin defensa,

alli pereceríamos quedando vencidos. ¿No hemos estado bien cerca de este riesgo? ¿Con sus bufonadas y sarcasmos no ha llegado Voltaire casi á hacer bambolear las bases mismas de la fe? ¿Contestareis á sus cuentos licenciosos y á sus locuras con vuestra teología y vuestros silojismos? ¿Acaso impedirán esos argumentos sérios y en forma dialéctica, que un mundo frívolo corra y se deje seducir por unos versos llenos de gracia y de sal, ó que huya de los altares por miedo de que se le ridiculice? ¿Ignorais acaso que en Francia tienen mas fuerza que volúmenes enteros de racionios y de metafísica, una espresion ingeniosa, una iniquidad brillante ó agradable? Pues bien; persuadid á la juventud que un hombre de bien puede ser cristiano sin acreditarse de tonto; hacedle concebir, que no son solo los capuchinos y los imbéciles los que creen en Dios, y habreis ganado vuestro pleito. Desplegad en hora buena entonces toda vuestra teología, para completar la victoria; pero principiad siempre por haceros creer. Nada es, pues, tan necesario en un principio, como una obra religiosa, que sea, por decirlo así, popular. ¡Apenas vuestro enfermo puede casi andar, y querriais hacerle subir de una sola tirada hácia la cumbre de la montaña! No; mostradle, al contrario, á cada paso objetos que le distraigan y le alegren; permitidle aun que se detenga de cuando en cuando, y coja alguna de las florecillas que encontrará en el camino, y de descanso en descanso él llegará hasta la cumbre.

III. El autor no ha escrito solamente su apolo-

jia para los *estudiantes*, para los *cristianos*, para los *clérigos* ó para los doctores (1); la ha escrito principalmente para los *aficionados á las letras* y para las personas de alguna *instruccion*. Esto es lo que se ha dicho ya mas arriba, y aun implícitamente en los dos párrafos anteriores. No partiendo de este principio, y afectando ademas desconocer para qué especie de lectores se ha compuesto principalmente el *Jenio del Cristianismo*, es cierto que se desconocerá tambien el verdadero objeto de dicha obra. Se ha querido, que con la misma facilidad con que un literato incrédulo hojea un libro sofístico ó un joven atronado una novela licenciosa, puedan tambien correr y leer el *Jenio del Cristianismo*. Segun esto, ¿quereis hacer de la religion una cosa de *moda*? Asi claman ahora esos rigoristas tan celosos al parecer por la religion. ¡Pluguiera al cielo que la religion se hiciese de *moda*, segun el sentido de que esta es la opinion del mundo! Acaso diera esto lugar á algunas hipocresías particulares, es cierto; pero tambien es verdad que la moral pública sacaria infinitas ventajas. El rico no haria entonces gala de corromper al pobre, el amo no pervertiria al criado, ni el padre daria lecciones de ateismo á sus hijos: la práctica y el ejercicio del culto exterior conduciria naturalmente á la creencia y á la fe de los

(1) Y no obstante esto, los que se muestran tan *escrupulosos* no son ya los verdaderos cristianos ó algunos doctores de la Sorbona, sino los llamados *filósofos*, como lo hemos dicho arriba, y conviene tener siempre presente.

dogmas, y con la piedad veríamos revivir y renacer el siglo de las virtudes y de las buenas costumbres.

IV. Bien conocia Voltaire á los hombres cuando atacó al cristianismo, para no hacer todos estos esfuerzos á fin de apoderarse de esa opinion que se llama *la opinion del mundo*, y para no emplear sus talentos en dar á la impiedad todo el aire del mejor tono. Saliose con la suya, ridiculizando la relijion á los ojos de las personas insustanciales. Neutralizar y borrar esta pretendida ridiculez del cristianismo, es precisamente todo el objeto del trabajo del autor del *Jenio del Cristianismo*; objeto que no debe perderse jamás de vista, si se quiere juzgar su obra imparcialmente. ¿Pero ha logrado el autor neutralizar y borrar dicho ridículo? No es esta la cuestion: lo que deberia preguntarse es: ¿ha hecho el autor todos sus esfuerzos para lograrlo? Agradézcasele, pues, lo que emprendió y se propuso hacer, y no lo que realmente haya hecho. *Permitte Divis cætera*. El autor solo defiende de su obra la idea que forma su base. Considerar el cristianismo en sus relaciones con las sociedades humanas; mostrar lo que ha cambiado la razon y las pasiones de los hombres, como ha civilizado las hordas de conquistadores del Norte, como ha modificado el jenio de las artes y de las letras, y dirigido el espíritu y las costumbres de las naciones modernas; en una palabra, descubrir y poner ya en claro todo cuanto esta relijion tiene de maravilloso en sus relaciones poéticas, morales, políticas é históricas, &c., será

siempre á juicio del autor uno de los mas bellos y dignos asuntos que pudieran imaginarse, para componer y trazar una obra literaria. Mas en cuanto á la ejecucion, el autor la abandona á la crítica y á la censura.

V. Pero no afectemos ya una modestia, nada propia de este lugar, y que sospechosa siempre en los autores modernos, no impone ni engaña ya á nadie. Es tan seria y grande la causa, y tan urgente el interes que inspira, que no puede menos de sobreponerse á toda especie de consideracion ó de respeto humano. Ora bien: si el autor cuenta el número, calidad y autoridad de cuantos se han dignado aprobar su obra, no podrá sin duda persuadirse de que se haya del todo frustrado el objeto principal de ella. Tómese un pasaje impío cualquiera, y compúlesele con otro religioso sacado del *Jenio del Cristianismo* sobre el mismo asunto, y nos atrevemos á decir que el segundo neutralizará, cuando no destruya, el pernicioso efecto del primero: ¡tal fuerza tiene la pura y sencilla verdad cotejada con la mas brillante mentira! Por ejemplo, Voltaire se burla á menudo de los religiosos; pues bien, al lado de sus burlescas pinturas, póngase el fragmento sobre las misiones, ó aquel en que se pinta á las órdenes hospitalarias socorriendo al viajero en medio de los desiertos, ó el capítulo en que se describe á los frailes consagrándose al servicio de los hospitales, asistiendo á los apestados en los baños, ó acompañando al cadalso á un criminal, y en este caso la ironía queda sin fuerza alguna, ó

las burlas se conviertan tal vez en lágrimas. A las reconvenciones de ignorancia que se han hecho al culto cristiano, dad por respuesta los inmensos trabajos que hubieron de emprender los monjes para conservarnos los manuscritos de la antigüedad: si se les acusa de barbarie y de mal gusto, presentad por toda respuesta las obras de Fenelon y de Bossuet; y si se nos objetan algunas pinturas grotescas y ridículas de los ángeles y de los santos, contestad y oponed los efectos súbimes del cristianismo en la parte drámatica de la poesía, de la elocuencia y de las bellas artes, y vereis cual se desvanece al punto la funesta impresion que pudieran haber producido las sátiras y los sarcasmos. Cuando el autor, pues, no hubiese hecho otra cosa mas que paladear y reconciliar consigo mismo el amor propio de las jentes de tono, sin mortificarle en manera alguna, y desplegar á los ojos de un siglo incrédulo, sin disgustarle, una série de pinturas y cuadros relijiosos, aun creeria no haber trabajado en vano por la causa de la relijion.

VI. Hostigados los críticos por estas verdades, que como hombres de talento no pueden desconocer, y que tal vez fueron el motivo secreto de sus primeras inquietudes y sustos, apelan ahora á un nuevo subterfujio. »¿Y quien os niega, dicen, que el cristianismo, cual las demas rejiones, no tenga sus bellezas poéticas y morales, ni que sus ceremonias sean pomposas, &c.?» ¿Quien lo niega? Vosotros mismos, que hace poco tomabais las cosas santas por objeto de vuestras burlas; vosotros mismos, que no

pudiendo negar la fuerza y la evidencia de nuestras pruebas , alegais ahora , porque no teneis mas recurso , que nadie ataca lo que defiende el autor. Vosotros confesais al presente que en las instituciones monásticas se encuentran cosas escelentes : quedais absortos y os enterneceis al contemplar los solitarios de San Bernardo , los misioneros del Paraguay y las hermanas de la caridad ; confesais tambien que las ideas relijiosas son necesarias á los efectos dramáticos ; que la moral del Evangelio , oponiendo una barrera á las pasiones de los hombres , ha purificado su ardor y aumentado su enerjía ; reconocéis no menos que el cristianismo ha salvado y preservado las letras y las artes de la irrupcion de los bárbaros , y que nos ha trasmitido el idioma y los escritos de la Grecia y de Roma ; que ha fundado vuestros colejos , edificado ó hermoseado vuestras ciudades , moderado el despotismo de vuestros gobiernos , dictado vuestras leyes civiles ; dulcificado y templado las criminales , y en una palabra , que ha desbrozado y civilizado la Europa moderna ; pero ¿ hubierais hecho semejante confesion si no se hubiera publicado una obra , que aunque imperfecta , ha reunido bajo un solo punto de vista todas estas interesantes verdades ?

VII. Ya hemos hecho notar el tierno interes que afectan estos críticos por la pureza de la relijion ; de esperar era , pues , que se formalizasen no menos con motivo de los dos episodios que el autor ha introducido en su obra. Esta pretendida delicadeza de los críticos , hace como parte de la objecion princi-

pal que dirijieran contra el todo de la obra, y se destruye por la misma respuesta jeneral que ya hemos dado. Pero repitásmolo otra vez, era un deber en el autor el combatir con poemas y novelas piadosas los poemas y novelas de los impíos; el autor para su defensa ha debido empuñar las mismas armas con que los enemigos le atacaban: esta era una consecuencia natural y necesaria de la especie de apología que se propuso. El autor ademas ha querido apoyar con los ejemplos sus preceptos y doctrina; ya habia dicho en la parte teórica de su obra, que la relijion adorna y hermosea nuestra existencia, que corrije sin sofocarlas nuestras pasiones, y que esparce un hechizo y un interes particular en todas cuantas materias se la emplea; habia dicho y asegurado tambien, que su doctrina y su culto se mezclan y entrelazan maravillosamente con los arrebatos del corazon y las bellas escenas de la naturaleza; y que la relijion es en fin el solo recurso y consuelo en las grandes calamidades de la vida; pero no bastaba decirlo, era necesario probarlo, y esto es lo que el autor se propuso hacer con los dos episodios de su obra, que eran, ademas, una especie de cebo que se preparára para aquellos lectores, á quienes especialmente se dirijia esta obra. ¿Conocia tan mal el corazon humano el autor, cuando tendia á los incrédulos este inocente lazo? Lectores hay que ni siquiera hubiesen saludado el *Jenio del Cristianismo*, sino hubiesen ido á buscar en él la *Atala* ó el *René*.

Sai che là corre il mondo , ove piú versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnasso,
E che 'l vero , condito in molli versi,
I piú schivi allettando , ha persuaso.

VIII. Todo lo que un crítico imparcial que de-
sease penetrar el espíritu de la obra tendria dere-
cho á exigir del autor , seria que los episodios ten-
diesen ostensiblemente á demostrar la utilidad de
la relijion y á hacerla amar. Ora bien : la necesidad
de refugiarse en un claustro en ciertas circunstan-
cias , las mas calamitosas de la vida , y el poder
de una relijion para cerrar unas llagas que todos
los bálsamos de la tierra no pudieron curar , ¿ no
están suficiente é invenciblemente demostradas en
la historia de René? El autor ademas ha querido
combatir é impugnar alli la estravagancia que es
peculiar á la juventud de este siglo , y que conduce
directamente al suicidio. Juan Jacobo Rouseau fue
el primero que introdujo entre nosotros estas va-
ciedades é ilusiones tan desastrosas como culpables.
Retrayéndose de la sociedad , y entregándose á sus
sueños , enseñó é hizo creer á muchos de nuestros
jóvenes , que no hay cosa mas bella que arrojar
asi á lo *vago é indefnido* de la vida , venenoso jér-
men que acabó de desarrollar despues la novela de
Werter. Precisado el autor del *Jenio del Cristianis-
mo* á hacer entrar en el gran cuadro de su apolojía
algunas pinturas é ideas para la imajinacion , ha
querido denunciar y combatir esta especie de vicio

nuevo, y pintar las funestas consecuencias de este amor exajerado de la soledad. En otro tiempo nuestros conventos ofrecian cómodos asilos á esas almas contemplativas, que la naturaleza llama imperiosamente á la meditacion: alli, y en presencia de su Dios, encontraban facilmente con que llenar el vacío que sentian dentro de sí mismas, y la ocasion de adquirir y practicar las mas raras y sublimes virtudes. Mas desde que se destruyeron los conventos, y despues que la incredulidad ha hecho tan horribles progresos, ya no es estraño verse multiplicar en el seno de la sociedad misma (como se ha visto en Inglaterra) una especie de solitarios, filósofos á la par y entusiastas, que no pudiendo ni renunciar á los vicios del siglo, ni tampoco estimarle ni apreciarle, mirarán como un esfuerzo estraordinario y sublime del talento, su odio á los hombres, abandonarán el cumplimiento de sus deberes, ya sean divinos, ya humanos, se alimentarán á sus solas con las mas ridículas quimeras, y se precipitarán mas y mas, y se abismarán al fin en una misantropía orgullosa, que les conducirá al delirio ó al suicidio.

Para inspirar un justo tedio y horror á estas criminales ilusiones, creyó el autor que debia buscar el castigo de René en el círculo de esas terribles desgracias, que mas pertenecen á la especie humana que al individuo, y que los antiguos atribuian al hado ó la fatalidad. El autor hubiera elegido el ejemplo de Fedra, si no hubiese sido tratado ya de antemano por Racine: solo restaban el de

Eropo y Tiestes, entre los griegos (1), ó el de Amnon y Tamar, entre los hebreos (2); aunque este mismo asunto se haya trasladado á nuestro teatro (3), no es aun tan conocido como el primero. Tal vez se aplicaria mejor al carácter que el autor quiso pintar; porque en efecto, las desatinadas ideas de René principian el mal, y sus extravagancias lo terminan; con las primeras descarria la imaginacion de una débil mujer, y queriendo atentar á su vida, fuerza con las segundas á esta desgraciada á reunirse á él; asi la catástrofe nace del asunto mismo, y del delito el castigo.

Solo faltaba santificar por medio del cristianismo esta catástrofe sacada á la vez de la antigüedad sagrada y profana, y aun no ha tenido el autor necesidad de inventar este incidente, porque ya le ha encontrado *cristianizado* en una antigua cancion de peregrinos, que cantan en muchas provincias nuestros paisanos del campo (4). Ora bien: no se juzgue de la moralidad de una obra por las máximas ó los principios que se establecen en ella, sino por la impresion que deja su lectura en el fondo del alma. Y bien se ve que aquella especie de terror y de misterio que domina en el episodio de René, aunque

(1) Sen. *in Atr. Th.* Véase tambien á Canacé y Macareo, y Canne y Biblis, en las *Metamorfosis* y *Heroidas* de Ovidio. Yo he desechado el asunto de Myrra como sobrado abominable, y del cual nos ofrece la Escritura un ejemplo igual á Loth y sus hijas.

(2) Libro de los Reyes, 13, 14.

(3) En el *Abufar* de Mr. Ducis.

(4) Caballero de los Landes,

Desgraciado caballero, etc. etc.

entristezca y como que oprima el corazón , no escita en él arrebató alguno criminal. Tampoco debe perderse de vista , que Amelia muere feliz y perfectamente curada , al paso que René acaba sus días miserablemente. De este modo el verdadero culpable queda castigado , y su frágil hermana y víctima, apelando y arrojándose en los brazos de *aquel que revuelve y consuela al enfermo en su lecho* , siente nacer en su corazón y del fondo mismo de sus tristezas y angustias, un gozo inefable. Por lo demás, el discurso y reconvenciones del P. Souël no dejan la menor duda sobre el objeto y las moralidades religiosas de la historia de René.

IX. En cuanto á la *Atala*, se han hecho ya tantos comentarios , que sería muy supérfluo el detenerse mas en este asunto. Contentémonos con observar , que los críticos mismos que han juzgado con mas severidad esta historia, se han visto precisados á confesar , *que hacia amar la religion cristiana* , y esto basta al autor. En vano se le insistirá aun sobre algunos de sus pasajes y descripciones; no por eso será menos cierto que el público ha visto sin disgusto al viejo misionero , á pesar de ser un sacerdote , y que ha apreciado en este episodio indiano la descripción de las ceremonias de nuestro culto. La *Atala* anunció , y tal vez ha hecho leer el *Jenio del Cristianismo* ; esta jóven salvaje ha despertado en cierta especie de jentes las ideas cristianas , y traídoles de nuevo la religion del P. Aubry desde los desiertos adonde fue desterrada.

X. Por lo demás , de ningun modo es nuevo el

pensamiento de invocar y llamar la imaginacion al socorro y auxilio de los pensamientos relijiosos. ¿No hemos visto en nuestros dias la novela del *Conde de Valmont*, ó los *estravíos de la razon*? El P. Marin mínimo, ¿no trató de introducir en los corazones de los incrédulos las verdades cristianas disfrazadas con el ingenioso velo de las ficciones (1)? Mucho tiempo antes, el obispo de Beller, Pedro Camus, prelado bien conocido por la austeridad de sus costumbres, escribió muchas novelas piadosas (2), para contrarestar la influencia y el veneno de las de Urfé. Pero aun hay mas: el mismo San Francisco de Sales fue quien le aconsejó é instó á emprender este jénero de apolojia, compadeciendo las personas del siglo, y para atraerlas mejor á la relijion, presentándosela con unos adornos y ficciones, que ellas conocian y apreciaban. Asi tambien San Pablo se hacia débil con los débiles para ganarlos mejor (3).

¿Por ventura, los que condenan ahora al autor, hubieran querido que este fuese mas escrupuloso que el sábio que compuso el *Conde de Valmont*, que el P. Marin, que Pedro Camus, que San Francisco de Sales, que Heliodoro, obispo de Trica (4)?

(1) Tenemos de él diez novelas piadosas, muy conocidas y acreditadas, entre ellas *Adelaida de Wizbury*, ó la *Pupila piadosa*; *Virginia*, ó la *Virjen cristiana*; el *Baron de Van-Vesden*, ó la *República de los incrédulos*; *Farsalla*, ó la *Cómica convertida*, etc., etc.

(2) La *Dorotea*, la *Alcina*, la *Dafnis*, la *Jacinta*, etc., etc.

(3) Cor. 9, 22.

(4) Autor de *Teágenes* y *Cariclea*. Cuanto dice el historiador Wicéforo, con motivo de esta novela, no es mas que una

¿Quisieran que lo fuese mas que Amyot, gran limosnero de Francia (1), y que aquel otro prelado famoso que para inculcar mejor al príncipe su discípulo, y un príncipe *cristianismo*, las severas lecciones de la virtud, no temió ponerle de manifiesto con no menos verdad que enerjía el desórden y batalla de las pasiones? Es verdad que los Faidyts y los Gueudevilles hicieron cargos á Fenelon por su pintura de los amores de la ninfa Eucaris; pero ya nadie se acuerda de sus críticas (2), al paso que el Telémaco ha llegado á ser una obra clásica en manos de nuestra juventud; nadie se acuerda ya de hacerle un cargo al arzobispo de Cambrai por haber querido curar las pasiones por la representacion demasiado viva del desórden de las pasiones mismas; como tampoco se reconviene ni acusa á San Agustin ni á San Jerónimo por haber pintado tan al natural sus propias flaquezas ni los encantos del amor.

XI. Mas estos críticos, que todo lo saben, segun parece indicarlo el modo majistral con que censuran al autor, ¿han creido realmente que este método de defender la relijion, haciéndola dulce é interesante al corazon, y aun adornándola de los hechizos y gracias de la poesía, era realmente extraordinario y nunca practicado ni oido? » ¿Quien osará decir, esclama San Agustin, que la verdad no debe armarse contra la mentira, y que ha de ser lícito á

fábula ridicula; Sócrates, Focio, y los demas historiadores no hablan una palabra de la pretendida deposicion del obispo de Trica.

(1) Traductor de *Teágenes y Cariclea*, y de *Dafnis y Cloe*.

(2) Véase la nota P, al fin del volúmen.

los enemigos de la fe el aterrar á los fieles con frases patéticas, ó divertirlos con frases ingeniosas y agradables, mientras que á los católicos solo se les permita escribir en un estilo frio y sin sustancia que haga dormir al lector?" El que traduce este pasaje de San Agustin, es un discípulo severo de Port-Royal; es el mismo Pascal, el cual añade en el propio lugar (1), »que en las verdades de nuestra relijion se encuentran dos cosas; á saber, una belleza enteramente divina que las hace amables, y una santa majestad que las hace venerables." Aun para mostrar que en materia de relijion no siempre se ha de hacer uso de las pruebas mas rigurosas, dice en otra parte de sus obras (2), »que el corazon tiene sus razones, que la razon no comprende ni conoce." El gran Arnolfo, jefe de esta famosa y severa escuela del cristianismo, impugna á su vez al académico Du-Bois (3), que enseñaba tambien que no debia hacerse uso de la elocuencia humana para probar las verdades de la relijion. Hablando Ramsai, en su vida de Fenelon, del tratado de la *Existencia de Dios* que compuso este ilustre prelado, observa que el arzobispo de Cambrai sabia bien que la enfermedad de la mayor parte de los incrédulos, procede mas bien del corazon que del entendimiento, y que era por consiguiente necesario el *esparcir por todas partes ciertos sentimientos, que*

(1) *Cartas provinciales*, cart. xi.

(2) *Pensamientos de Pascal*, cap. xxviii.

(3) En un pequeño tratado intitulado: *Reflexiones sobre la elocuencia de los predicadores*.

interesasen, arrebatasen y cautivasen el corazón (1). Raimundo de Sebonde ha dejado una obra escrita poco mas ó menos segun el mismo plan y las mismas ideas del *Jenio del Cristianismo*; Montaigne ha tomado á su cargo la defensa de este autor, contra aquellos que aseguran que *los cristianos se perjudican pretendiendo defender su fe con razones humanas* (2). »Sin duda la fe es la única, añade Montaigne, que encierra y abraza tan cierta como vivamente los altos misterios de nuestra relijion. Mas de aqui no ha de inferirse, que no sea una empresa tan meritoria como digna el hacer servir al triunfo de la fe los instrumentos y las facultades naturales que Dios ha dado..... No, no hay ocupacion ni designio mas digno de un verdadero cristiano que el dedicar todos sus estudios y pensamientos á hermo-sear, estender y amplificar la verdad de lo que cree (3).»

Nunca acabaria el autor si quisiese citar todos los escritores que han pensado como él que era necesario presentar *amable* la relijion, y todos los libros en que se han empleado la imajinacion, las bellas artes y la poesia, como otros tantos medios para llegar á este fin. De esta sola idea se ha ocupado durante algunos siglos un órden religioso todo entero, cuyos individuos se han dado á conocer bien por su piedad, su amenidad y ciencia del mundo. Y sin duda, aquella sabiduría *que abre la boca*

(1) *Historia de la vida de Fenelon*, páj. 193.

(2) *Ensayos de Montaigne*, tom. IV, lib. II, cap. 12, paj. 172.

(3) *Idem*, páj. 173.

de los mudos, y hace elocuente hasta la lengua del tierno niño (1), puede disponer á su gusto de cualquiera jénero de elocuencia. Aun conservamos una carta de San Jerónimo, en que este santo padre se justifica de haber empleado la erudicion pagana en la defensa de la doctrina de los cristianos (2). ¿Hubiera San Ambrosio dado un San Agustin á la iglesia, sino hubiese hecho uso de los encantos de la elocuencia? »Agustin, dice Rolin, prendado aun de la elocuencia profana, no ya buscaba en los sermones y discursos de San Ambrosio la solidez de las doctrinas, sí solo los hechizos y gracia del estilo; mas no dependia de él el hacer esta separacion. Y á su vez San Agustin, ¿á que altura no se elevó en su obra de la *Ciudad de Dios*, con el socorro de su brillante imaginacion? Este santo padre no repara en decir, que debe arrebatarse á los paganos su elocuencia y dejarles sus fábulas, á fin de aplicar aquella á la predicacion del Evangelio; bien asi como Israel se llevó el oro de los ejipcios, sin tocar á sus ídolos; para adornar y hermohear el arca santa del Señor (3). En suma, fue una verdad tan unánimemente reconocida por los padres de la iglesia el que era una ventaja llamar la imaginacion al socorro de las ideas religiosas, que muchos de aquellos santos varones fueron de opinion, que Dios se habia servido de la filosofía de Platon para atraer el

(1) *Sapientia aperuit os mutorum, et linguas infantium fecit disertas.*

(2) Véase la nota Q, al fin del volumen.

(3) *De Doct. Chr.*, lib. II, núm. 7.

espíritu humano con mas facilidad al conocimiento y á la fe de los dogmas del cristianismo.

XII. Hay ademas un hecho histórico que prueba invenciblemente el crasísimo error en que han caido los críticos, cuando han acusado al autor del delito de innovador en el modo con que ha defendido el cristianismo. Cuando el emperador Juliano, rodeado de sofistas, atacó la relijion con las armas de la sátira y de la burla, del mismo modo que se ha hecho en nuestro tiempo; cuando prohibió á los *galileos* el enseñar y aun el aprender las bellas letras (1); cuando despojó los altares de Jesucristo con el objeto de hacer vacilar en la fe á los sacerdotes, y reducirlos á la humillacion de la mas vil indijencia, muchos sábios cristianos levantaron la voz para impugnar y desvanecer los sarcasmos de la impiedad y demostrar la belleza de la relijion cristiana. Apolinar el padre, segun refiere el historiador Sócrates, puso en verso heroico todo el Pentateuco, y compuso algunas tragedias y comedias sobre asuntos tomados de los demas libros de la Escritura. Apolinar el hijo escribió algunos diálogos por el estilo de los de Platon, incluyendo y esplicando en ellos la moral del Evangelio y los preceptos de los apóstoles (2). En fin, el famoso padre de la iglesia, San Gregorio Nacianceno, llamado por escelencia el *Teólogo*, impugnó no menos los sofistas con las armas de la poesía. Hizo una tragedia de

(1) Aun se conserva el edicto de Juliano, Jul., páj. 42. Véase San Greg. Naz., *Ora.* 3, cap. IV, y *Amm.*, lib. XXII.

(2) Véase la nota R, al fin del volúmen.

la muerte de Jesucristo, que aun se conserva, y puso en verso la moral, los dogmas, y hasta los misterios de la relijion cristiana (1). El historiador de su vida afirma positivamente, que este ilustre santo no se entrega á su talento poético, sino para defender el cristianismo contra las burlas de la impiedad (2), y esta es tambien la opinion del sábio Fleury. San Gregorio, dice éste, quiso dar á los aficionados á la poesía y á la música asuntos útiles en que pudieran entretenerse, y quitar á los jentiles la ventaja de creer que solo ellos sobresalian en el estudio de las bellas letras (3).

Esta especie de apolojía poética de nuestra relijion se ha continuado sin interrupcion desde Juliano Apóstata hasta nuestros dias. Y aun hizo nuevos progresos cuando se restauraron y renacieron las artes y las letras. Sanazaro compuso un poema de *Partu Virginis* (4), y Vida el de la vida y muerte de Jesucristo (*Cristiada*) (5). Bucanan dió á luz dos trajedias de Jésté y de S. Juan Bautista. La *Jerusalen libertada*, el *Paraiso perdido*, el *Polyeucto*, la *Ester* y la *Atalia*, han llegado despues á ser unas verdaderas apolojías de la belleza de la relijion cris-

(1) El abate de Billy ha recojido ciento cuarenta y siete poemas de este padre, quien, segun suponen San Jerónimo y Suidas, compuso mas de treinta mil versos piadosos.

(2) Vida de San Greg. de Naz., páj. 12.

(3) Véase la nota S, al fin del volúmen.

(4) Véase la nota T, al fin del volúmen.

(5) Ha pasado en proverbio el siguiente verso sobre el último aliento de vida de nuestro Señor Jesucristo.

Supremamque auram, ponens caput, espiravit.

tiana. En fin, Bossuet, en el segundo capítulo de su prefacio, intitulado *de grandiloquentia et suavitate psalmodum*, Fleury en su tratado de las poesías sagradas, Rollin en su capítulo de la elocuencia de la Sagrada Escritura, y Lowth en su excelente libro *de sacra poesi hæbræorum*; todos estos autores, repito, se han complacido y esmerado en hacer conocer y admirar la gracia y la magnificencia de la relijion. Mas ¿que necesidad hay de apoyar con tantos y tantos ejemplos una verdad, que el simple buen sentido solo basta á enseñar y demostrar? Se ha querido presentar como ridícula la relijion; luego nada tiene de extraño que nos esforcemos en probar cuan bella sea. ¿Y que? Dios mismo nos anunció y reveló su iglesia por medio de unos hombres inspirados, y aun se sirvió para pintarnos las gracias de la esposa, de los mas bellos cánticos que resonaron en la arpa del Profeta-Rey; ¿y nosotros no podríamos ponderar y cantar los hechizos de aquella que baja del Líbano (1), que tiende su vista desde las montañas de Sanir y de Hermon (2), que se deja ver cual la aurora (3), que es hermosa como la luna, y de un talle tan elegante como la palmera (4). La nueva Jerusalem que S. Juan vió subir desde el desierto, era de una resplandeciente claridad.

(1) *Veni de Libano sponsa mea.* (Cant. cap. iv, páj. 8).

(2) *De vertice Sanir et Hermon.* (Cant. cap. iv, páj. 8).

(3) *Quasi aurora consurgens, pulchra ut luna.* (Cant. cap. vi, páj. 9).

(4) *Statura tua assimilata est palmæ.* (Cant. cap. vi, páj. 7).

Cantad , pueblos , cantad : mas hechicera
 Jerusalem renace y mas hermosa (1)!

Sí , sí , *cantemos* sin temor esta religion sublime ; defendámosla contra las burlas y mofas de los impíos ; demos á conocer y hagamos valer todas sus gracias y bellezas , como se hizo en tiempo de Juliano , y puesto que un nuevo siglo parecido en la sofistería á aquel , ha reproducido contra nuestros altares unos insultos tan semejantes á los de aquella época , empleemos contra los falsos filósofos de los tiempos modernos el mismo jénero de apolojía que ya emplearon con tan buen resultado los Gregorios y los Apolinarios contra los Máximos y los Libanios.

PLAN DE LA OBRA.

El autor no puede hablar del plan de su obra *segun su propio sentir y sus propias luces* , como lo ha hecho hasta aqui del fondo y materia de ella ; porque el plan pertenece ya al arte , y este tiene sus reglas y leyes , sobre cuya oportuna aplicacion toca solo á los maestros el decidir. Asi que , en vista de los críticos que han desaprobado el plan de su obra , el autor no puede menos á su vez de citar aquellos cuyos sufragios le han sido favorables.

Ora bien : si el autor se ha deslumbrado sobre

(1) En la Atalia.

el plan de su obra, y no le ha creído tan defectuoso como se la ha querido suponer, ¿no debería escusarse en él este juicio, puesto que algunos sábios, cuya crítica superior nadie se atrevería á contestar, piensan y están de acuerdo con él? Estos escritores han aprobado públicamente su obra; el mismo La Harpe la habia juzgado tambien con indulgencia. Es tan preciosa semejante autoridad, que el autor no puede omitir el alegarla en su favor, aunque se crea en él un acto de orgullo. Este célebre crítico concibió nuevamente sobre el *Jenio del Cristianismo*, el mismo proyecto que tuvo en otro tiempo en favor de la *Atala* (1); se habia propuesto componer la *Defensa* que el autor se ve precisado á hacer hoy por sí mismo, en este caso el autor, auxiliado por un sábio de tan conocidas luces, hubiera podido contar con un triunfo seguro; mas la Providencia le ha dispuesto de otro modo, y le ha privado de un auxiliar tan poderoso, como de un sufragio tan honorífico.

Mas pasando desde los críticos que parecen aprobar á los que realmente han desaprobado su obra, el autor ha leído y releído mil veces sus censuras, y nada ha encontrado en ellas que pudiera ilustrarle; nada ha visto en ellas preciso y bien determinado, y sí solo espresiones vagas ó llenas de ironía. ¿Por

(1) Apenas conocia yo en aquel tiempo á Mr. de La Harpe; pero sabedor de su designio, le supliqué por medio de algunos de sus amigos, que no contestase á la crítica de Mr. Morellet (eclesiástico). Sin embargo de lo glorioso que hubiera sido para mí una defensa de la *Atala*, hecha por Mr. de La Harpe, yo creí justamente no valer bastante para escitar una disputa entre dos escritores tan célebres.

que, pues, estos críticos, en vez de juzgar tan orgullosamente] al autor, no han tenido compasion de su flaqueza, mostrándole los defectos de su plan y los medios de corregirle? »Lo que se deduce de tanto número de amargas críticas, dice Mr. de Montesquieu en su defensa, es que el autor no ha compuesto su obra segun el plan y miras de los que le impugnan; y que si estos críticos hubieran compuesto una obra sobre el mismo asunto, hubieran hacinado en ella una gran copia de las cosas que ellos saben (1).»

Y por cuanto estos críticos se han desdeñado (sin duda porque la cosa no vale la pena) de ilustrar al autor, y de mostrarle el inconveniente afecto á su plan, ó mas bien al asunto del *Jenio del Cristianismo*, él mismo va á probar á descubrirle.

Cuando se quiere considerar la religion cristiana ó el Jenio del Cristianismo bajo todos aspectos, se echa luego de ver que este asunto ofrece dos partes bien distintas entre sí.

1.^a El cristianismo propiamente tal; á saber, sus dogmas, su doctrina y su culto; bajo este último punto de vista se comprenden igualmente sus beneficios y sus instituciones morales y políticas.

2.^a La poética del cristianismo, ó la influencia de esta religion en la poesía, las bellas artes, la elocuencia, la historia, la filosofía y la literatura en jeneral; todo lo cual conduce á considerar no menos las mudanzas y modificaciones que cada re-

(1) Defensa del Espíritu de las Leyes.

lijion ha producido en las pasiones de los hombres y en el desarrollo del espíritu humano.

El inconveniente, pues, del asunto ó de la materia es la *falta de unidad*; mas este inconveniente era y es inevitable. En vano para hacerlo desaparecer ha ensayado el autor nuevas combinaciones y divisiones de capítulos y partes de dicha obra en las dos ediciones que ha suprimido. Mas despues de haber luchado con estas dificultades, y obstinándose en seguir un plan mas regular, al fin se convenció y resolvió, que para conseguir el objeto que se propuso, no se trataba ya de hacer una obra estremamente metódica, sino de interesar el corazon, y herir y conmover fuertemente la imajinacion. De este modo, en vez de ceñirse al orden de las materias, como hiciera desde el principio, prefirió despues el orden de pruebas. Las de sentimiento se contienen en el primer tomo, en que se trata del encanto, de la grandeza de los misterios, de la existencia de Dios, &c.: las pruebas para el espíritu y la imajinacion, consagradas á la poética, ocupan el segundo y tercero tomos; en fin, las mismas pruebas para el corazon, el espíritu y la imajinacion, reunidas á las pruebas para la razon, es decir, á las pruebas de hecho, ocupan el tomo cuarto y terminan la obra (1). Esta série y escala de pruebas parecia tambien prometer una progresion y aumento de interes en el *Jenio del Cristianismo*, y el juicio del público ha confirmado lo que esperaba el autor.

(1) En la última edicion, que nos sirve de norma, se comprende toda la obra en solos tres tomos. (Ed. E.)

Por consiguiente , si el interes de la obra va progresivamente aumentándose de tomo en tomo , es claro que el plan de la obra no es del todo defectuoso.

Permítase aun al autor una nueva observacion. *¿A pesar de los extravíos de la imaginacion, pierde de vista el objeto de su obra frecuentemente?* En esta parte el autor se refiere y apela al crítico imparcial; porque *¿cual es el capítulo, ni aun la página, en que no se reproduzca y haga sentir el objeto de la obra (1)?* Ora bien: en una apología del cristianismo en que se queria demostrar al lector toda la belleza de la religion, *¿podria suponerse que el plan, segun el cual está concebida, fuese defectuoso, siendo asi que en todas sus partes, tanto las mas directas como las mas lejanas, se hace aparecer con ventajas y en todas partes la grandeza de Dios, las maravillas de su providencia, y la influencia, los cantos, y los beneficios de los dogmas, de la doctrina y del culto de Jesucristo?* Hablando en jeneral, cuando se trata de juzgar el plan de un libro, se hace ordinariamente con sobrada precipitacion. Por lo regular, los críticos condenan sin misericordia, siempre que el desarrollo no conviene á la idea que ellos se formaron al leer el título del libro. Y no se hacen, ó no quieren hacerse cargo, de que si el plan que ellos se imaginan se llevase á efecto, se presentarian otros mil in-

(1) Esta verdad ha sido reconocida por el crítico mismo que con mas calor ha impugnado la obra, y que se cree ser Mr. Guinguené.

convenientes que le harian muy inferior al que el autor siguió.

Cuando un autor no ha escrito su obra con precipitacion, sino que por el contrario, ha empleado muchos y largos años en su composicion; cuando se tomó el tiempo de consultar los hombres y los libros, sin desdeñar ningun jénero de consejo ó de crítica; cuando se tomó el trabajo de recommenzar su obra muchas veces de un extremo á otro, entregándola por dos veces á las llamas cuando estaba ya impresa, seria la mayor injusticia el suponer que no ha reflexionado la materia tanto cuando menos como el mismo crítico, que de un solo rasgo de pluma y por una sola y lijera ojeada dada á la obra, condena un plan que costó algunos años de meditar. Dése cualquiera otra forma al *Jenio del Cristianismo*, y osamos asegurar que el complejo, y el todo de las bellezas de la relijion, la acumulacion de las pruebas en los últimos capítulos, y la fuerza de la conclusion jeneral, ni tendrán ya el brillo, ni interesarán, ni tocarán tan fuertemente como en el orden segun el cual están hoy dispuestas. Aun nos atrevemos á adelantarnos y á decir que no hay un solo gran monumento en prosa en la lengua francesa, si se esceptua el Telémaco y las obras históricas, contra cuyo plan no puedan objetarse los inconvenientes mismos que se han alegado contra el autor. ¡Que arbitrariedad y que caprichos en la distribucion de las partes y de las materias de nuestros libros, los mas bellos y los mas útiles! Y aun ciertamente, si nos es permitido

comparar una obra maestra á otra muy imperfecta, el admirable *Espíritu de las Leyes* es una composicion, en que no reina mas regularidad que en la obra cuyo plan se intenta justificar en esta defensa. Y sin embargo, en la materia que tratára Mr. de Montesquieu, era aun mas necesario cierto método que en una obra relijiosa, y de la cual el autor del *Jenio del Cristianismo* ha probado presentar un débil bosquejo.

PORMENORES DE LA OBRA Y DE SU EJECUCION.

Pasemos ahora á la crítica de los pormenores.

Debe observarse en primer lugar, que casi toda ella versa sobre los dos volúmenes primero y segundo. Sin duda se miran con un disgusto particular el tercero y el cuarto, pues apenas se hace mencion de ellos. ¿Debe alegrarse ó no el autor de esta circunstancia? ¿O es que estos dos volúmenes no prestan flanco alguno á la crítica?

Casi todos los críticos se han limitado á impugnar algunas opiniones literarias particulares del autor, y consignadas en el segundo tomo (1); opiniones, que en el último resultado no son de una grande importancia, y que pueden admitirse ó no, sin perjudicar al fondo de la obra; añádanse á la lista de estas graves reconvenciones una docena de

(1) Y aun no se ha hecho mas que copiar y repetir algunas de las muchas observaciones juiciosas y corteses que sobre el asunto habian publicado los mas acreditados periódicos de la capital.

espresiones verdaderamente reprehensibles, que se han hecho desaparecer en las ediciones últimas.

Por lo que mira á algunas frases, cuyo sentido se ha terjiversado con una astucia no menos nueva que prodijiosa, con el objeto de encontrar en ellas alusiones poco decentes, ¿como evitar, ó como remediar esta desgracia? Un autor, y es La Bruyere quien lo dice, no está ciertamente obligado á sobrecargar su cabeza con todas las extravagancias, con todas las indecencias y malas palabras que cabe en lo posible decir, como ni con todas las necias aplicaciones que pudieran hacerse con motivo de algunos pasajes de su obra, ni menos suprimirlos; debe convencerse que cualquiera que sea la exactitud, el cuidado y el celo con que haya escrito, las frias zumbas de los burlones son un mal inevitable, y que sus mejores ideas y pensamientos no servirán muchas veces sino para hacerles encontrar algunas necedades (1).

Muchas citas ha hecho el autor en su obra; y parece que aun debiera haber hecho muchas mas. Pero por una fatalidad bien singular ha sucedido, que en cuantas ocasiones han querido los críticos culpar al autor, han dado pruebas de no tener una memoria muy segura. No quisieran, por ejemplo, que el autor dijese, *rasgar el velo de los mundos, y dejar ver los abismos de la eternidad*, y son precisamente espresiones de Tertuliano (2); tachan el po-

(1) *Caract. de La Bruyere.*

(2) *Cum ergo finis et limes medius, qui interhiat, adfuerit, ut etiam mundi ipsius species transferatur æque temporalis,*

zo del abismo, y el cabello pálido de la muerte, como si fueran un arrebató de la imaginación del autor, y olvidan que son unas espresiones del Apocalipsis (1); se burlan de las torres góticas, á quienes sirven de toca las nubes, y no advierten que el autor ha querido traducir literalmente un verso de Shakespeare (2); creen que los osos embriagados con las uvas sean una circunstancia inventada por el autor, y él no es en esta ocasión mas que un historiador fiel (3); el esquimal que se embarca sobre un monte de hielo, creen ser una invención extravagante, y es un hecho que nos refiere Charlevoix (4); el cocodrilo que pone un huevo, es una espresion de Horodoto (5); las astucias de la sabiduría (6), son palabras de la Biblia, &c., &c. Un crítico pretende que el epíteto de que usa Homero,

quæ alli dispositioni æternitatis aulæi vice oppansa est,
(Appol., cap. XLVIII).

(1) *Equus pallidus*, cap. VI, v. 8. *Puteus abyssi*, cap. IX, v. 2.

(2) The elouds-cap towers, the gorgeonspalaces, etc,

(In the Temp.)

El abate Delille habia dicho en el poema de los Jardines, hablando de las montañas:

J'aime à voir leur front chauve et leur tête sauvage

Se coiffer de verdure, et s'entourer d'ombrage.

Sin embargo, en la nueva edición yo he corregido *Torres coronadas de un capitel de nubes*.

(3) Véase la nota U, al fin del volumen.

(4) ¿Se creeria posible que sobre estos hielos enormes se ven tal vez hombres que se embarcaron de propósito? Pues se asegura que mas de una vez se han visto esquimales, etc., etc. *Historia de la Nueva Francia*, tomo II, lib. X, páj. 293, edic. de Paris, 1744.

(5) Herod., lib. II, cap. LXVIII.

(6) *Astutias sapientiæ*. (*Eccl.*, cap. I, v. 6).

hablando de Nestor, debe traducirse por Nestor el de las dulces palabras. Pero la voz griega que se traduce no significó jamás el de las dulces palabras. Rollin tradujo, poco mas ó menos, como el autor del *Jenio del Cristianismo* (1); Nestor esta boca elocuente, conformándose al texto griego, y no á la leccion latina del escoliastes *Suaviloquus*, que sin duda tuvo el crítico presente.

El autor ha dicho ya que no es su intencion el defender unos talentos, que sin duda alguna no posee; pero no podria menos de observar aqui que tanto número de nimios y fútiles reparos en una obra tan voluminosa, solo sirven para disgustar, y no para ilustrar al autor; asi lo pensó el célebre Montesquieu en el siguiente pasaje de su *Defensa*:

»Las personas que todo lo quieren enseñar, impiden que se aprendan muchas cosas: el mas sublime talento se ve, digámoslo asi, cortado cuando llega á cubrirsele y enredársele con un millon de vanos escrúpulos; bien podreis tener las mejores intenciones del mundo: se os obligará á vos mismo á dudar de ellas. No pudierais ocuparos en decir las cosas bien, cuando estais como aturdido con el recelo de decirlas mal, y en vez de seguir vuestro pensamiento y vuestra idea, solo pensais en buscar aquellos términos que pueden salvarse de las sutilezas de la crítica. Se quisiera ponernos una benda en los ojos, para decirnos á cada palabra: tenga Vm. cuidado de no caer; Vm. quisiera ha-

(3) *Tratado de los estudios*, tomo I, pàj. 375 de la lectura de Homero.

blar como Vm.; pues no, es menester que hable como yo. El autor quiere remontarse algun tanto, y he aqui que le detienen y como que le asen del brazo. Manifiesta alguna fuerza y alguna vida, y he aqui que le debilitan con punzadas de alfileres. Os elevais al fin algun poco, y vense en el momento jentes que toman su toesa ó su vara, y erguiendo la cabeza, os gritan que bajeis para poder medirlos... No hay ciencia ni literatura que pueda resistir á semejante pedantería (1).”

Aun es mucho peor, cuando á todo esto se añaden las denuncias y las calumnias. El autor las perdona á los críticos; tal vez ellas eran parte del plan que se trazaron, y en este caso tienen derecho de solicitar á favor de su obra la misma induljencia que el autor reclama por la suya. Pero sin embargo, ¿en que pudieran venir á parar tantas y tan multiplicadas censuras, en las cuales, en vez de un gusto imparcial de una sana crítica, solo se nota un deseo mortal de perjudicar á la obra y á su autor? En que tal vez se provoque á unos hombres, á quienes sus principios han hecho guardar silencio hasta hoy, y que precisados á presentarse en la palestra, lo harán tal vez con unas armas de que no se tenia el menor antecedente ni conocimientos.

(1) *Defensa del Espiritu de las Leyes*, parte III.

CARTA

M. DE FONTANES,

sobre la primera edición de la obra
de Mad. Staël (A).

CARTA A M. DE FONTANES.

CARTA

A

M. DE FONTANES,

**sobre la primera edicion de la obra
de Mad. Staël (1).**

Querido amigo: hace ya tiempo que esperaba con impaciencia la segunda edicion de la obra de Mad. Staël, sobre la *literatura*, y mucho mas, porque como esta señora habia ofrecido responder á vuestra crítica, tenia curiosidad de ver lo que responderia una mujer de tanto talento en defensa de la *perfectibilidad*. Asi, pues, que llegó esta obra á mi retiro, me apresuré á leer el prólogo y las notas; pero inmediatamente eché de ver que no habia contestado á ninguno de vuestros argumentos (2), concretándose únicamente á esplicar la palabra que servia de base á su sistema. ¡Ah! muy dulce seria poder creer que de edad en edad va en aumento nuestra perfeccion, hasta el punto de que los hijos lleguen siempre á ser mejores que los padres. Si

(1) *De la literatura en sus relaciones con la moral, etc.* (1801).

(2) Mr. de Fontanes habia hecho tres extractos de una excelente crítica sobre la primera edicion de la obra de Mad. Staël.

algo pudiera probar esta escelencia del corazon humano , seria ver á la misma Mad. Staël encontrando el principio de esta ilusion en su propio corazon. Mas de una vez he temido, que adulando esta señora la perfectibilidad de los hombres , á la par que se queja de ellos , la sucediese como á aquellos sacerdotes que no tienen fe , ni creen en el ídolo en cuyos altares derraman los inciensos.

Debo deciros tambien , amigo mio , que me parece muy impropio de una mujer de tanto mérito como el de nuestra autora , el poner en duda vuestras opiniones políticas, tratándose de una cuestion puramente literaria. ¿No se podria acaso echar en cara á Mad. Staël , que parece á su vez estar en oposicion con el gobierno actual (1), y de suspirar por aquellos dias en que se disfrutaba de mas lata libertad? Pero Mad. Staël tiene demasiada elevacion de espíritu para hacer uso de medios tan mezquinos.

Ahora , pues , está en el órden que os manifieste mi modo de pensar acerca de este nuevo curso de literatura; pero acaso al impugnar su sistema, me creereis tan delirante como mi adversario; pues no ignorais que una de mis locuras es encontrar en todas partes á *Jesucristo* , asi como Mad. Staël en todas tambien la *perfectibilidad*. Tengo la desgracia de creer con Pascal , que solo la religion cristiana ha podido resolver el problema del hombre ; y ved aqui como insensiblemente he invocado un gran

(1) El consulado , en 1801.

nombre , para que á su sombra disimuleis algo mis ideas y mi supersticion antifilosófica. En fin , recuerdo con cierto orgullo la induljencia con que habeis anunciado una obra mia (1), que ignoro cuándo verá la luz. Dos años hace que se está imprimiendo, y dos años hace tambien que no se cansa el librero de hacerme esperar y de corregir. Mucha parte de lo que voy á deciros no será mas que un extracto de la obra que ha de ver la luz sobre las bellezas de la religion cristiana ; y no os dejará de chocar ver dos espíritus , que proceden de dos puntos diversos, llegar al fin á un mismo resultado. Mad. Staël atribuye á la filosofía lo que yo concedo únicamente á la religion ; y comenzando por la literatura antigua, convengo con la ingeniosa autora , á quien habeis contestado , en que nuestro teatro es superior al antiguo : mas aun , que esta superioridad procede de un estudio mas profundo del corazon humano. Empero ¿ á quien debemos este conocimiento de las pasiones ? ¡ Ah! solo al cristianismo , y no á la filosofía. Voy á indicar las razones en que fundo esta opinion.

Si existiese una religion cuya cualidad esencial fuera poner límites á las pasiones del hombre , aumentaria por necesidad el interes de estas mismas pasiones , haciéndolas ocupar su lugar en el drama y en la epopeya ; y por su misma naturaleza favoreceria mucho mas el desarrollo de los caractéres, que cualquiera otra institucion religiosa , que influ-

(1) *Jenio del Cristianismo.*

yese en nosotros únicamente por escenas exteriores, sin mezclarse en las afecciones del alma. Y esta es la ventaja que la relijion cristiana tiene sobre los cultos de la antigüedad, porque es una brisa celestial que hincha las velas de la virtud, y multiplica las tempestades de la conciencia alrededor de los vicios.

Todas las bases del vicio y de la virtud han cambiado entre los hombres, al menos entre los hombres cristianos, desde la predicacion del Evangelio. Entre los antiguos era la humildad, por ejemplo, una bajeza, y el orgullo una cualidad importante; pero entre nosotros sucede todo lo contrario; consideramos el orgullo como el primero de los vicios, asi como la humildad la primera de las virtudes. Este sencillo cambio de principios ha obrado por necesidad una revolucion completa en la moral; y segun esto, ya no es difícil comprender, que el cristianismo es el que ha triunfado restableciendo la verdadera naturaleza. De aqui es, que en su consecuencia debemos precisamente descubrir nosotros en las pasiones otras circunstancias desconocidas de los antiguos, sin que por esto se puedan atribuir estos nuevos descubrimientos del corazon humano á una perfeccion progresiva y creciente del jenio del hombre.

Siguiendo nuestro sistema de moral, la vanidad es la raiz del mal, asi como la caridad es la raiz del bien; de modo, que las pasiones viciosas son siempre un conjunto de orgullo, y las pasiones virtuosas un conjunto de amor. Entre dos términos

estremos , no existe ningun término medio, que no se encuentre facilmente en la escala de nuestras pasiones. El cristianismo ha avanzado tanto en la moral , que ha dado , por decirlo asi, las abstracciones ó las reglas matemáticas de las sensaciones del alma.

No entraré , amigo mio , en el pormenor de los caractéres dramáticos, tales como los del padre, del esposo, &c.; ni trataré en particular de cada uno de los sentimientos , porque todo esto lo vereis en mi obra. Pero observaré solamente , ya que en este momento recuerdo nuestra amistad, que el cristianismo desarrolla mas sus atractivos , porque , como la amistad , el cristianismo tambien ofrece hermosos contrastes. Para que dos hombres sean perfectamente amigos , es preciso que se encuentren y se busquen sin cesar ; que sus jenios tengan una misma fuerza , pero que sea de jénero diferente ; que profesen opiniones encontradas, pero que sean unos sus principios ; que sus odios y amores sean diversos , pero que haya en el fondo una misma porcion de sensibilidad ; que sus humores no reconozcan la misma tendencia , pero que procedan de iguales gustos : en una palabra , que existan grandes contrastes en el carácter , pero grandes armonías en el corazon.

Respecto del amor , he observado la delicadeza y el tacto con que Mad. Staël ha hecho sus observaciones comentando la *Phedra* , y leyendo el escoliador , se ve que ha entendido perfectamente su texto. Pero si solo los siglos modernos son los que han ofrecido esta amalgama de los sentidos con el

alma, ¿ esta especie de amor, cuya parte moral es la amistad, no se debe en su última perfeccion al cristianismo? Dirijiéndose sin cesar á depurar el corazon, ha repartido su espiritualidad aun en lo que apenas parecia susceptible de ella: contrariando el corazon del hombre, ha multiplicado su energia. Solo el cristianismo ha establecido esos terribles combates de la carne y del espíritu, tan propios para interesar los grandes efectos dramáticos. Véase en *Heloisa*, puesta en lucha, una religion severa con la mas fogosa y terrible de las pasiones. Heloisa ama; Heloisa se abrasa; se siente morir de amor: pero élévanse á su alrededor unas paredes de hielo; todo espira alli sobre unos mármoles frios é insensibles; y alli no ve mas que las recompensas ó los castigos eternos que esperan su triunfo ó su caída. Dido abandonada no pierde mas que un amante ingrato: ¡ ah! Heloisa siente otro afan. Preciso es que elija entre Dios y un amante fiel; en cuyo favor no puede, ni aun en el silencio de su alma, consagrar una pequeña parte de su corazon; porque celoso es el Dios á quien sirve, porque es un Dios que quiere ser amado con preferencia, y castiga aun la sombra de un pensamiento, de un sueño que no sea para él.

Concíbese en fin que aquellos claustros, aquellas bóvedas, y aquellas ríjidas costumbres, puestas en oposicion con un amor desgraciado, deben precisamente aumentar el vigor y la melancolía. Causame estrañeza que Mad. Staël no nos haya presentado *relijiosamente* el sistema de las pasiones. La

perfectibilidad no es, en mi concepto, el instrumento á que ha de recurrirse para medir las debilidades. Hubiera mas bien apelado á los mismos errores de mi vida: precisado á trazar la historia de los sueños, hubiera preguntado á mis sueños; y si hubiera conocido que realmente nuestras pasiones son mas delicadas que las pasiones de los antiguos, sacára por fin en conclusion que somos mas perfectos en ilusiones.

Si fuera tiempo y lugar, querido amigo, haria otras observaciones acerca de la literatura antigua, y me tomaria la libertad de deshacer algunas equivocaciones literarias de Mad. Staël.

No soy de la opinion de esta señora respecto de la metafísica de los antiguos; porque su dialéctica era mas verbosa y menos concisa que la nuestra; pero en metafísica sabian tanto como nosotros.

¿El jénero humano ha dado un paso en las ciencias morales? No; en lo que únicamente ha progresado ha sido en las ciencias físicas: y ademas, ¡cuan fácil seria impugnar los principios de nuestras ciencias! Ciertamente que Aristóteles, con sus diez categorías, que comprenden todas las fuerzas del pensamiento, era tan sábio como Bayle y Condillac en la *ideología*; pero se pasará perpétuamente de un sistema á otro en estas materias; porque en la metafísica todo es duda, oscuridad é incertidumbre. La reputacion y la influencia de Locke ya no domina en Inglaterra. Su doctrina, que debia probar de un modo cierto que no hay ideas innatas, dista mucho de ser cierta, porque se estrella con-

tra las verdades matemáticas que jamás pueden penetrar por los sentidos. El olfato, el gusto, el tacto, el oído y la vista, ¿demostraron á Pitágoras que en un triángulo-rectángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual á la suma de cuadrados hechos sobre los otros dos lados? Todos los aritméticos y jeómetras dirán á Mad. Staël que los números y las relaciones de las tres dimensiones de la materia son puras abstracciones del pensamiento, y que lejos de entrar los sentidos para cosa alguna en los conocimientos, son, por el contrario, sus mayores enemigos. Por otra parte, las verdades metafísicas, si me es permitido decirlo, son innatas en nosotros, por la sencilla razon de que son eternas. Ahora bien: si estas verdades son eternas, no pueden ser mas que las emanaciones de una fuente de verdad, que existe en alguna parte; y esta fuente de verdad no puede proceder mas que de Dios. Luego la idea de Dios es á su vez en el espíritu humano una idea innata; luego nuestra alma, que contiene verdades eternas, es por lo menos una sustancia inmortal.

Ved aqui, pues, amigo mio, un encadenamiento de cosas, que Mad. Staël se halla muy lejos de haber profundizado. Aqui me veo precisado, á pesar mio, á pronunciar un juicio severo en verdad. Empeñada Mad. Staël en llevar adelante su sistema, y creyendo observar que Rousseau habia pensado mas que Platon, y Séneca mas que Tito-Livio, se ha persuadido de que tenia en su mano todos los secretos del alma y de la intelijencia huma-

na; pero los espíritus poco profundos, como el mio, no pueden contentarse con una marcha tan precipitada; porque quisieran menos superficialidad tratándose de una obra que combate la imaginacion y las preocupaciones, y en que se habla de la cosa mas grave del mundo, cual es el pensamiento del hombre; y en esta materia debe notarse menos el influjo de la fantasía, el gusto de los sofismas, y el pensamiento inconstante y versátil de la mujer.

No ignorais, amigo mio, lo que los filósofos nos echan en cara, porque somos relijiosos, y continuamente nos repiten que no tenemos *fuerte la cabeza*; y al hablarles del *sentimiento moral*, se encogen de hombros y nos miran con compasion. *¿Que prueba todo eso?* nos preguntan. A lo menos por mí debo confesar que nada sé; porque jamás he tratado de demostrarme mi corazon, dejando este exámen á mis amigos. No abuseis sin embargo de esta franca manifestacion, denunciándome á la filosofia. Tal vez puede que yo me comprenda á mí mismo, aun cuando no me comprendo del todo. Pero es cosa muy singular que todos los que nos desprecian por este defecto ó falta de *argumentacion*, y que solo observan en nuestras pobres ideas los *hábitos de familia*, segun la espresion de Mad. Staël, olvidan el fondo mismo de las cosas en el objeto de que se ocupan; de modo que nos vemos precisados á violentarnos, y á recordar, con peligro de nuestra existencia, y á despecho de nuestro temperamento relijioso, lo que esos mismos pensadores deberian haber pensado.

¿No parece una cosa increíble que al hablar Mad. Staël del envilecimiento de los romanos bajo la dominacion de sus emperadores, haya olvidado la influencia del cristianismo, naciente entonces, sobre el espíritu de los hombres? Olvida la religion, que cambió la faz del mundo, y solo la recuerda al indicar la invasion de los bárbaros; siendo asi, que mucho antes de esta época, el imperio de los Césares habia escuchado con asombro los gritos de justicia y de libertad. ¿Y quien, sino los cristianos, se habian atrevido á lanzar estos gritos en el centro del mundo romano? ¡Fatal preocupacion de las opiniones sistemáticas! Mad. Staël osa llamar *locura del martirio* aquellos actos que su jeneroso corazon hubiera admirado con enternecimiento y transporte; hubiera seguido á aquellas vírjenes que preferian la muerte á las seducciones de los tiranos, y á aquellos hombres que, negándose á sacrificar á los ídolos, sellaron con su sangre, á los ojos del mundo sorprendido, el dogma de la unidad de un Dios, y de la inmortalidad del alma; y todo esto es bien superior á la filosofia.

¡Cual seria la sorpresa de la raza humana, cuando en medio de tantas supersticiones vergonzosas, y cuando *todas las cosas eran dioses, excepto Dios mismo*, segun la espresion de Bossuet, hacia Tertuliano oir con un acento lleno de grandeza el símbolo de la fe cristiana: «El Dios que nosotros adoramos es el único Dios, que ha creado el universo con los elementos, los cuerpos y los espíritus que lo componen, y que por medio de su pala-

»bra, de su razon y de su omnipotencia, ha trans-
 »formado la nada en un mundo, para que fuera el
 »ornato de su grandeza.... Es invisible, aunque se
 »manifiesta por todas partes; impalpable, aunque
 »nos formemos de él una imájen; incomprendible,
 »aunque lo invocamos con todas las luces de la ra-
 »zon:.... Nada hace comprender mejor al Ser om-
 »nipotente que la misma imposibilidad de concebir-
 »lo: su inmensidad lo oculta y lo manifiesta á la
 »vez á los hombres (1).”

¿Y no es tambien muy filosófico el ver á este mismo apolojista hablando solo el lenguaje de la libertad en medio del silencio del mundo? ¿Quien no hubiera creido escuchar al primer Bruto, evocado de la tumba, amenazando el trono de los Tiberios, cuando su robusta voz resonaba bajo aquellos pórticos, en que se perdian los suspiros de Roma esclava.

»Yo no soy esclavo del emperador; porque no
 »reconozco mas que un señor, y es Dios omnipo-
 »tente y eterno, que tambien es señor del mismo
 »César (2).... ¡He aqui por que apurais contra
 »nosotros todo jénero de crueldades! ¡Ah! si nos
 »fuera permitido devolver mal por mal, bastaba pa-
 »ra nuestra venganza una sola noche y algunas
 »teas. Nacimos ayer, y todo lo llenamos ya: ocu-
 »pamos vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras

(1) Tertul. *Apologet.*, cap. xvii.

(2) *Ceterum liber sum illi. Dominus enim meus unus est, Deus omnipotens, et æternus, idem qui et ipsius.* (*Apol.*, cap. xxxiv.)

»fortalezas, vuestros campos, vuestras colonias,
 »vuestras tribus, vuestras decurias; y penetramos
 »en el consejo, en los palacios, en el senado y en
 »el foro (1); y solo os hemos dejado vuestros tem-
 »plos.”

Podré equivocarme, amigo mio; pero creo que Mad. Staël no debia haber olvidado estos rasgos al trazar la historia del espíritu filosófico; porque no deja de ofrecer inmensas observaciones esa literatura de los padres que ha llenado todos los siglos, desde Tácito hasta San Bernardo. Por ejemplo: uno de los nombres que injuriosamente aplicaba el pueblo á los primeros cristianos, era el de *filósofos* (2). Llamábanles tambien *ateos* (3); y se les obligaba á abjurar su relijion usando de estos términos: *confusion á los ateos* (4). ¡Estraño destino el de los cristianos! Neron los hace quemar por ateos, y Robespierre los manda guillotinar por crédulos: ¿cual de estos dos tiranos ha tenido razon? Segun la ley de la *perfectibilidad*, debe ser Robespierre.

Obsérvanse, amigo mio, desde el principio hasta el fin de la obra de Mad. Staël, contradicciones muy chocantes. Algunas veces se presenta *cristiana*, y me preparo á regocijarme; despues toma ya la iniciativa la *filosofía*. Ora inspirada por su sensibilidad natural, que le dicta que nada hay interesante y bello

(1) *Apologet.*, cap. xxxvii.

(2) San Just., *Apologet.*, Tert. *Apologet.*, etc.

(3) Athenagoras., *Legat. pro Christ.*: Arnob., lib. i.

(4) Euseb., lib. iv, cap. xv.

sin relijion , deja traslucir su alma ; ora ostentando sus sofismas , y contrariando los impulsos de su corazon , penetra el análisis ese vacío indeterminado , en que el pensamiento se pierde entre ilusiones ; y el *entendimiento* avoca á su tribunal las causas , que en otro tiempo dependian del antiguo tribunal de la verdad , llamado por nuestros padres galos las *entrañas del hombre*. Leido asi el libro de Mad. Staël , se echa de ver una confusion de verdades y de errores. Asi es , que cuando atribuye al cristianismo esa melancolía que domina en el carácter de los pueblos modernos , me adhiero absolutamente á su opinion ; pero cuando á esta causa junta no sé qué maligna influencia del norte , ya no encuentro á la autora que poco antes me pareció tan juiciosa. Ya veis , amigo mio , que no me he salido de la cuestion ; y ahora pasemos á la literatura moderna.

La relijion de los hebreos , nacida entre los truenos y los relámpagos sobre las cumbres de Horeb y de Sinaí , tenia una especie de tristeza formidable ; pero la relijion cristiana , conservando la sublimidad de la de Moisés , ha dulcificado sus demas caracteres y rasgos. Establecida para nuestras miserias y para las necesidades de nuestro corazon , es esencialmente tierna y melancólica. Preséntanos siempre al hombre como un viajero que camina por un valle de lágrimas , y no descansa sino al llegar á la tumba. El Dios que ofrece á nuestra adoracion es el Dios de los desgraciados ; él mismo padeció tambien , los niños y los débiles son los objetos de su predileccion , y ama á los que lloran.

Las persecuciones que sufrieron los primeros fieles aumentaron sin duda su propension á las meditaciones graves; y la invasion de los bárbaros, aumentando las calamidades, dejó en el espíritu humano un sello de tristeza, que no se ha borrado ya jamás. Rotos parecen los lazos que nos ligan á la vida; y nuestra esperanza, nuestro único refugio en el desierto, es solo Dios; semejentes á los tiempos del diluvio, en que los hombres buscaban su salvacion en las cumbres de los montes, llevando consigo los restos de las artes y de la civilizacion. Llenáronse las soledades de anacoretas, que vestidos de hojas de palmas, se consagraban á unas penitencias sin fin, por calmar la cólera del cielo. Fundábanse conventos en todas partes, donde se retiraban los desgraciados á quienes el mundo habia llenado de dolores, y aquellas almas que prefieren ignorar ciertos sentimientos de la existencia, á espouerse á verlos cruelmente burlados. El fruto de esta vida monástica debió ser una inmensa melancolía; porque la melancolía procede de aquellas pasiones sin objeto, que crecen y mueren en un corazon solitario.

Este sentimiento debió aumentarse todavía mas por la severidad de las mismas reglas que adoptaron la mayor parte de las comunidades. Segun ellas, los religiosos cavaban por sí mismos sus propias sepulturas á la luz de la luna en los cementerios de sus claustros; su lecho era el atahud: muchos vagaban por las ruinas de Memfis ó de Babilonia en compañía de los leones que habian amansado al sonido del

arpa de David. Unos se condenaban á un silencio perpétuo , y otros repetian en cánticos eternos, los suspiros de Job , las endechas lúgubres de Jeremías , ó los cantos sentimentales del rey profeta. En fin, edificados los monasterios en los lugares mas agrestes , hallábanse en las cumbres del Líbano , entre los arenales del Egipto , en los bosques de las Galias , y en las playas solitarias de los mares de Bretaña. ¡ Oh ! ¡ cuan tristes debian ser los sonidos de aquellas campanas relijiosas , que en el silencio de las noches convocaban á las vestales á las vísperas ú oraciones , y se confundian bajo las bóvedas del templo , con los últimos ecos de los cánticos , ó con el débil y espirante murmullo de las apartadas olas ! ¡ Cuan profundas debian ser las meditaciones del solitario , que al traves de las rejas de sus ventanas , contemplaba el aspecto del mar , ajitado tal vez por la tempestad ! ¡ Sí , la tempestad que sacudia horriblemente las olas , mientras alrededor de él , y bajo aquellos techos de paz , todo era calma y felicidad del alma ! Hombres estrellados contra los escollos al pie mismo del santuario de la paz. ¡ Veíase lo infinito fuera de la pared que encerraba al solitario , asi como la piedra del sepulcro sirve de límite entre la eternidad y la vida . . . ! Todas estas influencias de la desgracia , de la relijion , de los recuerdos , de las costumbres y de las escenas de la naturaleza , se reunieron , pues , para hacer del jenio cristiano el jenio de la melancolía.

Paréceme por tanto inútil recurrir á los bárbaros del Norte para esplicar este carácter de tristeza

que Mad. Staël observa , particularmente en la literatura inglesa y jermánica , y que no es menos notable en los maestros de la escuela francesa. Ni Inglaterra ni Alemania han producido un Pascal ni un Bossuet , estos dos grandes modelos de la melancolía en ideas y en sentimientos.

Pero Osían , amigo mio , ¿ no es la gran fuente del Norte , donde todos los bardos han bebido la melancolía , asi como los antiguos representaban á Homero bajo el emblema de un gran rio , de donde otros pequeños recibian sus aguas ? Confieso sin embargo que no deja de agradarme esta idea de Mad. Staël. Tengo gusto en representarme á los dos ciegos , el uno sobre la cima de una montaña de Escocia , con la cabeza calva , la barba humedecida , el arpa en la mano , y dictando sus leyes , en medio de aquellas nieblas , á todo el pueblo poético de la Jermania , y el otro sentado en la cumbre del Pindo , ródado por las musas bajo el hermoso cielo de la Grecia , y gobernando con un cetro coronado de laureles la patria del Tasso y la de Racine.

»¿Luego abandonais mi causa?» Me preguntareis tal vez. Parece que sí , amigo mio ; pero es preciso que os dé la razon secreta : esta es , *que el mismo Osían es cristiano*. ¡ Cristiano Osían ! Convenid conmigo en que he sido muy afortunado convirtiendo á este bardo , y que contándole entre los hijos de la relijion , arrebate uno de sus primeros héroes á la *edad de la melancolía*.

En el dia solo los extranjeros creen ya en Osían. La Inglaterra toda se halla convencida de que los

poemas que llevan este nombre , son obra del mismo Mr. Macpherson. Largo tiempo he padecido yo tambien este error; entusiasta de Osían , á fuer de jóven cuando residí muchos años en Lóndres entre literatos , hube al fin de ceder á la conviccion , y los palacios de Fingal desaparecieron para mí , lo mismo que otras muchas ilusiones.

No ignorais la antigua cuestion del Dr. Johnson y del supuesto traductor del bardo caledonio. Puesto en descubierto Mr. Macpherson , no pudo manifestar jamás el manuscrito de *Fingal* , del que habia hecho una historia ridícula , sosteniendo que lo habia encontrado en un cofre viejo en poder de un paisano , añadiendo que este manuscrito se hallaba escrito en papel y caractéres rúnicos. Pero Johnson demostró que ni el papel ni el alfabeto rúnico estaba en uso en Escocia en la época fijada por Mr. Macpherson. En cuanto al texto que acaba de imprimirse , junto con algunos poemas de Smith , se sabe que los poemas de Osían han sido traducidos del *ingles* á la lengua *caledonia* ; porque se han encontrado muchos montañeses de Escocia cómplices del fraude de su compatriota ; y este fue el oríjen del engaño.

Por lo demas , no hay cosa mas comun en Inglaterra que el hallazgo de manuscritos. Ultimamente se ha encontrado una tragedia de Shakespearre , y lo que es mas extraordinario aun , algunas balatas del tiempo de Chancer , tan perfectamente imitadas en el estilo , pergamino y caractéres antiguos , que todos lo creyeron. Preparábanse ya mil

volúmenes para manifestar sus bellezas y probar la autenticidad de unas obras tan prodijiosas, cuando fue sorprendido el *editor* escribiendo y componiendo él mismo estos poemas sajones. Los admiradores se desquitaron riéndose y arrojando al fuego sus comentarios; pero tengo idea de que el jóven que se habia ejercitado en este arte singular, se levantó la tapa de los sesos de desesperacion.

Es cierto sin embargo que existen antiguos poemas que llevan el nombre de *Osían*, y que son irlandeses ó ersas de oríjen; cuya obra se atribuye acaso con razon á algunos monjes del siglo trece. Fingal es un gigante, que de una zancada pasa de Escocia á Irlanda; y los héroes van á la Tierra-Santa á espiar los asesinatos que han cometido.

Y hablando con verdad, parece increíble tambien que se haya padecido tanto engaño respecto del autor de los poemas de *Osían*. El hombre del siglo dieziocho se manifiesta en todas partes. Véase, por ejemplo, el apostrofe del bardo al sol: »O sol, le dice, ¿quien eres tú? ¿de donde vienes? ¿adonde vas? ¿no caerás un dia, etc. (1)?"

Mad. Staël, que reconoce tan profundamente la historia del entendimiento humano, no dejará de observar que hay en ese apostrofe tantas ideas complejas bajo el aspecto moral, físico y metafísico, que seria un absurdo atribuir las á un salvaje. Además, se encuentran en todas las pájinas de *Osían* las nociones mas abstractas del tiempo, de la dura-

(1) Escribo de memoria, y he podido equivocarme algunas palabras; pero este es el sentido, y basta.

cion y de la *estension*. He vivido bastante entre los salvajes de la América, y he notado que hablan con frecuencia de los tiempos pasados, pero jamás del porvenir. Algunos granos de polvo esparcidos en el fondo de un sepulcro, les sirven de testimonio de la vida en la nada de lo pasado; pero esa nada, ¿puede acaso indicarles la existencia del porvenir? Esta anticipacion de lo futuro, que para nosotros es tan familiar, es sin embargo una de las recónditas abstracciones á que ha podido llegar el pensamiento del hombre. Feliz, empero, el salvaje que no sabe como nosotros que el dolor se sigue al dolor, y cuya alma, sin ayer y sin mañana, no se concentra en sí misma por medio de una eternidad dolorosa, entre el pasado, el presente y el porvenir.

Pero lo que prueba todavía mas que Macpherson es el autor de los pensamientos de Osían, es la perfeccion ó el *bello ideal de la moral*, que domina en estos poemas. Y esto merece alguna observacion.

El bello ideal es indígena de la sociedad, y desconocido por consiguiente de los hombres mas inmediatos á la naturaleza; los cuales se contentaban con pintar exactamente en sus cantos lo que veian. Pero como vivian en medio de los desiertos, sus cuadros son siempre grandes y poéticos. Por esta razon no se halla mal gusto en sus composiciones; pero son monótonas, y los sentimientos que expresan no conducen jamás al heroismo.

El siglo de Homero se apartaba ya de los primeros tiempos. Que un salvaje mate un corzo con su flecha; que lo desuelle en medio de los bosques,

y luego estienda la víctima sobre las áscuas de un tronco de encina, todo en esta accion es noble. Pero en la tienda de Aquiles habia ya fuentes, asadores y cuchillos, y sin embargo si añadiera un instrumento de más, incurriria Homero en la mezquina bajeza de las descripciones alemanas, ó era preciso que buscasse el *bello ideal físico*, comenzando á ocultar alguna cosa. La esplicacion siguiente ilustrará mas esta idea.

Al paso que la sociedad multiplicó las necesidades y las comodidades de la vida, hubieron de conocer los poetas que no debian presentar, como antes, un cuadro completo, sin ocultar algunos de sus caracteres. Dado este primer paso, todavía les quedaba la *eleccion*; y hecha la eleccion, era preciso que esta tuviera una forma mas bella y un efecto mas bello tambien en determinadas posiciones. Siempre ocultando y escojiendo, retocando ó añadiendo, encontraron poco á poco ciertas formas que no eran las mas naturales; pero que tenian, sin embargo, mas belleza que las que se habian copiado de la naturaleza; y estas fueron las formas que los artistas llamaron el *bello ideal*. Por consiguiente, podremos definir el bello ideal como el *arte de escojer y de ocultar*.

El mismo origen y el mismo progreso tuvo el bello ideal *moral*, que el bello ideal *físico*. Debiéronse tambien ocultar á la vista ciertos movimientos del alma; porque no hay duda que el alma tiene lo mismo que el cuerpo, ciertas bajezas y necesidades vergonzosas; sin que esto impida asegurar que

entre todos los seres vivientes, el hombre es el único que pueda presentarse como el mas perfecto y como mas inmediato á la Divinidad. De aqui es, que no será facil jamás pintar el bello ideal del águila ó del leon, &c. Si yo, amigo mio, de este modo osara elevarme hasta el *raciocinio*, os diria que en esto vislumbra un gran pensamiento del Autor de los seres, y una prueba mas de nuestra inmortalidad.

La sociedad en que la moral desplegó mas rápidamente su desarrollo, debió por necesidad estenderse mas tarde al bello ideal de los caractéres; y esto es lo que distingue eminentemente á las sociedades formadas en el seno de la relijion cristiana. Parece estraño, aunque no deja de ser una verdad palpable, que merced al Evangelio, la moral se elevase entre nuestros padres á su mas alto grado de perfeccion, al paso que el resto del mundo yacia en el caos de la mas completa barbarie.

Supuesto esto, ¿podrá ser creible que Osían conociese esa moral perfecta que dó quiera hace brillar en sus héroes? Esto no podia adquirirlo en su relijion, porque es sabido que no hay relijion alguna en esas obras. ¿Seria inspiracion de la misma naturaleza? No; porque no es posible que el salvaje Osían, desde las rocas de la Caledonia, donde todo lo que le rodeaba era cruel, bárbaro, sanguinario y agreste, adquiriese en poco tiempo aquellos conocimientos morales que Sócrates apenas concibió en los tiempos mas ilustrados de la Grecia, y que solamente el Evangelio ha revelado al mundo, como el resultado de cuatro mil años de observaciones so-

bre el carácter del jénero humano. Mad. Staël ha padecido una equivocacion al asegurar que las poesías escandinavas tienen el mismo colorido que las poesías del pretendido bardo escoces. Nadie ignora que es todo lo contrario; y como las primeras no respiran mas que venganzas y brutalidad, el mismo Mr. Macpherson ha procurado cuidadosamente hacer notar esta diferencia, poniendo en contraste á los guerreros de *Morven* con los guerreros de *Lochlin*. El doctor Blair, oponiéndose á las poesías de Osían, cita tambien y comenta la oda que con este objeto copia Mad. Staël en una nota. Esta oda tiene mucha analogía con la cancion de muerte de los iroqueses. »Yo no temo la muerte, porque soy valiente: ¡que no pueda beber en el cráneo de mis enemigos, y devorar su corazon! &c.» En fin, Mr. Macpherson ha faltado tanto á la historia natural, que esto basta para descubrir el engaño. Ha colocado encinas donde siempre ha habido malezas, y ha hecho anidar las águilas donde únicamente se oye el silbido del chorlito.

Mr. Macpherson era miembro del parlamento de Inglaterra; y como era rico, poseia una hermosa quinta en las montañas de Escocia, donde á fuerza de arte y de cuidado logró aclimatar algunos árboles. Por otra parte, era un buen cristiano, y profundamente versado en la lectura de la Biblia (1); y ha cantado tambien su montaña, su parque y el jenio de su relijion.

(1) Muchos trozos de Osían imitan ostensiblemente á la Biblia, al paso que otros son traducciones de Homero, tales co-

Todo esto no destruye sin embargo el mérito de los poemas de *Temora* y de *Fingal*, y no por ello dejan de ser el modelo de esa melancolía del desierto que se ostenta llena de atractivos. Me he procurado una edicion que acaba de publicarse últimamente en Escocia; y si he de decir verdad, tengo una complacencia en llevar siempre en un bolsillo el Homero de Westain y en el otro el *Osían* de *Glascow*. Pero de todo lo que acabo de insinuar, resulta que se viene abajo el sistema de Mad. Staël respecto de la influencia de *Osían* sobre la literatura del Norte; y cuando aquella se obstinase en creer la existencia del bardo escoces, tiene sobrado talento para conocer que siempre será efímero cualquier sistema cuya base se halle tan disputada (1). Ahora observareis, amigo mio, que he procurado colocarme en mejor posicion, sosteniendo la no existencia de *Osían*, y que atacando la *perfectibilidad* melancólica de las tragedias de Shakespeare, de las *Noches* de Young, de la *Heloisa* de Pope, y de la *Clarisa* de Richardson, he restablecido victoriosamente la melancolía de las ideas relijiosas. Todos

mo aquella espresion *the joy of grief*; *Od.*, lib. II, v. 211, *el placer del dolor*. He observado que Homero tiene un tinte de melancolía en su texto orijinal, que todas las traducciones han hecho desaparecer. No creo, como Mad. Staël, que haya una edad particular para la melancolía; pero sí creo que la melancolía es el distintivo de los jenios superiores.

(1) Aun suponiendo que estos poemas sean anteriores á Macpherson, lo que es inverosímil, no han estado reunidos sin embargo, y han sido desconocidos de los mas célebres poetas de Inglaterra. El mismo Gray, casi contemporáneo nuestro, no hace una sola vez mencion de *Osían* en su oda del *Bardo*.

estos autores eran cristianos, y aun creo que era católico el mismo Shakespeare.

Creo, amigo, que os parecería extravagante el que ahora quisiera yo seguir á Mad. Staël en el siglo de Luis XIV, porque confieso que al hablar de él no puedo vencer una superstición casi ridícula. Me dejó arrebatado de una santa cólera al oír poner en oposición á los escritores del siglo diecisiete con los del siglo dieziocho; y en el momento en que escribo, este solo recuerdo casi saca *mi razon de su quicio*, como dice Pascal. Es preciso que me alucinase extraordinariamente el talento de Mad. Staël, para no defender mi causa en este punto.

Nosotros, dice esta señora, no tenemos historiadores. ¡Ah! ¡yo creía que Bossuet habia sido alguna cosa! El mismo Montesquieu le debe su *Grandeza y decadencia del imperio romano*, cuyo compendio sublime encontró en la tercera parte del discurso sobre la *Historia universal*. Segun mi opinion, Bossuet es superior á Herodoto, á Tácito y Tito-Livio; y delante de él se eclipsan los Guichardin, los Marianas, los Hume y los Robertson. ¡Cuan bella es la revista que pasa á la tierra! Hállase en mil puntos á la vez: patriarca bajo la palmera de Tophel, ministro en la córte de Babilonia, legislador en Esparta, ciudadano en Atenas y Roma; cambia á su placer de tiempo y de lugar, y pasa con la rapidez y la majestad de los siglos. Con la vara de la justicia en la mano, y con una autoridad increíble, arroja confusamente en el sepulcro á los judíos y á los jentiles; y en pos de tantas jeneracio-

nes, llega por fin apoyado en Isaías y Jeremías, y hace escuchar sus lamentaciones proféticas al través del polvo y de los despojos del jénero humano.

Podrá haber talento sin relijion, pero sin ella casi es imposible el jenio. ¡Cuan mezquinos me parecen la mayor parte de los hombres del siglo dieziocho, los cuales, en vez del instrumento infinito de que se valieron Racine y Bossuet para encontrar la nota fundamental de su elocuencia, emplean la escala de una árida y pobre filosofía, que subdividiendo el alma en grados y en minutos, reduce el universo y aun al mismo Dios á una simple substraccion de la nada.

Todo escritor que rehusa creer en Dios, como autor del universo y juez de los hombres, y que ha criado el alma inmortal, destierra lo infinito de sus obras, encierra su pensamiento en un círculo de fango, del que no podrá ya salir, y no ve mas que la nada en la naturaleza. Segun él todo se opera por medios de corrupcion y de rejeneracion. El inmenso abismo no es mas que un poco de agua *bituminosa*; los montes mas pequeñas *protuberancias de piedras calcáreas y vitriosas*. Esas dos admirables lumbreras de los cielos, que alternativamente llenan el mundo de luz, no son mas que unas masas pesadas, formadas por casualidad y por no sé qué agregacion fortuita de la materia. De este modo en ninguna parte halla atractivo, porque todo es árido y material. Se atreverá á deciros que tambien sabe lo que es el hombre; y si le ois, os esplicará de donde procede el pensamiento y el impulso de vuestro co-

razon cuando se conmueve al escuchar la relacion de una buena accion; porque él solo comprende lo que no pudieron comprender los jenios mas distinguidos. ¡Acercaos empero á él, y distinguireis el principio de las elevadas luces de su filosofia! Mirad el fondo de esa tumba; contemplad ese cadáver que yace alli; esa estátua de la nada, cubierta con un sudario: ese es el hombre del ateo.

Pero esta carta es ya demasiado larga, amigo mio, y sin embargo quedaba mucho que decir.

Me llamarán capuchino, pero no ignorais que tambien Diderot apreciaba á los capuchinos. Y en cuanto á vos, en calidad de poeta, ¿por que os habia de asustar una barba blanca? Hace mucho tiempo que la reconcilió Homero con las gracias de las musas. Como quiera que sea, es preciso poner ya fin á esta carta. Mas como no ignorais que los papistas tenemos el furor de convertir al prójimo, os confieso reservadamente, que daria un mundo por ver á Mad. Staël escribir bajo los estandartes de la religion. Yo me atreveria á decirle si tuviera el honor de conocerla:

» Sois sin disputa una mujer escelente y superior: teneis una cabeza bien organizada, y una
 » imaginacion llena muchas veces de atractivos: testigo lo que decís de Herminia vestida de guerrero.
 » Vuestra espresion respira con frecuencia grandeza
 » y sublimidad.

» Mas á pesar de estas ventajas, vuestra obra está muy lejos de llegar á lo que debia ser. El sistema es monótono, y sin accion y aglomerado por

» expresiones metafísicas. Es pálido el sofisma de las
» ideas, no llena la erudición, y el corazón se halla
» demasiado esclavo del pensamiento. Tantos defec-
» tos únicamente provienen de la filosofía. Falta
» además en vuestra obra la parte más elocuente,
» porque no hay elocuencia sin religión. El hombre
» necesita en tanto grado de una eternidad de espe-
» ranza, que os habeis visto precisada á crear una en
» la tierra por medio de vuestro sistema de *perfecti-*
» *bilidad*, para reemplazar ese infinito que no que-
» reis ver en el cielo. Si sois sensible á la celebridad,
» volved á recobrar las ideas religiosas. Estoy con-
» vencido de que poseis en el fondo del corazón el
» jermen de una obra mucho más bella que las que
» habeis publicado hasta ahora. Vuestra capacidad
» no se halla más que medio desarrollada; y mien-
» tras sostengais esas opiniones, no podreis llegar
» jamás á la altura á que os sería fácil llegar, y en
» donde brillaron Pascal, Bossuet y Racine.

Así hablaría yo á Mad. Staël con respecto á la gloria; pero haría mérito de la felicidad para que mis sermones fueran menos áridos y fastidiosos, y se la haría ver á mi modo. Como salvaje haría uso del lenguaje de los bosques, diciéndole á mi neófito:
» Me parece que no sois feliz: suspirais con fre-
» cuencia en vuestra obra, y os quejais de que no
» comprenden vuestro corazón. Sabed, pues, que
» hay ciertas almas que buscan en vano en la natu-
» raleza otras almas con quienes unirse, y que el
» grande Espíritu ha condenado á una viudez eterna.
» Si vuestra enfermedad procede de esto, solo

»la religion puede curarla. Me parece que la pala-
 »bra *filosofía* en el lenguaje de Europa, correspon-
 »de á la palabra *soledad* en el idioma de los salva-
 »jes. Ni ¿ como pudiera la *filosofía* llenar el vacío
 »de vuestros dias? ¿ Se llenará el desierto con el
 »desierto?

»Habia en los montes Apalaches una mujer que
 »decia: No hay jenios buenos porque soy desgracia-
 »da, y todos los hijos de las cabañas son desgracia-
 »dos tambien. No he encontrado todavía á un hom-
 »bre, cualquiera que fuese su sonrisa de felicidad,
 »que no lleve oculta una llaga. El corazon mas se-
 »reno en la apariencia se parece á los pozos natura-
 »les de la sábana *Alachuca*; la superficie se presen-
 »ta pura y leda; pero si mirais al fondo, distingui-
 »reis el enorme cocodrilo que los pozos nutren en
 »sus aguas.

»La mujer fue á consultar al agorero del desier-
 »to de *Scambro* para saber si habia buenos jenios.
 »El agorero la respondió: Caña débil del rio,
 »¿ quien te sostendrá si no hay buenos jenios? Tú
 »lo crees solamente, porque eres desgraciada. ¿ Que
 »harás de la vida, si vives sin felicidad y tambien
 »sin esperanza? Procura llenar con beneficios la
 »soledad de tus dias. Seas el astro del infortunio;
 »derrama en las sombras tu modesta claridad; seas
 »testigo de las lágrimas que se vierten en silencio,
 »y puedan los desgraciados dirigir su mirada hácia
 »ti sin temor de ser olvidados. Este es el único
 »medio de encontrar la felicidad que tú echas de
 »menos. El grande Espíritu no ha herido tu cora-

»zon , sino para que fueras mas sensible á los males
»de tus hermanos, y procuráras aliviarlos. Si nues-
»tro corazon es como los pozos del cocodrilo , tam-
»bien es semejante á aquellos árboles que no der-
»raman su bálsamo para las heridas de los hombres,
»sino cuando el hierro les ha herido á ellos mismos.

»Luego que el agorero del desierto de *Scambro*
»habló de este modo á la mujer de los montes Apa-
»laches , se metió en la concavidad de su roca.”

Adios , amigo mio ; os aprecio , y os doy un
abrazo con toda mi alma.

(El autor del Jenio del Cristianismo).

FIN DE LA CARTA A M. DE FONTANES.

NOTAS

Y ILUSTRACIONES.

NOTAS

É ILUSTRACIONES.

NOTES

REMOVALS

NOTAS

É ILUSTRACIONES.

NOTA A.

»Mas arriba de Brig se trasforma el valle en un estrecho é inaccesible precipicio, cuyo fondo ocupa y profundiza mas el Ródano. El camino sube por las montañas septentrionales, y se interna en la soledad mas montuosa; de manera que en los Alpes no se ve cosa mas agreste ni lúgubre. Dos horas se camina sin encontrar el menor vestijio de habitaciones, á lo largo de una senda peligrosa (sin dejar luz la sombra de las selvas), pendiente sobre un precipicio, cuya oscura profundidad no puede penetrar la vista. Es célebre este paso por los asesinatos que alli se cometen, y cuando yo pasé habia muchas cabezas puestas sobre picas, que eran la digna decoracion de aquel pais. Llegase en fin al lugar de *Lax*, situado en el paraje mas desierto y extraviado de esta comarca. El suelo sobre que está fundado forma una pendiente rápida hácia el precipicio, de cuyo fondo se levanta el sordo bramido del Ródano, y al otro lado de este abismo se ve un pueblecillo en igual situacion; sus dos iglesias están opuestas la una á la otra, y desde

el cementerio de la una oía sucesivamente los cantos de las dos parroquias, que parecia se correspondian mutuamente. Los que conocen la triste y grave armonía de los cánticos alemanes, imaginenselos cantados en este paraje, acompañados con el remoto murmullo del torrente y con el silbido de los pinos." (*Lettres sur la Suisse, de Williams Coxe, tom. II. Note de M. Ramond.*)

NOTA B.

Sepulcros destruidos en la abadía de San Dionisio en los días 6, 7 y 8 de Agosto del año 1793,

Aqui daremos al lector algunos apuntes muy preciosos sobre las exhumaciones de San Dionisio, recojidos por un relijioso de la misma abadía, testigo ocular de ellas.

SITUACION DE LOS SEPULCROS.

En el santuario del lado de la epístola.

El sepulcro del rey Dagoberto I, muerto en 638, y las dos estatuas de piedra caliza, la una tendida y la otra en pie, y la de la reina Nantilde, su esposa, tambien en pie.

Fue preciso hacer pedazos la estatua tendida de Dagoberto, porque formaba un cuerpo sólido con el sepulcro y con la pared: se han conservado los restos de aquel, que representan la vision de un ermitaño, alusiva á lo que se cuenta haber acaecido al alma de Dagoberto despues de su muerte; porque este trozo de escultura puede servir á la historia de este arte, como á la del espíritu humano.

En el crucero del coro, del lado de la epístola, en la dirección de los enrejados.

El sepulcro de Clodoveo II, hijo de Dagoberto, muerto en 662. Este sepulcro era de piedra caliza.

El de Cárlos Martel, padre de Pepino, muerto en 741. Este sepulcro era de piedra. El de Pepino su hijo, primer rey de la segunda dinastía, muerto en 768. Al lado el de Berta ó Bertrada, su esposa, muerta en 783.

Al lado del evangelio, á lo largo de los enrejados.

El sepulcro de Carloman, hijo de Pepino y hermano de Carlomagno, muerto en 771, y al lado el de Hermantrudis, esposa de Cárlos el Calvo, muerta en 869, ambos de piedra.

Al lado de la epístola.

El sepulcro de Luis III, hijo de Luis el Tartamudo, muerto en 882, y el de Carloman, hermano de Luis III, muerto en 884, ambos de piedra.

Al lado del evangelio.

El sepulcro de Eudon el Grande, tio de Hugo Capeto, muerto en 889, y el de Hugo Capeto, muerto en 1033.

El de Henrique I, muerto en 1060, el de Luis VI, dicho el Gordo, muerto en 1137, y el de Felipe, primojénito de Luis el Gordo, coronado en vida de su padre, y muerto en 1131.

El de Constanza de Castilla, segunda mujer de Luis VII, ó el Joven, muerta en 1159.

Todos estos sepulcros eran de piedra, y fueron contruidos en el siglo XIII, reinando San Luis. Cada uno de

ellos contenia dos pequeños féretros , tambien de piedra , y como de tres pies de largo , recubiertos con una albardilla de la misma materia , y en que se encerraban los huesos y cenizas de aquellos principes y princesas.

Los que seguian eran de mármol , á escepcion de dos , que se señalarán en su lugar , y habian sido construidos en el siglo mismo en que vivian los personajes cuyos despojos contenian.

En el crucero del coro , al lado de la epístola.

El sepulcro de Felipe el *Atrevido* , muerto en 1285 , y el de Isabel de Aragon , su esposa , muerta en 1272. Ambos sepulcros estaban huecos por dentro , y cada uno de ellos contenia un cofrecito de plomo de cerca tres pies de largo y ocho pulgadas de alto , con las cenizas de los dos esposos.

El sepulcro de Felipe el *Hermoso* , el cuarto de este nombre , muerto en 1314.

Al lado del evangelio.

Luis X , dicho el *Hutin* , ó el *Revoltoso* , muerto en 1316 , y su hijo póstumo el principe Juan , que los historiadores no cuentan ordinariamente en el catálogo de los reyes de Francia , que murió el mismo año que su padre , y á los cuatro dias de haber nacido , durante los cuales fue el legitimo rey.

A los pies de Luis X el sepulcro de Juana , reina de Navarra , su hija , muerta en 1349.

En el santuario , al lado del evangelio.

Felipe V , dicho el *Largo* , muerto el 3 de Enero de 1321 , con el corazon de su esposa Juana de Borgoña ,

muerta el 21 de Enero de 1329; Carlos IV, dicho el *Hermoso*, muerto en 1327, y Juana de Evreux, su esposa, muerta en 1370.

Capilla de nuestra Señora la Blanca, al lado de la epístola.

Blanca, hija de Carlos el *Hermoso*, duquesa de Orleans, muerta en 1392, y María, su hermana, muerta en 1341: mas abajo dos estatuas de estas dos princesas en piedra, unidas por el dorso á los pilares de la entrada de la capilla.

En el santuario de dicha capilla, al lado del evangelio.

Felipe de Valois, muerto en 1351, y Juana de Borgoña, su primera esposa, muerta en 1348.

Blanca de Navarra, su segunda esposa, muerta en 1398: Juana, hija de Felipe de Valois y de Blanca, muerta en 1373: mas abajo dos estatuas de piedra, pegadas tambien á los pilares del fondo de la dicha capilla.

Capilla de San Juan Bautista, dicha de los Carlos.

Carlos V, dicho el *Prudente*, muerto en 1380, y Juana de Borbon, su esposa, en 1378.

Carlos VI, muerto en 1422, é Isabel de Baviera, su esposa, muerta en 1435.

Carlos VII, muerto en 1461, y María de Anjou, su esposa, muerta en 1463.

Subiendo hácia el santuario, al lado del altar mayor, y á la parte del evangelio, el rey Juan, muerto prisionero en Inglaterra el año 1365.

Bajo de las gradas del santuario el tùmulo macizo de Carlos VIII, muerto en 1489, cuya efijie y los cuatro ángeles que estaban en los ángulos, se sacaron de alli en 1792: el tùmulo fue demolido el 8 de Agosto de 1793.

En la capilla de nuestra Señora la *Blanca* estaban las dos estátuas de mármol blanco de Henrique II, muerto en 1559, y de Catalina de Médicis, su esposa, muerta en 1589, revestidas ambas de sus mantos reales, y tendidas sobre un lecho recubierto con planchas de cobre dorado, con las cifras del nombre del uno y del otro, y adornadas de flores de lis.

En la capilla de los *Cárlos* el sepulcro de Beltran Duguesclin, muerto en 1380.

Nota. Este sepulcro, que no estaba comprendido en el decreto, fue destruido por los trabajadores el 7 de Agosto; pero entre tanto que se traslade á su destino, la estátua se ha colocado en la capilla de Turena.

Nota. Las cenizas y despojos de los reyes y reinas contenidos en los pequeños féretros de piedra ó de plomo encerrados en los sepulcros, y los túmulos huecos de que ya se ha hablado mas arriba, se han depositado en el paraje en que se edificó la torre dicha de los *Valois*, junto al crucero de la iglesia del lado del septentrion, que servia entonces de cementerio. Este magnífico monumento habia sido destruido en 1719.

Se encontraron muy pocas cosas en los féretros de los túmulos huecos; en el de Pepino habia un poco de hilo de oro falso. Cada féretro contenia la simple inscripcion del nombre sobre una planchita de plomo, y aun la mayor parte de ellas estaban muy deterioradas por el orin.

Dichas planchas de inscripciones, asi como los cofres de plomo de Felipe el *Atrevido* y de Isabel de Aragon, han sido trasportados á la casa de la villa, y desde alli á la fundicion. Lo que se ha encontrado de mas particular es, un sello de plata figurando un arco diagonal de Constanza de Castilla, segunda esposa de Luis VII, ó el Joven, muerta en 1160, de peso de tres onzas y media: se ha depositado en la municipalidad provisional-

mente, con destino al gabinete de antigüedades de la biblioteca del rey,

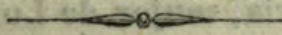
El número de los monumentos destruidos desde el 6 hasta el 8 de Agosto en la tarde de 1793, en que se concluyó la demolicion, asciende á cincuenta y uno: de este modo en tres dias se ha destruido la obra de doce siglos.

P. S. El sepulcro del mariscal de Turena, que se habia conservado intacto, fue demolido en Abril de 1796, y transportados á los Agustinos, arrabal de San Jernan, en París, donde se depositan todos los monumentos que deben conservarse por su mérito artístico.

Las planchas de plomo que cubrian la iglesia, no fueron arrancadas y llevadas á París hasta 1795; pero en 1796 han traído tejas y pizarra, á fin de conservar, segun se dice, este monumento magnífico.

Las hermosas verjas de hierro construidas en 1702 por el célebre Pedro Denys, hábil cerrajero, se han depositado en la biblioteca del colejio Mazarino en París, en Julio de 1796.

Este mismo cerrajero fue el que construyó las rejas de la abadía de Chelles, cuando era su abadesa Mad. de Orleans.



Estraccion de los cuerpos de los reyes, reinas, principes y princesas, y otros ilustres personajes que se hallaban enterados en la abadía de San Dionisio en Francia, verificada en Octubre de 1793.

Sábado 12 de Octubre de 1793 se abrió el panteon de los Borbones del lado de las capillas subterráneas, y se dió principio á la exhumacion por el féretro de Henri-

que IV, que murió en 14 de Mayo de 1610, de edad de cincuenta y siete años.

Nota. Su cuerpo estaba bien conservado y perfectamente marcada su fisonomía. Al pronto fue depositado en el tránsito de las capillas bajas, envuelto en su propio sudario, que tampoco habia padecido; pudiendo todos verle hasta la mañana del lunes 14, en que se trasladó al coro, bajo las gradas del santuario, donde estuvo hasta las dos de la tarde, y de allí fue trasladado al cementerio de Valois, depositándolo en la gran fosa practicada al pie del cementerio, á la derecha del lado del Norte.

Lunes 14 de Octubre de 1793.

Luego que comieron los operarios, y cerca de las tres, continuaron la estraccion de los féretros de los Borbones.

El de Luis XIII, muerto en 1643, de edad de cuarenta y dos años.

El de Luis XIV, muerto en 1715, de edad de setenta y siete años.

De María de Médicis, segunda mujer de Henrique IV, muerta en 1642, de edad de sesenta y ocho años.

De Ana de Austria, mujer de Luis XIII, muerta en 1666, de sesenta y cuatro años de edad.

De María Teresa, infanta de España, esposa de Luis XIV, muerta en 1683, de edad de cuarenta y cinco años.

De Luis, Delfin, hijo de Luis XIV, muerto en 1711, de cerca de cincuenta años de edad.

Observaciones. Algunos de estos cadáveres se han encontrado bastante bien conservados, particularmente el de Luis XIII, que todavía conservaba el bigote; Luis XIV conservaba sus pronunciadas facciones; pero estaba negro como la tinta. Los otros cuerpos, en particu-

lar el del Delfin, se hallaban en una putrefaccion líquida.

Martes 15 de Octubre de 1793.

A las siete de la mañana se ha continuado la estraccion de los féretros de los Borbones, comenzando por el de María Leczinska, princesa de Polonia, esposa de Luis XV, muerta en 1768, de sesenta y cinco años de edad.

El de María, Ana, Cristina, Victoria de Baviera, esposa de Luis, gran Delfin, muerta en 1690, de edad de treinta años.

El de Luis, duque de Borgoña, hijo de Luis, Delfin, muerto en 1712, de treinta años de edad.

De María Adelaida de Saboya, esposa de Luis, duque de Borgoña, muerta en 1712 de edad de veintiseis años.

De Luis, duque de Bretaña, primer hijo de Luis, duque de Borgoña, muerto en 1705, de edad de nueve meses y dieznueve dias.

De Luis, duque de Bretaña, hijo segundo del duque de Borgoña, muerto en 1712, de seis años.

De María Teresa de España, primera mujer de Luis, Delfin, hijo de Luis XV, muerta en 1746, de veinte años de edad.

De Javier de Francia, duque de Aquitania, hijo segundo de Luis, Delfin, muerto en 22 de Febrero de 1754, de edad de cinco meses y medio.

De María Ceferina de Francia, hija de Luis, Delfin, muerta en 27 de Abril de 1748, de edad de veintiun meses.

De N., duque de Anjou, hijo de Luis XV, muerto en 7 de Abril de 1733, de dos años, siete meses y tres dias.

Igualmente se han exhumado los corazones de Luis,

Delfin, hijo de Luis XV, muerto en Fontainebleau en 20 de Diciembre de 1765, y de su esposa María Josefa de Sajonia, muerta en 13 de Marzo de 1767.

Nota. Sus cuerpos habian sido ya enterrados en la iglesia catedral de Sens, segun lo habian dispuesto.

Observaciones. El plomo en figura de corazon fue separado y llevado al cementerio lo que contenia, echándolo en la fosa comun con los demas cadáveres de los Borbones.

Los corazones de los Borbones estaban cubiertos con otros de plata sobredorada, conservando cada uno una corona tambien del mismo metal. Los corazones y las coronas de plata se han depositado en la municipalidad, y el plomo á los comisarios de los plomos.

A continuacion se han ido estrayendo los otros féretros á medida que se presentaban á derecha é izquierda.

El primero ha sido el de Ana Henriqueta de Francia, hija de Luis XV, muerta en 10 de Febrero de 1752, de edad de veinticuatro años, cinco meses y veintisiete dias.

De Luisa María de Francia, hija de Luis XV, muerta en 27 de Febrero de 1733, de edad de cuatro años y medio.

De Luisa Isabel de Francia, hija de Luis XV, casada con el duque de Parma, muerta en Versalles en 6 de Diciembre de 1759, de treinta y dos años, tres meses y veintidos dias.

De Luis José Javier de Francia, duque de Borgoña, hijo de Luis, Delfin, hermano primojénito de Luis XVI, muerto en 22 de Marzo de 1761, de nueve á diez años de edad.

De N. de Orleans, hijo segundo de Henrique IV, muerto en 1611, de edad de cuatro años.

De María de Borbon de Montpensier, primera mu-

jer de Gaston, hijo de Henrique IV, muerta en 1627, de veintidos años de edad.

De Gaston Juan Bautista, duque de Orleans, hijo de Henrique IV, muerto en 1660, de cincuenta y dos años de edad.

De Maria Luisa de Orleans, duquesa de Montpensier, hija de Gaston y de Maria de Borbon, muerta en 1693, de sesenta y seis años de edad.

De Margarita de Lorena, segunda mujer de Gaston, muerta en 3 de Abril de 1672, de edad de cincuenta y ocho años.

De Juan Gaston de Orleans, hijo de Gaston Juan Bautista, y de Margarita de Lorena, muerto en 10 de Agosto de 1652, á la edad de dos años.

De Maria Ana de Orleans, hija de Gaston y de Margarita de Lorena, muerta en 17 de Agosto de 1656, de edad de cuatro años.

Nota. Ninguna particularidad ha ofrecido la estraccion de los féretros verificada en el martes 15 de Octubre de 1793: la mayor parte de estos cuerpos se hallaban reducidos á la mas completa putrefaccion, y exhalaban un vapor negro y denso con un hedor infecto, que fue preciso disipar á fuerza de vinagre y pólvora, que se tuvo la precaucion de quemar, lo cual impidió que los operarios padeciesen.

Miércoles 16 de Octubre de 1793.

A las siete de la mañana se ha continuado la exhumacion de los cuerpos y féretros del panteon de los Borbones. Se ha dado principio por el de Henriqueta Maria de Francia, hija de Henrique IV, y esposa del desgraciado Carlos I, rey de Inglaterra, muerta en 1669, de edad de sesenta años, y se ha continuado por el de Henriqueta Ana Stuart, hija de dicho Carlos I, y

primera mujer de Monseñor, hermano de Luis XIV, muerta en 1670, de edad de veintiseis años.

De Felipe de Orleans, dicho Monseñor, hermano único de Luis XIV, muerto en 1701, de sesenta y un años de edad.

De Isabel Carlota de Baviera, segunda mujer de Monseñor, muerta en 1722, de edad de setenta años.

De Carlos, duque de Berri, nieto de Luis XIV, muerto en 1714, de veintiocho años.

De María Luisa Isabel de Orleans, hija del duque rejente del reino, esposa de Carlos, duque de Berri, muerta en 1719, de veinticuatro años de edad.

De Felipe de Orleans, rejente del reino durante la menor edad de Luis XV, muerto jueves 2 de Diciembre de 1723, de cuarenta y nueve años.

De Ana Isabel de Francia, primojénita de Luis XIV, muerta en 30 de Diciembre de 1662, la cual solo vivió cuarenta y dos dias.

De María Ana de Francia, hija segunda de Luis XIV, muerta en 28 de Diciembre de 1664, de cuarenta y un dias.

De Felipe, duque de Anjou, hijo de Luis XIV, muerto en 10 de Julio de 1671, de edad de tres años.

De Luis, duque de Anjou, hermano del anterior, muerto en 4 de Noviembre de 1672, el cual solo vivió cuatro meses y diecisiete dias.

De María Teresa de Francia, hija tercera de Luis XIV, muerta en 1.º de Marzo de 1672, de edad de cinco años.

De Felipe Carlos de Orleans, hijo de Monseñor, muerto en 8 de Diciembre de 1666, de dos años y seis meses.

De N., hija de Monseñor, muerta al nacer en 1665.

De Alejandro Luis de Orleans, duque de Valois, hijo de Monseñor, muerto en 15 de Marzo de 1676, de edad de tres años.

De Carlos de Berri, duque de Alençon, hijo del duque de Berri, muerto en 16 de Abril de 1718, de veintiun dias.

De N. de Berri, hija del duque de Berri, muerta al nacer en 21 de Junio de 1711.

De María Luisa Isabel, hija del duque de Berri, muerta en 1714, doce horas despues de su nacimiento.

De Sofia de Francia, sexta hija de Luis XV, y tia de Luis XVI, muerta en 5 de Marzo de 1782, de edad de cuarenta y siete años, siete meses y cuatro dias.

De N. de Francia, dicha de Angulema, hija del conde de Artois, hermano de Luis XVI, muerta en 23 de Junio de 1783, de cinco meses y dieziseis dias.

De *Mademoiselle*, hija del conde de Artois, hermano de Luis XVI, muerta en 23 de Junio de 1783, de edad de siete años, tres meses y un dia.

De Sofia Elena de Francia, hija de Luis XVI, muerta en 19 de Junio de 1787, de once meses y diez dias.

De Luis José Javier, Delfin, hijo de Luis XVI, muerto en Meudon en 4 de Junio de 1789, de siete años, siete meses y trece dias.

Sigue el miércoles 16 de Octubre de 1793.

A las once de la mañana, y en el momento en que decapitaban á María Antonieta de Austria, esposa de Luis XVI, se estraía el féretro de Luis XV, muerto en 10 de Mayo de 1774, de sesenta y cuatro años de edad.

Observaciones. Se hallaba á la entrada del panteon sobre un banco ó mesa de piedra, de cerca de dos pies de altura, entrando á la derecha, en una especie de nicho practicado en la pared; y alli es donde depositaban al último rey, esperando que viniera á reemplazarle su sucesor, para ser entonces colocado en su lugar en el panteon.

Al llegar á la huesa se ha abierto el féretro de Luis XV, cuyo cuerpo, que se ha hallado envuelto en lienzos, parecia encontrarse entero y bien conservado; pero casi consumidas las telas que lo cubrian, no ofrecia ni la figura de un cadáver; pues al momento se notó la putrefaccion, y exhaló un hedor, que fue imposible resistir; se ha quemado mucha pólvora, y disparado algunos tiros, para purificar el aire. Ha sido preciso enterrarlo inmediatamente sobre una capa de cal, cubriéndole despues con tierra y cal tambien.

Otra observacion. Se han encontrado ademas en el panteon las entrañas de los principes y de las princesas en unos cubos de plomo bajo los caballetes de hierro que sostenian los féretros, y llevados al cementerio, se han enterrado aquellos restos. Los cubos se han entregado á la fundicion que se acaba de establecer en el cementerio, con el objeto de fundir el plomo que se saque.

Cerca de las tres de la tarde se ha registrado en la capilla, llamada de los Cárlos, el sepulcro de Cárlos V, muerto en 1380, á los cuarenta y dos años, y el de Juana de Borbon, su esposa, muerta en 1378, de cuarenta años de edad.

Cárlos de Francia, que murió todavía niño en 1386, se hallaba inhumado á los pies del rey Cárlos V, su abuelo. Un féretro de plomo encerraba su pequeño esqueleto, disecado ya.

Isabel de Francia, hija de Cárlos V, muerta algunos dias despues de su madre; Juana de Borbon, muerta en 1378, de cinco años de edad, y Juana de Francia, su hermana, muerta en 1366, de seis meses y catorce dias, estaban enterradas en la misma capilla al lado de sus padres. Solo se han encontrado sus huesos, pero sin féretros de plomo, aunque se han observado algunos pedazos de madera podrida ya.

Observaciones. En el féretro de Carlos V se ha encontrado una corona bien conservada, una mano de justicia de plata, y un cetro de cinco pies de largo, coronado de hojas de acanto de plata perfectamente dorada, y cuyo oro presentaba aun todo su brillo.

En el féretro de Juana de Borbon, su esposa, se ha encontrado un pedazo de la corona, un anillo de oro, los restos de unos braceletes, un huso de madera dorada, medio podrida, unos zapatos de forma muy puntiaguda, consumidos en parte, y bordados de oro y plata.

Han sido estraidos de sus féretros y enterrados en la huesa comun de los Borbones los cuerpos de Carlos V y de su mujer, de Carlos VI y de su mujer, y de Carlos VII y de su mujer: y hecho esto, se ha cubierto de tierra aquella huesa, y han cabado otra al lado en el centro del cementerio, para enterrar los demas cuerpos que se han encontrado en la iglesia.

En la mañana del jueves 17 de Octubre de 1793, se ha registrado el sepulcro de Carlos VI, muerto en 1422, de edad de cuarenta y cuatro años; y el de su esposa Isabel de Baviera, muerta en 1435: solo se han encontrado los huesos; y hallábase su nicho entre las ruinas de la demolicion hecha en el mes de Agosto último. Se han hecho pedazos sus hermosas estátuas de mármol, y se han llevado todo lo que les ha parecido precioso.

Igualmente han sido registrados y robados los sepulcros de Carlos VII, muerto en 1461, de cuarenta y ocho años, y el de su mujer Maria de Anjou, muerta en 1463. Lo único que se ha encontrado en sus féretros ha sido un pedazo de corona y de un cetro sobredorado.

Observaciones. Se ha notado una particularidad en el embalsamamiento de Carlos VII, y es una porcion de azogue, que conservaba aun toda su fluidez, cuya singularidad se ha observado en otros cadáveres de los siglos XIV y XV.

El mismo día 17 Octubre de 1793, despues de medio dia, se ha verificado en la capilla de San Hipólito la estraccion de dos féretros de plomo, uno de Blanca de Navarra, segunda mujer de Felipe de Valois, muerta en 1391, y el otro de su hija Juana de Francia, muerta á los veinte años en 1371. Falta la cabeza de esta última; porque acaso se estraviaria hace algunos años al tiempo de la reparacion que se hizo en la entrada del nicho.

En seguida se ha abierto el nicho de Henrique II, que era muy pequeño; y lo primero que se ha sacado han sido dos corazones, uno grande y otro pequeño; pero ignórase de quienes eran, porque no hay inscripcion alguna, y luego cuatro féretros: 1.º el de Margarita de Francia, mujer de Henrique IV, muerta el 27 de Mayo de 1615, de sesenta y dos años de edad; 2.º el de Francisco, duque de Alençon, hijo cuarto de Henrique II, muerto en 1584, de treinta años de edad; 3.º el de Francisco II, que solo reinó año y medio, y murió en 5 de Diciembre de 1560, de diezisiete años de edad, y 4.º el de una hija de Carlos IX, llamada Isabel de Francia, muerta en 2 de Abril de 1578, de edad de seis años.

Antes de hacerse de noche se ha abierto el túmulo de Carlos VIII, muerto en 1498, de veintiocho años. Su féretro se hallaba colocado sobre unos caballetes ó barras de hierro, y solo se han encontrado algunos huesos casi del todo pulverizados.

Viernes 18 de Octubre de 1793, sobre las siete de la mañana se ha continuado la estraccion de los féretros del nicho de Henrique II, y se han sacado cuatro féretros grandes; el de Henrique II, muerto en 10 de Julio de 1559, de edad de cuarenta años y algunos meses; el de Catalina de Médicis, su mujer, muerta en 5 de Enero de 1589, de edad de setenta años; el de Carlos IX,

muerto en 1574, de edad de veinticuatro años; y el de Henrique III, muerto el 2 de Agosto de 1589, de treinta y ocho años de edad.

El de Luis, duque de Orleans, hijo segundo de Henrique II, muerto todavía en la cuna.

El de Juana de Francia y de Victoria de Francia, hijas las dos de Henrique II, muertas en tierna edad.

Observaciones. Estos féretros estaban colocados unos sobre otros en tres líneas: en el primer orden, entrando á mano izquierda, estaban los féretros de Henrique II, de Catalina de Médicis, su mujer, y el de Luis de Orleans, su hijo segundo; el féretro de Henrique II se hallaba colocado sobre barras de hierro, y los otros dos encima de él.

En el segundo orden ó rango, en el centro del túmulo, habia cuatro féretros colocados unos sobre otros, y encima los dos corazones de que se ha hecho mencion.

En el tercer orden, á mano derecha del lado del coro, se hallaban cuatro féretros; el de Carlos IX colocado sobre barras de hierro, y sosteniendo otro grande (el de Henrique III) y otros dos pequeños.

El mismo dia 18 de Octubre de 1793, se ha pasado al túmulo ó nicho de Luis XII, muerto en 1515, de edad de cincuenta y tres años. Al lado suyo, y en el mismo túmulo, se ha encontrado á Ana de Bretaña, su esposa, muerta en 1514, de edad de treinta y siete años; se han hallado ademas en sus féretros dos coronas de cobre dorado.

En el coro, y bajo el crucero septentrional, se ha abierto el túmulo de Juana de Francia, reina de Navarra, hija de Luis X, muerta en 1349, de treinta y ocho años de edad. Hallábase enterrada á los pies de su padre: una piedra hueca, tapizada interiormente de plomo, y cubierta de otra piedra plana, encerraba sus huesos: se ha encontrado una corona de cobre dorado.

95 Luis X, llamado el *Hutin* ó *Revoltozo*, no tenia ni féretro de plomo ni túmulo; una piedra hueca, cubierta en lo interior de planchas de plomo, contenia sus huesos, un cetro y una corona de cobre gastada por el orin. Murió en 1316, de cerca de veintisiete años de edad.

100 El niño rey Juan, su hijo póstumo, se hallaba al lado de su padre en una especie de albardilla de piedra, cubierta de plomo: solo vivió algunos dias.

101 Cerca del sepulcro del Luis X se hallaba enterrado, en un sencillo féretro de piedra, Hugo, llamado el Grande, conde de Paris, muerto en 956, padre de Hugo Capeto, y jefe de la raza de los Capetos. Solo se han encontrado algunas cenizas.

En seguida se ha pasado al centro del coro para descubrir la huesa de Carlos el Calvo, muerto en 877, de edad de cincuenta y cuatro años. Solo se ha encontrado en el suelo una especie de albardilla, que contenia un cofrecillo que encerraba sus cenizas. Murió envenenado cerca de Mont-Cenis, sobre las fronteras de Saboya, en una choza de la aldea de Brios, volviendo de Roma. Su cuerpo se depositó primero en el priorato de Mantin, diócesis de Dijon, y siete años despues fue trasladado á San Dionisio.

102 Sabado 19 de Octubre de 1793 se abrió la sepultura de Felipe, conde de Bolonia, hijo de Felipe Augusto, muerto en 1223, y solo ofrecia de notable la cavidad practicada en la piedra del féretro para recibir la cabeza del principe.

103 Lo mismo observamos en el de Dagoberto.

104 El féretro de piedra en forma de albardilla de Alfonso de Poitiers, hermano de S. Luis, muerto en 1271, solo contenia sus cenizas: se han conservado bien sus cabellos; y lo que únicamente ofrece de notable es, que la parte interior de la piedra que cubria su féretro se ha hallado manchada, colorada y salpicada de rojo y

blanco, como si fuera de mármol; efecto que acaso hayan producido las fuertes exhalaciones del cadáver.

El cuerpo de Felipe Augusto, muerto en 1223, se ha encontrado enteramente consumido.

El de Luis VIII, padre de San Luis, muerto en 8 de Noviembre de 1226, de cuarenta años de edad, se ha encontrado asimismo casi del todo consumido. Habia una cruz de medio relieve esculpida en la piedra que cubria su féretro: dentro se ha encontrado un cetro de madera podrida: su diadema, que no era mas que una infula ó banda de tisú de oro, con una especie de gorro ó solideo de tela parecida al raso, es lo que se ha conservado bien. El cuerpo estaba envuelto en un sudario, del que se han conservado algunos pedazos.

Observaciones. Su cuerpo se hallaba envuelto ademas en un cuero muy tupido, que se conserva perfectamente.

Es el único que se ha encontrado envuelto en cuero; y acaso se hizo para que no exhalase fetidez en un transporte desde Montpensier en Avernia, donde murió, volviendo de la guerra contra los albijenses.

Se cavó luego en el centro del coro, al pie de las gradas del santuario, bajo una tumba de cobre, para encontrar el cuerpo de Margarita de Provenza, mujer de San Luis, muerta en 1295. Se practicó una escavacion bastante profunda, y por fin se descubrió á la izquierda del sitio donde se hallaba su tumba, una albardilla llena de escombros, entre los cuales habia una rótula y dos huesecitos.

En la capilla de nuestra Señora la Blanca, bajo las gradas del santuario, se abrió el sepulcro de Maria de Francia, hija de Carlos IV, llamado el Hermoso, muerta en 1341, y de Blanca, su hermana, duquesa de Orleans, muerta en 1392. El túmulo estaba lleno de escombros, sin cuerpos y sin féretros.

Continuando la escavacion en el coro, se ha encontrado al lado del sepulcro de Luis VIII, el que habia servido para San Luis, muerto en 1270. Era mas estrecho y menos largo que los demas: los huesos fueron sacados de alli cuando se celebró su canonizacion en 1297.

Nota. La razon porque su féretro era mas estrecho y menos largo que los otros, es porque sus carnes, segun refieren los historiadores, fueron llevadas á Sicilia: asi es, que los huesos se condujeron á San Dionisio, y para los cuales se hizo un féretro menos grande que el que servia para su cuerpo entero.

En seguida se ha desenladrillado lo alto del coro para descubrir los demas féretros enterrados en el suelo. Se ha encontrado el de Felipe el Hermoso, muerto en 1314, de cuarenta y seis años de edad. Este féretro era de piedra recubierto con una larga tablilla. No habia otro féretro mas que una albardilla, pero mas ancha á la cabeza que á los pies, cubierta por dentro de planchas de plomo, y otra plancha del mismo metal casi incrustada en las barras de hierro que formaban el túmulo. El esqueleto se conservaba entero: se ha encontrado un anillo de oro, y un cetro de cobre dorado, de cinco pies de largo, terminado por un grupo de follaje, sobre el cual hay figurado un pájaro tambien de cobre dorado.

Por la noche, y con auxilio de luces, se ha abierto el túmulo de piedra del rey Dagoberto, muerto en 638. Tenia mas de seis pies de largo; la piedra se hallaba vaciada para recibir la cabeza separada de su tronco. Se ha encontrado un cofre de madera de cerca de dos pies de largo, guarnecido por dentro con planchas de plomo, el cual contiene las cenizas de este principe y las de Nathilde, su mujer, muerta en 642. Los huesos estaban envueltos en una tela de seda, separados unos

de otros por medio de una plancha que dividia el cofre en dos partes. En uno de los costados del cofre habia una plancha de plomo, con esta inscripcion:

HIC JACET CORPUS DAGOBERTI.

En el otro costado otra plancha, que decia:

HIC JACET CORPUS NATHILDIS.

No se ha encontrado la cabeza de la reina Nathilde, y acaso quedaria en su primera sepultura, desde donde hizo San Luis trasladar sus restos al lugar que hoy ocupaban.

Domingo 20 de Octubre de 1793.

Se ha trabajado en arrancar el plomo que cubria el interior del túmulo de piedra de Felipe el Hermoso; y se ha cavado cerca de la sepultura de San Luis, con el objeto de encontrar el cuerpo de Margarita de Provenza, su mujer; pero únicamente se ha hallado la albardilla de piedra, sin cubierta y llena de tierra y escombros.

En este mismo sitio debia estar el cuerpo de Juan Tristan, conde de Navarra, hijo de San Luis, muerto en 1270, algunos dias antes que su padre, cerca de Cartago, en Africa.

De la capilla, dicha de los Cárlos, se ha estraído el féretro de plomo de Beltran Du-Guesclin, muerto en 1380. Su esqueleto estaba entero, y bien conservado, los huesos enteros y perfectamente disecados. Cerca de él estaba el túmulo de Bureau de la Riviere, muerto en 1400. No tenia casi mas que tres pies de largo; y se ha sacado el féretro de plomo.

Despues de muchas pesquisas se ha encontrado á la entrada el túmulo de Francisco I, muerto en 1547, de cincuenta y tres años de edad.

Este túmulo era espacioso y bien abovedado, y contenía seis cuerpos depositados en otros tantos féretros de plomo, colocados sobre barras de hierro: el de Francisco I; el de Luisa de Saboya, su madre, muerta en 1531; de Claudina de Francia, su mujer, muerta en 1524, de edad de veinticinco años; de Francisco, Delfin, muerto en 1536, de edad de diezinueve años; de Carlos, su hermano, duque de Orleans, muerto en 1544, de veintitres años de edad; y el de Carlota, su hermana, muerta en 1524, de ocho años.

Todos estos cuerpos se hallaban reducidos á putrefaccion líquida, y exhalaban una fetidez insufrible: al trasportarlos al cementerio caía un agua negra por entre las grietas de sus féretros de plomo.

Se ha emprendido la escavacion del crucero del mediodía del coro, y se ha encontrado una albardilla ó túmulo de piedra, que contenía los restos de Pedro Beaucaire, chambelan de San Luis, muerto en 1270.

Al anochecer se ha encontrado cerca de la reja del lado del mediodía el túmulo de Mateo de Vandome, abad de San Dionisio, y rejente del reino en tiempo de San Luis y de su hijo Felipe el Atrevido; no tenía féretro, ni piedra, ni plomo: estaba depositado en tierra en un atahud de madera. El cuerpo se hallaba ya enteramente consumido: ni se ha encontrado mas que la parte superior de su báculo de cobre dorado, y algunos pedazos de una tela muy rica, lo cual prueba que fue enterrado con los ornamentos mas ricos de abad. Murió en 5 de Setiembre de 1286, al principio del reinado de Felipe el Hermoso.

Lunes 21 de Octubre de 1793.

En medio del crucero del coro se ha levantado el mármol que cubria el túmulo donde se depositaron en

Agosto de 1791 los huesos y cenizas de seis principes y una princesa de la familia de San Luis, trasladados aqui desde la abadia de Royaumont, donde estaban enterrados; las cenizas y los huesos han sido sacados de sus cofres ó féretros de plomo, para enterrarlos en la huesa comun del cementerio, adonde se hallaban ya Felipe Augusto, Luis VIII, Francisco I y todas sus familias.

Despues de medio dia se ha registrado el santuario á la izquierda del lado del altar mayor, para encontrar los féretros de Felipe el Largo, muerto en 1332; de Cárlos IV, llamado el Hermoso, muerto en 1328; de Juana de Evreux, tercera mujer de Cárlos IV, muerta en 1370; de Felipe de Valois, muerto en 1350, de cincuenta y siete años de edad; y de Juana de Borgoña, mujer de Felipe de Valois, muerta en 1348, y el del rey Juan, muerto en 1364.

Martes 22 de Octubre de 1793.

En la capilla de los Cárlos, á lo largo de la pared de la escalera que conduce al camarín, se han encontrado dos féretros, uno encima de otro: el de encima, que es de piedra, contenia el cuerpo de Arnaldo Guillermo de Barbazan, muerto en 1431, primer chambelan de Cárlos VII; y el de bajo cubierto con planchas de plomo, encerraba el cuerpo de Luis de Sancerre, condestable en tiempo de Cárlos VI, muerto en 1402, de edad de sesenta años: su cabeza se hallaba aun adornada con los cabellos bien trenzados.

Se ha levantado la piedra perpendicular que cubria los túmulos de piedra del abad Sujer y del abad Toon: el primero murió en 1151, y el segundo en 1221; solo se han encontrado huesos pulverizados.

Se ha continuado la escavacion en el santuario del lado del Evangelio, y se ha encontrado muy adentro una

gran piedra plana que encerraba los sepulcros de Felipe el Largo y de otros.

Allí se han detenido, y por concluir el día, han ido á la capilla, dicha de los Leprosos, á descubrir el túmulo de Sedila de Santa Cruz, muerta en 1380, mujer de Juan Pastourelle, consejero del rey Cárlos V; y se han encontrado los huesos consumidos.

Miércoles 23 de Octubre de 1793.

Por la mañana se ha emprendido el trabajo principiado el día anterior, penetrando en los sepulcros del santuario.

Primeramente se ha encontrado el de Felipe de Valois, que era de piedra, cubierto en lo interior de plomo, y cerrado con una fuerte plancha del mismo metal: se ha hallado una corona y un cetro adornado con un pájaro de cobre dorado.

Cerca del altar se ha descubierto el túmulo de Juana de Borgoña, primera mujer de Felipe de Valois; y un anillo de plata, los restos de una rueca ó huso, y los huesos disecados.

Jueves 24 de Octubre de 1793.

A la izquierda de Felipe de Valois se hallaba Cárlos el Hermoso. Su túmulo estaba construido como el de Felipe de Valois; y se ha encontrado una corona de plata sobredorada, un cetro de cobre dorado, de cerca de seis pies de alto, un anillo de plata, un trozo de una mano de justicia, un baston de ébano, y una almohada de plomo: los huesos estaban calcinados.

Viernes 25 de Octubre de 1793.

Se ha reconocido el sepulcro de Juana de Evreux, que se hallaba roto en tres ó cuatro trozos, y arranca-

do el plomo del féretro: solo se han encontrado los huesos, pero no la cabeza; no se ha hecho mas investigacion; pero se conocia que la noche anterior habian robado este túmulo.

En medio se ha encontrado el sepulcro de piedra de Felipe el Largo; su esqueleto estaba bien conservado, con una corona dorada guarnecida de piedras, un broche de su manto, con otro mas pequeño de plata tambien, y parte de su cinturon, y un cetro de cobre dorado. Al pie de su féretro habia una escavacion, donde se conservaba el corazon de Juana de Borgoña, mujer de Felipe de Valois, encerrado en una cajita ya podrida; y la inscripcion grabada en una plancha de cobre.

Se ha descubierto tambien el sepulcro del rey Juan, muerto en Inglaterra en 1364, de cuarenta y cuatro años de edad; y se ha hallado una corona, un cetro muy alto, pero roto, y una mano de justicia, todo de plata sobredorada. El esqueleto estaba entero. Algunos dias despues, los operarios, con el comisario de los plomos, han ido al convento de los Carmelitas á verificar la extraccion del féretro de Luisa de Francia, hija de Luis XV, muerta en 1787, de edad de cincuenta años y algunos meses. Lo han llevado al cementerio, y su cuerpo se ha depositado en la huesa comun; estaba entero, pero lleno de putrefaccion; y únicamente se conservaban bien sus hábitos de carmelita.

En la noche del 11 al 12 de Setiembre de 1793, por orden del Departamento y en presencia del comisario del distrito y de la municipalidad de San Dionisio, se han llevado todo lo que quedaba del tesoro, relicarios, reliquias, &c.; y todo ha sido colocado en grandes cajas de madera, lo mismo que otros ricos ornamentos de la iglesia, y conducido en los carros de la convencion, y con grande aparato y escolta de la guardia de la villa el dia 13 á las diez de la mañana.

Suplemento.

Habiéndose demolido el dia 18 de Febrero de 1794 el sepulcro de Francisco I, fue facil abrir el de Margarita, condesa de Flandes, hija de Felipe el Largo, y mujer de Luis, conde de Flandes, muerta en 1382, de edad de setenta años; su féretro era de plomo colocado sobre barras de hierro; se han encontrado algunos huesos bien conservados y algunas planchas de madera de castaño. Pero no se ha encontrado la sepultura del cardenal de Retz, llamado el Coadjutor, muerto en 1679, ni tampoco la de otros muchos ilustres personajes.

NOTA C.

CAPÍTULO DE JESUCRISTO Y DE SU VIDA.

»A menos que no quiera á Dios enviaros alguno para instruiros de parte suya, jamás os prometais el acierto en el designio de reformar las costumbres de los hombres.» (PLATON, *Apolojía de Sócrates*).

El mismo filósofo, despues de haber probado que la piedad es la cosa que mas se desea en el momento, añade: »Pero ¿quien fuera capaz de enseñarla, si Dios no la sirviese de guia?» (Diálogo intitulado EPINOMIS.)

NOTA D.

Léase en la segunda parte del *Discurso sobre la Historia universal* el admirable pasaje que habla de *Jesucristo y de su doctrina*.

NOTA E.

El doctor Robertson ha hecho justicia á Voltaire, diciendo que este hombre universal no ha sido un historiador tan fiel como se cree jeneralmente. Yo creo tambien, que no es falso todo lo que ha citado; pero que ha

callado muchas cosas, por no decir que las ignoraba. Ha dado además á los pasajes orijinales cierto jiro particular, con el objeto de hacerles decir lo que realmente no espresan; y este es el medio de ser á la par exacto y estraordinariamente infiel. Pero Voltaire no ha tenido necesidad de recurrir á este medio en sus dos mejores historias, la de Luis XIV, y la de Cárlos XII; al paso que su historia universal es una larga injuria del cristianismo, contra el cual ha creído podia emplear todo jénero de armas. Ora niega con formalidad, ora afirma con un tono positivo, y en seguida mutila y desfigura los hechos.

Mas aun: se atreve á decir que *por espacio de cerca de cien años no hubo jerarquía alguna entre los cristianos; sin darnos pruebas de tan estraña asercion, y contentándose con decir: es sabido, es hoy objeto de risa.*

Segun él, lo único que se sabe acerca de la sucesion de S. Pedro es un *libro fraudulento, titulado: Pontificado de Dámaso* (1). A esto se pudiera oponer la autoridad de San Ireneo en un tratado sobre las herejías, en que el padre de la iglesia galicana inserta completa la sucesion de los papas desde los apóstoles (2), contando doce hasta su tiempo. Calcúlase el año del nacimiento de San Ireneo, cerca de ciento veinte despues de Jesucristo: fue además discípulo de Papias y de San Policarpo, que lo fueron de San Juan Evanjelista. Por consiguiente fue un testigo casi ocular de los primeros papas. Despues de San Pedro nombra á San Lino, y sabemos que este Lino es el mismo de quien habla San Pablo en su epistola á Timoteo (3). Y en vista de esto, ¿como se atrevió Voltaire ó los que le auxiliaban en sus trabajos (si acaso no

(1) *Ensayo sobre las costumbres de las naciones: cap. VIII.*

(2) *Lib. III, cap. III.*

(3) *Ep. IX, cap. IV, v. 21.*

lo ignoraban) á sentar una proposicion tan aventurada? Si creemos al *Ensayo sobre las costumbres*, no parece sino que jamás se ha hablado de Lino; y sin embargo los mismos apóstoles hacen mérito de este primer sucesor del jefe de la iglesia.

NOTA F.

Fragmento de un sermón de Bossuet sobre la Unidad de la iglesia, pronunciado en la apertura de la asamblea del clero en 1682.

Hallaremos en el Evangelio que queriendo Jesucristo dar principio al misterio de la unidad en su iglesia, escujo solo doce entre todos sus discípulos; y deseando luego consumir el misterio de la unidad en la misma iglesia, entre aquellos doce elijió uno..... No se diga, ni aun se piense que este ministerio de San Pedro concluyó con él: no; porque no concluirá jamás lo que debe servir de apoyo á una iglesia inmortal. Pedro vivirá en sus sucesores; Pedro hablará siempre en su cátedra; esto lo afirman los Padres, y mas de seiscientos treinta obispos lo confirmaron en el concilio de Calcedonia.

....¿ Quien ignora lo que ha cantado el gran San Próspero, hace mas de doce siglos: *Roma, la silla de Pedro, hecho en este concepto el jefe del órden pastoral en todo el universo, subyugó por medio de la religion, lo que las armas no pudieron conquistar?* ¡ Con cuanta satisfaccion repetimos este sagrado cántico de un padre de la iglesia galicana! Si, porque es un cántico de paz, en el que se celebra la grandeza de Roma y la unidad de toda la iglesia.

....Jesucristo prosiguió su designio, y despues de haber dicho á Pedro, eterno predicador de la fe: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia*, añade: *Y yo te daré las llaves del reino de los cielos. Tú, que*

gozas de la prerogativa de la predicacion de la fe, tú poseerás tambien las llaves que designan la autoridad del gobierno. *Lo que atares en la tierra, será atado en el cielo; y lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo.* Todos están sujetos á estas llaves; todos, hermanos míos, reyes y pueblos, pastores y rebaños. Publicámoslo con alegría; porque amamos la unidad, y nos gloriamos en la obediencia. Pedro fue el primero á quien se mandó *amar mas que los demas apóstoles*, y en seguida *apacentar* y gobernarlo todo; los *corderos y las ovejas*, y los pastores tambien; los pastores respecto de los pueblos, y las ovejas respecto de Pedro, todos honran en él á Jesucristo.

NOTA G.

Llega hasta el extremo de negar las persecuciones de Neron, y se atreve á suponer que ninguno de los Césares molestó á los cristianos, hasta que Domiciano subió al trono. »Tan injusto era, dice, imputar al cristianismo este incidente (el incendio de Roma), como al emperador (Neron); pues ni él, ni los cristianos, ni los judíos tenían interes en quemar á Roma: mas era preciso apaciguar al pueblo que se sublevaba contra unos estranjeros tan aborrecidos de los romanos como de los judíos. Por esto fueron abandonados algunos infelices á la venganza pública. (¿Que venganza cuando no eran culpables?) Parece que entre las persecuciones hechas á su fe, no debiera haberse contado esta violencia pasajera. Nada tenia de comun con su religion, *que no se conocia* (vamos á oír á Tácito), y que los romanos confundian con el judaismo, protegido por las leyes tanto como era despreciado. He aqui tal vez uno de los pasajes históricos mas estraños que jamás se han escrito por la pluma de un autor.

Pues que , ¿ no habia leido jamás Voltaire á Suetonio ni á Tácito? Niega la existencia ó la autenticidad de las inscripciones halladas en España, y en que se dá gracias á Neron por haber abolido en la provincia una supersticion nueva. Existe una de estas mismas inscripciones en Oxford, la cual dice: *Neroni Claud. Cais. Aug. Max. ob provinc. latronib. et his. qui novam generi hum. superstition. inculcab, purgat.* Y con respecto á esta misma inscripcion, no comprendo por qué duda Voltaire que sea aquella nueva supersticion la religion cristiana. Estas son las palabras de Suetonio: *Afflicti suppliciiis christiani, genus hominum superstitionis novæ ac maleficæ.*

El pasaje de Tácito va á enseñarnos ahora cual fue aquella violencia pasajera cometida públicamente, no contra los judios, sino contra los cristianos.

»Neron, con el fin de apaciguar los alborotos, buscó algunos culpables, é hizo sufrir los mas crueles tormentos á los que vulgarmente llamaban cristianos, y eran aborrecidos por sus infamias. Jesucristo, que les dió su nombre, habia sido condenado al suplicio por el procurador Poncio Pilatos en tiempo de Tiberio, y con esto se reprimió por de pronto aquella horrible supersticion. Pero no tardó el torrente en volver á salir de madre, no solamente en Judea, donde habia tenido orijen, sino en la misma Roma, adonde van al fin á parar y engrosarse todos los desaguaderos del universo. Se empezó prendiendo primeramente á aquellos que profesaban el cristianismo, y despues por las declaraciones de estos á una *multitud inmensa*, menos convencida de haber incendiado á Roma que de aborrecer al jénero humano; y añadiendo á su suplicio el escarnio, los vestian con pellejos de bestias para que asi los devorasen los perros: los ataban en cruz, ó les untaban el cuerpo con resina, y los encendian de noche para alumbrarse. Habia cedido Neron sus propios jardines

para este espectáculo, y al mismo tiempo daba juegos en el circo, confundiéndose con el pueblo, vestido de cochero ó guiando los carros. Asi es que aunque fuesen delincuentes y dignos de los mayores suplicios, cualquiera se compadecia de aquellas víctimas, que parecian inmoladas mas bien á los pasatiempos de un bárbaro, que al bien público.”

Los afectos de compasion de que Tácito parece poseido al fin de esta descripcion, se oponen muy tristemente á un autor cristiano que intenta debilitar la piedad hácia las víctimas. Se ve que Tácito habla claramente de los cristianos, sin confundirlos con los judíos, pues refiere su orijen; y por otra parte, hablando del sitio de Jerusalem, refiere en otro pasaje la historia de los hebreos y de la relijion de Moisés. Por lo mismo se descubre la causa de haber afirmado Voltaire que los romanos creian perseguir á los judíos persiguiendo á los fieles. Sin duda esta espresion, *menos convencidos de haber incendiado á Roma que de aborrecer el jénero humano*, es la que el autor del Ensayo interpretó de los judíos y no de los cristianos; siendo lo mas extraño, que queriendo apartar al lector de la compasion, no echó de ver que hacia el elogio de aquellos últimos. Pero aun dado caso de no poder aplicar realmente las palabras de Tácito á los fieles, cuya relijion es al contrario una especie de filantropia, debiera haber advertido que la resistencia de los cristianos en hacer sacrificios á los ídolos, y asistir á los abominables juegos del circo, para ver los hombres degollarse ó ser despedazados por las fieras, les hacia ser mirados como enemigos de los dioses y de los hombres. En cuanto á los crímenes detestables que se echaban en cara á los primeros fieles, como, por ejemplo, el de comerse los niños y beber su sangre, se ve facilmente lo que habia podido dar lugar á semejantes rumores. La sangre mística

del Hijo del Hombre, que se bebía en el vino de la Eucaristía, el niño que se inmola, la carne del cordero, todos aquellos misterios de que los paganos habían oído hablar confusamente, agregados á las reuniones misteriosas de los fieles, hicieron suponer facilmente ritos abominables. Plinio, Marco Aurelio, Severo, y otros muchos ilustres paganos, han hecho tanta justicia á las costumbres de los cristianos primitivos, que las palabras de Tácito no son aqui de peso alguno. Grande gloria es para los cristianos, dice Bossuet, el haber tenido por primer perseguidor al que lo era del jénero humano. El artículo de Voltaire nos precisa á hacer un triste retroceso sobre aquel espíritu de partido que divide á todos los hombres y sofoca en ellos los sentimientos naturales. ¡El cielo nos preserve de aquellos horrorosos enconos de opinion que tan injusto hacen al hombre!

NOTA H.

Mr. de Cl..., obligado á huir en compañía de un hermano durante el reinado del terror, se acogió al ejército de Condé, y despues de haber servido en él con honor hasta la paz, se resolvió á retirarse del mundo. Al intento pasó á España, y se retiró á un convento de la Trapa, tomó el hábito de la orden, y murió á poco tiempo de haber profesado. Había escrito muchas cartas á su familia y á sus amigos durante su viaje á España y su noviciado en la Trapa, las cuales insertaré literalmente, para que en ellas se vea una pintura fiel de la vida de aquellos relijiosos, cuyas costumbres solo son ya entre nosotros unas tradiciones históricas. En aquellas pájinas escritas sin arte, reina frecuentemente una grande elevacion de sentimientos, y siempre una sencillez, tanto mas preciosa, cuanto pertenece el jenio frances, y que de dia en dia se va perdiendo entre nos-

otros. Estas cartas, cuyo objeto es anejo al recuerdo de todas nuestras desgracias, representan un jóven y valiente frances arrojado del seno de su familia por la revolucion, é inmolándose en la soledad, cual victima ofrecida al Eterno para remediar los males y las impiedades de su patria. De esta manera San Jerónimo desde lo interior de su gruta, derramando abundantes lágrimas, y levantando sus manos hácia el cielo, procuraba retardar la caída del imperio romano. Esta correspondencia ofrece en fin una historia completa, aunque muy reducida, que tiene su principio, su medio y su fin, y no dudo que si se publicase como una simple novela, tendria muy buen éxito, á pesar de que no contiene ninguna aventura: se reduce á un hombre que hablando á sus amigos les da cuenta de sus ideas y pensamientos. ¿En que se funda, pues, el embeleso de estas cartas? En la religion. Nueva prueba que concurre en apoyo de los principios que he tratado de establecer en mi obra.

A los SS. de B., sus compañeros de emigracion en Barcelona.

15 de Marzo de 1799.

Mi último viaje, queridos amigos míos (*el de Madrid*), ha sido para mí muy agradable. He pasado por Aranjuez, donde estaba la córte: he permanecido cinco dias en Madrid, y otros tantos en Zaragoza, donde he tenido la satisfaccion de ver á nuestra Señora del Pilar. He tenido, en fin, mas placer en recorrer la España, que el que habia experimentado en los demas paises; pues aqui se tiene la ventaja de viajar con mas economia que en ninguno de los paises que he recorrido: no he perdido nada de mi equipaje, aunque soy muy descuidado; he hallado aqui muchos hombres de bien que

saben ser caritativos, y se ahorra en fin mucho cualquier viajero, llevando consigo un saco, que se llena de paja por la noche para acostarse; pero hablemos de otra cosa, pues nada de esto me causa ya placer alguno. *Adios* he dicho á las montañas y los parajes campestres, renunciando á todos mis planes de viaje en la tierra, para empezar el de la eternidad. Vedme ya nueve dias ha en la Trapa de Santa Susana, donde con la gracia de Dios he resuelto acabar mis dias. Los padecimientos eran en mí de menos mérito que en otro, atendido el hábito que habia contraído de padecer por una especie de *epicurismo*.

Lejos de observarse aqui una vida de haraganes, hay que levantarse á la una y media de la mañana para hacer oracion ó lectura devota hasta las cinco; despues empieza el trabajo, que no cesa hasta cosa de las cuatro y media de la tarde, hora en que nos desayunamos: hablo de los hermanos conversos, en cuyo número me cuento; pues los padres, que trabajan tambien mucho, dejan el campo á las horas señaladas para ir al coro, donde cantan el oficio parvo, el ordinario y el de difuntos. Los demas hermanos suspendemos tambien nuestro trabajo, para hacer por intervalos nuestras oraciones, lo cual se verifica en el mismo lugar. Rara vez pasa media hora sin que el mas antiguo dé unas palmadas para advertirnos que elevemos nuestros pensamientos al cielo, con lo cual se mitigan mucho nuestras penas, acordándonos de que trabajamos por un amo, que no dejará de pagarnos el salario á su debido tiempo.

He presenciado la agonía de uno de nuestros padres hasta que espiró. ¡Ah! ¡si supieseis que consuelo se experimenta en aquel momento de la muerte! ¡Que dia de triunfo! Nuestro reverendo padre abad preguntó al moribundo: *Hermano, ¿estás descontento ahora de haber padecido un poco?* Os confieso con vergüenza mia que algu-

nas veces me han venido ganas de morir, como aquellos soldados cobardes que desean su licencia absoluta antes de cumplir el tiempo de servicio. Santa María Ejipciaca hizo cuarenta años penitencia, siendo menos pecadora que yo, y hace ya mil años que descansa en la gloria.

Encomendadme á Dios, queridos amigos míos, á fin de que podamos volvernos á encontrar en el gran día.

Os ruego que noticieis á mi querido Hipólito y á mis hermanas la determinacion que he tomado. Les escribiré dentro de seis semanas, y pueden contestarme bajo el sobre que les diré.

Somos aqui setenta entre españoles y franceses, y como la casa es muy pobre, por esto deseo recibir las trecientas libras. Por otra parte, aunque con la gracia de Dios espero perseverar en mi resolucion, tengo un año de término para salir de aqui.

Si me escribis, hacedlo bajo sobre: *Al R. P. Abad de Santa Susana de la Trapa, por Alcañiz, Maella; para el hermano Cárlos Cl.*

Carta escrita á sus hermanos residentes en Francia.

Primera semana de Pascuas, 1799.

Heme en Santa Susana desde el primer lunes de cuaresma: es un convento de la Trapa, donde me he propuesto acabar mis dias, despues de haber experimentado ya todo lo mas austero en el curso del año. Jamás nos levantamos en esta santa casa despues de la una y media de la mañana: al oír la primera campanada vamos á la iglesia: los hermanos conversos, en cuyo número me cuento con el nombre de Fr. J. Climaco, salen á las dos y media para ir á estudiar los salmos ó leer alguna cosa espiritual, y á las cuatro volvemos á entrar en la iglesia, hasta las cinco, que se empieza el trabajo. Nos ocupamos en un taller hasta ser de día: entonces toma uno

una azada ancha y otra estrecha , y con silencio y compostura nos vamos al trabajo , que dura algunas veces hasta las tres de la tarde. Seguidamente se acerca uno al convento, donde vuelve á empezarse el trabajo en el taller , esperando que den las cuatro y cuarto , hora en que tocan á refectorio. Al levantarnos de la mesa , vamos procesionalmente á la iglesia rezando el *Miserere*; salimos de alli cantando el *De profundis* , y volvemos al trabajo en el obrador , donde se carda , se hila , se teje paño , y se hacen otras cosas segun el talento de cada uno. En fin , en la misma casa se debe hacer del modo posible , y por mano de los hermanos , todo aquello que necesitamos para nuestro uso : cada cual debe ganarse la vida con el sudor de su frente , haciendo voto de pobreza , y de no vivir á espensas de nadie ; antes bien por el contrario , se da aqui hospitalidad á personas de toda clase y estado que vengan á vernos , sin que tengamos no obstante mas que dos pares de mulas , unas doscientas ovejas y algunas cabras , que pacen en las áridas montañas que nos rodean. Solamente al cuidado de una Providencia particular fuera facil mantener con tan poca cosa setenta individuos , sin contar una multitud de forasteros que vienen de todas partes , y á los cuales se dá pan blanco , y cuanta comida se puede de vijilia , guisada con aceite ó manteca , cosa que nosotros no probamos. El pan que comemos es de trigo mal cribado , y cuya harina se amasa tal como sale del molino. Yo soy poco mañoso para hilar en obrador , y por lo mismo me ocupo alli en mondar las habas ó lentejas que hemos de comer. El arroz se come sin mondar , cocido con agua y sal , sin otro aderezo.

A las seis menos cuarto va la comunidad al claustro á leer ó hacer oracion hasta las seis ; sigue á esto una lectura que todos escuchan , y concluida ésta , entran os padres en la iglesia á rezar completas. El padre

maestro, que es un religioso anciano, distribuye la tarea á los hermanos conforme van entrando en la iglesia: despues de completas se toca la campana, que convoca á toda la comunidad para cantar la *Salve*, la cual dura un cuarto de hora; y este canto, que es muy hermoso, basta por sí solo para que uno descansa de las tareas de todo el dia; seguidamente pasamos un cuarto de hora en contemplacion. A las siete y cuarto se reza el *Sub tuum præsidium*, y hecho esto, todos los individuos de la casa van á postrarse de rodillas en el claustro, y alli, echados en el suelo boca abajo, como el rey David, rezan el *Miserere* con un profundo silencio: esta última ceremonia me parece sublime, y nunca se me representa mejor el hombre que cuando se humilla delante de su Autor. En fin, el R. P. Abad se levanta, y situado en la puerta de la iglesia, dá agua bendita á todos sin escepcion, hasta al último de los novicios. Asi que llegamos al dormitorio, cada uno se hinca de rodillas á los pies de su cama, hasta que se oye el toque de una campanilla, que es la señal de acostarse, y lo hacemos á las siete y media.

En los primeros dias que se encierra uno en este claustro, se le ofrecen sin cesar algunos inconvenientes, que opuestos del todo á lo que uno estaba acostumbrado, no dejan de ser difíciles de vencer. Por ejemplo, el que se sienta no debe estar en la postura que le parezca mas cómoda, ni sentarse el que está cansado, sin mas motivo que el de descansar: fúndanse estos preceptos en que el hombre ha nacido para trabajar en este mundo, y que no debe aguardar el descanso hasta que haya llegado al término de su peregrinacion. De este modo pierde uno toda propiedad, digámoslo asi, sobre su cuerpo. El que se hace una herida algo grave, está obligado á ir á acusarse de ello poniéndose de rodillas, como tambien el que rompe alguna vasija de

barro, y todo esto sin hablar; pues basta manifestar la sangre que sale de la herida, ó los cascotes del cacharro roto. Despues se hace recapitulacion de las culpas, acusándose en alta voz de las que sean puramente materiales. Seria muy difuso si dijese todo lo demas.

Mas en verdad que el tiempo de cuaresma es lo mas austero en esta casa. Yo he comenzado en este tiempo de penitencia, haciendo lo que los corredores que se ejercitan con zapatos de plomo. Asi es que en la actualidad me parece que observamos una vida de sibaritas, y en verdad podemos decir: ¡ay de mí, cuan poco hacemos en comparacion de lo que han hecho los santos! Cuando pienso en las empresas de los aventureros americanos, en su travesia desde el mar Atlántico al mar del Sud, pasando por el itsmo de Panamá, y lo que han debido padecer en aquellos valles desiertos, sufriendo los irresistibles calores del ecuador, pasando de aqui repentinamente á los hielos, y todo esto dominados del deseo de apoderarse del oro de los indios: al considerar todos estos vanos esfuerzos por unos bienes perecederos, y sabiendo por otra parte que la esperanza de los que se afanan por Dios no será frustrada, debemos esclamar: ¡oh Dios! ¡por mucho que hagamos aqui abajo, cuan poco será para ganar el cielo!

Nosotros conocemos toda la fuerza de esta verdad, y hay seguramente algunos hermanos que abrazarian todo jénero de penitencia; pero ningun trapense puede propasarse á hacer la menor ansteridad sin un permiso espreso del prelado, y este rara vez lo concede, porque siendo pobres, es preciso conservar las fuerzas para trabajar. Si alguna vez dormito recostado contra una tapia, no falta algun hermano caritativo que me despavile muy pronto, y me parece oirle decir: »Tú descansarás en la casa eterna, *in domum æternitatis.*» Durante el trabajo, sea en el campo, sea en la casa, el mas an-

ciano da unas palmadas de cuando en cuando, y reinando entonces un gran silencio por espacio de cinco ó seis minutos, cada uno puede dirigir la vista al cielo, y con esto parece que se mitiga el frio del invierno y los calores del verano. Es preciso ser testigo de todo lo que aqui pasa, para formarse la idea de la conformidad y del júbilo de todos los que aqui habitan: nada prueba mejor la felicidad de esta vida, que lo que han hecho los trapenses para reunirse despues de su espulsion de Francia, y del número de conventos de la órden que se han fundado hasta en el Canadá. Esta comunidad se compone de unos setenta individuos, y diariamente se niega la entrada á varios que solicitan ser admitidos. No ha dejado de costarme mucho el conseguirlo yo; pero felizmente he venido aqui, sin haber escrito, como se hace comunmente, sin conocer á nadie, confiado tan solo en la proteccion de Maria Santísima, á quien invoqué y me habia dirigido antes de salir de Córdoba; no me desanimé, pues, en vista de la primera negativa, porque sabia bien que el P. Abad no es el verdadero dueño, y de aqui es que á pocos dias entró en mi cuarto, y habiéndome abrazado, me dijo: «Miradme en adelante como hermano vuestro: gravaria mi conciencia si despidiese alguno que, apartándose del mundo, viniese aqui á trabajar en su salvacion.»

Efectivamente, por la gracia de Dios, este es el único motivo que me ha determinado á ser trapense. Estaba resuelto á ello desde unos tres meses antes de salir de Francia; pero ¿donde y cómo conseguir el fin á que aspiraba? No sabia cómo. De Barcelona hasta aqui no hay mas que cuatro pasos; pero los caminos mas cortos no son siempre los de la Providencia: entraba al parecer en los designios de Dios que yo fuese primeramente á Córdoba, transitando por uno de los mas bellos paises de la naturaleza, los reinos de Valencia, Murcia y Gra-

nada : aseguro que nada he visto mas embelesador que la Andalucía. Cuanto mas andaba ; tanto mas se aumentaba el deseo de ver otras provincias y otros paises. Habiendo encontrado en las cercanías de Tarragona un oficial suizo , á quien conocí en el Vallés , me llevó mi hatillo en su caballo , é hicimos la jornada juntos. Sin saber cómo recayó la conversacion en hablar de la Val-Santa , y como se habian visto precisados aquellos padres á pasar á Prusia , sobre lo cual me dijo el oficial que habian formado una colonia en Aragon , inmediatamente me determiné á dirijirme hácia aquella parte , y emprendí solo aquel largo camino , andando dia y noche , atravesando las montañas , que son algo ásperas , antes de llegar á Tortosa ; de modo que anda uno por alli cinco ó seis leguas sin encontrar siquiera una persona , viéndose por varias partes una multitud de cruces , que indican el trájico fin de algun viajero.

El pais que veia , ya fuese árido ó risueño , me escitaba siempre ideas agradables , ó me infundia una de aquellas melancolías que complacen por los diferentes sentimientos que se acumulan , aunque guardando cierta armonia. No me acuerdo de haber hecho jamás viaje alguno con mas confianza ni mas placer , pues no he encontrado mas que jente honrada , bondadosa y caritativa. Nada mas alegre que un meson de España , por la confusion de jentes que á él van á parar. Yo colgaba mi hatillo de un clavo , sin pensar ya en él : el precio del pan y de la carne está prefijado , asi no pueden ser engañados los viajeros como yo : jamás he visto un pueblo menos interesado ; los criados se desdeñaban de recibir mi escasa propina , y no pocas veces han llevado los carreteros mi lio durante muchos dias sin querer aceptar cosa alguna. En fin , estimo con extremo á este pueblo que á si mismo se estima , que no va á servir á otras naciones , y que ha conservado y conserva un carácter

verdaderamente orijinal. Se habla mucho del libertinaje que aqui reina, y creo que hay mucho menos que en nuestro pais. Y al mismo tiempo, ¡que valientes! No hubiera aqui ciertamente menos mártires que en Francia, si fuese posible destruir la relijion. Dificil seria semejante empresa, porque antes era preciso que el libertinaje se apoderara de los españoles, y estos se encuentran muy distantes de tal calamidad. Desde los grandes hasta los plebeyos todos observan la relijion, de manera, que aunque son muy altivos por carácter, en la iglesia hay una perfecta igualdad, y asi se ve á la duquesa sentada al lado de su criada. La iglesia es comunmente el mas bello edificio del pueblo; siempre está muy aseada, y el piso esterado, particularmente en Andalucía. Arden en el templo muchas lámparas noche y dia, de modo que en la capilla de la Virgen suelen verse hasta diez ú once lámparas encendidas. Es tanto el consumo de cera en los templos, que se importa mucho de Francia, Africa y América, aunque hay un número inmenso de colmenas abandonadas en medio de estas montañas.

Muy larga ha sido esta digresion. Tengo escrito los pormenores de mis viajes á los B. y á los Bo; pero ignoro si estos últimos han recibido mis cartas: les indiqué que os las remitiesen si fuese posible, y si lo han hecho, puede que os hayais divertido.

Cierto día llegué á un campo desierto, y vi una soberbia portada, único resto de alguna gran ciudad, que no puede dejar de ser obra de los romanos, y por debajo de la cual pasa el camino real. Me detuve á considerar aquel arco, que seguramente tiene mas de dos mil años, y me ocurrió la idea de que aquella ciudad habrá sido habitada por jentes que en la flor de su edad veian la muerte como una cosa muy lejana, ó que pensaban en ello muy poco: que seguramente estaria dividida

la poblacion en bandos ó partidos, encarnizándose los hombres unos contra otros, siendo esto causa de que al cabo de muchos siglos se vean levantarse y confundirse sus cenizas en un mismo torbellino. Tambien he visto á Murviedro, donde estuvo Sagunto, y reflexionando sobre la vanidad de los tiempos, solo he pensado ya en la eternidad. ¿Y que me importará dentro de veinte ó treinta años, el que me hayan despojado de mis bienes con motivo de una persecucion contra los cristianos? San Pablo primer ermitaño, viéndose denunciado por su cuñado, se retiró á un desierto, abandonando á merced de su denunciador considerables riquezas; pero como dice S. Jerónimo: ¿quien no prefiriera hoy dia la pobre túnica de Pablo con sus méritos, á la púrpura de los reyes con sus penas y sus tormentos? Todas estas reflexiones juntas me determinaron á venir sin dilacion á refugiarme aqui, renunciando todo proyecto de curso de nuevo viaje, confiado en que si yo tengo la dicha de ir al cielo, despues de haber hecho penitencia, desde alli veré á mi satisfaccion todas las rejiones del mundo.

En todo el tiempo que hace que estoy aqui no he padecido la mas leve indisposicion de estómago ni mas incomodidad que un poco de frio por la mañana cuando voy al campo. Es de advertir que en el penúltimo viernes de cuaresma se me mandó que fuese á limpiar el corral del ganado, y despues de haber tenido un trabajo muy pesado desde el amanecer hasta las dos y media de la tarde, trataba de acercarme al convento, cuando me enviaron al monte por yerba, y no estuve de vuelta hasta las cuatro y cuarto, hora del desayuno: me resultó de ello una hemorragia muy fuerte por la noche, y continué no obstante mi fatiga todas las mañanas á la hora acostumbrada. Con este motivo, y el frugal y poco sustancioso alimento que tomaba, en lugar de recobrar me iba debilitando de dia en dia; cuando al fin

llegó la Pascua: desde este tiempo se come á las once y media, se hace una buena colacion á las seis de la tarde, y se trabaja mucho menos, de suerte que al instante me he restablecido. El dia de Pascua tuvimos para comer un caldo de harina de mahiz, arroz con leche, y nueces para postres. El arzobispo de Auch, que habia venido á ordenar á muchos de nuestros hermanos, comió en el refectorio: por la noche se nos dió uvate y pasas: podemos comer leche de nuestras ovejas hasta la Pascua de Pentecostés. La racion de alimento es tan cumplida, que nunca he podido acabarla. En cuanto á lo demas, estoy muy contento de hallarme aqui; pues aunque la regla es estrecha, los superiores son la misma caridad. Tachan á nuestro R. P. Abad de ser demasiado bueno; defecto que si lo es, tambien lo tienen los santos. Este prelado no tiene otro privilejio que el de levantarse mas temprano y acostarse mas tarde; y su cama, que es como la de todos los demas, se compone de dos tablas juntas y un jergon de paja, sin mas ni menos habitacion que yo. Observo ya una cosa que me habia dicho uno de los religiosos al entrar aqui. Si alguno comete alguna falta leve, se le compadece, se ruega por él, ó se le advierte con la mayor dulzura; y cuando es preciso despedirle, ó que él se quiere ir voluntariamente, se le devuelve cuanto trajo, sin quedarse aqui con cosa que valga un ochavo en descuento por su manutencion ó por su hábito; antes bien se hace por él todo lo que se puede para que se vaya contento. Cuando muere el padre ó madre, ó algun hermano de un religioso, si la familia cuida de escribir al R. P. Abad, toda la comunidad reza por el difunto, sin que sepa nadie por quien es: bajo este concepto, querido hermano mio, cuando el Dios de bondad os llame á sí, sirvaos esto de un consuelo en los últimos momentos.

Lo que me determina á quedar aqui resueltamente,

es que no se necesita vocacion particular para observar tal vida: no sucede lo que en otros conventos, pues hablando con propiedad, nosotros somos labradores que viven del trabajo de sus manos, reunidos como en los primeros siglos de la iglesia, para servir á Dios con un espiritu de caridad, segun el precepto de nuestro Salvador, que dijo al jóven: *Abandónalo todo por seguirme*, sin preguntarle si tenia vocacion. Otra de las cosas que bastarian para determinarme, es en que nuestra casa está bajo la proteccion particular de María Santísima. Asi que entramos en la iglesia, se reza el *Ave María*, prostrados en tierra, con la frente apoyada en el reverso de las manos puestas en el suelo. La imájen de la Virgen está colocada en el altar mayor, pintada entre dos ángeles, con los ojos levantados hácia el cielo: jamás he visto cosa alguna tan noblemente representada. Este altar habia estado cubierto toda la cuaresma, y es inexplicable el placer que experimentamos el sábado santo por la tarde, al entonar la Salve cuando descorrieron el velo, estando ya toda la iglesia iluminada. Estoy persuadido de que fue participe de nuestra alegría el arzobispo de Auch, quien me habia echado su bendicion.

Ciertamente que despues de cuanto os he dicho, nada deseo tanto como morir, y que sea pronto, para no aumentar el número de mis culpas. Pero si me despidiesen por falta de salud, atendiendo á que las hemorragias que padezco me constituirán en un estado de debilidad, abrazaria el partido á que siempre se dirijieron mis miras, por espacio de catorce ó quince años; y es el de comprar una casita con un trozo de tierra, y vivir allí manteniéndome del sudor de mi frente; á lo cual estamos condenados todos los hombres: para esto fijaria mi residencia en España, no pudiendo volver á Francia sin causar sobresalto á mis amigos. Por otra parte, en este pais se vende el terreno con mucha conveniencia

de precio; de modo que mil escudos bastarian para adquirir la propiedad que yo desearia. Sacaré siempre un gran provecho de haber venido aqui á hacer penitencia, y á mirar con desprecio un cuerpo destinado á ser polvo de un momento á otro, para salvar mi alma, que es eterna.

No por esto creo que este hábito y esta casa sean suficientes para hacerle á uno virtuoso: los malos ángeles pecaron en el seno de Dios mismo, y Adán incurrió en la culpa en medio del Paraiso terrenal. Yo sé muy bien que no valgo mas que otro para estar en esta santa congregacion: en teórica, deseo padecer, porque nuestro Salvador nos ha enseñado el camino de los padecimientos, como el único por donde se va á la gloria; pero en la práctica, cuando tengo frio, busco el sol, y si estoy caloroso, me acojo á la sombra. Enviadme mi fe de bautismo antes del 19 de Marzo. Pienso escribiros otra vez todavía durante tres meses, porque puede hacerse esto en el año del noviciado. Adios, queridos hermanos míos; adios digo á todos mis amigos, particularmente á Z, á C. y á Flo, á quienes considero individuos de la familia.

P. D. Hace cerca de cuarenta dias que está comenzada mi carta, y cada dia experimento mas y mas cuan grande ha sido la misericordia del Señor hácia mí, sacándome del bullicio del mundo para conducirme á á este santo lugar. Cuando me determiné á adoptar el partido que he tomado, despues de haber leído la vida de Santa Maria Ejipciaca, me mantuve firme en mi propósito; mas no sabia á lo mucho que me obligaba. Hoy dia lo sé, y veo claramente que semejante gracia solo pudiera adquirirla á costa de la sangre de aquel que á todos nos ha redimido, y que solo quiere la salvacion del pecador..... Tengo hecha una limosna de trecientas libras á la casa de la Trapa, cosa que me servirá de un grande consuelo, si persevero, como confio, oyendo

á tantos hombres piadosos haciendo oracion por mi familia ; y si llegase á salir de aqui , lo que Dios no permita , aun me quedarian trecientas libras , el reloj , &c. Adios , queridos hermanos : no os acordeis ya de mí sino en vuestras oraciones ; porque he muerto para vosotros , y ya no deseo volver á veros hasta el dia de la resurreccion. Sed caritativos , haced bien aun á aquellos que han tratado de haceros daño , porque la limosna es como un segundo bautismo , que borra los pecados , y un medio casi infalible de merecer el cielo. ¡Ojalá vivais persuadidos de la verdad que os digo ! Adios: 2 de Junio de 1799.

Fragmento de una carta fecha en Abril de 1800 , á su hermano compañero de emigracion.

No sé ya lo que pasa en el dia , pero te aseguro que esto no es para mí una privacion : el drama es muy largo para confiar en ver el fin , y la muerte misma dejará en breve caer el telon para nosotros. ¡ Ah , hermano mio ! ¡ quiera Dios que tengamos la dicha de entrar en el cielo ! ¡ Cuantas cosas veremos entonces ! Confiemos en el que ha tomado á su cargo los pecados del mundo , y que nos dió la vida con su muerte..... Si me queda alguna cosa , deseo que se invierta en construir una capilla á nuestra Señora de los Dolores , en terreno de nuestro patrimonio , segun el proyecto que hicimos estando en camino para Munich. Ya te acordarás del placer que tuvimos cuando despues de haber atravesado paises protestantes , encontramos en fin el signo de salvacion , única esperanza de los pecadores. Tan pronto como deje de oponerse á ello la policia , te apresurarás á hacer que se planten unas cruces para consuelo de los viajeros , con poyos al pie de ellas , en los cuales descansen si están fatigados , y una inscripcion como en

Baviera: *Ihr muden ruhen sic aus.* »Los que estais fatigados, descansad aqui.» Ademas, se fundarán doce misas al año, que se celebrarán en el primer sábado de cada mes, por el descanso del alma de mi padre, y despues por el de toda la familia.

Fragmento de una carta á sus hermanas, fecha 1.º de Febrero de 1801.

Os daré, mis queridas hermanas, una idea de la casa en que probablemente debo acabar mis dias. Habiendo entrado los franceses en Aragón en 1693, tomaron el castillo de Maella, y viniendo á la abadía de Santa Susana, la saquearon. Este convento abandonado un siglo hacia, amenazaba ruina cuando llegó á él el padre Jerónimo de Alcántara, nuestro abad, con otros de su orden. Recibiéronse limosnas de todas partes, y las jentes del pueblo, no teniendo otra cosa que dar, ayudaron con sus brazos; de manera, que en poco tiempo se vió la casa perfectamente reparada para habitarla unos hombres que deben vivir en un entero desprendimiento de si mismos. No hay mendigo en España que se alimente tan mal, y que no esté mejor que nosotros en lo concerniente á comodidades del cuerpo; sin embargo, se considera uno dichoso con solo la esperanza, y no hay uno tan solo que quisiera trocar su estado por un imperio. En este mundo la muerte viene apresurada á confundir al emperador y al monje, y cada uno sale de este mundo mismo, no llevando consigo sino sus obras: entonces nos damos por contentos de haber sembrado en medio de las lágrimas, pues el mal ha pasado, y la alegría es eterna. Miro como un gran beneficio el haber llegado á tiempo para participar de los trabajos y de las penas que ocasiona un nuevo establecimiento.....

*Fragmento de una carta á sus hermanos el sábado santo
de 1801.*

Queridos hermanos : pasado mañana profesaré en este convento.....: estoy admirado de encontrarme tan fuerte en el último dia de cuaresma , á la verdad bien diferente del primero en que empecé un duro aprendizaje. Los principios de una cosa son comunmente penosos , pero el hábito y la costumbre parece que mudan despues la naturaleza de las cosas , en tal manera , que uno mismo se admira de la facilidad con que hace lo que le costaba al principio tanto trabajo , y esto es lo que á mí me sucede. Sin duda os debe haber causado admiracion que yo haya abrazado un estado que me encadena, habiendo sido tan amante de la independenciam, y de estar , digámoslo asi, en un continuo movimiento. Mas no lo estrañeis: aunque me agradaba semejante modo de vivir, y aunque mi situacion lo permitiese, experimentaba en mi interior cierta inquietud, que me hacia mirar algunas veces con disgusto aquel jénero de vida. Por último, leyendo la vida de Santa María Ejiptiaca , me senti movido del consuelo que se encuentra cuando uno se dedica enteramente al servicio de Dios; de manera , que desde entonces hice el firme propósito de abrazar el estado de que mañana haré profesion para siempre..... Me hablais de vuestros negocios, y á esto os digo que os acordeis que sois hermanos , y todos buenos cristianos : no prefirais el interes á la fraternidad , minorando el cariño por el resultado de unas cuentas : entre hermanos todo debe hacerse cediendo los unos á los otros, y ayudando en fin el mas rico al mas pobre. ¡ Cuan dulce es amarse entre hermanos, y reunirse para hablar de la vida futura y de Dios, que es en sí la perfecta caridad.....! Roguemos á María

Santisima, pidamos á esta buena madre que nos reuna á todos en el cielo con nuestros padres, que ya se encuentran allá, y que acaso ruegan tambien por nosotros. No seamos como los paganos, que no se consuelan de la pérdida de sus parientes: regocijémonos en el Señor, que no nos separa sino por poco tiempo. Adios hermanos míos, rogad por mí.

La familia de este trapense habia pedido á su abad una certificacion de haber profesado, para solicitar del gobierno frances que aquel individuo fuese comprendido en la amnistía concedida por el primer cónsul; confiando en que la muerte civil del trapense seria considerada como la muerte natural, y produciria igual efecto; pero su muerte, acaecida á poco tiempo, dispensó de hacer aquella peticion al gobierno.

Carta del padre..... á la familia.

GLORIA SEA A DIOS.

Monasterio de Santa Susana de N. Sra. de la Trapa
28 de Agosto de 1802.

Muy señor mio: os remito, como lo habeis pedido, un certificado de la profesion que vuestro señor hermano hizo en este monasterio, legalizado por nuestro escribano real: incluyo tambien otro, que no os dejará de sorprender y de aflijir, porque acredita la muerte de vuestro señor hermano, nueve meses despues de su profesion, en que le sacó Dios de este miserable mundo para coronarle en el cielo. Los sentimientos de relijion, de que os creo penetrado, me hacen esperar que este primer impulso de tristeza se convertirá bien pronto en una verdadera alegría, si meditaís algunas circunstancias de la santa vida y muerte pre-

ciosa de vuestro señor hermano. No dudeis de que Dios habrá tenido misericordia de él, y de que le habrá recibido en el seno de su gloria; por consiguiente, lejos de llorar su muerte, debeis, por el contrario, envidiar su suerte bienaventurada, y suplicarle sea vuestro abogado con el Señor, para que obtengais la misma felicidad. Despues de haber recorrido mucha parte de España, se presentó vuestro señor hermano en la hospedería de este monasterio, manifestando desde luego deseos de tomar nuestro hábito. La pobreza de la casa, y el gran número de relijiosos que la componen, no nos permitia admitir nuevos novicios, y haciéndole presente estas dificultades, concluimos con decirle que era imposible su admision. Pero la mano de Dios, que le habia conducido hasta aqui, le sostuvo tambien en todas estas pruebas, y le dió valor para solicitar con paciencia y perseverancia su admision. Por fin, nuestro abad, que es en extremo bondadoso, observando su constancia, le dijo que le recibiria para hermano converso. Vuestro señor hermano, que no buscaba mas que á Dios y la salvacion de su alma, aceptó esta condicion, y entró en seguida en los ejercicios de la comunidad. En ella ha sido un ejemplo de edificacion: su humildad era grande y profunda, su obediencia ciega, dócil y pronta, cumpliendo todos los preceptos con la alegría y la sumision de un niño. Su paciencia era á toda prueba, y constante, tierna y ardiente la caridad para con sus hermanos. Con igual perfeccion ha practicado todas las demas virtudes: la pobreza era su amiga íntima; vivia con un completo desprendimiento de todas las cosas; por esto Dios, que veia la escelente disposicion de su alma, coronó muy pronto sus virtudes, y escuchó los deseos ardientes de morir por no ofenderle, segun decia, y gozar mas pronto de su divina presencia. Atacole una hidropesia, que durante cuatro meses le hizo padecer

mucho; pero con aquella paciencia y resignacion que es menester para sufrir una enfermedad tan dolorosa y cruel. Vió acercarse su fin con alegría y una profunda paz del alma. Incesantemente daba gracias de reconocimiento al Señor por haberle conducido á esta casa de penitencia, donde habia encontrado los medios de satisfacer su divina justicia, y prepararse á recibir sus misericordias, en las que tenia entera confianza. Recuerdo que estando acostado en la ceniza y la paja, donde consumó su sacrificio, tomaba la mano del R. P. Abad con una ternura, que conmovió á toda la comunidad que le asistia. ¡Cuan grande es mi dicha! decia; vos sois el autor de mi salvacion, vos me habeis abierto las puertas del monasterio, y por ellas las del cielo; sin vos me hubiera perdido irremisiblemente en el mundo; yo pediré á Dios os recompense vuestra caridad. Asi recibió los sacramentos en medio de la iglesia, segun la costumbre de nuestra órden; y algunos dias antes de su muerte pidió perdon á los hermanos de todo lo que habia podido ofenderles en su conducta, y les suplicó orasen por él para obtener por sus oraciones una santa muerte.

El os ha amado con ternura: hablaba con frecuencia de vos á su padre maestro, el cual, velándole la noche que precedió á su muerte, le observó mas recogido que de costumbre, y preguntándole si estaba peor, contestó: »Se va acercando mi fin, y he hecho oracion por mis hermanos y hermanas, que me aprecian muchísimo.» y poco despues, estendiéndose sobre la ceniza y la paja, entregó su alma al Criador el día 4 de Enero de este año, despues de seis horas de unaagonia dulce y tranquila. Unámonos, caballero, para bendecir á Dios, y darle gracias por las misericordias que ha derramado sobre vuestro señor hermano; y supliquémosle sin cesar nos conceda iguales mercedes, á fin

de que un día nos podamos todos reunir en el cielo, para adorarle eternamente entre sus ángeles. *Amen, amen, amen.*

NOTA I.

El autor que traza en este cuarto libro un cuadro tan completo de los trabajos de nuestros misioneros en la India, la China y la América, se habia estendido poco al hablar de las misiones de Levante. El mismo se acusa de esta omision en el *Itinerario de París á Jerusalem*, y como creemos conveniente que el *Jenio del Cristianismo* contenga todo lo que se refiere á las misiones, esperamos no desagradará al lector encontrar aqui el fragmento del *Itinerario* que concierne á las misiones de Levante.

»De alli fuimos al convento frances á volver la visita que me habia hecho al único religioso que existe. Dentro de la cerca del convento está el monumento chorájico de Lysicrates, y en este último monumento acabé de pagar mi tributo de admiracion á las ruinas de Atenas.

Esta elegante produccion del jenio griego fue conocida por los primeros viajeros con el nombre de *Fanari tou Demosthenis*. »En la casa que acaban de comprar los »padres capuchinos, decia el jesuita Babin en 1672, hay »una antigüedad muy notable, que permanece intacta »desde el tiempo de Demóstenes, y que vulgarmente »se llama la *Linterna de Demóstenes*.”

Pero despues se ha averiguado, y Spon fue el primero, que es un monumento chorájico erijido por Lysicrates en la calle de las Tripodes. Mr. Legrand presentó hace algunos años en el Louvre el modelo en barro cocido; cuyo modelo era perfectamente igual al orijinal, con sola la diferencia que el arquitecto, para

dar sin duda mas elegancia á su trabajo , habia suprimido la pared circular que llena los intercolumnios en el monumento orijinal.

No deja de ser ciertamente uño de los caprichos mas chocantes de la fortuna el haber dispuesto que un capuchino se albergase en el monumento chorájico de Lysicrates; pero lo que á primera vista parece tan extraño, se hace tierno y respetable cuando se meditan los felices resultados de nuestras misiones, y cuando se piensa que mientras un relijioso frances hospedaba en Aténas á Chandler, otro de la misma nacion socorria á otros viajeros en la China, en el Canadá, y en los desiertos del Africa y de la Tartaria.

»Los francos, dice Spon, no tienen en Aténas mas que la capilla de los capuchinos, que está en el *Fanari tou Demosthenis*. Cuando estuvimos en Aténas, no encontramos mas que al P. Serafin, hombre muy honrado, y á quien un turco de la guarnicion robó un dia su cingulo de cuerda, sea por malicia, sea por efecto de embriaguez, habiéndole encontrado en el camino de Puerto-Leon, por donde iba el relijioso de vuelta de ver algunos franceses, abordo de una tartana que habia anclada en aquel puerto.

»Los padres jesuitas estaban en Aténas antes que los capuchinos, y jamás se les ha echado de alli; pues si se fueron á Negroponto, fue porque aqui encontraron mas ocupacion y mas francos que en Aténas. Tenian su hospicio á un extremo de la ciudad, y cerca del palacio arzobispal. Los capuchinos se establecieron en Aténas despues del año 1658, y el P. Simon compró el Fanari y la casa contigua para recojer en ella á otros relijiosos de su orden.”

A estas misiones, pues, contra las que se ha elamado tanto tiempo, debemos tambien la primera noticia de los monumentos de la Grecia antigua. Ningun via-

jero habia salido todavia de su hogar , para visitar el Parthenon , cuando ya los religiosos, como desterrados á aquellas famosas ruinas, esperaban á fuer de nuevos dioses hospitalarios, al anticuario y al artista. Preguntaban los sábios qué habia sido de la ciudad de Cécrope; y habia en París en el noviciado de Santiago un P. Bernabé, y en Compiègne un padre Simon, que hubieran podido decirselo; pero no hacian un vano alarde de sus conocimientos, y postrados al pie del Crucifijo, ocultaban en el silencio y en la humildad del claustro lo que habian aprendido, y sobre todo lo que habian sufrido durante veinte años en las ruinas de Aténas.

»Los capuchinos franceses, dice La Guilletiere, que
 »han sido escojidos para las misiones de la Morea por
 »la congregacion *de propaganda Fide*, tienen su princi-
 »pal residencia en Nápoli, porque las galeras de los
 »beyes van á invernar allí, permaneciendo desde el
 »mes de Noviembre hasta la fiesta de San Jorje, que
 »es el dia en que se hacen á la mar, y como estas ga-
 »leras están llenas de esclavos cristianos que tienen
 »necesidad de ser instruidos y alentados, el P. Berna-
 »bé de París, que es ahora el superior de las misiones
 »de Aténas y de la Morea, se emplea con tanto celo
 »como provecho en una obra tan distinguida.”

Pero si estos religiosos, vueltos de Aténas y de Esparta, eran tan modestos en sus claustros, seria tal vez porque no habian percibido las sensaciones maravillosas que producen los recuerdos de la Grecia; acaso no serian bastante instruidos. Pues bien, oigamos al P. Babin, jesuita, á quien debemos la primera descripcion de Aténas.

»Podriais, dice, leer en muchas obras la descripcion
 »de Roma, de Constantinopla, de Jerusalem y de otras
 »ciudades mas considerables del mundo, tales como
 »existen en el dia; pero ignoro si hay algun libro que

»describa á Aténas en el estado en que yo la he visto,
 »porque tampoco se podría encontrar esta ciudad, si
 »para buscarla hoy se leyese únicamente á Pausanias y
 »algunos otros autores antiguos; mas aquí la vereis en
 »el mismo estado en que se halla hoy, y es tal, que
 »aun en medio de sus ruinas no deja de inspirar cierto
 »respeto, tanto á las personas piadosas que ven sus
 »iglesias, como á los sábios que la reconocen por cuna
 »de las ciencias, y á los guerreros y nobles que la con-
 »sideran como el campo de Marte y el teatro donde los
 »mayores conquistadores de la antigüedad han hecho
 »ostentacion de su valor, de su fuerza, de su audacia é
 »intelijencia; y en fin, estas ruinas son aun preciosas,
 »y bastan para mostrar su primera nobleza, y hacer
 »ver que esta ciudad fue en otro tiempo el objeto de
 »la admiracion del mundo.

»Por mi parte os confieso que al descubrirla desde
 »alta mar con el anteojo, y al observar las muchas co-
 »lumnas de mármol que se ven desde lejos, y que re-
 »cuerdan su antigua grandeza, no dejé de experimentar
 »un cierto respeto muy profundo.'

El misionero pasa en seguida á hacer la descripcion
 de los monumentos, y fue mas afortunado que nos-
 otros, porque vió aun intacto el Parthenon.

En fin, esta piedad para con los griegos, esas ideas
 filantrópicas que nosotros tenemos el orgullo de adqui-
 rir en nuestros viajes, ¿fueron tal vez reconocidas de
 los relijiosos? Oigamos aun al P. Babin.

»Si Solon decia un dia á uno de sus amigos, miran-
 »do desde lo alto de un monte esta gran ciudad, y ob-
 »servando su gran número de palacios magníficos de
 »mármol, que aquello no era mas que un hospital gran-
 »de, pero rico en verdad, que contenia tantos desgra-
 »ciados como habitantes contaba la poblacion; mas mo-
 »tivo tengo yo hoy para hablar asi, y decir que esta ciu-

»dad, edificada ya en el día sobre las ruinas de sus antiguos palacios, no es mas que un hospital grande y »pobre, que contiene tantos desgraciados, cuantos son »los cristianos que habitan en ella.»

Perdóneseme esta digresion; pero es sensible que ningun viajero, excepto Spon, haya hecho justicia á aquellas misiones de Atenas, tan interesantes para un frances; y aun yo mismo las he olvidado en el *Jenio del Cristianismo*. Chandler apenas habla del religioso que le dió la hospitalidad, y no sé si es una sola vez la que se digna nombrarle, Gracias al cielo, me siento yo superior á escrúpulos tan mezquinos; porque cuando me han hecho un favor, lo digo; ni me avergüenzo por moda, ni creo deshonorado el monumento de Lysicrates, porque forme parte del convento de un capuchino. El cristiano, conservando este monumento, y consagrándolo á las obras de la caridad, no me parece menos respetable que el pagano que lo elevó en memoria de un triunfo conseguido en un coro de música.

NOTA J.

Lord Mackartney, á pesar de sus preocupaciones religiosas y nacionales, da un testimonio muy notable en favor de nuestros misioneros.

»Los misioneros llenan con celo este acto de humanidad (el de recojer los niños espósitos). Bauñizanlos »si conservan algun señal de vida, á fin de salvar á lo »menos sus almas, como ellos mismos dicen. Uno de estos piadosos eclesiásticos, que ciertamente no se proponia exajerar el mal, confesó se esponian en Pekin »todos los años cerca de dos mil niños, de los que moria un gran número. Los misioneros procuran conservar la vida á los que pueden, educándolos despues en »los principios rijidos y fervorosos del cristianismo, lle-

»gando por este medio algunos de ellos á ser útiles á su
»religion, trabajando en la conversion de sus compa-
»triotas.

»Jeneralmente se verifican las conversiones entre
»los pobres que forman la parte mas numerosa de todos
»los paises, y la caridad que ejercen los misioneros
»previene mucho en favor de la doctrina que predicán.
»Tal vez algunos chinos no se conforman con ella mas
»que por especulacion; pero sus hijos llegan á ser cris-
»tianos muy siuceros. Por otra parte, es muy fácil acer-
»carse siempre á los pobres, que no dejan de admirar
»el celo desinteresado de los extranjeros que van de un
»extremo á otro de la tierra, con el objeto de salvarlos.

»Efectivamente, es un espectáculo muy interesante
»ver á estos hombres animados por unos sentimientos
»diferentes de los que mueven el corazon de la mayor
»parte de los hombres, abandonar para siempre su pa-
»tria y sus amigos, para consagrar el resto de sus dias
»en cambiar los dogmas de un pueblo que no han visto
»jamás. Y llevando adelante sus designios, se esponen
»á toda clase de peligros, y sufren todo jénero de per-
»secuciones, renunciando ademas á todos los placeres.
»Pero á fuerza de industria, de talento, de perseveran-
»cia, de humildad, de aplicacion y de estudios estraños
»á su primera educacion, y cultivando unas artes ente-
»ramente nuevas para ellos, llegan á darse á conocer y
»protejer. Triunfan de la desgracia de ser extranjeros
»en un pais, que proscribe á la mayor parte de los fo-
»rasteros, y en el que es un crimen abandonar la tum-
»ba de sus padres. Por fin consiguen establecimientos
»necesarios para propagar su fe, sin procurar emplear
»esta influencia en ventaja propia.

»Algunos misioneros de diferentes naciones han ob-
»tenido el permiso de edificar en Pekin varios convent-
»tos, y las iglesias contiguas, hallándose algunos en las

»cercanías del palacio imperial. Poseen tierras en los
 »alrededores de la ciudad; y se asegura que los jesuitas
 »poseían también en la ciudad y arrabales muchas ca-
 »sas, cuyo producto se aplicaba al objeto de su misión.
 »Por medio de actos caritativos han logrado hacer mu-
 chos prosélitos y socorrer los desgraciados.» (*Viaje al
 interior de la China y Tartaria, hecho en los años 1792,
 1793 y 1794, por lord Mackartney, embajador del rey de
 Inglaterra cerca del emperador de la China, tom. II, páji-
 na 383*).

NOTA K.

Quando hablábamos en el tomo anterior de los bellísimos asuntos que ofrecía la historia moderna, si se manejaban con acierto, no se había publicado aun la *Historia de las Cruzadas*, de Mr. Michand. En otra parte hemos manifestado nuestra opinión respecto de esta obra excelente (1); y he aquí un trozo de esta historia, para que se conozcan más las ventajas que ha reportado á la Europa la institución de la caballería:

»Antes de las cruzadas era ya conocida en el Oriente la caballería; y aquellas guerras, que parecían tener la misma tendencia que la caballería, cual era socorrer á los oprimidos, defender la causa de Dios, y pelear contra los infieles, dieron á esta institución más esplendor y más consistencia, y una dirección más lata y ventajosa.

»La religión, que tomaba parte en todas las instituciones y en todas las pasiones de la edad media, perfeccionó los sentimientos de los caballeros, y los elevó hasta el entusiasmo de la virtud. El cristianismo prestó en su consecuencia á la caballería sus ceremonias y sus

(1) *Variedades literarias.*

emblemas, modificando al mismo tiempo con la dulzura de sus máximas, la rusticidad de las costumbres guerreras.

»La piedad, el valor y la modestia eran cualidades distintivas de la caballería. *»Servid á Dios, y él os ayudará; sed afable y cortés con todos, despojándoos de todo orgullo; no seáis altivo ni chismoso, porque así no conseguireis una gran perfeccion: sed leal en obras y palabras: catad lo que decís, y socorred á los pobres y á los huérfanos, para que Dios os lo recompense.»*

»Lo que habia de mas admirable en esta institucion era aquella completa abnegacion de si mismo, por medio de la cual cada guerrero se obligaba como por deber á olvidar su propia gloria, para no celebrar mas que los altos hechos de sus hermanos de armas. Las proezas de un caballero constituian su fortuna y su vida: *el que las ocultaba, era un ladron de los bienes de otros.* Nada parecia mas reprehensible que la alabanza propia. *Si un escudero, dice el código de los bravos, tiene la vana complacencia de engreirse con sus propios hechos, es por lo mismo indigno de ser caballero.* Un historiador de las cruzadas nos presenta un ejemplo particular de esta virtud, que sin ser una humildad, es sin embargo el *pu-dor de la gloria*, cuando nos ofrece á Tancredo parándose en medio del campo de batalla para exigir á su escudero el juramento de que guardará un eterno silencio acerca de sus proezas.

»La mayor injuria que se podia hacer á un caballero era acusarle de haber mentido; y sus mas vergonzosos crímenes eran infidelidad y el perjurio. ¡Desgraciado del que dejase de acorrer á la inocencia oprimida, cuando se invocaba su valor! Toda ofensa hecha al débil, toda agresion empleada contra un hombre desarmado, era mirada como un oprobio.

»El espíritu caballeresco fomentaba y robustecia en-

tre los guerreros aquellos sentimientos jenerosos que habia producido el espíritu militar del feudalismo ; y la primera virtud , ó mas bien el primero de los deberes de un caballero , era la sumision á su soberano. De este modo en todos los estados de Europa brillaba una milicia jóven , siempre dispuesta á pelear , siempre preparada á sacrificarse por su rey y por su patria , lo mismo que por la inocencia y la justicia.

»Uno de los caractéres mas notables de la caballeria , es el que hoy escita nuestra admiracion y curiosidad , y era aquella mezcla de sentimientos religiosos y de galanteria. Devocion y amor : ve aqui el móvil de las acciones caballerescas : *Dios y las damas* ; tal era su divisa.

»Para formarse una idea de las costumbres de los caballeros , basta recordar sus torneos , que venian á ser como unas escuelas de cortesia y unos festines de valor. Hallábase por este tiempo la nobleza diseminada y aislada en sus castillos ; pero los torneos le ofrecieron la ocasion de reunirse , y en estas asambleas era cuando se recordaba la memoria de sus antiguos paladines , que la juventud tomaba por modelo , y se formaba en las virtudes caballerescas , recibiendo el premio de manos de una beldad.

»Jueces de las acciones y de la valentia de los caballeros , las damas tenian una influencia ilimitada en el ánimo de los guerreros ; y al hacer esta indicacion , no creo que sea necesario repetir , que al ascendiente del sexo hermoso se debió el heroismo de aquellos valientes paladines. La Europa comenzó á salir de su barbarie en el momento mismo en que el débil invocó la proteccion del fuerte , y en que el amor á la gloria , ó los sentimientos mas delicados del corazon y los afectos mas tiernos del alma , constituyeron la fuerza moral de la sociedad , y pudieron combatir cualquiera otra fuerza.

»Luis IX , hallándose prisionero en Egipto , responde

á los sarracenos, que no quiere dar un paso sin la reina Margarita, *que es su dama*. Los orientales no podian comprender semejante deferencia, y porque no concebian esta delicadeza, han quedado tan inferiores á los pueblos de Europa en la nobleza de los sentimientos y en la elegancia de las costumbres y de los modales.

»En la antigüedad se vieron héroes que recorrian el mundo por librarle de tiranos y de monstruos; pero á aquellos héroes les faltaba la relijion que eleva el alma, y la cortesania que suaviza las costumbres. Conocian la amistad, como la de Teseo y Pirithoo, Hércules y Licas; pero desconocian al mismo tiempo la delicadeza del amor. Los antiguos poetas nos representan las desgracias de algunas heroínas abandonadas por los guerreros; pero en sus cuadros patéticos no se oye jamás á su musa penetrada de ternura derramar una espresion de sentimiento contra aquellos héroes, que hacian verter lágrimas á una bella. En la edad media, un caballero que hubiera imitado la conducta de Teseo con Ariane, ó la del hijo de Anchises con Dido, no dejara de incurrir en el borron de felonía.

»Otra diferencia se observa entre el espiritu de la antigüedad y los sentimientos modernos, y es que el amor pasaba entre los antiguos como una pasion que amortiguaba el valor de los héroes; y en los tiempos de la caballería, siendo las mujeres los jueces del valor, infundian sin cesar en el alma de los guerreros el entusiasmo de la virtud y el amor á la gloria. Se lee en Alano Chartier una conversacion habida entre muchas damas, en la que manifestaban sus sentimientos respecto de la conducta que habian observado sus caballeros en la batalla de Azincourt. Uno de ellos habia buscado su salvacion en la fuga, y la señora de sus pensamientos decia á este propósito: *Segun las leyes del amor, mas le hubiera ahora amado muerto que vivo*. Durante la primera cruza-

da, Adela, condesa de Blois, escribía á su marido, que se encontraba en el Oriente con Godofredo de Bullon: *Guardaos de merecer la censura de los valientes*. Vuelto á Europa el conde de Blois antes de la toma de Jerusalem, su mujer le echó en cara esta desercion, y le obligó regresar á Palestina, donde peleó como valiente, y tuvo una muerte digna de gloria. De este modo el espíritu y los sentimientos de la caballería renovaron los prodijios del mas ardiente patriotismo de la antigua Lacedemonia; y parecian tan sencillos y naturales estos sentimientos, que los refieren los cronistas de la edad media sin manifestar la menor estrañeza.

»Esta institucion, que tan ingeniosamente se ha llamado la *fuenta de la cortesía*, y que procede de Dios, es mucho mas admirable por la influencia omnimoda de sus ideas religiosas. La caridad cristiana exige del caballero todas sus afecciones, y le pide una adhesion sin límites y constante por la defensa de los peregrinos y cuidado de los enfermos. Esta caridad produjo las órdenes de San Juan, del Temple, de los caballeros Teutónicos, y otras muchas, cuya institucion era pelear con los infieles y sarracenos, y poner remedio á las miserias humanas. Los mismos infieles no podian menos de admirar aquellas virtudes que hacia tan denodados á sus propios enemigos. Interesante era por cierto el espectáculo que ofrecian aquellos nobles paladines, ora derribasen el terror en un campo de batalla, ora se colocasen entre los enfermos de un hospicio, convertidos en unos ángeles de caridad. Los héroes del Occidente se consagraban á la belleza con el mismo entusiasmo que los guerreros de la Palestina empleaban en el consuelo del pobre y desgraciado. Unos ofrecian su vida á la señora de sus pensamientos, y otros á los enfermos y los peregrinos. El gran-maestre de la orden militar de San Juan, llevaba el titulo de *Guardian de los pobres de Je-*

sucristo, y los caballeros llamaban *sus señores* á los enfermos y los pobres. Mas increíble parecerá que el gran-maestre de la orden de San Lázaro, instituida para curar y consolar á los leprosos, procurase él mismo infectarse de la lepra. De este modo la caridad de los caballeros, internándose mas en las miserias humanas, ennoblecía, por decirlo así, lo que habia de mas repugnante entre las mismas enfermedades de los hombres. Sufriendo este gran-maestre los mismos padecimientos que él se dedicaba á curar, ¿no imitó cuanto es posible el ejemplo del Hijo de Dios, que se revistió de una forma humana para libertar á la humanidad?

»Tampoco puede suponerse que todo esto fuera efecto de vana ostentacion; porque, como hemos advertido en otra parte, el cristianismo proscribía el orgullo de los guerreros, y á esto se deben sin disputa los mas espléndidos prodijios de la religion en la edad media. Todos los que entonces visitaban la Tierra-Santa, admiraban en los caballeros del Temple, de San Juan y de San Lázaro, aquella portentosa resignacion con que sufrían todas las penalidades de la vida, su sumision á todos los rigores de la disciplina, y su docilidad á la menor indicacion de sus superiores. Durante la permanencia de San Luis en Palestina, se suscitó alguna querrela entre los Hospitalarios y otros cruzados que iban á cazar al monte Carmelo, los cuales se quejaron al gran-maestre. El jefe Hospitalario mandó llamar á su presencia á los hermanos que habian ofendido á los cruzados, y les condenó, para castigarles, á que comiesen en tierra sobre sus mantos. *Por cierto*, dice el señor de Joinville, *que estuve yo tambien allí presente con otros caballeros, los cuales sintieron este castigo, y suplicamos al maestre hiciese levantar á los hermanos, y no nos lo otorgó. Así es como el rigor de los claustros y la humildad de los cenobitas se hermanaba con el valor de aquellos paladines,*

que fomentaron entre los cruzados el espíritu de religion. No ignoro que parecerá ridícula esta sumision y humildad á los hombres avezados al tumulto de las armas ; pero un filósofo ilustrado no dejará de reconocer con satisfaccion la influencia de las ideas relijiosas en las costumbres de una sociedad dominada por pasiones bárbaras. ¡ Que espectáculo era tan dulce para la humanidad aquel valor que se humillaba , y aquella fuerza que se olvidaba de si misma en una época en que la cólera y al orgullo podian dejarse arrebatarse á los mas ominosos escesos.

»Es verdad que se abusó algunas veces del espíritu de la caballería, y que sus bellas máximas no dirijieron siempre á todos los caballeros. Hemos referido ya en la *Historia de las Cruzadas* las prolongadas discordias que se suscitaron por envidia entre las órdenes de San Juan y del Temple ; hemos hablado de los vicios de que acusaban á los Templarios á fines de las guerras santas ; y aun podriamos añadir los estravios de la caballería andante ; pero hemos querido trazar la historia de estas instituciones , sin parar mientes en las pasiones humanas. Como quiera que se piense de la corrupcion de los hombres, siempre será justo decir que la caballería, unida á la idea de la cortesania y al espíritu del cristianismo, despertó en el corazon humano unas virtudes y unos sentimientos que los antiguos no llegaron á conocer. Lo cual prueba que no era tan bárbara como se quiere suponer la edad media , en la que la institucion de la caballería, obtuvo desde que nació el aprecio y la admiracion de la cristiandad. No era noble quien no queria ser caballero ; y los principes y los reyes se honraban con pertenecer á la caballería. En ella aprendian los guerreros las lecciones de cortesía, de valor y de humanidad ; escuela por cierto admirable , donde la victoria se despojaba del orgullo , la grandeza de sus ma-

neras altivas , y donde los ricos y los poderosos llegaban à ser moderados y jenerosos.

»Como la educacion de los pueblos no es mas que un remedo de la de las primeras clases de la sociedad , los jenerosos sentimientos de la caballeria cundieron poco à poco en todos los rangos, y se unieron al carácter particular de las naciones europeas ; y poco à poco se pronunció tambien contra los que faltaban à estos deberes caballerescos la opinion jeneral mucho mas severa que las mismas leyes , porque se temia como un código del honor , como el grito de la conciencia pública. ¡ Que no debia en su consecuencia esperarse de una sociedad, en que las conversaciones todas que se tenian en los campos , en los torneos y en las asambleas guerreras, se reducian à estas palabras : *¡ Ay del que olvida las promesas hechas à la relijion , à la patria y al amor ! ¡ Ay del que haga traicion à su Dios , à su rey y à su dama !*

»Cuando cayó el poder de la caballeria por el abuso que se hizo de su institucion , y mas aun por el cambio que produjo en Europa el sistema militar , quedaron en las sociedades europeas algunos de aquellos sentimientos que habia inspirado, del mismo modo que nunca se borran en el corazon educado en la relijion algunas de sus máximas, y sobre todo las impresiones que se recibieron en la infancia. En tiempo de la caballeria era la gloria y el honor la recompensa de las acciones grandes; y esta recompensa , que tan útil es à los pueblos, y que tan poco cuesta , no dejó de tener alguna valia en los siglos posteriores ; porque tal es el efecto de un recuerdo de gloria , que los señales y los distintivos de la caballeria sirven aun en nuestros dias para recompensar el mérito y el valor.

»Para conocer mejor el bien que se debia conseguir de las guerras santas , hemos examinado ya en otra parte lo que hubiera sucedido si ellas hubiesen reportado

todo el éxito que se proponian, pero hagamos ahora otra hipótesis, deteniéndonos por un momento á considerar el estado en que se encontraria la Europa sin las expediciones que renovó tantas veces el Occidente contra las naciones del Asia y del Africa. ¿Que medios tenia entonces á su disposicion la república cristiana, entregada á la mas completa disipacion, dividida por las discordias, y dirigida por la barbarie? Si el cristianismo, como observa Mr. de Bonald, no hubiera salido entonces por todas sus puertas, y ofreciendo sus recursos, para atacar al enemigo comun y formidable, ¿no debia creerse que este enemigo se hubiera aprovechado de la inaccion de los pueblos cristianos, sorprendiéndoles en medio de sus escisiones, y subyugándolos unos en pos de otros? ¿Quien no se estremece al reflexionar que la Francia, la Alemania, la Inglaterra y la Italia hubieran podido sufrir la misma suerte que ha cabido á la Grecia y la Palestina?" (*Historia de las Cruzadas*. Paris, 1822: t. v, páj. 239-51, 328.

NOTA L.

Suplicamos al lector lea con atencion este famoso pasaje del doctor Robertson.

Primer fragmento.

»Desde el momento en que se mandaron á América algunos eclesiásticos para instruir y convertir á sus naturales, se hizo creer que el rigor con que se trataba á este pueblo hacia casi inútil su mision. Pero los misioneros, atemperándose al espíritu de dulzura y paz de la religion que iban á anunciar, levantaron inmediatamente la voz contra las máximas de sus compatriotas

respecto de los indios , y condenaron los *repartimientos*, ó aquellas distribuciones por las cuales eran entregados por esclavos á sus conquistadores , como actos tan contrarios á la equidad natural y á los preceptos del cristianismo , como á los de la sana política. Los dominicos , á quienes desde luego se confió la instruccion de los americanos , fueron los que impugnaron con mas ardor aquellas distribuciones. Montesino , uno de sus mas célebres predicadores , declamó en 1511 contra este abuso en la grande iglesia de Santo Domingo , con toda la impetuosidad de su elocuencia popular. Don Diego Colon, los principales oficiales de la colonia , y todos los legos que oyeron el sermón , se quejaron del religioso á sus superiores ; mas estos , lejos de condenarle , aprobaron su doctrina como tan conforme á los principios de la religion , y tan útil en aquellas circunstancias.

»Sin atender los dominicos á respetos políticos , ni al interes personal , no quisieron relajar en nada la severidad de su doctrina , y aun rehusaron absolver y dar la comunión á aquellos compatriotas suyos que tenían indios en la esclavitud (1). Recurrieron al rey los dos partidos , para que decidiese sobre un objeto de tanta entidad. Fernando formó una comision de su consejo privado , á la cual asoció algunos de los mas hábiles juriscónsultos y teólogos , para que se oyesen á los diputados de la isla Española , encargados de defender sus respectivas opiniones. Despues de una larga controversia , se decidió la parte especulativa en favor de los dominicos , y se declaró á los indios por un pueblo libre , hecho para gozar de todos los derechos naturales del hombre ; mas no obstante esta decision , continuaron haciéndose los *repartimientos* en la misma forma que antes (2); y co-

(1) Oviedo , lib. II , cap. VI , páj. 97.

(2) Herrera , *década* I , lib. VIII , cap. XII , lib. IX ; cap. V.

mo el juicio de la comision reconocia el principio sobre que fundaban los dominicos su opinion, era dificil convencerlos é imponerles silencio. Por último, para establecer la tranquilidad en la colonia, turbada con las amonestaciones y censuras de estos religiosos, publicó Fernando un decreto de su consejo privado, por el cual se ordenaba, que despues de haber examinado maduramente la bula apostólica, y otros títulos que aseguraban los derechos de la corona de Castilla sobre sus posesiones en el Nuevo-Mundo, la servidumbre de los indios estaba autorizada por las leyes divinas y humanas; que á no ser que estuviesen sometidos á la autoridad de los españoles, y forzados á residir bajo su inspeccion, seria imposible arrancarlos de la idolatria, ni instruirlos en los principios de la fe cristiana; que no debia tenerse escrúpulo alguno sobre la lejitimidad de los *repartimientos*, puesto que el rey y su consejo tomaban sobre su conciencia cualquiera responsabilidad; que por consiguiente, los dominicos y religiosos de otras órdenes debian abstenerse en lo sucesivo de las invectivas, que el esceso de un celo caritativo, pero poco ilustrado, les habia hecho proferir contra este uso (1).

»Queriendo manifestar el rey Don Fernando su intencion de que se ejecutase aquel decreto, hizo nuevas concesiones de indios á muchos cortesanos (2); mas para que se viese que no olvidaba enteramente los derechos de la humanidad, publicó un edicto, en el cual disponia que los indios fuesen tratados suavemente bajo el yugo á que los sujetaba; arregló la naturaleza del trabajo en que debian ocuparse; prescribió el modo con que habian de ser vestidos y alimentados, é hizo reglamen-

(1) Herrera, *década* 1, lib. IX, cap. XIV.

(2) Véase en Robertson lo nota XXV, tom. 1, páj. 387.

tos relativos á su instruccion en los principios del cristianismo (1).

»Los dominicos sin embargo, como juzgaban de lo futuro por el conocimiento que tenian de lo pasado, comprendieron desde luego la ineficacia de estas precauciones, y afirmaron, que mientras que los individuos tuviesen interes en tratar con rigor á los indios, ningun reglamento público podria hacer suave su servidumbre, ni aun tolerable. Juzgaron inútil consumir su tiempo y sus fuerzas en procurar comunicar las verdades sublimes del Evangelio á unos hombres, cuya alma estaba abatida, y debilitado su espíritu por la opresion. Desalentados algunos de estos misioneros, pidieron licencia á sus superiores para pasar al continente, y llenar alli el objeto de su mision entre los indios que no estaban aun corrompidos con el ejemplo de los españoles, ni preocupados por sus crueldades contra los dogmas del cristianismo; y los que quedaron en la isla Española, siguieron reprendiendo con una prudente fortaleza la servidumbre de los indios.

»Las violentas medidas y conducta de Alburquerque, á quien acababa de encargarse la reparticion de los indios, volvieron á encender el celo de los dominicos contra los *repartimientos*, y suscitó un abogado á este pueblo oprimido, dotado del valor, talentos y actividad que exijia la defensa de una causa tan desesperada. Fr. Bartolomé de Las Casas fue este hombre celoso: era natural de Sevilla, y uno de los eclesiásticos que acompañaron á Colon en el segundo viaje de los españoles, que intentaron fundar un establecimiento en la isla de este nombre. Habia adoptado muy desde luego la opinion dominante entre los dominicos sobre la injusticia de reducir los indios á la esclavitud; y para dar á conocer

(1) Herrera, *década* 1, lib. 1x, cap. xiv.

mejor su sinceridad y convencimiento, renunció la parte de indios que le cupo en la division hecha entre los conquistadores, declarando que lloraria siempre la falta en que habia incurrido, ejerciendo por algunos instantes aquella dominacion impia con sus mismos hermanos (1). Declarose desde entonces padrino de los indios, asi por su valor en defenderlos, como por el respeto que inspiraban sus talentos y carácter: opúsose vivamente á las operaciones de Alburquerque, y aunque echó luego de ver que el interes del gobernador le hacia sordo á todas sus solicitudes, no por eso abandonó la causa de la desgraciada nacion que habia tomado por su cuenta. Partió á España con la firme esperanza de que abriria los ojos, y moveria el corazon del rey, haciéndole la pintura de la opresion que sufrían sus nuevos vasallos (2).

»Logró sin dificultad audiencia del soberano, cuya salud estaba bastante quebrantada. Le manifestó no menos libre que elocuentemente los funestos efectos de los *repartimientos* en el Nuevo-Mundo, reprendiéndole con valor el que hubiese autorizado estos medios impios, que habian atraído la miseria y destruccion sobre una raza numerosa de hombres inocentes, que la Providencia habia confiado á su cuidado. Fernando, cuyo espíritu se hallaba debilitado por la enfermedad, se penetró vivamente de aquella reprension, escuchó el discurso de Las Casas con muestras de un grande arrepentimiento, y le prometió ocuparse seriamente en los medios de reparar los males de que se quejaba; pero la muerte impidió que se ejecutase su resolucion. Pasaba la

(1) Fr. Agust. Dávila, Padilla, *Historia de la fundacion de la provincia de Santiago de Méjico*, paj. 303, 304. Herrera, *década 1*, lib. x, cap. xii.

(2) Herrera, *ibid.* y *déc. 2*, lib. 1, cap. 11. Dávila, Padilla, *Hist.*, paj. 304.

corona de España á Carlos de Austria , que residia á la sazón en sus estados de los Países-Bajos ; y Las Casas, con su ardor acostumbrado, disponia su viaje para Flandes , con ánimo de prevenir al jóven monarca , cuando le ordenó el cardenal Jimenez, que acababa de ser nombrado rejente de Castilla , que desistiese de su intento, prometiendo oírle él mismo sus quejas.

»Meditó el cardenal el asunto con la atencion que merecia su importancia ; y como su espiritu ardiente gustaba de los proyectos mas atrevidos y poco comunes, el pronto medio que adoptó sorprendió á los ministros españoles , acostumbrados á la lentitud y formalidades de la administracion. Sin atender , pues , á los derechos que reclamaba Don Diego Colon, ni á las reglas establecidas por el difunto rey , resolvió enviar á América tres superintendentes de todas las colonias, con la autoridad necesaria para decidir sin apelacion la grande disputa de la libertad de los indios , despues de haber examinado alli mismo las circunstancias. Era cosa bastante delicada la eleccion de estos superintendentes. Todos los legos , asi aquellos que estaban establecidos en América, como los que habian sido consultados como miembros del gobierno de aquel departamento , se habian manifestado en favor de la opinion , de que los españoles no podian conservar sus establecimientos del Nuevo-Mundo , á no ser que se les permitiese retener á los indios en la esclavitud. Jimenez juzgó que no podia esperar de ellos imparcialidad en el negocio , y resolvió confiarle á eclesiásticos ; mas como por otra parte los dominicos y franciscos habian seguido contrarios dictámenes, excluyó tambien á estos dos órdenes religiosos , y echó mano de los monjes jerónimos ; instituto poco numeroso en España , pero que lograba mucha reputacion y aprecio. Precedido el consejo de su jeneral , y de acuerdo con Las Casas , eligió de entre ellos los tres sugetos que juz-

gó mas dignos de tan importante cometido , á quienes asoció á Zuazo, jurisconsulto de singular probidad, dándole facultades para reglar la administracion de justicia en las colonias , y encargando á Las Casas que le acompañase con el titulo de protector de los indios (1).

»El confiar un poder tan ámplio para cambiar pronto todo el sistema del gobierno del Nuevo-Mundo á cuatro personas, cuyo estado y condicion parecian impropios para tan altos empleos, pareció á Zapata y demas ministros del último rey una providencia tan extraordinaria y peligrosa, que se resistieron á espedir las órdenes necesarias para la ejecucion; pero Jimenez no pudo tolerar que se pusiese obstáculo alguno á sus proyectos. Envió á llamar á los ministros, y les habló en tono tan fuerte, y los aterró de modo, que obedecieron inmediatamente (2). Hiciéronse, pues, á la vela para Santo Domingo los superintendentes, su asociado Zuazo y Las Casas. El primer uso que hicieron de su autoridad así que llegaron, fue poner en libertad á todos los indios que se habian dado á los cortesanos españoles y á todos los que no residian en América; y esta disposicion y la que se habia sabido de España sobre el objeto de su comision, esparció un temor jeneral. Creyeron los colonos que se les iban á quitar al punto todos los brazos que empleaban en sus trabajos, y que su ruina era inevitable; mas los padres de San Jerónimo se condujeron con tanta precaucion y prudencia, que se desvanecieron todos los temores. Mostraron en todo su gobierno un conocimiento del mundo y de los negocios, que no se adquiere en los claustros, ni en la austeridad de la vida monástica. Oyeron á todos, compararon los informes que habian recojido, y despues de un maduro exá-

(1) Herrera, *década* II, lib. II, cap. III.

(2) Herrera, *década* II, lib. II, cap. VI.

men, se persuadieron que el estado de la colonia hacia impracticable el plan de Fr. Bartolomé de Las Casas, á que estaba inclinado el cardenal. Convenciéronse que el número de españoles establecidos en América era muy corto para poder beneficiar las minas que habia ya corrientes, y cultivar aquellas tierras; que para estos trabajos no podian prescindir de los indios; que si se les privaba de este socorro, seria forzoso abandonar las conquistas, ó perder á lo menos todas las utilidades que se sacaban de ellas; que no habia medio alguno que pudiese vencer en los indios, restituidos á la libertad, su natural aversion á todo jénero de trabajo, siendo necesaria la autoridad de un amo que los precisase; que si no se les mantenía bajo un gobierno siempre vijilante, su indolencia y desidia natural no les dejaria nunca recibir la instruccion cristiana, ni observar las prácticas de la religion. Por todas estas causas, pues, juzgaron que era necesario tolerar los *repartimientos* y la esclavitud de los americanos; mas al mismo tiempo procuraron precaver los malos efectos de esta tolerancia, y asegurar á los indios el mejor tratamiento que fuese compatible con el estado de servidumbre. Para ello renovaron los primeros reglamentos, y añadieron otros nuevos, sin omitir algunas precauciones que pudiesen suavizar el yugo: en fin, emplearon toda su autoridad, su ejemplo y sus exortaciones en inspirar á sus compatriotas sentimientos de equidad y de dulzura hácia aquellos indios, cuya industria les era necesaria. Zuazo, por su parte, contribuyó á los esfuerzos de los superintendentes. Reformó el curso de los negocios del juzgado para hacer mas prontas y equitativas sus determinaciones, é hizo varios reglamentos para poner sobre mejor pie la policía interior de la colonia. Todos los españoles del Nuevo-Mundo se manifestaron muy satisfechos de la conducta de Zuazo y de sus asociados, ad-

mirando la destreza y sagacidad de Jimenez, que tanto se habia apartado de los rumbos ordinarios en la formacion de su plan, y en la eleccion de personas á quienes habia dado su confianza, de que se habian hecho dignos por su sabiduria, moderacion y desinteres (1).

»Solo Las Casas estaba descontento. Ninguna impresion le hacian las consideraciones que habian determinado á los superintendentes. El partido que tomaran estos de conformar sus reglamentos al estado de la colonia, le parecia efecto de una politica mundana y timida, que autorizaba una injusticia, porque era ventajosa. Afirmaba que los indios eran libres por derecho natural, y como protector suyo pedia á los superintendentes que no los despojasen del privilegio comun de la humanidad. Sufrieron estos con serenidad sus mas ásperas representaciones, sin variar en nada su plan; mas los colonos españoles, por su parte, no guardaron tanta moderacion, y Las Casas se vió espuesto á ser hecho pedazos por la tenacidad en que insistia en una demanda que les era tan odiosa. Fuele forzoso refugiarse á un convento para librarse de su furor, y viendo que todos sus esfuerzos en América eran inútiles, partió á Europa con la firme resolucion de no abandonar la defensa de un pueblo que miraba como victima de una cruel opresion (2).

»Si hubiese encontrado en Jimenez aquel ardor con que regularmente trataba los negocios, verosimilmente hubiera sido mal recibido; pero se hallaba acometido de una enfermedad mortal, y estaba para hacer dimision de la rejencia del reino en manos del jóven monarca, á quien se esperaba de dia en dia de los Países-Bajos. Llegó Cárlos, empuñó el cetro, y la muerte de Ji-

(1) Herrera, *década* II, lib. II, cap. XV: Remesal, *Hist. gen.* lib. II, cap. XIV, XV y XVI.

(2) Herrera, *década* II, lib. II, cap. XVI.

menez le privó de un ministro que hubiera merecido su confianza por su rectitud y talentos (1). Acompañáronle á España muchos señores flamencos, y la adhesión natural del soberano á sus compatriotas, hacia que los consultase en todos los negocios de su nuevo reino. Estos extranjeros manifestaron una ansia indiscreta de mezclarse en todas las cosas, y encargarse de casi todos los ramos del gobierno. La dirección de los negocios de América era un objeto de mucho aliciente para que le mirasen con indiferencia. Fr. Bartolomé de Las Casas advirtió el valimiento que empezaban á tener los extranjeros; y aunque los espíritus vivos son por lo regular demasiado ardientes para conducirse con maña y destreza, con todo estaba dotado este sacerdote de aquella actividad infatigable, con que algunas veces se consiguen mejor las cosas, que con la sutileza mas grande del discurso. Hizo la corte á los flamencos con mucha frecuencia. Les manifestó el desacierto de todas las máximas adoptadas hasta entonces en el gobierno de la América, y con especialidad los vicios de las disposiciones dadas por Jimenez. La memoria de Fernando era odiosa á los flamencos, y la virtud y talentos del cardenal habian escitado su envidia. Deseaban vivamente encontrar algun motivo para anular las providencias del ministro y difunto monarca, y desacreditar su política. Los amigos de Don Diego Colon, y los cortesanos españoles que estaban quejosos de la administración del cardenal, se unieron á Las Casas para desaprobare la comision de los superintendentes en América. Hizose tan poderosa esta union de tantas pasiones é intereses diversos, que los padres jerónimos y Zuazo fueron llamados otra vez á la corte, y se nombró primer juez de la isla á Rodrigo Figueroa, jurisconsulto de cré-

(1) Historia de Carlos V.

dito, dándole nuevas instrucciones, á instancia de Las Casas, para volver á examinar con la mayor atencion la importante cuestion suscitada entre este eclesiástico y los colonos, acerca del modo con que debian ser tratados los indios; y autorizando á Figueroa por de contado para dar las providencias convenientes en alivio de sus males y remedio de su total destruccion (1).

»Esto fue, pues, lo que pudo obtener entonces el celo de Las Casas en favor de los indios. Mas como la imposibilidad de hacer adelantar la colonia, no pudiendo los colonos españoles forzar á los americanos al trabajo, era un obstáculo invencible á la ejecucion de su plan de libertad, propuso Las Casas que se compraran en los establecimientos de los portugueses en la costa de Africa, un número suficiente de negros, y se trasportaran á América, para emplearlos como esclavos en el trabajo de las minas y cultivo de tierra. Las primeras ventajas que sacaron los portugueses de sus descubrimientos en Africa, procedieron de la venta de los esclavos. Muchas circunstancias concurrían á hacer resucitar este odioso comercio, abolido mucho tiempo habia en Europa, y tan contrario á los sentimientos de la humanidad, como á los principios de la religion. En el año de 1503 se habia enviado á América un corto número de esclavos negros (2), y en 1511 habia permitido el rey Don Fernando que se llevasen en mayor cantidad (3). Viose que estos hombres eran mas robustos que los americanos, mas capaces de resistir grandes fatigas, mas pacientes en el yugo de la servidumbre, y se calculó que el trabajo de un negro era equivalente al de

(1) Herrera, *década* II, lib. II, cap. XVI, XIX y XXI; lib. III, cap. VII y VIII.

(2) Herrera, *década* I, lib. V, cap. XII.

(3) *Ibid.*, lib. VIII, cap. IX.

cuatro americanos (1). Habian instado al cardenal Jimenez para que permitiese y fomentase este comercio; pero desechó con entereza la proposicion, conociendo cuan injusto era reducir á esclavitud una raza de hombres, cuando se trataba de los medios de dar la libertad á otra (2). Inconsecuente Las Casas, como todos los que pretenden con impetuosidad y porfia se adopte la opinion á que están adheridos, era incapaz de hacer esta reflexion, y al paso que trabajaba con tanto ardor por la libertad de los habitantes del Nuevo-Mundo, solicitaba hacer esclavos á los de otros paises, pronunciando sin escrúpulo en el exceso de su celo por salvar á los primeros del yugo, que era útil y justo imponer otro mas pesado á los africanos. Por desgracia de estos, fue adoptado el plan de Las Casas. Concedió Cárlos V á uno de sus cortesanos flamencos privilejio esclusivo para la importacion de cuatro mil negros á América, y este le vendió por veinticinco mil ducados á unos comerciantes jenoveses, que fueron los primeros que establecieron en forma regular entre la Africa y la América este comercio de hombres, que despues ha recibido tan grandes aumentos (3).

»Pero procediendo los comerciantes jenoveses con la codicia ordinaria en los monopolistas, pidieron desde luego precios tan exorbitantes por los negros que llevaban á la isla Española, que se vendieron en muy poco número, para poder mejorar el estado de la colonia; mas Las Casas, cuyo celo era tan ingenioso como infatigable, recurrió á otro medio para aliviar á los indios. Habia observado que el mayor número de los que hasta entonces se habian establecido en América eran solda-

(1) Herrera, *década* 1, lib. ix, cap. v.

(2) Ibid., *década* 11, cap. viii.

(3) Ibid., *década* 1, lib. 11, cap. xx.

dos ó marineros empleados en el descubrimiento ó en la conquista de aquellas rejiones, hijos de familias nobles, llevados de la esperanza de enriquecerse pronto, ó aventureros desvalidos, obligados á abandonar su patria por sus delitos ó indijencia. En lugar de estos hombres codiciosos, sin costumbres, incapaces de una constante industria, y de la economía necesaria para el establecimiento de la colonia, propuso que se enviasen á la Española y á otras islas un número suficiente de labradores y artesanos, dándoles socorros para hacer el viaje, persuadido á que semejantes hombres, acostumbrados al trabajo, podrian resistir los de que eran incapaces los americanos, por la debilidad de su complecion, y que al cabo de poco tiempo vendrian á hacerse, por medio del cultivo, unos ciudadanos útiles y ricos. Necesitábase hacer una nueva recluta de habitantes para la Española, donde acababan de propagarse las viruelas, llevándose un número considerable de indios; pero el arzobispo de Burgos, con quien siempre tropezaba Las Casas, se opuso á este proyecto, no obstante que le protejian los ministros flamencos (1).

»Las Casas desde entonces ya empezó á desesperar de hacer ningun bien á los indios; pues era demasiado inveterado el mal para que cediese á los remedios. Todos los dias se hacian nuevos descubrimientos en el continente, que daban grandes esperanzas de su poblacion y estension. Solo habia en todas aquellas rejiones una colonia muy pequeña, y esceptuando un corto espacio sobre el itsmo de Darien, eran los naturales dueños de todo el pais. Este era un nuevo y mas dilatado campo para el celo y humanidad de Las Casas, que se lisonjeaba de poder impedir que no se introdujera en él el pernicioso sistema de gobierno, que no habia po-

(1) Herrera, *década* II, lib. II, cap. XXI.

dido destruirse en los lugares en que estaba ya todo establecido. Animado de estas esperanzas, solicitó se le concediese la parte que se estiende á lo largo de la costa, desde el golfo de Paria hasta la frontera occidental de esta provincia, conocida hoy con el nombre de Santa Marta. Propuso establecer alli una colonia compuesta de labradores, artesanos y eclesiásticos. Se obligó á civilizar en el espacio de dos años diez mil indios, é instruirlos bien en las artes útiles, y sacar de sus trabajos y de su industria una renta de quince mil ducados en beneficio de la corona. Prometia tambien que en diez años podria hacer su colonia bastantes progresos, para dar al gobierno sesenta mil ducados anuales. Puso la condicion de que ningun navegante ó soldado habia de poder establecerse alli, ni entrar español alguno sin su licencia; y aun llegó á pretender que las jentes que llevase habian de tener un vestido particular diferente del de los españoles, á fin de que los indios de aquellos distritos no los tuviesen por de la misma clase que los otros hombres que habian hecho la desgracia de la América (1). En este plan, de que yo no hago más que un lijero bosquejo, se ve claramente que las ideas de Las Casas sobre el modo de civilizar y tratar á los indios eran muy semejantes á las que siguieron despues los jesuitas en sus grandes empresas, en la otra parte del mismo continente. Suponia Las Casas, que empleando los europeos el ascendiente que les daba una intelijencia superior y sus grandes progresos en las ciencias y artes, podrian conducir por grados el ánimo de los americanos á probar y saborear aquellos medios de felicidad de que carecian, hacerles cultivar las artes del hombre en sociedad, y hacerles capaces de gozar de las ventajas de una vida civilizada.

(1) Herrera, *década* II, lib. IV, cap. II.

»El arzobispo de Burgos y el consejo de Indias miraron el plan de Las Casas, no solamente como quimérico, sino tambien como estremadamente arriesgado. Pensaban que el talento de los americanos era tan limitado por naturaleza, y tan escesiva su indolencia, que jamás podria conseguirse instruirlos, ni que hiciesen el menor progreso. Tenian por otra parte como cosa muy imprudente dar una autoridad tan amplia sobre un pais de mil millas de costas á un fanático presuntuoso, sin práctica en el manejo de los negocios, ni conocimiento en el arte de gobierno. Las Casas, que ya se temia esta resistencia, no se desanimó, recurriendo otra vez á los flamencos, que favorecian sus pretensiones con Cárlos V con mucho celo, por lo mismo que las desecharan los ministros españoles. Consiguieron que determinase el nuevo monarca remitir el exámen de este negocio á algunos miembros de su consejo privado, siendo escludidos todos los del consejo de Indias, porque los recusaba Las Casas como preocupados é interesados. La decision de los jueces fue enteramente conforme á su dictámen: se aprobó y aplaudió mucho el nuevo plan, y se espidieron las órdenes correspondientes para ponerle en ejecucion; bien que reduciendo el territorio concedido á Las Casas á trecientas millas á lo largo de la costa de Cumaná, desde donde podria estenderse á lo interior del pais (1).

»No faltó quien censurase esta determinacion. Casi todos los que habian estado en la América la desaprobaban, sosteniendo su opinion con tanta confianza y con razones tan probables, que se creyó necesario el suspenderla, y examinar de nuevo la cuestion mas cuidadosamente. El mismo monarca, aunque acostumbrado en su juventud á seguir el dictámen de sus ministros, con

(1) Gomera, *Hist. gen.* cap. LXXVII; Herrera, *dec.* II, lib. IV, cap. II; Oviedo, lib. XIX, cap. V.

una deferencia y sumision que no se conformaban con el vigor y fortaleza de espíritu que mostró despues en edad ya mas madura , empezó á desconfiar de los flamencos, sospechando de ellos por el acaloramiento con que trataban los negocios de América , y declaró que queria sondear él mismo la cuestion ajitada tanto tiempo habia sobre el carácter de los americanos, y modo mas conveniente de tratarlos. Presentose al instante una ocasion que facilitaba este exámen. Quevedo , obispo del Darien, que en 1513 habia acompañado á Pedro Arias al continente , acababa de desembarcar en Barcelona , donde residia la córte. Súpose luego que su dictámen era diferente del de Las Casas , é imaginó Cárlos V que oyendo y comparando las razones de dos personajes respetables, que durante su larga mansion en América habian tenido el tiempo necesario para observar las costumbres del pueblo que se pretendia conocer , podria descubrir por sí mismo cual de los dos habia formado su opinion con mas tino y discernimiento.

»Señalose dia y audiencia pública para este exámen. Presentose el emperador con una pompa extraordinaria, y se sentó en un trono en el salon de su palacio , rodeado de sus cortesanos. Llamose á D. Diego Colon, almirante de las Indias , y se rogó al obispo del Darien que dijese primero su parecer. No fue largo su discurso : le comenzó lastimándose de las desgracias de América , y de la destruccion de tanto número de habitantes , que conocia proceder en parte de la escesiva dureza é imprudencia de los españoles ; pero declaró que todos los indios que habia observado , asi en el continente como en las islas , le habian parecido una clase de hombres destinados á la servidumbre , por la limitacion de su entendimiento y talentos naturales , y que seria imposible instruirlos , ni que adelantasen en la civilizacion , sino se les sujetaba á la continua autoridad de un amo. Las Ca-

sas se estendió mas , y defendió su opinion con mas ardor. Opúsose con indignacion al pensamiento de que hubiese clase alguna de hombres nacidos para la esclavitud , impugnando esta opinion como irreligiosa é inhumana. Afirmó que no les faltaba talento á los americanos , y que solo tenian necesidad de ser enseñados ; que eran capaces de entender los principios de la religion , é instruirse en la industria y artes de la vida social ; que siendo dóciles y sumisos por su natural mansedumbre y timidez , podian ser gobernados é ilustrados , con tal que no se les tratase con dureza. Protestó , que en el plan que habia propuesto eran puros y desinteresados sus fines , y por grandes ventajas que pudieran resultar de él á la corona de Castilla , nunca habia pedido , ni pediria tampoco recompensa alguna de sus trabajos.

»Consultó el rey á sus ministros despues de oidas ambas esposiciones ; pero todavia no se creyó bastante instruido para tomar una resolucion jeneral relativa á la condicion de los americanos ; mas como por otra parte tenia una entera confianza en la probidad de Las Casas , y el mismo obispo del Darien confesaba que el negocio era de bastante importancia , y que podria convenir experimentar el plan propuesto , se espidieron órdenes á Las Casas , cediéndole la parte de la costa de Cumaná , de que antes hablamos , con poder absoluto para establecer alli una colonia , segun el plan que habia presentado (1).

»Aceleró Las Casas los preparativos del viaje con su acostumbrado ardor ; pero ya fuese por su poca esperiencia en estos negocios , ó por la oposicion secreta de la nobleza española , que temia con la emigracion de tantas personas perder un gran número de brazos in-

(1) Herrera , *década* II , lib. IV , cap. III , IV y V ; Arjensola , *Anales de Aragon* , 74 y 97 ; Remesal , *Hist. gen.* , lib. II , cap. XIX y XX.

dustriosos y útiles, empleados en el cultivo de sus posesiones, no pudo reducir mas que como á unos doscientos, entre labradores y artesanos, á que le acompañasen á Cumaná.

»Sin embargo, nada era capaz de entibiar su celo. Hizose á la vela con esta pequeña porcion, suficiente apenas para tomar posesion del vasto territorio que se le habia concedido, y con la cual le era imposible lograr la civilizacion de los habitantes. El primer sitio á que arribó fue á la isla de Puerto-Rico, donde halló un nuevo obstáculo á la ejecucion de su plan, mas difícil de vencer que cuantos habia tenido hasta entonces. Cuando salió de América en 1517, no tenian los españoles casi ningun comercio con el continente, escepto los países inmediatos al golfo de Darien; pero decayendo cada dia mas todos los trabajos en la isla Española, por la rápida destruccion de los naturales, les faltaban brazos para continuar las empresas ya comenzadas, y habian echado mano para suplir esta necesidad de cuantos arbitrios eran imajinables. Les habian llevado muchos esclavos negros; pero era tan subido el precio, que la mayor parte de los colonos no podian comprarlos. Para proporcionárselos, pues, á menos costa, armaron bajeles algunos de ellos, y se dedicaron á cruzar las costas á lo largo del continente. En los lugares que les eran superiores en fuerzas, comerciaban con los naturales, y les daban quincalla de Europa por las planchas de oro que servian de adorno á estos pueblos; mas en cualquiera parte que podian sorprender á los indios, ó vencerlos á viva fuerza, los cojian, y vendian despues en la Española (1). Cometianse las mayores atrocidades en esta piratería, y se habia hecho horrible el nombre español en todo el continente. Asi que descubrian un

(1) Herrera, *década* III, lib. II, cap. III.

bajel , huian los habitantes á los montes , ó corrian armados á la orilla para rechazar aquellos crueles enemigos de su tranquilidad. Algunas veces obligaban á los españoles á retirarse con precipitacion , ó les cortaban la retirada. En el esceso de su resentimiento mataron á dos misioneros dominicos , cuyo celo les habia llevado á la provincia de Cumaná para establecerse en ella (1). La muerte de estas dos personas , reverenciadas por la santidad de su vida , indignó sobremanera á los colonos de la Española , quienes en medio de la depravacion de sus costumbres y de la crueldad de sus acciones , estaban llenos de un celo ardiente por la religion , y de un excesivo respeto hácia sus ministros : con este motivo resolvieron castigar aquel delito de un modo ejemplar , no solamente para los que le habian cometido , sino tambien para la nacion entera. Para la ejecucion de este proyecto dieron el mando de cinco bajeles y treientos hombres á Diego de Ocampo , con órden de destruir á sangre y fuego todo el pais de Cumaná , y llevar esclavos á la isla el resto de los habitantes. Encontró Las Casas en Puerto-Rico esta escuadra , que se hacia á la vela hácia el continente , y no habiendo podido reducir á Ocampo á dilatar su viaje , conoció le seria imposible intentar la ejecucion de su plan pacífico , en un pais que iba á ser el teatro de la guerra y de la desolacion (2).

»Confiando poder remediar en alguna parte las funestas consecuencias de este desgraciado incidente , se embarcó para Santo Domingo , dejando á sus compañeros acantonados entre los colonos de Puerto-Rico. Muchas circunstancias concurrieron á hacer que fuese muy mal recibido en la isla , porque queriendo aliviar á los indios , habia censurado la conducta de los colonos sus

(1) Oviedo , *Hist.* lib. XIX , cap. III.

(2) Herrera , *década* II , lib. IX , cap. VIII y IX.

compatriotas con tanta severidad, que se habia hecho jeneralmente odioso. Miraban el suceso de su tentativa como causa de su ruina. Esperaban grandes reclutas de Cumaná, y se frustraban sus esperanzas si Las Casas llegaba á establecer alli su colonia. Figueroa, en consecuencia de un plan formado en España para determinar el grado de los alcances y docilidad de los indios, hizo una esperiencia decisiva, al parecer, contra el sistema de Las Casas. Habia juntado en la Española un gran número de ellos, y los habia establecido en dos distintos pueblecillos, dejándolos en absoluta libertad, y abandonándolos á su propia conducta: estos indios, habituados á un jénero de vida muy diverso, incapaces de tomar en tan corto tiempo nuevas costumbres, y desanimados por otra parte con su desgracia particular y la de su patria, cuidaron muy poco de cultivar el terreno que se les habia dado; se mostraron tan ineptos, tan sin celo y sin la prevision indispensables para ocurrir á sus necesidades propias, y tan distantes de todo orden y trabajo regular, que infirieron los españoles seria imposible el instruirlos para que observasen una vida social, y forzoso mirarlos como á unos niños que necesitan estar continuamente bajo la tutela de los auropeos, que les eran tan superiores en sabiduria y sagacidad (1).

»No obstante el cúmulo de circunstancias que armaban tan fuertemente contra sus medidas á aquellos mismos á quienes recurria para ponerlas en ejecucion, obtuvo en fin Las Casas (por su actividad y perseverancia, algunas condescendencias, y muchas amenazas) una corta porcion de soldados para proteger por de contado el principio del establecimiento de su colonia. Mas á su

(1) Herrera, *década* II, lib. X, cap. V.

regreso á Puerto-Rico , halló que las enfermedades le habian llevado ya mucha jente ; y los demas , habiendo encontrado ocupacion en la isla , no querian seguirle. Con todo hizose á la vela para Cumaná con los que quisieron acompañarle. Ocampo habia ejecutado su comision en aquella provincia con tanta barbarie , y muerto ó enviado esclavos á la Española tan crecido número de indios , que los infelices que pudieron escapar habian huido á los montes , y el establecimiento formado en Toledo , como que se hallaba en un pais desierto , estaba muy próximo á su ruina. Sin embargo , aqui fue donde Las Casas se vió obligado á colocar el primer pueblo de su colonia. Abandonado de las tropas que le dieron para protegerle , y del destacamento de Ocampo , que habia previsto las calamidades que debian temerse en un pueblo tan miserable , tomó las precauciones que le parecieron mas acertadas para la seguridad y subsistencia de los colonos ; mas no siendo todavía suficientes , volvió á la Española á solicitar socorros mas poderosos para salvar á unos hombres , cuya confianza les hacia esponer á tan grandes peligros. Inmediatamente despues de su partida , reconociendo los naturales del pais la debilidad de los españoles , se reunieron secretamente , los atacaron con la furia natural á unos hombres desesperados por las barbaries cometidas con ellos , hicieron perecer á muchos , y obligaron á los demas á retirarse á la isla de Cubagua. Comunicose el terror pánico de que iban poseidos los fujitivos á la pequeña colonia establecida alli para la pesca de las perlas , y abandonaron tambien la isla. En fin , no quedó siquiera un español en parte alguna del golfo de Paria hasta los confines del Darien. Oprimido Las Casas de sentimiento con esta série de desastres , y viendo el desgraciado éxito de todos sus grandes proyectos , no se atrevió á parecer en público , y se encerró en el convento de dominicos

de Santo Domingo, donde tomó el hábito poco despues (1).

»Aunque la destruccion de la colonia de Cumaná no acaeció hasta el año de 1521, no he querido interrumpir la narracion de las negociaciones de Don Bartolomé de Las Casas, desde el principio hasta su éxito. Su sistema fue objeto de una larga y séria discusion, y aunque sus tentativas en favor de los americanos oprimidos no hubiesen tenido el suceso que se prometia (con harta confianza sin duda alguna), fuese por imprudencia, ó por el odio y oposicion de sus enemigos, dieron ocasion sin embargo á diferentes reglamentos, que fueron de alguna utilidad á aquellas desventuradas naciones.» (*Hist. de Amér.*, lib. II).

Segundo fragmento.

»Iba (Cortés) á destruir sus altares, y derribar sus idolos con la misma violencia que en Zempoala, si el P. Bartolomé de Olmedo, capellan del ejército, no hubie-
ra contenido la impetuosidad de su celo. Representole el religioso la imprudencia de semejante procedimiento en una ciudad grande, llena de habitantes tan supersticiosos como guerreros, con quienes acababan de aliarse los españoles. Manifestó que le habia siempre parecido injusto lo que se habia hecho en Zempoala; que la religion no debia predicarse con el acero en la mano, ni convertir á los infieles con violencia; que era preciso valerse de otras armas para esta conquista; esto es, de la instruccion que ilumina los espíritus, y de los buenos ejemplos, que cautivan los corazones; que solo por

(1) Herrera, *década* II, lib. X, cap. V; *década* III, lib. II, cap. III, IV y V; Oviedo, *Hist.* lib. XIX, cap. V; Gomera, cap. LXXVII; Dávila, Padilla, lib. I, cap. XCVII, Remesal, *Hist. gen.* lib. II, cap. XXII y XXIII.

estos medios podian reducirse los hombres á abandonar sus errores y abrazar la verdad. — En el siglo xvi admira ciertamente hallar un religioso español en el número de los primeros defensores de la libertad religiosa, y de los primeros impugnadores de la persecucion. Las representaciones de este eclesiástico, tan sábio como virtuoso, hicieron impresion en el espíritu de Cortés. Dejó á los indios que continuasen en el libre ejercicio de su religion, exijiendo de ellos únicamente el que se abstuviesen de sacrificar víctimas humanas." (*Hist. de Amér.*, lib. v).

Despues de probar Robertson que la despoblacion de América no puede atribuirse á la política del gobierno español, continúa con lo que dejamos dicho en el texto de esta obra, y empieza á la página 167 de esta manera: *Con mucha mas injusticia todavia, dice, muchos escritores han atribuido la destruccion de los americanos, etc.*"

Ultimamente, hablando en otra parte de los indios dice: »Paulo III, en su famosa bula espedida en 1537, declaró á los indios criaturas racionales, con derecho á todos los privilegios del cristianismo: sin embargo, despues de dos siglos que, si asi podemos hablar, son miembros de la iglesia, han adelantado tan poco, que apenas se hallan algunos con la capacidad suficiente para recibir dignamente la Eucaristía. Con arreglo á este conocimiento de su incapacidad é ignorancia en materia de religion, cuando el celo de Felipe II mandó establecer la inquisicion en América el año de 1570, se declaró á los indios exentos de la jurisdiccion de este tribunal, quedando sujetos á la inspeccion de sus respectivos obispos diocesanos." (Tom. v, páj. 205).

Si se examinan con atencion é imparcialidad todos los hechos alegados por el doctor *Presbiteriano*; si al mismo tiempo se traen á la memoria los numerosos hospitales fundados para los indios del Nuevo-Mundo,

las admirables misiones del Paraguay, &c., quedaremos convencidos de que no ha habido nunca calumnia mas atroz que la de imputar á la religion cristiana la destruccion de los habitantes del Nuevo-Mundo.

MATANZA DE IRLANDA.

En el año de 1641 acaeció la famosa matanza de la Irlanda, la cual provino de enemistades nacionales mas bien que de odios de religion. Oprimidos los irlandeses por los ingleses, despojados de sus posesiones, violentados en sus costumbres, usos y religion, casi reducidos á la esclavitud por dueños soberbios y tiránicos, y llenos de desesperacion, recurrieron á la venganza; bien que no fueron ellos los agresores en esta horrible tragedia, pues se principió por degollarlos, antes que ellos se determinasen á derramar una gota de sangre.

Mr. Millon, en su obra intitulada *Recherches sur l'Irlande* (impresa á continuacion del viaje de Arthur Young), recopiló unos hechos tan importantes, que nos ha parecido dignos de ser espuestos aqui.

Sublevados algunos irlandeses por la opresion que sufrían, y bajo la cual jemía su desgraciada patria, envió tropas contra ellos el consejo ingles de Irlanda, con orden de esterminarlos.

»Los oficiales, dice Castelhaven (cuyas palabras cita aqui Millon), los oficiales y soldados poco atentos en distinguir los súbditos rebeldes, mataron indistintamente en muchos parajes hombres, mujeres y niños. Irritados los rebeldes con este procedimiento, llegaron á cometer las mismas crueldades con los ingleses (1).'' Este pasaje del conde de Castelhaven, manifiesta que los ingleses habian

(1) Wich procedure exasperated the rebels, and induced them to commit to the like cruelties upon the English.

comenzado la escena por orden de sus jefes, y que el delito de los irlandeses era haber seguido un ejemplo tan bárbaro (1).

»No puedo persuadirme, añade Castelhaven, que hubiese entonces en Irlanda, fuera de las ciudades amuralladas, la décima parte de los súbditos británicos que el caballero Temple y otros escritores, suponen muertos por los irlandeses. Es constante que este autor repite hasta dos ó tres veces las mismas personas con las propias circunstancias, y hace mencion de algunos centenares de individuos como muertos entonces, los cuales han vivido aun muchos años despues, y algunos hasta nuestros dias: es, pues, justo que no obstante los clamores mal fundados de ciertas personas, que declaman contra los irlandeses, sin decir una palabra de la rebelion fomentada entre ellos, haga yo justicia á la nacion irlandesa, declarando que los jefes de ella nunca tuvieron intencion de autorizar las crueldades que allí se cometieron.

»El ejemplo de los escoceses que se habian rebelado; fue en parte causa de la sublevacion de los irlandeses que ya se hallaban descontentos; recelaban que iba á precisárseles á renunciar á su relijion ó abandonar su patria: una peticion de los protestantes de Irlanda, firmada de muchos millares de ellos, dirigida al parlamento de Inglaterra, justificaba sus temores; jactábanse públicamente que antes de un año no habria ya ni un solo *papista* en Irlanda. Esta esposicion tuvo su efecto en Inglaterra; pues habiendo puesto Carlos I, por una condescendencia forzosa, en manos del parlamento los negocios de la Irlanda, espidió aquella asamblea una ordenanza que se derijia á la estirpacion total de los irlandeses, y declaró que no consentiria jamás ninguna tolerancia de la relijion *papista* en Irlanda, ni en nin-

(1) Ma-Geoghegan.

gun otro estado de la Gran-Bretaña. Dispuso despues el mismo parlamento que se asignasen á aventureros ingleses, mediante cierta suma de dinero, dos millones y quinientos mil acres (medida de tierra) de terrenos útiles en Irlanda, sin comprender los bosques y montañas estériles, y esto en un tiempo en que los propietarios de las tierras implicadas en la rebelion eran poquisimos. Para satisfacer, pues, aquella obligacion contraida con los aventureros, era preciso desposeer á una infinidad de hombres de bien, que nunca habian turbado la tranquilidad pública.

»No habian olvidado los irlandeses, especialmente los de Ulster, la injusta confiscacion que se les habia hecho de seis condados aun no hacia cuarenta años: miraban á los propietarios actuales como usurpadores; y habiendo dejenerado su dolor en desesperacion, se apoderaron de las casas, ganados y efectos de los reciénvenidos, y fueron abrasados ó demolidos los hermosos edificios y cómodas habitaciones que habian construido los colonos (1).»

Estas fueron las primeras hostilidades de los irlandeses contra los ingleses, sin que hasta entonces hubiese habido matanza alguna: los ingleses, dice Ma-Geoghegan, fueron los primeros agresores, su ejemplo fue exactisimamente seguido por los católicos de Ulster, y el contagio cundió luego por todo el reino: no era esta una queja particular, sino una antipatía y odio natural entre los dos pueblos; quiero decir, entre los irlandeses católicos y los ingleses pretestantes..... He aqui el origen de aquella desgraciada y sangrientísima guerra, y la causa de la insurreccion de los irlandeses en 1641, de que se orijinó matanza tan horrible. Asegura Ma-Geoghegan, como cosa cierta, que en aquella ocasion

(1) Ma-Geoghegan.

fueron seis veces mas los católicos muertos que los protestantes : primero , porque aquellos estaban dispersos por los campos , y espuestos por consiguiente á la furia de un enemigo inexorable , al paso que los protestantes permanecian por la mayor parte en las ciudades fortificadas y en los castillos , que los libráran del furor de un populacho desenfrenado. Los que habitaban en los campos se retiraban al primer rumor á las ciudades y plazas fuertes , donde permanecian durante la guerra; otros se volvieron á Inglaterra y Escocia ; de manera , que perecieron muy pocos , á escepcion de aquellos que se vieron espuestos á la primera furia de los rebeldes: las guarniciones inglesas mataban entre tanto las jentes del campo , sin distincion de edad ni sexo. Segundo, porque fue tan corto el número de católicos condenados á muerte por los Cronwelianos , por causa de la matanza , que era imposible hubiesen podido ejecutarla en tanta multitud de protestantes (1).

Sujeta ya la Irlanda , se estableció en ella un alto tribunal de justicia para la indagacion de las muertes cometidas en los protestantes durante el curso de la guerra. Solamente pudieron ser convencidos como reos ciento y cuarenta católicos , la mayor parte de la plebe , no obstante que sus enemigos eran los jueces , y que habian sobornado testigos para hallar delincuentes ; y aun muchos de aquellos ciento y cuarenta protestaron de su inocencia cuando iban á ser ajusticiados. Si se hubiera hecho igual inquisicion contra los protestantes , y se hubiesen admitido las pruebas jurídicas de los católicos , es incontestable que de diez parlamentarios de Irlanda , un tribunal equitativo hubiera hallado culpados los nueve. (*Recherches sus l'Irlande , por Mr. Millon , 2 vol. de la traduction du voyage d'Arthur Young en Irlande*).

(1) Ireland's Case.

Así se ve que las pasiones de los hombres, odios é intereses, ajenos muchas veces de la religión, han producido los enormes y sangrientos excesos que se han imputado á un culto que solo predica la paz y la humanidad. ¿Que diria la filosofía si se la acusára hoy de haber levantado los cadalsos de Robespierre? Por ventura ¿no ha usurpado su lenguaje para degollar tantas victimas inocentes? Y ¿cuantos delitos se han podido cometer á pretesto y con abuso del nombre de la religión? ¿De cuantas acciones de crueldad é intolerancia no se puede acusar á aquellos mismos protestantes que tanto se precian de ser los únicos que practican la filosofía del cristianismo? Las leyes contra los católicos de Irlanda, llamadas leyes de descubrimiento (*laws of discovery*), igualan en opresion, y esceden en inmorálibad á cuanto se ha reprendido tan lijera é injustamente á la iglesia romana.

Por estas leyes:

- 1.º Todo el cuerpo de católicos romanos está enteramente desarmado.
- 2.º Quedan declarados incapaces de adquirir tierras.
- 3.º Se anulan las sustituciones, y se dividen por igual entre los hijos.
- 4.º Si un hijo abjura la religión católica, hereda todos los bienes, aunque sea el menor.
- 5.º Si el hijo abjura su religión, no tiene el padre potestad alguna sobre sus propios bienes, sino que pasan al hijo, recibiendo de él una pensión sobre ellos.
- 6.º Ningun católico puede hacer arrendamiento alguno por mas de treinta y un años.
- 7.º Si la renta que paga un católico es menos de las dos terceras partes del valor de los bienes, el que le denunciare tendrá el provecho del arrendamiento.
- 8.º Los sacerdotes que celebran misa serán deportados, y si reinciden, ahorcados.

9.º Si un católico posee un caballo que valga mas de cinco libras esterlinas , será confiscado á beneficio del denunciador.

10.º Por una disposicion del lord Hardwick se declara á los católicos incapaces de prestar dinero á hipoteca.

Es cosa muy notable que no se diese esta ley hasta cinco ó seis años despues de la muerte del rey Guillermo ; es decir , cuando todas las turbaciones de Irlanda estaban apaciguadas , y la Inglaterra en el mas alto grado de ilustracion , de civilizacion y de prosperidad.

No es creible que aun en aquellos tiempos de fermentacion , en que los hombres mas rectos se ven casi arrastrados algunas veces á los escesos y á la exajeracion , aprobasen los verdaderos católicos los furoros del partido que se servia de su nombre. La *Saint-Barthelemi* halló lágrimas de compasion aun en la córte de Médicis, y en el lecho mismo de Cárlos IX.

»Yo he oido contar , dice Brantome , que cuando se estaba ejecutando la matanza de *Saint-Barthelemi* , no sabiendo nada la reina Isabel , ni aun habiendo oido el menor rumor , fue á acostarse segun acostumbraba , y no despertando hasta la mañana , se la dijo entonces el bello misterio que se representaba : ¡ Ah ! dijo : ¿ lo sabe el rey mi marido ? — Sí señora , le respondieron ; él mismo es quien lo ha mandado. — ¡ Oh , Dios mio ! exclamó : ¿ que es esto ? ¿ que consejeros le han sugerido semejante determinacion ? ¡ Dios mio ! yo te pido , yo te ruego que le perdones , porque si no tienes piedad de él , temo mucho no le sea perdonada esta culpa : pidió el libro del rezo , y se puso en oracion , suplicando á Dios con lágrimas. Considerad , os ruego , la bondad y sabiduria de esta reina en no aprobar semejante providencia , no obstante tener un grande motivo para desear la total esterminacion , asi del señor almirante (Coligny)

como de todos los de su religion; y tanto mas, quanto que eran enteramente contrarios á la suya, la cual adoraba y veneraba mas que todas las cosas del mundo, y que por otra parte veia quanto turbaba el estado del rey su señor y marido." (*Memoires de Brantome*, tom. II. Edicion de Leyden en 1599).

NOTA M.

»La cima del San Gothardo es una meseta ó plataforma de granito, árida y pelada, circundada de algunas rocas medianamente elevadas, y de formas muy irregulares, que presentan la mas espantosa soledad. Tres pequeños lagos, y el triste hospicio de los capuchinos, son los únicos objetos que interrumpen la uniformidad de aquel desierto, donde no se halla el menor vestigio de vejetacion. Nada es mas sorprendente para un habitante de los valles, que el silencio absoluto que reina en aquella cima; no se percibe el menor murmullo, y el viento que atraviesa por los cielos no encuentra una sola hoja, y forma un jemido lúgubre cuando silba impetuoso contra las rocas que se interponen en aquella esfera. Inútil seria encaramarse sobre las rocas que circuyen este desierto, para tender una mirada hácia un punto habitado; inútil, porque no se distingue mas que un caos de peñascos y de torrentes, sin que á lo lejos se descubra otra cosa mas que unos picachos áridos y cubiertos de nieves eternas, que dividen la nube que vuela sobre el valle, ó que á veces se cubren con un velo casi impenetrable; nada en fin halaga allí la vista, que solo encuentra en el último término de este cuadro un cielo de azul oscuro, que rodeando por todos lados este horizonte, se parece á un inmenso mar que ciñe estas masas de montañas atlánticas.

»Los pobres capuchinos que habitan en aquel hospi-

cio, se ven, durante nueve meses del año, envueltos en la nieve, que algunas noches llega á la altura del edificio, y obstruye todas las entradas del convento. Entonces es preciso abrir una senda desde las ventanas superiores que sirven de puertas. Fácil es discurrir que el frio y la hambre son dos azotes, á los que de continuo se hallan espuestos aquellos desgraciados; de modo, que si hay algunos cenobitas que sean dignos de las limosnas de la caridad pública, sin duda son aquellos religiosos.”

Nota de la traduccion de las cartas de Coxe sobre la Suiza,
por MR. RAMOND.

Los benedictinos son los primeros fundadores de los hospitales militares. Cada convento de esta orden mantenía un soldado anciano, y le proporcionaba un retiro para el resto de sus dias. Luis XIV, reuniendo en una sola todas estas fundaciones, estableció el cuartel de inválidos. De este modo una religion de paz ha sabido tambien establecer un asilo para nuestros veteranos.

NOTA N.

Es muy difícil dar una reseña exacta de los colejos y hospicios, porque hay pocas estadísticas completas, y las jeografías omiten jeneralmente una multitud de pormenores. Unas presentan la población de un estado sin fijar el número de las ciudades, y otras cuentan las parroquias, olvidando las ciudades. Los mapas sobrecargados de nombres de lugares, multiplican los pueblos, los castillos y las aldeas. El gran trabajo sobre las provincias de Francia, que se principió en tiempo de Luis XIV, no se ha concluido por desgracia; y son tambien incompletos los mapas de Cassini, que no dejarían de ser de importante utilidad.

Las historias particulares de las provincias descuidan en jeneral de su estadística, para ocuparse esclusivamente de los privilegios de tal ó cual pueblo ó ciudad; ofreciendo apenas algunas fundaciones perdidas entre el fárrago de mil cosas inútiles. Los historiadores eclesiásticos por su parte se ciñen á su objeto, y pasan rápidamente por los hechos de interes jeneral. Como quiera que sea, en medio de esta confusion, hemos procurado adquirir algunos resultados, cuya descripcion vamos á mostrar á los lectores.

Estracto de la parte eclesiástica de la estadística de Mr. de Beaufort.

FRANCIA.

18 Arzobispados.	366000 Eclesiásticos.
117 Obispados.	34498 Parroquias.
11 Obispos para las misiones, etc.	4644 Anejas.
	800 Cabildos y colejiatas.
16 Jefes de órdenes ó congregaciones.	36 Academias.
	24 Universidades.

ESTADOS HEREDITARIOS DE AUSTRIA.

3 Arzobispados.	6 Universidades.
15 Obispados.	6 Colejios.

GRAN DUCADO DE TOSCANA.

3 Arzobispados.	2 Universidades.
2 Obispados.	

RUSIA.

30 Arzobispados y obis- pados griegos.	18319 Parroquias catedrales.
68000 Eclesiásticos.	4 Universidades.

ESPAÑA.

8 Arzobispados.	19683 Parroquias.
15 Obispados.	27 Universidades.
117 Iglesias.	

INGLATERRA.

2 Arzobispados.	9684 Parroquias.
25 Obispados.	

IRLANDA.

4 Arzobispados.	44 Deanatos.
19 Obispados.	2293 Parroquias.

ESCOCIA.

13 Sinodos.	938 Parroquias.
98 Presbíteros.	

PRUSIA.

4 Cabildos.	1 Obispado católico.
2 Conventos de hombres,	1 Catedral.
uno luterano.	6 Universidades.

PORTUGAL.

1 Patriarca.	3343 Parroquias.
5 Arzobispos.	2 Universidades.
19 Obispos.	

LAS DOS SICILIAS. — NAPOLES.

23 Arzobispados.	143 Obispados.
------------------	----------------

SICILIA.

3 Arzobispados.	4 Universidades.
Los conventos están obligados á tener escuelas gratuitas.	

CERDEÑA.

3 Arzobispados.	50 Abadías.
26 Obispados.	7 Universidades.

ESTADO ECLESIASTICO.

3 Arzobispados.	5 Obispados.
-----------------	--------------

SUECIA.

1 Arzobispado.	1381 Pastoratos.
14 Obispados.	3 Universidades.
2538 Parroquias.	10 Colejios.

DINAMARCA.

12 Obispados.	2 Universidades.
---------------	------------------

POLONIA.

3 Arzobispados.	4 Universidades.
6 Obispados.	

VENECIA.

1 Patriarcado.	31 Obispados.
4 Arzobispados.	1 Universidad en Padua.

HOLANDA.

6 Universidades y muchas sociedades literarias, muchos monasterios católicos de ambos sexos.

SUIZA.

4 Obispos sufragáneos del Arzobispado de Besanzon.	1 Universidad en Basilea.
--	---------------------------

PALATINADO DE BAVIERA.

Muchas academias.	2 Universidades.
1 Arzobispado.	1 Academia de ciencias.
4 Obispos.	

SAJONIA.

1 Cabildo católico.	3 Colegios de presbíteros.
3 Conventos de monjas.	1 Academia de ciencias.
3 Universidades.	

HANOVER.

750 Parroquias luteranas.	1 Convento y muchas iglesias.
14 Comunidades.	
1 Colejiata católica.	La universidad de Gotinga.

WURTEMBERG.

El consistorio luterano.	1 Universidad y muchos colegios.
14 Prelacias ó abadías.	

LANGRAVIATO DE HESSE-CASSEL.

2 Universidades.	1 Academia de ciencias.
------------------	-------------------------

No se trata de los hospitales y fundaciones de caridad en esta relacion, como se advertirá. La palabra *colegio* se emplea vagamente en sentido colectivo. Bien se conoce, por ejemplo, que hay mas de seis colegios en los estados hereditarios de Austria, y que el autor quiso señalar solamente las especies de universidades inferiores á aquellas á que ordinariamente se dá este nombre.

Al recorrer la obra del P. Helyot, hemos encontrado el resultado siguiente de los principales lugares de hospitales en Europa.

*Religiosos de S. Antonio de Viennois.**Hospitales principales.*

En Francia	5
En Italia	4
En Alemania.	4
Religiosos no reformados de este orden	»
Hospitales no conocidos	»

Canónigos regulares del hospital de Roncesvalles.

Roncesvalles.	1
Ortie	1
Muchos hospitales dependientes desconocidos	»

Orden del Espíritu Santo de Montpellier.

Roma.	2
Berjerat	1
Troyes	1
Muchos no conocidos	»

Religiosos Porte-Croix.

MONASTERIOS-HOSPITALES.

En Italia	200
En Francia.	7
En Alemania.	9
En Bohemia	15

Canónigos y canonessas de Santiago.

En España	20
---------------------	----

Religiosas hospitaleras, orden de S. Agustin.

Hospital de enfermos en Paris.	1
S. Luis	1
Moulins	1

Hermanos de la caridad de S. Juan de Dios.

España é Italia.	18
Francia.	24

Religiosas hospitaleras de la caridad de nuestra Señora.

Francia.	12
------------------	----

Religiosas hospitaleras de Loches.

Francia.	18
Italia.	12

Religiosas hospitaleras del orden de S. Juan de Jerusalem en Francia.

Boaulieu	1
Sieux.	1

Hijas de la caridad, fundadas por S. Vicente de Paul.

Francia, Polonia y Paises-Bajos.	280
Dirijen ademas en Paris el hospital del nombre de Jesus, que se ha hecho hospital jeneral	1

	<i>Suma anterior.</i>	640
Las dos casas de niños espósitos.		2
El seminario enfrente de S. Lázaro.		»
El hospital de inválidos.		1
Los incurables.		1
La casa de locos.		1

Hermanas hospitaleras de Santa Marta en Francia.

Beaune.	1
Chalons.	1
Dijon.	1
Langres	1
Muchos otros no conocidos en Borgoña	»

Canonessas hospitaleras en Francia.

Santa Catalina en Paris.	1
S. Gervasio, ibid	1

Hermanas Filles-Dieu (ó hijas de Dios).

Paris, calle de Saint-Denis.	1
Orleans.	1

Hermanas hospitaleras en Francia.

Beauvais	1
Noyon	1
Abbeville.	1
Amiens.	1
Pontoise	1
Cambrai	2
Menin	1

Suma anterior. 661

Orden tercera de S. Francisco los Bons-Fieux.

Armentieres.	1
Lille	1
Dunkerque.	1
Bergue.	1
Ypres.	1

Hermanas llamadas Sœurs-grises (ó hermanas pardas.)

Lugares principales de hospitales.	23
--	----

Hermanos enfermeros mínimos en España.

Burgos.	1
Guadalajara	1
Murcia.	1
Belmonte	1
Toledo	1
Talavera	1
Pamplona	1
Zaragoza.	1
Valladolid	1
Medina del campo.	1
Lisboa	2
Evora.	1
Malinas, en Francia.	1

Hermanas hospitaleras de Santo Tomas de Villanueva en Francia.

En Bretaña.	13
En Paris	1

Suma anterior. 717

Hermanas de San José.

Belay.	1
Leon	1
Grenoble.	1
Embrun	1
Gap.	1
Sisteron	1
Vivier	1
Uzés	1

Hermanas de Miramion.

Paris	3
Total de los hospitales en los lugares principales de ellos	728

Para convencerse de que Helyot no habla aquí sino de los principales lugares de los hospitales servidos por diferentes órdenes monásticas, bastará notar que no se ha nombrado ninguna capital, escepto Paris; siendo así que hay algunas que contienen hasta veinte y treinta hospitales. Estas casas centrales han estendido sus ramas alrededor, y solo se han indicado en la mayor parte de los autores por &c., &c.

Es casi imposible decir cosa alguna de cierto acerca del número de los colejos en Europa, pues apenas hablan de ello los autores. Solamente consta que los religiosos de San Basilio en España no tienen menos de cuatro colejos en cada provincia; que todas las congregaciones benedictinas enseñaban; que las *provincias* de jesuitas abrazaban toda la Europa; que las universidades tenían muchas escuelas y colejos dependientes, &c.; de

manera que al afirmar nosotros, segun los estados ó planes de diversos tiempos, que el cristianismo enseñaba á treientos mil discípulos, nos hemos quedado ciertamente muy por bajo de la verdad.

Segun el cálculo siguiente, sacado de diversas geografias, y en particular de la de Guthrie, hemos supuesto tres mil doscientas noventa y cuatro ciudades en Europa, dando á cada una de ellas un hospital.

	<i>Ciudades.</i>
Noruega	20
Dinamarca propia.	31
Suecia	75
Rusia de Europa.	83
Escocia.	103
Inglaterra	552
Irlanda.	39
España	208
Portugal	51
Piamonte.	37
República itálica	43
Estados venecianos y ducado de Parma.	23
República liguriana	15
República de Luca	2
República de San Marin	1
Toscana	22
Estados de la iglesia	36
Reino de Nápoles	60
Reino de Sicilia	17
Córcega y otras islas	21
Francia comprendiendo su nuevo territorio	960
Prusia	30
Polonia.	40
Hungría	67
	<hr/> 2536

	<i>Suma anterior.</i> 2536
Transilvania.	8
Galitzia.	16
República Helvética.	91
Alemania	643
	<hr/> 3294

NOTA O.

La corrupcion del imperio romano fue la que atrajo del fondo de sus desiertos á los bárbaros, que aun desconociendo la mision de destruir, de que al parecer se hallaban encargados, llamábanse como por instinto, el azote de Dios.

Salviano, sacerdote de Marsella (1), llamado *el Jeremias del siglo quinto*, escribió sus libros de la *Providencia* (2), para probar á sus contemporáneos que eran injustos acusando al cielo por las desgracias que sufrían.

»¿Que castigos, dice, no merece un estado, en el que una parte ultraja á Dios con la licencia desenfrenada de sus costumbres, y la otra añade el error á los mas vergonzosos escesos?

»¿Que diferencia hay entre nuestras costumbres y las de los godos y de los vándalos? Y comenzando por la caridad, que es la reina de las virtudes, los bárbaros, á lo menos los de una misma nacion, se aman

(1) Según las cartas que conservamos de Salviano, parece que era de Tréveris, y de una familia distinguida. Cuando se verificó la invasion de los bárbaros, fue á establecerse al otro extremo de las Galias con su mujer Palladia y su hija Auspiciola. Fijó su residencia en Marsella, y luego que perdió su esposa, se hizo sacerdote. San Hilario de Arles, su contemporáneo, le califica de *hombre escelente, y felicísimo siervo de Jesucristo.*

(2) *De Gubernatione Dei, et de justo Dei presentique iudicio.*

»recíprocamente; y los romanos, por el contrario, se
 »devoran mutuamente. De aquí es que vemos todos los
 »días á los súbditos del imperio buscar entre los bárba-
 »ros un asilo contra la humanidad de los romanos; y á
 »pesar de la diferencia de costumbres, de lengua, y
 »aun del hedor que exhalan los cuerpos y los trajes de
 »esos pueblos estraños (1), prefieren vivir con ellos, y
 »sujetarse á su dominacion, á la alternativa de verse
 »espuestos de continuo á las injusticias y tiránicas vio-
 »lencias de sus compatriotas.

».....Nosotros no observamos ninguna ley de equi-
 »dad, y nos quejamos de que Dios nos haga justicia. ¿En
 »que pais del mundo se ven tantos desórdenes como do-
 »minan hoy entre los romanos? Los francos no los co-
 »nocen; los hunos los ignoran; y no pasan ni aun entre
 »los vándalos y los godos..... ¿Que mas? Hemos perdido
 »las riquezas, y á pesar de nuestra indijencia, no pen-
 »samos mas que en vanos regocijos. La pobreza vuelve
 »en fin á la razon á los pródigos, y corrije á los licen-
 »ciosos; pero nosotros somos de diferente especie, y la
 »hambre misma no pone dique á nuestro desenfreno.

».....¿Quien lo podria creer? Cartago se halla aco-
 »metida; los bárbaros baten sus murallas; y mientras
 »por de fuera solo se oye el ruido de las armas, sus ha-
 »bitantes reunidos en el circo, se ocupan en el insensa-
 »to placer de ver degollarse á dos atletas, mientras
 »otros en los teatros se complacen en aplaudir infamias.
 »Fuera de la muralla se degüellan á los ciudadanos, y
 »dentro de ella se entregan otros á la disolucion y la
 »embriaguez..... El estruendo de los combatientes y los

(1) *Et quamvis ab his ad quos confugiunt, discrepent ritu, discrepent lingua, ipso etiam, ut ita dicam, corporum atque induviarum barbaricarum fetore dissentiant, malunt tamen in barbaria pati cultum dissimilem, quam in Romanis injustitiam scævientem. (De Gub. Dei, lib. v.)*

»aplausos del circo, los aceníos lúgubres de los mori-
 »bundos y los clamores insensatos de los espectadores,
 »se escuchan á la par en estraña confusion, sin que
 »apenas se puedan distinguir los gritos desesperados de
 »las victimas que mueren en el campo de batalla, y los
 »espantosos ahullidos del pueblo que atruena los anfi-
 »teatros. ¿Y no es esto provocar á Dios, y obligarle á
 »castigarnos? Tal vez Dios hubiera en su bondad sus-
 »pendido los efectos de su justa indignacion, y Cartago
 »le ha hecho violencia para perderla.

»Pero no es menester recurrir á país lejano para
 »buscar ejemplos: aqui mismo en las Galias hemos visto
 »á los hombres mas elevados por su dignidad, hacerse
 »mas perversos en medio de las desgracias que los ro-
 »dean. ¿Yo mismo no he observado á la mas distinguida
 »nobleza de Tréveris, aniquilada y empobrecida, llegar
 »á un estado mas miserable por sus costumbres que por
 »la pérdida de sus bienes? Quédales algun resto de su
 »pasada grandeza, pero nada de sus costumbres cristia-
 »nas (1),

».....¿O será destino de los pueblos sujetos al impe-
 »rio romano, suplicar mas bien que enmendarse? Pre-
 »ciso es que dejen de existir, para que dejen de ser vi-
 »ciosos. ¿Se desean mas pruebas de la corrupcion que
 »domina en la capital de las Galias? Arruinada comple-
 »tamente por tres veces, se ha relajado mucho mas. Yo

(1) *¿Sed quid ego loquor de longe positis et quasi in alio or-
 be submotis, cum sciam etiam in solo patrio atque in civitati-
 bus Gallicanis omnes fere præcelsiores viros calamitatibus suis
 factos fuisse peiores? Vidi siquidem ego ipse Treveros domi
 nobiles, dignitate sublimes, licet jam spoliatos atque vastatos.
 minus tamen eversos rebus fuisse quam moribus. Quamvis
 etiam depopulatis jam atque nudatis aliquid supererat de subs-
 tantia, nihil tamen de disciplina. (De Gub. Dei, lib. vi, in
 8.º ed. tert. cum notis Baluz. pag. 139.)*

» mismo, penetrado de horror, he visto la tierra cubier-
 » ta de cadáveres, osamentas, y cráneos espuestos á las
 » aves de rapiña y á los perros; he respirado un aire me-
 » fítico, y la muerte, por decirlo así, se exhalaba de la
 » muerte misma. ¿ Pero que sucedió? ¡ oh, locura extra-
 » ña! Una parte de la nobleza que se habia salvado de
 » las ruinas de Tréveris, solicitó del emperador el per-
 » miso de restablecer los juegos circenses.....

» ¿ Y se pudo pensar en el circo, hallándose amaga-
 » dos por los hierros de la esclavitud? ¿ Pudo pensarse
 » en reír, cuando la muerte amenazaba con su cuchilla?
 » Diríase que todos los súbditos del imperio habian be-
 » bido aquel veneno que hace reír y que mata. ¡ Mori-
 » bundos ya, quieren reír! Bien pronto ¡ ah! seguirá el
 » llanto á nuestra risa, y ahora conocemos la verdad de
 » aquellas palabras del Salvador: *Desgraciados de los que*
 » *rien, porque ellos llorarán.*” (De la Provid., lib. v, vi
 y vii).

El cardenal Belarmino observa que el celo de que se hallaba animado Salviano por la reforma de las costumbres, le hacia jeneralizar los vicios de su siglo. Tillemont hace igual observacion, y añade que no podia ser tan jeneral esta corrupcion en un tiempo en que vivian tantos santos obispos. El libro de Salviano vió la luz pública el año 439, doce años despues que San Agustin publicó su grande obra de la *Ciudad de Dios*, que con el mismo objeto comenzó en 413, algun tiempo despues del saqueo de Roma por Alarico. Reconócese en esta obra, ademas de la profundidad de los pensamientos y el perfecto bosquejo de los cuadros, el brillante jenio de la antigüedad cristiana.

Los paganos atribuian las calamidades del imperio al abandono del culto de los dioses; y los cristianos, débiles ó corrompidos, tomaban de aqui ocasion para acusar á la Providencia. San Agustin, pues, llenó perfecta-

mente la mision de responder á unos y otros. Hizo ver á los paganos, recorriendo toda la historia desde la ruina de Troya, que los imperios antiguos, tales como los de los asirios y de los ejipticos, habian sucumbido, á pesar de que sus súbditos habian permanecido fieles al culto de los dioses; y recuerda en particular á los romanos lo que sufrieron sus padres en el incendio de Roma por los galos, durante la segunda guerra púnica, y mas aun en tiempo de las proscripciones de Sylla y de Mario. Probó que Sylla habia sido mucho mas cruel que los godos; pues estos siquiera perdonaron á los que se refugiaban en los templos ó basílicas de los apóstoles y en los sepulcros de los mártires; cuya proteccion era desconocida en la antigüedad, y que jamás se concedió á los templos de los dioses; de modo que eran muy ingratos si acusaban á la religion cristiana. Añade en seguida que su perdicion se debia en un principio á la corrupcion de sus costumbres, cuya época hace remontar á la construccion del primer anfiteatro, que en vano quiso impedir Scipion Nasica; corrupcion que sabe Salustio pintar con tanta exactitud y verdad de coloridos, y que obligó á decir á Ciceron en su tratado de la *República*, escrito sesenta años antes de Jesucristo, que *tenia á Roma por arruinada, porque se habian perdido las antiguas costumbres.*

San Agustin dice luego á los cristianos, que aun los hombres de bien cometen en la tierra muchas faltas, que merecen castigos eternos; pero que los verdaderos discípulos de Jesucristo no tienen como males la pérdida de las fortunas, el destierro, la esclavitud, ni la misma muerte, y que no han de esperar la felicidad mas que en la *ciudad* celestial, que es su verdadera patria.

Esta obra no es mas que un estenso comentario de la célebre carta que escribió el santo doctor, despues de la toma de Roma, al tribuno Marcelino, secretario im-

perial en Africa. Poco tiempo despues fue este mismo Marcelino calumniosamente acusado de haber tomado parte en una conspiracion contra el emperador, y condenado por consiguiente á la última pena, asi como su hermano Aprinjio. Estando juntos en la cárcel, Aprinjio le dijo un dia á Marcelino: »Si yo sufro aqui por mis pecados, ¿por que tú, que eres cristiano, sufres tambien?» — »Aun siendo mi vida, contestó Marcelino, »tal como tú dices, ¿crees que no me hace Dios mucha »merced castigando aqui mis pecados, para librarme en la »otra vida de su terrible juicio? (1)»

NOTA P.

Es ciertamente muy curioso el ver como el oscuro Faidyt trata á un Fenelon en su *Telemacomania*.

»Si el Telémaco, dice este impertinente, ha de juzgarse por la prisa y el entusiasmo con que se busca y arrebatada este libro, sin duda es el mas escelente de todos ellos. Por que jamás se hicieron tantas ediciones de ningun otro libro, ni se imprimió mayor número de ejemplares, ni fue leído por tanta multitud de personas. Pero como las *hadas* del jóven Perrault; las *pasquinadas* de Le Noble, las *viejas de buen humor* de madama Demurat, y las comedias de Arlequin ó el teatro italino, que son indudablemente obras muy despreciables, han sido reimpresas aun mas veces que el Telémaco, y buscadas y leídas tal vez por mayor número de personas, debe inferirse, que no siempre la prisa con que se busca y lee un libro, es una prueba suficiente de su mérito

(1) *Parvumne, inquit, mihi existimas conferri divinitus beneficium (si tamen hoc testimonium tuum de vita mea verum est), ut quod patior, etiamsi usque ad effusionem sanguinis patiar, ibi peccata mea paniantur, nec mihi ad futurum judicium reserventur? (S. Aug., ad Cæcilianum, ep. CLI).*

y de su bondad... El profundo respeto que yo profeso al señor arzobispo de Cambrai, tanto por su carácter como por su mérito personal, me sonroja y confunde al saber que su pluma haya sido capaz de producir un libro semejante, y que con la misma mano con que ofrece todos los dias á Dios vivo en su altar el caliz adorable que contiene la sangre preciosa de Jesucristo, el precio de la salvacion y redencion del universo, haya presentado á beber la copa emponzoñada de la prostituta de Babilonia, á aquellas mismas almas que fueron tan caramente redimidas....

»En los primeros libros del Telémaco del señor arzobispo de Cambrai, yo no veo mas que pinturas muy vivas y naturales de la hermosura de las ninfas y de las nayades, de sus vestidos y adornos, de sus bailes, de sus cantares, de sus juegos, diversiones y cacerías, de sus arterias y manejos para hacerse amar, y de la gracia singular con que se arrojan al baño enteramente desnudas á la vista de un jóven para inflamarle mas y mas. La gruta encantada de Calipso, la hermosa banda de jóvenes ninfas que la rodean y acompañan por todas partes, su estudio en agradar, la aplicacion con que se adornan, los continuos y officiosos obsequios y servicios que á cada momento prestan al hermoso Telémaco, las conversaciones que con él entabla la diosa y señora de las ninfas, aun mas enamorada que todas ellas, los hechizos de la jóven Eucaris, la anticipada declaracion que esta se atreve á hacer á su amante, las citas en el bosque, las confidencias amorosas y sin testigos sobre el cespèd, las cacerías, los banquetes, el rico vino y el precioso néctar con que embriagan á su huésped, la aparicion de Vénus conducida por palomas en su dorado y lijero carro, y acompañada de su tierno Cupido; en fin, la descripcion de la isla de Chipre y de los placeres de todas especies que se permiten en aquel

pais encantador, no menos que los frecuentes ejemplos de una juventud corrompida, que autorizada por las leyes, y sin que el pudor les ofrezca el menor obstáculo, se entrega allí impunemente á toda suerte de disoluciones y deleites: he aqui, señora, el bosquejo de una gran parte de los libros primero y segundo de la obra de vuestro obispo.... ¿Y es posible que un hombre tan ilustrado como él, no haya previsto las funestas consecuencias que podrian resultar de su obra? ¿Y de que servirán despues de esto todas las bellas instrucciones de moral y de virtud cristiana y evanjélica que el arzobispo de Cambrai da á Telémaco por medio de Mentor? ¿No es esto mas bien mezclar á Dios con el demonio, á Jesucristo con Belial, la luz con las tinieblas, como dice San Pablo, y hacer un baturrillo ridiculo y monstruoso de la relijion cristiana con la pagana, y de los idolos con la Divinidad?" (*Telemacomania, ó la censura y crítica de la novela titulada Las aventuras, etc.* 1 vol. en 12.^o de 500 pájinas, edicion de 1700, pájina 1.^a, 2.^a, 3.^a, 6.^a, 461, 462)" Véase, pues, como en todos tiempos las denuncias y las insinuaciones odiosas han hecho como la base y la parte mas esencial del arte de ciertos criticos. El resto de la *Telemacomania* es de la misma fuerza y por el mismo estilo. Faidyt prueba, que el señor Fenelon no sabe su lengua; que es un profundo ignorante en historia; que hace, por ejemplo, siempre á Idomeo nieto de Minos, hijo de júpiter, siendo asi que era su bisnieto; demuestra que el arzobispo de Cambrai no entendia á Homero; que su novela, que es una obra maestra de composicion, es una malisima produccion, sobre todo el desenlace, que él, Faidyt, encuentra y califica de ridiculo, etc., etc. Aun este pobre cuitado, que habia insultado tambien á Bossuet, apellidándole el burro de Balaam, protesta no ser el autor de una crítica brutal y sediciosa, que hacia poco habian apareci-

do contra el *Telémaco*, y se escandaliza de que se le hubiese podido atribuir este *infame libelo*; sin duda queria hablar de la *crítica jeneral del Telémaco* de Gueudeville. Convengamos en que nadie pudiera quejarse del rigor con que tal vez se le censure, en vista de los indecentes insultos que se prodigarán á unas obras, cuya belleza ha consagrado ya el tiempo: pero convengamos tambien en que estas críticas son un miserable asilo para el amor propio de los autores modernos, porque el consuelo y la satisfaccion que ellas prestan, solo pudiera agradar á la medianía literaria.

NOTA Q.

En su carta *ad magnum*. El Santo Padre, con su acostumbrada erudicion, nombra todos los autores que han defendido la relijion por los medios y recursos que ofrece la filosofia, principiando por San Pablo, que cita unos versos de Menandro (1) y de Epimenides (2), hasta el presbitero Juvencio, quien, reinando Constantino, escribió en verso la historia de Jesucristo. »Sin temor, añade San Jerónimo, de que la poesia pudiese disminuir en nada la majestad del Evangelio (3).»

NOTA R.

Véase á Sócrates (lib. III, cap. XVI, páj. 154, *ex editione Valesii*. Paris, año 1686), que lo dice formalmente. El historiador Sozomeno, que atribuye todas estas obras á Apolinar el hijo, añade, que compuso la historia de los judios hasta Saul, en veinticuatro poemas, que señaló como Homero con las veinticuatro letras

(1) *Prim. á los Cor.*, cap. xv, v. 33.

(2) *A Tito*, cap. 1, v. 12.

(3) *Carta ad Magnum*, en el lugar citado.

del alfabeto griego; y que tomando los asuntos de sus obras de la Escritura sagrada, imitó á Menandro en el jénero cómico, á Eurípides en el trájico y á Píndaro en el lírico. Los cristianos cantaban frecuentemente sus versos, sustituyéndolos á los himnos sagrados, porque habia compuesto canciones piadosas de todas especies, tanto para los días de fiesta como para los de trabajo. Hasta dirigió á Juliano y á los filósofos de aquellos tiempos un discurso titulado, *de la verdad*, en el cual defendió al cristianismo con razones puramente humanas. Sozom., lib. v, cap. 18, páj. 506; lib. vi, cap. 23, páj. 545, *ex editione Valesii*. Paris, año 1686. Véase tambien á Fleury, *Hist. Eccles.*, tom. iv, lib. xv, páj. 12, Paris, 1724, y á Tillemont, *Mem. eccles.*, tom. vii, art. 6, páj. 12; y art. 17, páj. 634, Paris, 1706. Un seglar llamado Orienes, publicó tambien algunos tratados en favor de la relijion, y San Anfiloquio escribió en verso á Seleuco, invitándole y empeñándole á estudiar á la vez las bellas letras y los misterios de la relijion. (S. Bas. *Ep.* 384, páj. 377, y San Juan Damasc., páj. 190.)

NOTA S.

Fleury, *Hist. eccles.*, tom. iv, lib. xix, páj. 557. La filosofía ha afectado *escandalizarse* por el modo *filosófico*, moral, y aun poético con que el autor ha hablado de los misterios, sin reflexionar que los padres de la iglesia se han espresado en el mismo estilo, y aun que él no ha hecho mas que copiar y repetir los razonamientos de aquellos grandes hombres. Orienes escribió nueve libros de *Stromates*, en los cuales confirmó, dice San Jerónimo, los dogmas de nuestra relijion con los testimonios y autoridad de Platon, de Aristóteles, de Numenio y de *Cornutus* (*Epist. ad Magnum*). San Gregorio de Nissa mezcla la filosofía con la teología, y se sirve de las ra-

zones mismas de los filósofos, en la esplicacion de los misterios; sigue á Platon y á Aristóteles con respecto á los principios, y á Orígenes en las alegorias. ¿Y que hubieran dicho los críticos, si el autor hubiese compuesto, como San Gregorio de Nazianzo, una especie de estancias sobre la gracia, el libre alvedrio, la invocacion de los santos, la Trinidad, el Espíritu Santo, la presencia real, &c.? Su septuajésimo poema, compuesto en versos exámetros, y titulado: *Los secretos de San Gregorio*, contiene en ocho capítulos cuanto la teología encierra y presenta de mas sublime é importante. San Gregorio cantó hasta el Primado de la iglesia de Roma; he aquí una pequeña muestra y traduccion en versos latinos:

*Fides vetustæ recta erat jam antiquitus,
Et recta perstat nunc item, nexu pio,
Quodcunque labens sol videt, devinciens;
Ut universi præsidem mundi decet,
Totam colit quæ Numinis concordiam.*

Desde el principio, y en todos tiempos, la fe de Roma ha sido firme y derecha, y ella persiste siempre en la misma rectitud y justicia, esta Roma que ata con la palabra de salud (hablando rigurosamente, el texto griego orijinal significa mas bien *salutari verbo* que *nexu pio*), cuanto ilumina el sol al ponerse, cual convenia á una iglesia, la primera en dignidad de todas las del universo, y la que mas representa y venera la perfecta union que subsiste en la Divinidad. »He aquí unos asuntos sin duda muy graves, en que un santo padre ha empleado su poesia. El autor del *Jenio del Cristianismo* solo ha hablado del bello efecto y del realce que da á la poesia la religion; pero San Gregorio no se para solo en esto, sino que hace hasta verdaderas alegorias de estos

asuntos piadosos. Rollin nos da tambien un extracto de un poema de este padre: »Un sueño que tuvo San Gregorio, siendo aun muy jóven, y del cual nos ha dejado una elegante descripcion en verso, contribuyó sobremanera á inspirarle estos sentimientos (de inocencia de vida). Creyó ver entre sueños dos vírjenes igualmente jóvenes y bellas, vestidas muy modestamente, y sin aquellos adornos que las mujeres del siglo buscan como á porfia. Tenian la vista inclinada hácia la tierra, y los rostros cubiertos con un velo, que no impedia sin embargo se apercibiese el sonrosado que el pudor virjinal esparcía en sus mejillas. Su vista, continúa el santo, me causó una indecible alegría, porque me pareció tenían un cierto aire y porte superior á la naturaleza humana. Ellas por su parte me abrazaron y me acariciaron como á un niño que estimasen con la mas extraordinaria ternura; y cuando yo les pregunté quiénes eran, me contestaron que la una era la pureza y la otra la continencia, ambas compañeras de Jesucristo, y las amigas de los que renuncian al matrimonio para vivir de un modo casi celeste; me exhortaron á unirme de corazon y de espíritu á ellas, á fin que despues que me hubiesen comunicado todo el brillo de su virjinidad, pudiesen ellas presentarse ante el trono de la luz de la inmortal Trinidad. Dichas estas palabras se remontaron al cielo, y yo las seguí con la vista cuan lejos pude.» (*Tratado de los Estudios*, tom. iv, páj. 674.) El mismo Fenelon, en su *educacion de las doncellas*, y á ejemplo de aquel gran santo, nos ha dejado las mas graciosas descripciones de los sacramentos. Aun pretende, que para instruir á los niños, se escoja en las historias de la relijion todo cuanto presente y ofrezca unas imájenes risueñas al paso que magnificas; porque, añade, nada debe omitirse, á fin que los niños encuentren la relijion hermosa, amable y augusta, toda vez que por lo comun

siempre se la representan ellos adusta y zahareña.”

¿Ignoraban los críticos todos estos ejemplos y famosas autoridades ?

NOTA T.

Harto sabido es que Sanazaro hizo en este poema una mixtura ridícula de la fábula con la religión. Sin embargo mereció por él dos breves muy honoríficos de los papas Leon X y Clemente VII: esto prueba que la iglesia ha sido en todos tiempos mucho mas indulgente que la filosofía moderna, y que le caridad cristiana prefiere juzgar una obra mas bien por lo bueno, que por lo malo que se encuentre en ella por casualidad. Por la traduccion de Teájenes y Clariclea se condecoró á Aymont con la abadía de Bellozana.

NOTA U.

Véase las obras inglesas, *Carver's travels through the interior parts of north America*, páj. 443, *third edit. London*, 1781; y *John Bartram, Description of east Flor third edit. London*, 1760.

»El oso gusta con preferencia de las uvas, y como todos los bosques están llenos de parras que llegan hasta la copa de los árboles mas elevados, los osos suben facilmente hasta ellas. »Charlevoix, *Viaje en la América septentrional*, tom. 4, carta 44, páj. 175, edic. de París, 1744. Imley dice en propios términos, que los osos se embriagan con las uvas (*Intoxicated with grapes*), y que esta circunstancia facilita el que se les sorprenda en la caza. Además que toda la América es testigo de este hecho.

Cuando se lee en una obra alguna circunstancia extraordinaria que no forma belleza por si misma, y que

solo sirve para hacer mas parecido el cuadro , si por otra parte el autor ha dado muestras de que no carece de cierto sentido comun , debe suponerse que aquella circunstancia no es ya una invencion del autor , y que realmente la ha tomado de la naturaleza, aunque fuese poco conocida. Júzguese enhorabuena la *Atala* como una pésima composicion ; pero al menos la naturaleza americana está dibujada y trazada en ella con la mas escrupulosa propiedad y exactitud. Cuantos viajeros han visitado la Luisiana y las Floridas , le hacen esta justicia. Dos traducciones inglesas se han hecho de la *Atala* , y ambas han debido llegar á la América ; los papeles públicos anuncian la tercera , dada á luz en Filadelfia con aplauso. Si los cuadros y las descripciones de esta novela no fuesen exactamente conformes á la realidad , sin duda no hubiesen hecho gran fortuna en un pueblo, que á cada paso pudiera decir : »No, no son estos nuestros rios , nuestras montañas ni nuestros bosques.» *Atala* ha vuelto á su desierto natal , y sus compatriotas la han reconocido como una verdadera hija de la soledad.

**Fin del tercero y último tomo del Jenio
del Cristianismo.**

INDICE.

CUARTA PARTE.

CULTO.

LIBRO SEGUNDO.

SEPULCROS.

CAP. I. <i>Sepulcros antiguos. = El Egipto.</i> . . .	5
CAP. II. <i>Los griegos y los romanos</i>	7
CAP. III. <i>Sepulcros modernos. = La China y la Turquía</i>	8
CAP. IV. <i>La Caledonia, ó la antigua Escocia.</i>	9
CAP. V. <i>Otaiti.</i>	11
CAP. VI. <i>Sepulcros cristianos</i>	13
CAP. VII. <i>Cementerios del campo</i>	17
CAP. VIII. <i>Sepulcros en las iglesias</i>	19
CAP. IX. <i>San Dionisio</i>	22

LIBRO TERCERO.

IDEA JENERAL DEL CLERO.

CAP. I. <i>De Jesucristo y de su vida.</i>	27
CAP. II. <i>Clero secular. = Jerarquía</i>	34
CAP. III. <i>Oríjen de la vida monástica</i>	46
CAP. IV. <i>De las constituciones monásticas</i> . . .	53

- CAP. V. *Cuadro de las costumbres y de la vida religiosa. = Monjes coftos, maronitas, &c.* 59
- CAP. VI. *Continuacion del precedente. = Trapenses, cartujos, monjas de Santa Clara, padres de la redencion, misioneros, hermanas de la caridad, &c.* 63

LIBRO CUARTO.

MISIONES.

- CAP. I. *Idea jeneral de las misiones* 71
- CAP. II. *Misiones de Levante* 80
- CAP. III. *Misiones de la China* 85
- CAP. IV. *Misiones del Paraguay. = Conversiones de los salvajes* 92
- CAP. V. *Continuacion de las misiones del Paraguay. = República cristiana: felicidad de los indios.* 98
- CAP. VI. *Misiones de la Guayana* 111
- CAP. VII. *Misiones de las Antillas* 114
- CAP. VIII. *Misiones de la nueva Francia.* . . . 119
- CAP. IX. *Fin de las misiones* 132

LIBRO QUINTO.

ÓRDENES MILITARES Ó DE CABALLERÍA.

- CAP. I. *Caballeros de Malta* 133
- CAP. II. *Orden Teutónico.* 138
- CAP. III. *Caballeros de Calatrava y de Santiago en España* 139
- CAP. IV. *Vida y costumbres de los caballeros.* 143

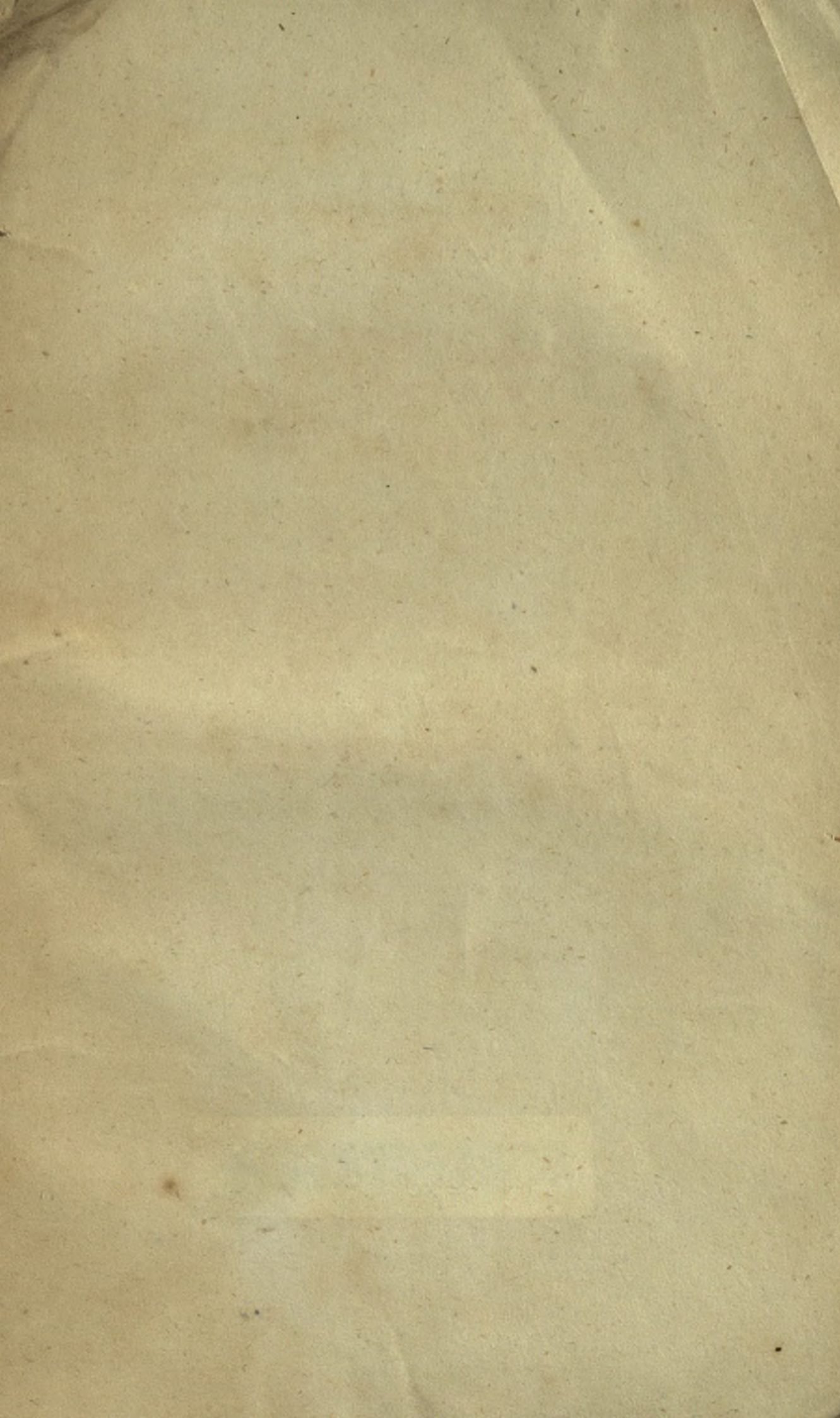
LIBRO SEXTO.

SERVICIOS HECHOS A LA SOCIEDAD POR EL CLERO Y LA RELI-
GION CRISTIANA EN JENERAL.

CAP. I. <i>Inmensidad de los beneficios del cristianismo</i>	159
CAP. II. <i>Hospitales.</i>	161
CAP. III. <i>Hospital jeneral de París. = Hermanas pardas</i>	169
CAP. IV. <i>Niños espósitos, señoras de la caridad, rasgos de beneficencia.</i>	175
CAP. V. <i>Educacion, escuelas, colejos, universidades, benedictinos y jesuitas</i>	179
CAP. VI. <i>Papas y córte de Roma. = Descubrimientos modernos, &c.</i>	186
CAP. VII. <i>Agricultura</i>	194
CAP. VIII. <i>Ciudades, villas, puentes, caminos reales, &c.</i>	198
CAP. IX. <i>Artes y oficios: comercio.</i>	203
CAP. X. <i>De las leyes civiles y criminales</i>	207
CAP. XI. <i>Política y gobierno</i>	212
CAP. XII. <i>Recapitulacion jeneral</i>	221
CAP. XIII. <i>¿Cual seria hoy el estado de la sociedad, si el cristianismo no hubiera aparecido sobre la tierra. = Conjeturas; conclusion</i>	227
<i>Defensa del Jenio del Cristianismo por el autor.</i>	251
<i>Carta á Mr. de Fontanes</i>	291
<i>Notas é ilustraciones</i>	323

***Estas obras completas de Mr. de
Chateaubriand se componen de
los tomos siguientes.***

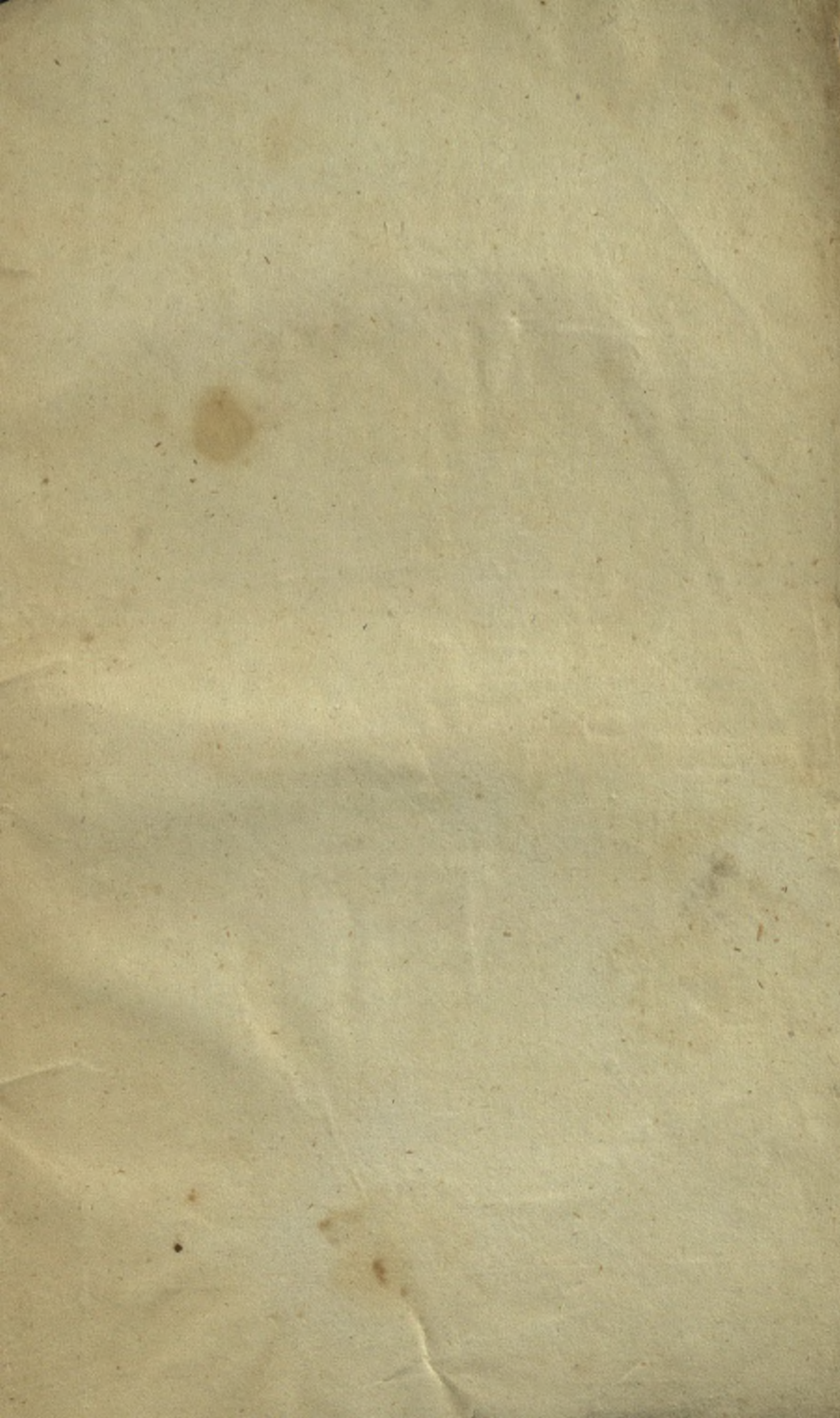
- Tomo 1.^o Noticia histórica de la vida y escritos del Vizconde de Chateaubriand.**
Tomo 2.^o Atala, René, Abencerraje, y pensamientos, máximas, &c.
Tomos 3.^o, 4.^o y 5.^o El Jenio del cristianismo, notas aclaratorias.
Tomo 6.^o y 7.^o Itinerario á Jerusalem.
Tomo 8.^o Viajes á América y à Italia.
Tomo 9.^o y 10. Los Mártires de la religion cristiana.
Tomo 11 y 12. Los Natchez.
Tomo 13 y 14. Ensayo sobre las revoluciones.
Tomo 15, 16 y 17. Estudios históricos.
Tomo 18. Memorias del duque de Berri y guerra de la Vendé, &c.
Tomo 19. Variedades literarias.
Tomo 20. Poesías varias.
Tomo 21 y 22. Variedades, políticas.
Tomo 23. Opiniones y discursos.
Tomo 24. Polémica.
Tomo 25. Indice y tabla jeneral.



Lista de los contenidos de Mr. de
Chateaubriand en sus viajes de
sus viajes europeos.

- Tomo I. Noticias generales de la vida y de
costumbres del Voltaire de Chateaubriand.
- Tomo II. Italia. Roma, Florencia, y pro-
vincias, Venecia, etc.
- Tomo III, IV y V. El Reino del oriente
del mar Adriático.
- Tomo VI y VII. Viajes a Jerusalem,
Tomo VIII. Viajes a Londres y a Italia.
- Tomo IX y X. Los Estados de la religión
católica.
- Tomo XI y XII. Los Estados
de la religión protestante.
- Tomo XIII. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XIV. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XV. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XVI. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XVII. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XVIII. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XIX. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XX. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XXI. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XXII. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XXIII. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XXIV. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XXV. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XXVI. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XXVII. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XXVIII. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XXIX. Viajes a Ginebra y
Suiza.
- Tomo XXX. Viajes a Ginebra y
Suiza.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU
CEU 
15057920



*Obras que se hallan venales en la
misma librería.*

EL SOLITARIO DEL MONTE SALVAJE,

Novela por el Vizconde D'Arlincourt. Dos tomos en
16.º con láminas, á 16 rs. en rústica y 20 pasta.

**LA ESTRANJERA,
O LA MUJER MISTERIOSA.**

Del mismo autor. Dos tomos en 16.º con láminas, á
16 rs. vn. en rústica y 20 en pasta.

**EL AMOR Y LA MUERTE,
O LA HECHICERA.**

Del mismo autor. Un tomo en 16.º con lámina, á 8
rs. vn. en rústica y 10 en pasta.

**EL RENEGADO,
O EL TRIUNFO DE LA FE.**

Del mismo autor. Tres tomos en 16.º con láminas, á
24 rs. vn. en rústica y 30 en pasta.

CORINA EN ITALIA.

Por Madama Staël. Cuatro tomos en 16.º con lámi-
nas, á 40 rs. vn. en rústica y 48 en pasta.

**LA FAMILIA DE VIELAND,
O LOS PRODIJIOS.**

Cuatro tomos en 16.º con láminas, á 32 rs. vn. en
rústica y 40 en pasta.

**CARVINO,
O EL HOMBRE PRODIJIOSO.**

Un tomo en 16.º con lámina, á 8 rs. vn. en rústica
y 10 en pasta.